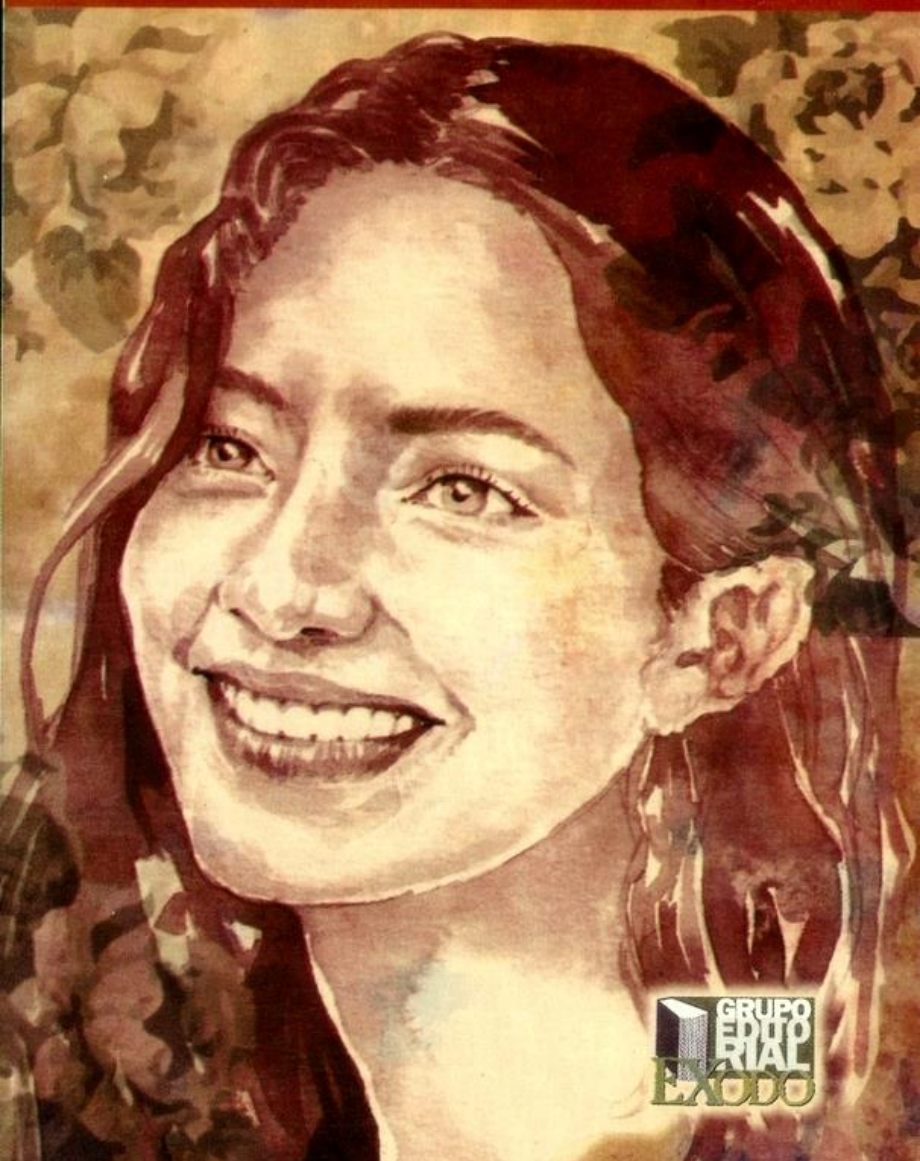
Pureza y Hermosura

Monseñor Dr. Tihamér Tóth



GRUPO EDITORIAL ÉXODO

T. TÓTH

PUREZA Y HERMOSURA

COLECCIÓN «MUCHACHAS»

Mons. Dr. TIHAMER TÓTH

VI.-PUREZA Y HERMOSURA

MADRID
SOCIEDAD DE EDUCACION ATENAS, S. A.
MAYOR, 81 APARTADO 1096

Monseñor Dr. TIHAMER TÓTH

Obispo de Veszprém (Hungría)

PUREZA Y HERMOSURA

I.—LOS PLANES DEL CREADOR
II.—DE NIÑA A JOVEN
III.—POR LA PENDIENTE
IV.—ROSAL TRONCHADO
V.—¡LUCHA Y CONFIA!
VI.—¡DESPIERTA!

UNDECIMA EDICION

Sociedad de Educación «Atenas», S. A.
Mayor, 81 MADRID Apartado 1096

S.E. ATENAS, S.A.

INDICE

Páginas

LICENCIA ECLESIÁSTICA ... 6
¿HABRÉ ACERTADO? ... 7
ADVERTENCIA EDITORIAL ... 8

INTRODUCCIÓN.

Los dos lagos ... 9

CAPÍTULO I.—LOS PLANES DEL CREADOR ... 11
I.—El primer hombre y la primera mujer ... 14
II.—Los planes del Creador ... 15
III.—El germen de la vida humana ... 17
*IV.—Madre e hija ... 17
V.—Pensamientos serios ... 20
*VI.—Seducción pecaminosa ... 22
*VII.—Secreto santo ... 24

CAPÍTULO II.—¿ADONDE, POR DONDE HE DE IR? ... 27
*I.—La casta veneciana ... 30
II.—De niña a joven ... 31
**III.—Tu organismo se desarrolla ... 32
*IV.—En tus abriles ... 33
*V.—Nuevos pensamientos, deseos insólitos ... 35
*VI.—El primer amor ... 37
VII.—Este desarrollo entra en el plan de Dios ... 38
VIII.—Puras y hermosas ... 38
IX.—En medio del peligro, en medio del huracán 40

CAPÍTULO III.—ESCARCHAS DE PRIMAVERA ... 43
**I.—Por la pendiente ... 47
**II.—Mariposas ... 48
*III.—Debate ... 49
IV.—Destrucción del templo ... 50
**V.—Rosales y orugas ... 52

Páginas

VI.—Hacia la ruina 53
VII.—La ley de la gravedad 55
**VIII.—El naufragio 56

CAPÍTULO IV.—EN EL FONDO DEL ABISMO 59

I.—Rosal tronchado 62
II.—«¿Sólo una vez?» 64
III.—Plantas voraces 65
*IV.—«Descensus averni» 67
**V.—Las muchachas «avanzadas» 70
*VI.—¿Es esto la alegría? ¿Es esto la felicidad? ... 72
VII.—El rosal comido por los gusanos 73
VIII.—Castigo físico 75
IX.—¿Qué es la hormona? 76
*X.—Pudrirse viva 79
*XI.—Responsabilidad tremenda 85
*XII.—Tus pobres hijos 86
**XIII.—Esperanzas y... desalientos 87
**XIV.—«¿Quién te llevó de la rama?...» 93

CAPÍTULO V.—¡A LUCHAR! 95

*I.—Hay retorno 98
**II.—Animo a las que luchan 100
*III.—El águila en libertad 101
*IV.—¿Qué puedo hacer por mi Patria? 103
*V.—Por la integridad del lirio 106
**VI.—«Vitis abundans...» 108
VII.—Por la felicidad de tu alma 109
*VIII.—De vida o muerte 111
*IX.—¡Resiste! 113
*X.—¿Quién es la mojigata? 114
*XI.—¡Déjalas plantadas! 116
XII.—¡A mí no me daña! 118
**XIII.—El único preservativo: evitar el pecado 119
XIV.—¡Que se barran las calles! 122
*XV.—¡Contra la corriente! 123
*XVI.—«Aunque soy pequeña en la edad...» 124
XVII.—¡No es verdad! ¡Mil veces no! 126
XVIII.—No jugar con fuego 127
XIX.—¡Aprovecha la juventud! 130
*XX.—Pureza y salud 131
XXI.—¿Qué dice la ciencia médica? 132
**XXII.—Dios y la naturaleza 136
XXIII.—¿Quién es la que no puede permanecer casta? 137
**XXIV.—Castas de cuerpo... y alma 139

Páginas

CAPÍTULO VI.—¡ANIMO, CONFIA! 141

I.—¡Vida pura! ¡Alma pura! 144
II.—Si no quieres, no hay pecado 146
*III.—Un brillante perenne 148
IV.—El contagio de la impureza 151
V.—Tus lecturas 154
*VI.—Libros 155
VII.—Diarios y revistas 157
VIII.—Cuadros 158
IX.—Teatro, cine 160
*X.—Baile 163
**XI.—La verdadera dama 165
*XII.—Entre santa y santo 166
*XIII.—Tu novio 168
*XIV.—La limpieza exterior 168
XV.—¡Muere y resurge! 170
XVI.—Almas raquíticas 171
XVII.—¡Robustece tu voluntad! 172
*XVIII.—La alegría del triunfo 175
XIX.—En la tierra, mas no de la tierra 177
*XX.—La que no sabe mentir 179
*XXI.—¡Vigoriza tu cuerpo! 180
XXII.—¡Soporta tu dolor! 182
*XXIII.—Vida higiénica 183
**XXIV.—Elige bien tus vestidos 187
*XXV.—¡No estés ociosa! 190
*XXVI.—Algunos consejos médicos 192
XXVII.—Un amigo paternal 193
*XXVIII.—Del diario de una joven 196
*XXIX.—Junto a las fuentes de una vida nueva 199
*XXX.—¡Conmigo está el Señor! 201
**XXXI.—«Voy» 206
**XXXII.—María es mi Madre 207

CAPÍTULO VII.—ALMA SONRIENTE-OJOS DE FUEGO 209

I.—El mayor triunfo 212
*II.—¡Oh, cuán bella es la generación casta! 213
III.—¡Sin cadenas! 216
*IV.—Voluntad, fuerza, victoria 217
**V.—«¡Despierta!» 218
*VI.—¿Será así, verdad? 220
*VII.—Nueva generación 224
VIII.—Voluntad santa 225
**IX.—Un último consejo 226
**.—«¡Gracias!» 229

NIHIL OBSTAT:
Ricardo Urbano,
Censor

IMPRIMATUR:
† *José María*, Ob. Aux. y Vicario General
Madrid, 8 de enero de 1959.

Título del original húngaro
«A TISZTA FÉRFIUSÁG»

Traductor:
M. I. SR. DR. ANTONIO SANCHO

Adaptación:
LIC. SRTA. MARÍA ROSA VILAHUR

Cubiertas y viñetas de los capítulos II-VI:
J. PATRICIO MONTOJO

Viñetas de los capítulos I y VI:
MURILLO Y GODOFREDO SCHALKEN

Orlas y capitulares:
LUIS LAORGA

© Es propiedad. Copyright by Sociedad de Educación «ATENAS», S. A.
Inscripción núm. 4.593.

PRINTED IN SPAIN
1959

Depósito Legal, M. 1.816 - 1959

GRAFICAS BENZAL.—Hartzenbusch, 9.—Madrid.

¿HABRÉ ACERTADO?

Sólo unos renglones, mis jóvenes lectoras, para presentaros este nuevo tomo, en el que palpitan, llenos de emoción, los misterios de la vida.

PUREZA Y HERMOSURA ha sido escrita con el más sincero deseo de iluminar vuestras cabecitas juveniles con la luz que llena el alma de verdad y alegría; porque yo sé que en vuestros corazones se plantean problemas muy serios al entrar en la juventud.

¡De cuántas dudas y curiosidades pienso sacaros!

Pensando en la sensibilidad de vuestras almas de lirio, he procurado tratar las cosas de vuestro sexo con la mayor veracidad. No quiero herir vuestro candor, más tampoco ocultaros la verdad. Pureza no es ignorancia, sino saber limpio, claro, sin malicia. Ser pura significa ser limpia de corazón.

Eso intento al mostraros en este libro el verdadero sentido de la pureza. Pureza que a la vez convive con la hermosura y el bien parecer.

¡Fuera las muchachas gazmoñas e hipócritas!

La joven de hoy ha de cifrar su ideal en conquistar una pureza llena de sonrisas y alegría, encajada dentro de la virtud cristiana y hermanada con la elegancia y la higiene.

Con este fin he adaptado esta obra de monseñor Tóth, dedicándola a la juventud femenina. Todas mis esperanzas las pongo en ella. ¿Habré acertado?

Madrid, junio de 1944.

MARÍA ROSA.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Al presentar este nuevo título de la colección MUCHACHAS estamos seguros de que las madres y educadoras lo recibirán con júbilo. Les da resuelto un problema que suele ser la ansiedad de muchas de ellas.

La adaptación se ha inspirado en las normas propuestas por la Santa Sede, especialmente por el Papa Pío XI en su encíclica sobre La educación cristiana de la juventud, *de 31 de diciembre de 1929.*

Con suma destreza ha sabido sortear la adaptadora los dos peligros que se corren al tratar esta materia: la ñoñez, *que finge ignorar el problema y lo soslaya, y la* crudeza, *incompatible con el pudor femenino, y, especialmente, con la delicadeza de nuestras jóvenes españolas.*

A ello ha añadido María Rosa el arte con que sabe matizar de amenidad y espiritualismo cuanto toca su pluma delicada.

Repetimos lo escrito al prologar los anteriores manuales de esta colección.

Esta edición incluye todas las enseñanzas y consejos de monseñor Tóth. Se ha seleccionado un nuevo anecdotario, muy femenino y español. Hemos sustituído veintitrés subtítulos de capítulos, ajenos al carácter femenino, por otros apropiados a las jóvenes.

Advertimos, pues, para apreciar mejor las modificaciones introducidas:

1.° *Los números que no van precedidos de ningún asterisco reproducen el texto de monseñor Tóth, salvo ligeras modificaciones.*

2.° *Un asterisco* (*) *indica que aquel número, conservando la doctrina del autor, ha sido adaptado a las muchachas.*

3.° *Los números precedidos de dos asteriscos* (**) *suplen los títulos cambiados.*

Insistimos en que este manual no debe ponerse indistintamente en manos de todas las jóvenes, sin la subordinación al parecer de los Padres o del Director espiritual.

Madrid, julio de 1944.

INTRODUCCION

LOS DOS LAGOS

En los años juveniles, siendo estudiante, iba yo frecuentemente de excursión a un lago de las montañas. Sobre el espejo magnífico, cristalino del agua, bailaba jugueteando un rayo de sol. El agua pura brillaba con amabilidad y dejaba entrever en el álveo, lleno de guijarros, el alegre hormigueo de los pobladores del lago. Agiles pececitos zigzagueaban de una a otra parte, no sabiendo qué hacer de puro alegres, al sentir el rayo acariciador del sol.

Por la orilla soñaban miosotis de azules ojos, y lirios acuáticos estaban de guardia, tiesos, con sus hojas agudas en forma de espada. Los sauces inclinaban con majestad su ramaje hasta rozar el terso espejo del lago, y, soñadores, se deleitaban mirando la bóveda, sonriente, sin nubes, reflejada en la superficie. Una brisa fresca, vivificadora jugaba entre las rama y, a su paso, se inclinaban las cañas con suave murmullo.

Este lago montañés era como el alma juvenil, rebosante de vida, sonriente, feliz; o como los ojos del niño, abiertos con admiración, ojos que tienen luz de estrellas...

No ha mucho volví otra vez. Habían pasado largos años.

Quedé presa del desengaño al ver en qué se había convertido mi lago cristalino. Los lirios estaban mustios, destrozado. Los sauces tenían desgajadas la ramas; la bruñida superficie estaba empañada por la hojarasca.

¿Qué ha sido de los lirios altivos, que hacían la guardia?

¿Cómo se deshizo la suave corona de follaje que ostentaban los cauces?

¿Dónde está el cielo azul, sonriente que se reflejaba en el espejo del agua?

Sentí oprimírseme el corazón: ¿Es éste el magnífico lago cristalino de mis años jóvenes?...

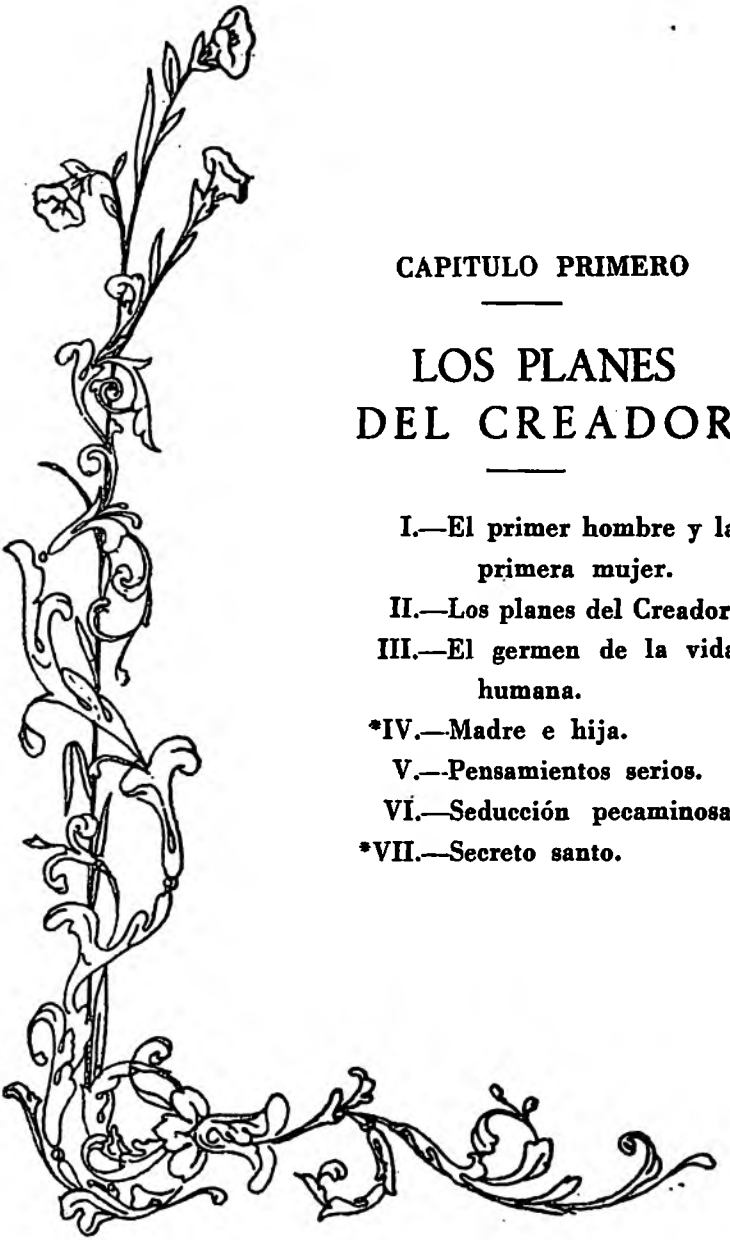
* * *

Los ojos de todas las muchachas son hermosos como las miosotis de las aguas de ensueño; y su alma es bella como el magnífico, cristalino lago montañés.

¡Ay! ¡Cuántas dejan perderse aquellas luminosas y prometedoras esperanzas!

* * *

Para que tu alma se conserve siempre limpia, joven mía, he escrito este libro. Porque conservar el alma pura y llegar así a la madurez, es el más bello arte de vivir.



CAPITULO PRIMERO

LOS PLANES DEL CREADOR

I.—El primer hombre y la primera mujer.

II.—Los planes del Creador.

III.—El germen de la vida humana.

*IV.—Madre e hija.

V.—Pensamientos serios.

VI.—Seducción pecaminosa.

*VII.—Secreto santo.

«Crió, pues, Dios al hombre a imagen suya; a imagen de Dios le crió, criólos varón y hembra.

Y echóles Dios su bendición y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y enseñoreaos de ella.»

(Génesis, 1, 27, 28.)

HACÍA ya millares de años que la tierra iba corriendo como ritmo vertiginoso por su órbita alrededor del sol. En su interior se agitaba aún la lava encendida; con ruido espantoso rompíase, de tiempo en tiempo, la capa exterior, endurecida; pero el progreso del enfriamiento aún proseguía... Por toda la haz de la tierra, tupidos bosques mostraban su verdor. La primavera florecía con deslumbradora pompa; alegres trinos de pájaros volaban en alas de una brisa suave. Todo rebosaba de vida, de fuerza; había una energía de gran tensión... Pero faltaba algo. Mejor dicho, faltaba alguien. Faltaba aquel a quien cantara el mirlo, para quien se desplegara la flor y diera fruto el árbol. Faltaba el *ser racional, consciente,* que abarcara en su alma, llena de anhelos, todo este piélago de hermosuras; el que, en vez de ser una

parte más del gran mecanismo de la Naturaleza, lo sintiera todo y gozara con el canto del pájaro, el murmurio del arroyuelo, el perfume de las flores, el cuchicheo de los bosques, el suave rumor de la brisa, la augusta majestad de las montañas gigantescas coronadas de nieve, el zumbido de las abejas..., y se levantara con amor en alas de la gratitud, con el espíritu embriagado de las bellezas creadas, al Hacedor supremo.

I.—El primer hombre y la primera mujer.

Entonces creó Dios la primera pareja humana: un hombre y una mujer. Esta y aquél tienen cada cual su sexo; uno y otra son seres acabados en sí mismos; no obstante, han de completarse mutuamente. En el conjunto de los dos realizó el Creador la idea íntegra del «*hombre*». Cada sexo tiene sus notas peculiares, pero, unidos, sirviéndose mutuamente de complemento, realizan el concepto adecuado del «*hombre*».

Es característica del sexo fuerte la actividad creadora, que supone valentía, energía. Su voluntad es firme; su carácter, recio; su decisión, inconmovible. Gusta en oponer con ánimo tenaz de triunfo su ancha frente, cual muro de granito, a las mil tempestades que levanta la lucha por la vida.

La mujer se quebrantaría en este rudo combate. Su sitio es el blando nido de la familia, en que cuida con amor y espíritu de sacrificio inagotable su hogar, sus hijos...; y pone un tinte de sonrisa en los labios del esposo cuando éste vuelve del rudo trabajo cotidiano. Su fuerza creadora no es tan grande como la del hombre; en cambio, son mayores su perseverancia y su paciencia.

Justamente, creando los *dos sexos*, quiso Dios que se tradujesen en realidad los más hermosos designios de nuestro linaje. El encanto inagotable de la vida de familia, el amor conyugal, el cariño de los hijos; aún más, la nostalgia y, en parte, el mismo amor patrio, se fundan en la diferencia de los dos sexos.

Por tanto, es necesario que haya hombre y mujer. Es

necesario que junto a la fuerza del hombre esté la ternura de la mujer. Es necesario que al brío y actividad del hombre correspondan el amor, la hermosura, el sentimiento profundo de la mujer. Los dos sexos son necesarios y mutuamente se reclaman. Por esto colocó Dios la primera mujer junto al primer hombre; por esto formó, ya al principio de nuestra historia, la primera familia.

II.—Los planes del Creador.

Nos acercamos con esto a otros planes de Dios, más profundos, más santos. Con la distinción de sexos comunicó el Señor *fuerza creadora* a los hombres. Quería que éstos participasen en su función divina de Hacedor, y compensasen la brecha abierta en nuestro linaje por la muerte, dando vida a nuevas y nuevas generaciones. Tal era el plan sublime, misterioso, del Creador al instituir el matrimonio. De modo que los jóvenes esposos —rebosantes de fuerzas, desarrollados, según la voluntad de Dios, en una virginidad intacta—, *unidos como en un solo cuerpo,* vienen a ser la expresión de un solo designio creador.

Por la Sagrada Escritura sabes que Dios creó a nuestros primeros padres, a Adán y Eva, sin intermediarios, por Sí mismo. Pero llega el día en que se te ocurre esta pregunta: ¿Quién ha hecho a los demás hombres? Claro está que Dios no los ha creado inmediatamente, como a nuestros primeros padres; entonces, ¿cómo han llegado al mundo? Y ¿cómo he venido yo? Y ¿cómo nacen los niños?

Realmente es una cuestión muy seria, y que excita en gran modo la curiosidad de toda la juventud. Más vale que te la explique yo, y así no tendrás que curiosear con otras personas.

Fíjate, joven. Seguramente sabes que los sabios dividen todos los seres creados en dos grupos: el de los seres orgánicos y el de los inorgánicos. A los del primer grupo (plantas, animales, hombres), Dios, no solamente los creó, sino que les comunicó una parte de su propia fuerza creadora, de modo que ellos pueden transmitir la vida a otros pequeños seres semejantes a ellos mismos. La planta produce nue-

vas plantas, el animal pare sus pequeñuelos, el hombre comunica la vida a los hijos.

A los cuerpos inorgánicos (sol, estrellas, minerales, montañas, mares, etc.) Dios no les concedió esta fuerza creadora. ¿Por qué? Porque éstos no perecen con tanta facilidad como los seres vivientes; y así, no era menester que, para compensar lo efímero de su existencia, llamasen otros a la vida. Pero sí es esto menester cuando se trata de seres orgánicos. El pez y el pájaro, el árbol y la planta, el animal y el hombre, envejecen, mueren..., millones de seres vivos dejan de existir en un año. Si este proceso prosiguiera siempre y no hubiera la compensación de seres nuevos, la vida se extinguiría en breve lapso de tiempo. Bien es verdad que Dios podría crear inmediatamente, por Sí mismo, seres nuevos en sustitución de los fenecidos. Pero su voluntad santa, misteriosa, quiso realizar una cosa más sublime: dió a todos los seres vivos la fuerza de comunicar por sí mismos la vida a nuevos individuos, y esto de modo tan misterioso, que los sabios más eruditos del mundo no han podido aún penetrar el secreto.

¿Te has fijado, acaso, amada joven, en las yemas de los árboles, que durante el invierno se esconden silenciosas, casi imperceptibles? Cada yema es el nido de un nuevo germen, de una nueva flor, de un nuevo fruto, de un nuevo arbolillo. Las yemas acechan el beso del sol primaveral para empezar a abrirse, a desplegarse, a florecer.

Las flores esperan la visita de los insectos o de la fresca brisa en el mes de mayo, cuando el viento en sus alas o las abejas en sus patitas traen el polen de una flor y empolvan con él el pistilo de otra. Cuando el polen toca al pistilo, en el mismo momento podríamos decir que las dos flores se juntan en un amor mutuo. Entonces empieza un proceso misterioso. El ovario fecundado crece, madura. De día en día es más grande, más desarrollado, hasta que, por fin —al cabo de algunas semanas o de unos meses—, cae a nuestros pies el fruto completamente maduro, y dentro del fruto hay la nueva semilla: el germen de un nuevo árbol, de una nueva vida. De esta manera cuida el Creador de que la Naturaleza vaya renovándose siempre.

III.—El germen de la vida humana

De la misma manera provee a la renovación, a la conservación de nuestra especie. Dió al hombre una fuerza en cierto modo creadora: una fuerza misteriosa, una capacidad casi divina, de comunicar nueva vida, llamar a la existencia nuevos hombres. Semillas de vida en el hombre, pequeños gérmenes en la mujer, para que mediante la unión de ambos se produzca un nuevo ser viviente, un nuevo hombre. Esta fuerza engendradora, esta semilla de vida y estos gérmenes laten como adormecidos durante los años infantiles, como las yemas del árbol durante el invierno. Pero llega la primavera de la vida: el niño se convierte en hombre y la niña en mujer; sale el rayo de sol, sonriente, vivificador; el joven se enamora de la muchacha, se casa con ella y en el santuario de la vida matrimonial se funden realmente, se unen las dos almas y los dos cuerpos.

Y esta unión corporal, y este amor que une a los esposos, no solamente los llena de gozo, sino que eleva a la mujer a la dignidad de madre; el pequeño germen empieza a vivir; el capullo humano empieza a brotar, a crecer, a desarrollarse; y cuando, después de nueve meses, es bastante vigoroso para salir de la envoltura, cae el fruto del árbol y decimos: ha nacido un niño. Un niño, un nuevo hombrecito, que ya no es ni el padre ni la madre en miniatura, sino el resumen de ambos; un tercer hombre, aunque su vida se ve influída en muchos puntos por el modo de vivir que tuvieron el padre y la madre, por la vida anterior de éstos, santa y pecadora. Por esto no hay amor en el mundo como el de los padres a sus hijos, ya que éstos son, en el sentido más estricto de la palabra, carne y sangre de quienes los engendraron.

IV.—Madre e hija

Oye la conversación íntima que sostuvieron una muchacha y su madre, muy prudente por cierto, que prefirió contestar ella misma, con toda sinceridad, a las preguntas

de su hija antes de que ésta pidiera explicaciones a sus compañeras.

—Mamá —preguntó a su madre una jovencita—, ¿cómo era yo, de qué tamaño, cuando era muy, muy pequeña?

—¿Cuando eras muy, muy pequeña? ¡Oh! Entonces eras como un punto. Más pequeña que la cabecilla de un alfiler. Tan sólo con lupa habrían podido descubrirte.

—¡Jesús! —exclamó la muchacha—. ¡Pues entonces cualquiera me habría podido pisar!

—Sí, así es —contestó la madre—. Todo ser viviente, al principio, es un punto diminuto, pequeño germen, semilla que es necesario esconder, como se esconde la simiente bajo tierra, para que esté resguardada al empezar a crecer. Y ¿ves?, el Dios bondadoso veló también por ti, para que no te sucediera nada mientras eras tan pequeña. Te preparó un lugar recóndito en mi propio cuerpo, bajo mi corazón. Un nido caliente, blando, resguardado, para que allí pudieras crecer segura y tranquila.

—¿Y yo podía comer allí, mamá? ¿Y respirar?

—Todo esto lo hacía yo en tu lugar. Durante aquel tiempo comía yo más, para ser más fuerte y darte fuerza a ti. Lo que comía se transformaba en sangre y la sangre corría hacia ti para alimentarte.

—Pero, mamá, ¿sabías que yo estaba allí, en aquel lugar, resguardada?

—¿Sí lo sabía? ¡Oh hijita! ¡Y tanto como lo sabía! Algunas veces ya sentía tus movimientos, y entonces empezaba a hablarte: ¡Buenos días, pequeñita! ¿Ya estás despierta? Tu mamaíta también está velando; vela por ti, piensa en ti. Ve creciendo, robusteciéndote, para que, cuando seas bastante fuerte, puedas salir del lugar resguardado, y yo pueda verte con gran gozo. Tú me miras ahora con unos ojos tan abiertos que no parece sino que es la primera vez que oyes estas cosas. Y, sin embargo, las sabías, sólo que no las comprendías. ¿No rezamos juntas todos los días en el «Ave María»: «...*y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*»? ¿Pues ves? Así como la manzana es el fruto del manzano, así también la niña es el fruto de la madre. Pero como quiera que la niña vale más que la manzana,

por esto Dios Nuestro Señor quiere velar más por ella. Por esto está escondida durante mucho tiempo en aquel lugar caliente, blando, resguardado, allí debajo del corazón de la madre.

—¿Y cuánto tiempo estuve yo allí, mamaíta?

—También lo sabes. ¿Cuándo se celebra la fiesta de la Anunciación? ¿Cuándo saludó el Angel a la Virgen María y le hizo saber que tendría un hijo? El veinticinco de marzo, ¿verdad? ¿Y cuándo celebramos el nacimiento de Jesús? El veinticinco de diciembre. ¿Cuánto tiempo media entre estas dos fechas? Nueve meses. También sabes en qué día se celebra la Concepción Inmaculada de María: el ocho de diciembre. ¿Y cuándo es el día de su nacimiento? El ocho de septiembre. El lapso de tiempo que media entre ambas fechas también es de nueve meses. ¿No es verdad que sabías estas cosas. Sólo que no parabas mientes en ellas y yo no te hablaba de ellas, hasta que has llegado a ser una mujercita. Ahora ya lo sabes. Durante aquellos nueve meses yo rezaba muchísimo, porque quería que tú también fueras una niña sana, piadosa, devota, entregada a Dios. Siempre estaba de buen humor, siempre me sonreía, porque quería que tú también fueras así. Así ibas creciendo, robusteciéndote de día en día. Y cuando ya fuiste bastante fuerte, se abrió un día la puerta del lugar resguardado y tú saliste, tú naciste. Muchos dolores me costó pero no importaba. Porque tú, al llegar al aire, gritaste fuerte, lloraste..., te pusieron en mis brazos, y yo te estreché contra mi corazón; también yo lloraba, pero de alegría, y te besaba, te besaba... Después, en los primeros meses, te alimenté con la leche de mis pechos: otro alimento no te hubiera aprovechado tanto. ¡Con qué encanto te miraba, recostadita en mi seno! Ahora ya sabes por qué te quiero tanto.

—Sí, mamá, y también sé ahora por qué quiero yo también a mamá mucho más que a cualquiera de este mundo —dijo la muchacha, y con lágrimas de gratitud en los ojos abrazó a su madre.

V.—Pensamientos serios

Basta una breve meditación para que nuestra alma se sienta presa de emoción y admiración sin medida ante el magnífico pensamiento del Creador. ¡Cuán sublime es el plan de Dios! No quiso crear a todos los hombres en estado de desarrollo como a Adán y Eva. Porque de hacerlo así, ¡cuán diferente, cuán extraño, cuán frío, cuán árido sería todo en torno nuestro! No habría familia, ya que ésta se forma del padre, la madre y los hijos. No tendríamos padre, ni madre, ni hermanos, ni deudos. Estaríamos sólos en el mundo. Naturalmente, no nos amaríamos, no habría con quien compartir nuestras alegrías, con quién explayarnos en nuestras penas.

Y no habría niños en el mundo. Sólo el pensarlo nos causa extrañeza; todos serían señores graves, con barba, o respetables damas, de peluca e impertinentes. No resonaría la casa con las argentinas carcajadas de los niños que juegan. No habría niñez y nos serían desconocidas las innumerables, deliciosas, despreocupadas alegrías de la edad infantil.

¡Qué indecible amor el de Dios al escoger justamente esta manera de conservar la especie humana! Directamente sólo creó al primer hombre y a la primera mujer; pero dió a estos dos, y mediante ellos a todos los demás, algo de su propia fuerza creadora; estableció que fueran ellos los que diesen vida corporal a los demás hombres.

¡Plan admirable, santo, sublime del Dios Creador! ¡Qué profundo respeto nos merece su santa voluntad: que en la labor de renovar continuamente la humanidad —labor en cierto modo creadora— haya querido la colaboración del hombre! Y al par, ¡con qué vigor nos obliga su severo mandato!: el de emplear nuestros cuerpos para el *fin santo* a que El los destinó, para renovar y conservar la especie, para que nazca, de la unión amorosa del hombre y la mujer, un nuevo hombre...; *y de buscar este fin solamente dentro del marco que El trazó desde el principio,* dentro del matrimonio indisoluble de un hombre con una mujer.

En la Naturaleza no hay fuerza más sublime, más noble

que la de transmitir la vida. También el hombre tiene este poder, el de dar vida a nuestros hombres; pero así como el alma levanta al hombre a alturas inconmensurables sobre los demás seres visibles, así también el hombre ha de levantar, con el cumplimiento exacto de la ley moral, esta fuerza creadora, sacarla del círculo meramente material y sublimarla a la altura del mundo espiritual.

Renunciaríamos a nuestro más hermoso privilegio, a nuestra *naturaleza racional*, si consintiéramos en nosotros una sola manifestación de la vida corporal sin referencia a un fin espiritual digno, sin levantarla por encima de la actividad meramente animal.

Por tanto, amada joven, piensa en este misterio de la vida con la más profunda gravedad; no escuches conversaciones libres relativas a este punto ni hables tú en este sentido. Respeta tu cuerpo, que Dios destina a tan altos fines. Cuida, eso sí, de su aseo.

El plan del Creador es que todos, sin excepción, conserven pura el alma y puro el cuerpo hasta el matrimonio; y si alguien, por un fin más excelso, no se casa, como, por ejemplo, el sacerdote, por la salvación de las almas; o las religiosas, por amor a Dios y al prójimo, ha de vivir en castidad hasta la muerte.

Dios no permite la unión de ambos sexos sino dentro de las formas prescritas por El; es a saber: en el matrimonio indisoluble, y aún en este, sólo con el fin primario de dar vida al hijo. Aquella que profanare su cuerpo con placeres prohibidos, peca gravemente contra sí misma, contra la sociedad humana, contra la misma Naturaleza y contra la voluntad santísima del Creador.

Oirás, acaso, a alguna muchacha: ¿Por qué la vida sexual es una cosa lícita, una cosa santa dentro del matrimonio, y se la tilda de cosa mala y de pecado fuera del mismo? Y esto, ¿por qué? Y su cabecita sigue dando vueltas y más vueltas: Una cosa o es siempre pecado o no lo es nunca...

Fácil es la respuesta. Fué Dios quien creó el cuerpo y sus órganos, quien reguló la tendencia y la vida sexual; por tanto, la tendencia en sí es recta, su actividad no es mala;

lo que hace Dios, forzosamente es bueno. Los malos son el hombre o la mujer que usan de los dones de Dios *en el momento y en las circunstancias* en que Dios *no* lo permite. Y que es una verdad clara, como la luz meridiana, que, según la voluntad de Dios, esta tendencia sólo puede satisfacerse en el matrimonio, y en éste solamente de manera que tenga por fin primordial el nacimiento de los hijos.

Se podría replicar: ¿Por qué lo ordenó Dios de esta manera? Contestación: Dios es Señor absoluto, a nadie debe dar cuenta de sus leyes. El que ha construído una máquina sabe, mejor que cualquier otro, qué cosa necesita la máquina para funcionar bien y no deteriorarse; Dios creó al hombre y la mujer; El es quien mejor sabe cómo han de vivir para no corromperse.

Si ahondamos un poco, la misma razón descubriría hasta qué grado sirve a los grandes intereses de la humanidad esta ley severa de Dios, que no permite la vida sexual *a no ser* en el matrimonio. Solamente en él es posible esta vida. sin que la mujer se rebaje y humille delante de sí misma. Solamente en el matrimonio es «santa» la vida sexual, porque sólo en él no perjudica a la parte más noble de todo hombre: el alma. Tan sólo en el matrimonio la satisfacción de esta tendencia deja de ser mera caza de placeres para trocarse en el germinar de nuevos capullos humanos, la procreación de nuevos seres, cuya esmerada educación sólo puede realizarse dentro del matrimonio indisoluble. En resumidas cuentas: ni el Estado ni la sociedad podrían subsistir si Dios no hubiese señalado exclusivamente para el ejercicio de la tendencia sexual el matrimonio indisoluble.

Por consiguiente, la que satisface esa tendencia fuera del matrimonio, bien profanando su propio cuerpo con un placer pecaminoso, bien teniendo relaciones sexuales prohibidas, es el verdugo de su honra y de la felicidad propia y ajena.

VI.—Seducción pecaminosa

Casi no hay un solo don de Dios que nosotros no hayamos aprovechado para el mal; pero hagamos constar con

profunda tristeza que nunca trastornamos el plan de Dios ni lo desviamos de su fin originario tanto como al tratarse de la tendencia sexual.

El germinar de la vida suele traer siempre consigo una alegría profunda. Mira en la primavera cómo al desplegarse la Naturaleza gorjea el ruiseñor, arrulla la brisa, zumba la abeja, cuchichea el arroyuelo, todo se alegra de la nueva vida. También, por voluntad de Dios, una alegría placentera acompaña las relaciones del hombre y de la mujer; así lo dispuso el Señor para que se acepten los muchos sacrificios que exige la educación de los hijos y la conservación del linaje humano.

Nuestra mente descubre el plan de Dios con toda claridad: la unión de un solo hombre y una sola mujer *en el matrimonio indisoluble tiene por fin* dar nuevos retoños a la Humanidad. Pero hoy día millares y millares de obras teatrales, películas, cuadros, fotografías, novelas, diarios, libros, falsos maestros, pregonan a la faz de la sociedad que la mujer es libre para disponer de su cuerpo a su placer. El matrimonio, la familia, la educación de los hijos son un atraso... Su lema es: «Vive como te plazca.»

Amada joven: quizá habrán llegado ya a tus oídos estas voces seductoras.

A la edad de trece a catorce años tu cuerpo empieza a desarrollarse. Sientes nuevos bríos y notas, cada vez con mayor insistencia, que muchas manifestaciones de la vida moderna están contaminadas de frivolidad.

A cada paso, en la calle, en el teatro, en los libros, en compañía de tus amigas, en todas partes tropezarás con la crítica burlona de los planes del Creador, sentirás la tentación vehemente de la inmoralidad. Llegarán a tus manos libros seductores, te llevarán a piezas teatrales de este jaez, te encontrarás con muchachas de dudosa moral.

Aún más —con el corazón oprimido lo escribo—: tiernas adolescentes, en los años de colegialas, son iniciadas en cosas impropias de su edad. Muchas son las que así ven enturbiarse la plácida serenidad de su candor.

También se acercan a ti amigas que, con lenguaje desenvuelto, profanan el origen de la vida...; amigas que ya

están contaminadas por el terrible mal de nuestra época, que rebaja a instrumento de asquerosas liviandades el don altísimo del Creador.

VII.—Secreto santo

Tú ya sabes *cuán dignas son de compasión estas amigas.* Si conocieran su sagrado deber, el noble fin que fijó Dios a esta tendencia, no hablarían de ella con una libertad que hace salir el rubor a la cara.

Juzga tú misma, amada joven, qué sentimiento más rastrero, qué espíritu más degradado revelan las que se entretienen en palabras o actos, que rebajan una de las propiedades más nobles y santas de que Dios nos dotó.

«*¿Por ventura, no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?*» (1) —pregunta San Pablo—. Pues bien: en el templo son santos todos los objetos; también en nuestro cuerpo todo es santo, ya que todo salió de las manos del Creador.

Cuanto mayor sea la emoción y más profundo el respeto con que pienses en esta fuerza misteriosa que se despierta en ti, alrededor de los trece a quince años de edad; cuanto mejor te des cuenta de que en tu cuerpo se guarda, por voluntad admirable de Dios, la vida, la felicidad de generaciones enteras y el porvenir de tu patria, tanto más te abstendrás de cuanto pueda envilecerla..., ni siquiera consentirás que sea tema de tus conversaciones.

En toda la Naturaleza el origen de la vida es un misterio. ¡Misterio conmovedor, misterio sagrado! El Dios creador extiende su velo doquiera empieza una nueva vida.

La crisálida, para transformarse en mariposa, se encierra en su envoltura; nadie la ve. ¿Y quién ha visto jamás como germina la semilla del trigo? Nadie. Allá abajo, en el seno de la tierra, está escondida... y de ella brota la nueva vida. ¿Quién ha visto cómo cristaliza la amatista azul o el rubí de color de fuego en el silencio recóndito del seno misterioso de las rocas? Nadie.

El principio, el nacimiento, el brotar de la vida queda envuelto en el velo misterioso. En vano buscamos el ori-

(1) *Carta a los Corintios*, VI, 19.

gen de la vida; el más sabio y erudito investigador siente, al final de su camino, que toca el umbral de un santuario cerrado. Un paso más y... se encuentra ante el acatamiento de Dios.

Y *¡este misterio sublime quieren curiosearlo algunas muchachas con un lenguaje atrevido!* ¡Esta tendencia, destinada a la conservación de la especie; este designio, acaso el más sagrado, misterioso y sublime del Creador, ellas lo hacen objeto de juegos frívolos y sucios, de actos inmorales.

Tú ya sabes qué sublime destino te reserva el porvenir. Sabes que el día que contraigas matrimonio según la ley de Dios llamarás a la vida capullos humanos, serás madre, a quien cantó el poeta:

Madre, palabra de miel.
Madre, venturosa estrella.
No hay un nombre como él
ni esperanza como ella.

Tú sientes la enorme responsabilidad que pesa sobre tus hombros, y el deber que tienes de *conservar puro e intacto tu cuerpo hasta aquel momento sagrado.*

Sabes que si te manchas con una conducta indecente, rebajas tu dignidad humana. Sabes que, aunque en cada joven haya escondida una madre, la que no supo ser casta *antes* de casarse, tampoco lo será *en* el matrimonio. La suerte de las futuras generaciones depende, en gran parte, de que la juventud cumpla la ley del Creador.

Las raíces del árbol se esconden en el seno silencioso de la tierra, y desde allí envían savia vital y fuerza al tronco, a la copa; si sacamos las raíces a la luz del sol, se seca el árbol.

El proceso del desarrollo de tu cuerpo ha de verificarse también en este silencio de misterio, en un sagrado ambiente de piedad, lejos de toda mirada curiosa, de todo pensamiento indiscreto. Por eso tú nunca hablarás por curiosidad de estas cosas con tus amigas, porque lo que la sabiduría de Dios ha querido ocultar a nuestra vista, no ha de sacarlo a la luz del sol la curiosidad humana.

Por esto respetarás tu cuerpo, y lo conservarás puro, según los planes del Creador. En los años jóvenes, no solamente edificas o desmoronas tu propio cuerpo, tu propia alma, sino también a tus propios hijos.

No prestarás oído a la seducción, sea cual fuere la forma aliciente, literaria o artística, con que se te presente, porque ¡ay de quien se lanza a perseguir los fuegos fatuos que se levantan de las lagunas palúdicas!: perece en el lodazal.

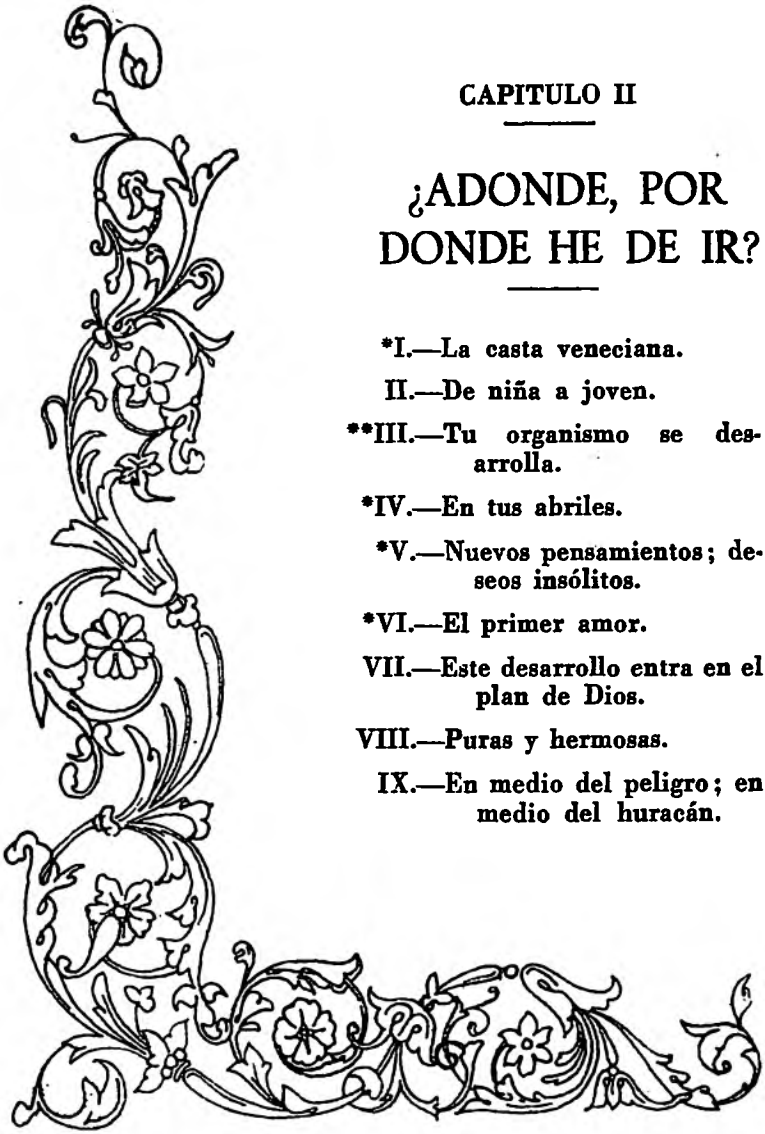
El desarrollo de esta semilla, que ahora está madurando en ti, puede tener buena o mala dirección, según tu comportamiento de ahora, según tu recato y tu pureza, y de ello depende que, al llegar a la edad núbil, seas la bendición o la maldición de la familia que fundes. ¡No olvides que un sinnúmero de hijos neurasténicos, ciegos de nacimiento, idiotas, paralíticos, criminales, locos, maldicen los pecados y excesos juveniles de sus padres!

La buena voluntad, el recto sentir que ahora tienes, se verán expuestos, por desgracia, a mil pruebas y tentaciones. Libros, cuadros, obras teatrales, películas, anuncios, tarjetas postales, diarios humorísticos, canciones de *cabaret*, sainetes, escaparates de librerías, artículos de periódicos... te acometerán en tropel, y te gritarán al oído que «no seas gazmoña»; que «no seas *cursi*, atrasada»; que «no seas beata»; que «las muchachas modernas todo lo han de saber...»; que busques el placer donde puedas, cuando puedas y tanto como puedas. En este mundo moderno, tan revuelto, no oirás otra cosa que esto: el amor y el placer son el único objetivo de la vida.

Y te encontrarás con la cabeza aturdida y el corazón encogido en medio de ese ruido y barahunda de mercado.

No sabrás qué hacer, qué pensar, qué norma de vida has de seguir.

Llegarás a la bifurcación de los caminos, decisiva, de que depende la suerte de tu vida. Y te encontrarás con la cuestión —¡cuestión muy grave!— que reclama contestación: *¿Adónde, por dónde he de ir?*



CAPITULO II

¿ADONDE, POR DONDE HE DE IR?

*I.—La casta veneciana.

II.—De niña a joven.

**III.—Tu organismo se desarrolla.

*IV.—En tus abriles.

*V.—Nuevos pensamientos; deseos insólitos.

*VI.—El primer amor.

VII.—Este desarrollo entra en el plan de Dios.

VIII.—Puras y hermosas.

IX.—En medio del peligro; en medio del huracán.

** *«No es rey el que no es rey de sí mismo e impera y tiene dominio de sus apetitos y pasiones.»*

(V. María de Agreda: *Correspondencia con Felipe IV.*)

Tienes ya catorce, dieciséis años cumplidos. Entras en un nuevo período de tu vida, acaso el más importante y decisivo. Pronto el mundo desplegará ante tus ojos, como en visión de caleidoscopio, todo el panorama de sus pompas.

Y se abrirán a tus pasos dos caminos. El de la liviandad y el de la pureza.

Mira el camino de la relajación. Por él marcha en carrera vertiginosa el teatro del mundo, que diría nuestro Calderón: ese teatro en que priva todo lo que es mascarada y falsía. Por tus oídos se deslizan invitaciones y galanteos, palabras de amor, de felicidad... Noches de luz deslumbrante...

Opuesta al camino de la liviandad, arranca la vía de la pureza. Si quieres mantenerte fiel a Jesús, a Aquel que un

día memorable vino a tu pecho por vez primera y llenó tu corazón de sanos anhelos, renuncia a esos placeres falsos y sigue el camino de la castidad. Por él marcharon antes que tú, millares de jóvenes cristianas, que hoy tremolan en su mano la palma del martirio entrelazada con azucenas de virginidad.

*I.—La casta veneciana

Corren los años de 1454. La isla de Negroponto o Eubea pertenece a la Señoría de Venecia. Su gobernador, Pablo Ericio tiene una hija, célebre por su hermosura y recato.

La isla es tomada por los turcos, y Ericio muere, aserrado vivo por medio cuerpo Su hija cae cautiva en manos de los infieles. Comparece ante el Sultán, que se prenda de su belleza y espíritu valeroso.

Mahomet II le habla con mimos: le promete riquezas y hacerla sultana si renuncia a su fe y castidad.

—Soy cristiana —responde la joven—; guarda para otra tus promesas; soy de Cristo, a quien empeñé mi palabra de ser casta.

—Pero ¿no ves que puedo hacerte rica y feliz?

—Desprecio tus riquezas. Los reinos que me prometes los tengo en nada.

—Veo que la prisión ha oscurecido tu discurso. Te dejo algunos días para que medites bien tu decisión.

Y Mahomet la entregó a dos guardas con órdenes secretas de que la persuadan a renegar de la fe cristiana y consentir en sus propuestas.

A las insinuaciones de sus custodios responde la virgen cristiana:

—Perdéis el tiempo en hablarme; decid a vuestro amo que sé la muerte dolorosa que ha dado a mi padre, a pesar de haber prometido conservarle la vida. Soy cristiana: mi cuerpo y mi alma son santos. Jamás se mancharán con el pecado. ¡Antes morir!

—Pero ¿sabes —le replican los eunucos— quién es nuestro Sultán? Sus reinos son los más extensos; sus riquezas, las mayores; su poderío inmenso. En su serrallo tiene las

mujeres más hermosas. De ti depende ser su princesa favorita.

—Ea, abreviad razones. Decid a Mohamet que rechazo con energía sus ofertas. Lejos de halagarme, las considero como la más grave ofensa con que podéis lastimarme.

Pasados varios días, es de nuevo presentada al Sultán. Despechado éste por las negativas de la joven cristiana, pretende deshonrarla por la fuerza. La joven lo rechaza, y con rostro airado lo arroja de sí. Irritado el turco, allí mismo la corta la cabeza con su cimitarra.

Y muere la «casta veneciana» sin renunciar a su fe, sin abandonar el camino de la pureza.

Acaso tú también, un día u otro, oigas promesas parecidas..., a condición de que renuncies a tu pureza. Entonces deberás tomar una decisión heroica para salir vencedora, pues *la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu* (1).

Escúchame atenta lo que voy a decirte.

II.—De niña a joven

Entre los trece y los quince años de edad, y acaso antes, notas en ti misma cosas asombrosas, cosas nuevas. Así tu cuerpo, como tu alma, sufren un cambio, como si empezaran a bullir; se inician en ti nuevos fenómenos, y sientes deseos que antes no conocías. Te pasa lo que al mosto cuando empieza a fermentar para trocarse en vino sabroso. Es el período de transición; la niña inconsciente se transforma en muchacha que tiene conciencia clara de su estado.

Este importante cambio invade y sacude las más pequeñas partículas de tu cuerpo. Casi diríamos que la niña condenada a perecer lucha en ti con la muchacha que ha de nacer. Así como en primavera la fuerza intensa de la vida sube a las ramas de los árboles adormecidos durante el invierno y la circulación fresca, rebosante de la savia, empieza a abrir las yemas y las hace estallar, reventar, así también corre la sangre en la primavera de la vida, y pal-

(1) *Carta a los Gálatas*, V, 17.

pita en tus venas, y remueve tus deseos, tus pensamientos...

Y tú, ¿qué haces?

Medio aturdida, avergonzada ante la presencia de sentimientos nuevos, sin comprender nada, miras tu alma y casi te sientes como una extraña frente a ti misma, frente a tu antiguo «yo». Como las aves de paso a los primeros rayos del sol otoñal, tú te sientes presa de angustia, de inquietud.

Dime: ¿no es así?

III.—Tu organismo se desarrolla

En primer lugar, tu cuerpo experimenta un gran cambio. Tus miembros se redondean, tu figura cobra líneas femeninas. No sabes qué hacer con tu busto, que empieza a destacarse... ¡Qué pronto desagradan los trajes que antes hacían tu ilusión! Durante las vacaciones crecés quince centímetros, y en dos o tres años te conviertes, como cualquiera otra de tu edad, en una damisela que presume de hermosa. Ya no te mueves como las pequeñas, pero tampoco tienes el andar mesurado de las señoras. Tu pulmón se ensancha; tus músculos se ponen más gruesos; tu cintura se perfila. En tu rostro de niña empiezan a marcarse los primeros rasgos de mujer. Y cuando nadie te ve, consultas al espejo tu peinado, tus gestos, tus risas..., tu persona. ¿No es así?

Todo indica que estás en la primavera de la vida. Y *la primavera es un tiempo de valor inapreciable: ¡decisivo para la cosecha de todo el año! Después de una mala primavera es estéril el verano, espantoso el otoño.*

Y no es tan sólo tu figura exterior la que cambia, sino que van desarrollándose también los nobles órganos de tu interior. El corazón, el pulmón, el cerebro, todo el sistema nervioso se lanzan, crecen, se ensanchan, con un trabajo interior enorme, para estar en consonancia con todo tu cuerpo.

Esta transición de la niñez a la adolescencia es *una verdadera tempestad, un vendaval.* Muchas veces sientes dolor de cabeza, vértigos, echas sangre por la nariz, y tu corazón empieza a latir con asombrosa vehemencia. Mensual-

mente, y durante algunos días, pierdes una cantidad variable de sangre: es la *menstruación*. Tu cuerpo, congestionado en días anteriores, expulsa la sangre inútil y se renueva. Te sientes cansada; no aciertas a fijar la atención en cosas serias; la tristeza te invade; asoman a tus ojos las lágrimas, y te dices, sorprendida: «Pero ¿qué es lo que me pasa?»

No te apures ni te entristezcas, querida joven. Es la naturaleza que despierta y te trae el mensaje del Señor. Podrás un día ser madre. Ya es hora de que lo sepas: es el misterio de las madres. Debes saberlo, y por eso te lo voy a explicar.

Cuando la niña se hace mujer, todos los meses se desprenden de los ovarios —órganos internos propiamente femeninos— óvulos, a modo de semillas sumamente diminutas. No están quietos: bajan poco a poco y se albergan en la matriz. Allí aguardan la presencia de otro germen vivo, aún mucho más diminuto: el masculino. Si ambos elementos se unen en debidas condiciones, germina un nuevo ser, que va desarrollándose, día a día, a expensas de la madre, hasta que, al cabo de nueve meses, sale al mundo, bajo la forma de un muñequito de carne y hueso, mensajero de alegrías e ilusiones que animará el hogar.

De no verificarse la unión antes dicha, el óvulo es expulsado, y el organismo se descarga de la sangre inútil. Este fenómeno, que acaso te repugne, es señal de juventud vigorosa. Desaparece al iniciarse la vejez.

¿Comprendes ahora, amada joven, el respeto religioso con que has de mirar aquellas partes de tu organismo, que son el tabernáculo sagrado de la vida, y con qué celo has de velar por la pureza de tu cuerpo, que, por voluntad de Dios, es la cuna de la vida humana?

Bendice, pues, a Dios, que te concede el honor de poder ser madre, para así cooperar a los planes de su Providencia.

IV.—En tus abriles

Tu estado psíquico es también variable, caprichoso; se excita con extremada facilidad; es veleidoso, soñador, re-

traído, vergonzoso, y quieres que todo el mundo te aprecie, que te aplauda siempre. Ahora estás de buen humor; un momento después tienes un humor de perros. Te pareces al mes de febrero—que nuestros padres llamaban, y con razón, *loco; febrerillo loco, que sacó a su padre al sol y lo apedreó*—: por la mañana sale el sol con cara de sonrisas; al cabo de media hora, un chaparrón te coge en la calle y te deja calada, y cuando llegas refunfuñando a casa, el sol entra de nuevo por tus ventanas.

Tú también sufres la influencia de todas las impresiones, y cambias a cada momento: ora te enardece un entusiasmo que sube hasta el cielo, ora te sientes hundida en el polvo por el sentimiento de la angustia, de la desesperación, sin que conozcas el motivo. Se apodera de ti el afán de la soledad, o de cambiar de sitios y personas. Por el más leve motivo te vienen ganas de llorar. En todas las caras crees percibir señales de desagrado, y te escondes de sus miradas.

Estás aburrida. Te sientes extraña e incomprendida entre los tuyos. En estos meses, en estos años, tu alma está... tan delicada y sensible, que la más pequeña corriente de aire la irrita y le produce inflamación. ¡Bronquitis del alma! Fiebre angustiosa se apodera de ti: refunfuñas, estás descontenta, te enfadas. Empiezas a reaccionar: vas eliminando tus temores; en el momento álgido casi no sabes hablar... serenamente, sino sólo hostilmente, con despecho...

Sobre todo, lo que desean las muchachas en esta edad es ser ya mujeres completas. ¡Cuánto darían por tener cuatro o cinco años más! De ahí el esfuerzo y la desazón con que procuran imitar a las mayores. Y lo sorprendente es que no imitan las virtudes y los actos nobles, sino las exterioridades de la vida; se visten como ellas, se mueven como ellas, se peinan como ellas, hablan como ellas y, en suma, hasta... presumen como ellas.

Quienes no conocen esta edad, cometen la imprudencia de reírse de ti, y dicen con guasa: «¡Pobre chica! Se ha comido el pavo hasta la cola.» Acaso no te comprenda tu misma madre. No sabe explicarse cómo tú, que antes eras tan obediente, ahora replicas y eres quisquillosa. Huyes de

las pequeñas, pretendes alternar con las mayores y tomas berrinches por cualquier cosa, y todo esto te desespera.

No es extraño, porque eres un misterio para ti misma; se te debe ayuda y no burla.

¡Oh, cuán feliz es la que en esta edad encuentra un guía prudente, discreto, a quien consultar con entera confianza todas sus dificultades! ¡Y cuán desgraciada la que acude con sus dudas, con sus graves problemas, a la iniciación insensata de compañeras indiscretas!

V.—Nuevos pensamientos; deseos insólitos

Sientes aún otras cosas extrañas. En tu alma, alma de niña, hasta ahora serena, armónica, sin preocupaciones, se verifican cambios de importancia. Una bruma extraña cae sobre ti. Vaga neblina envuelve tu ser. De las tinieblas de lo ignoto suben pensamientos y deseos que antes ni siquiera sospechabas, y que ahora, al encontrarte con ellos por vez primera, te confunden. Recuerdas la tranquilidad anterior de tu espíritu, su serenidad y tersura de hace unos años, y en medio de la turbación que te causan los pensamientos nuevos, escuchas con pavor la voz de la duda: «¿Qué pasa? ¿Iré a perderme?»

No, no. Está tranquila; todavía no tienes por qué acongojarte.

Pero quiero inculcarte una idea: has de saber que todo tu porvenir, la rectitud moral de tu vida, se decide en estos años, en la llamada «edad crítica». Ahora es cuando se echa el dado sobre esta disyuntiva: o el espíritu, que es el único llamado a gobernar, logra enseñorearse de los bajos instintos, y entonces te conviertes en dama de nobles sentimientos y elevado pensar, o te sometes como pobre esclava al yugo tiránico de las pasiones.

Lo que acabo de escribir y lo que iré escribiendo en las páginas siguientes se refiere a las jóvenes que han llegado a este período de su desarrollo sin haber sentido ninguna influencia nociva exterior, porque, por desgracia, son muchas las que, prematuramente iniciadas por amigas libres, atra-

vesaron antes de tiempo la crisis..., pero no la pasaron incólumes.

Empieza a manifestarse en ti una fuerza nueva de que nada sabías hasta ahora, cuya existencia ni siquiera sospechabas: la llamada «fuerza sexual».

El plan de Dios es admirable. El niño nace impotente, y despacio, por grados, va adquiriendo fuerzas, según lo reclama la edad. Al principio no tiene dientes, no los necesita. Pero a los doce meses de edad ya ha de masticar alguna comida...; entonces le salen los primeros dientes. Aumenta el número de éstos a medida que crecen las necesidades. Es cierto que ya al nacer tiene los dientes como en germen, pero éste se esconde bajo las encías, esperando con paciencia su tiempo, el tiempo en que la necesidad reclama sus servicios.

De un modo análogo está latente la fuerza sexual hasta la edad de once a quince años. Las niñas nada saben de ella; no saben siquiera que exista, a no ser que las amigas imprudentes les hablen de ella con lenguaje grosero. Pero en esta edad empieza a despertarse esta fuerza, y a medida que saca la cabeza en una u otra forma, espanta y llena de temor a las muchachas de conciencia delicada. Este proceso dura desde los trece años hasta los veintitrés, aproximadamente, y tiene su período álgido entre los catorce y los dieciocho.

Pero ¿qué es esta «cosa» nueva que empiezas a sentir?

En primer lugar, paras mientes cada vez con mayor frecuencia en el hecho, que, desde luego, conocías antes, pero no lo pensabas con curiosidad, de que la Humanidad está dividida en dos sexos.

En una parte, los hombres; en la otra, las mujeres.

Es un hecho que nunca te había preocupado. Las relaciones que pudiste tener con los niños se limitaban a esto: los niños te buscaban para jugar, y tú huías de ellos. Ahora notas en tu interior extraña alegría al estar junto a ellos.

Si hablas con muchachos en sociedad, se apodera de ti un deseo de agradar extraño, que antes no sentías; después sientes calor, alegría. Procuras parecer guapa; les dejas entrever tu hermosura, real o imaginaria; tu finura, tu educación; te sientes halagada cuando algún joven te ofrece, galante, sus servicios, o cuando al caérsete el pañuelo, el guan-

te, el joven te lo devuelve con profundas inclinaciones y con tal refinamiento, que se echaría de cabeza a un pozo para complacerte.

VI.—El primer amor

De nuevo en casa, entre tus libros—de los últimos años de colegio—o en las labores domésticas, has de apelar a todas las energías de tu voluntad para salir del paso con la lección o el trabajo del día siguiente. Tú bien quisieras aprender; quisieras saber cómo se eleva un número al cuadrado y cómo se extrae la raíz cuadrada..., quisieras ser un «hada» en la labor; pero..., ¡he ahí!..., de repente notas que a la raíz cuadrada le salen ojos, orejas, boca, y ¡en un momento —ni tú misma sabes cómo—ves dibujada en el cuaderno de matemáticas... una simpática silueta masculina!

Sacas la Literatura. Preparas la lección de Preceptiva. «¡Jesús, qué lección más pesada!... Y, en cambio, ¡qué simpático es Carlitos!, ¡qué tipo tan estupendo!, ¡qué dientes tan blancos! y ¡qué corbata tan elegante, tan chic!... ¿Me dirá algo? Seguro que hoy le veré... ¿Cómo me vestiré esta tarde?... ¿Me sentará mejor el traje azul?... ¿Me ondularé?... La verdad es que hoy no tengo el guapo subido...»

Y, sin embargo, esto no es más que el principio.

Después te vas dando cuenta de que estos y semejantes pensamientos ganan terreno, cada vez mayor, en la cabeza, hasta embargar todo tu ser. No hay que darle vueltas: has de confesar que estás enamorada. Y tu conciencia honrada empieza a agitarse, y no llegas a comprender qué es lo que pasa contigo. Algo misterioso empieza a madurar en ti. La semilla ha estado oculta y dormida en el fondo de tu alma, y ahora tu mente de niña aturdida, acaso pregunte con espanto: «¿Es trigo, es cizaña?»

VII.—Este desarrollo entra en el plan de Dios

Una vez más, amada joven, te lo repito: todavía no hay de qué temer. Todo esto es cosa natural: es un proceso que un día u otro ha de entrar en la vida de todos. Aún más —para hablarte sin ambigüedades—: estos movimientos y sentimientos *forman parte del plan de Dios.*

Recuerda lo que te dije en el primer capítulo tocante al «plan del Creador», que quiso que la tierra se alegrase con las sonrisas de los niños. Ya viste en aquel pasaje con qué admirable y santa sabiduría proveyó Dios a la conservación de la Humanidad. Es voluntad del Señor que en el santuario de la familia se junten y se fundan el amor mutuo de un hombre y una mujer, y que con la unión de los cuerpos y el amor de las almas, la Humanidad vaya contando nuevos capullos humanos, y de este modo se llenen las brechas que la muerte abre en la tierra.

Por tanto, brotan en ti estos nuevos sentimientos según las leyes de la Naturaleza, *y las leyes de la Naturaleza son santas y se conservan tales mientras el hombre no las trastorna con mano imprudente y pecadora.* Nuestra alma es santa si sigue las leyes de Dios; santo también nuestro cuerpo, morada de incomparable hermosura preparada para el alma.

Ves, pues, joven amada, cuál es el plan del Creador. Por su divina voluntad empieza a despuntar en la adolescencia el interés, el atractivo por los muchachos, entre los cuales has de encontrar también tú un día el compañero de tu vida. El amor, es decir, la inclinación recíproca de uno y otro sexo, en su tiempo y lugar no solamente no es pecado, sino, por el contrario, uno de los dones más preciosos de Dios.

Pero el amor es, a la par..., ¡una fosa oscura!

VIII.—Puras y hermosas

Según la santísima y eterna voluntad de Dios, estas tendencias que empiezan a despuntar en ti, y en adelante se

intensificarán a medida que crezcas en años, *sólo pueden encontrar satisfacción en el matrimonio,* que el mismo Creador instituyó con vistas a la conservación de la especie humana. Pero ¡tú estás todavía lejos del matrimonio! ¡Muy lejos!

Por tanto, ahora tienes el sagrado deber de guardar estos deseos y tendencias en su pureza, en su virginidad incontaminada, hasta el día en que serás conducida al altar del Señor, en que tu prometido te reciba blanca como la nieve.

Antes del matrimonio, nunca, por ningún motivo, con nadie has de dar satisfacción a estas tendencias ni prestar oído a su voz seductora. Fuera del matrimonio no es lícito detenerse, a sabiendas y con plena deliberación, en complacencias, deseos, sensaciones y actos que se refieren a la llamada «vida sexual».

Está alerta y no consientas nunca en dar entrada a tales pensamientos, miradas, conversaciones y acciones. Y si, a pesar de todo, surgen semejantes imágenes en tu fantasía, ahuyéntalas—*en cuanto las adviertas*—con alguna oración jaculatoria a Jesús o a María, o con otros pensamientos. No olvides jamás y por nada del mundo que antes de contraer matrimonio no te es lícito dar satisfacción a tales sentimientos. Si de esta manera obras, irás por el camino recto. Esto es lo importante; encarecidamente te recomiendo que tomes nota de ello para no olvidarlo nunca.

Un peligro de especial gravedad te amenaza en estos años por parte de la fantasía. En esta edad, toda muchacha se vuelve más o menos soñadora. Te conviene estar siempre sobre aviso para no caer en el mal de tantas y tantas jóvenes que durante semanas y meses están locas por el héroe de alguna lectura o película, reviven en su fantasía jornadas enteras, y mientras van tejiendo planes magníficos y brillantes respecto a su porvenir, se descuidan de sus deberes, de sus trabajos y se quedan muy atrás en todo. ¡Alerta! ¡Que la neblina de la fantasmagoría sentimental no envuelva tu alma!

Repito lo que ya te dije. Estos nuevos deseos, estos ensueños, estos instintos, se despiertan en *toda* muchacha ado-

lescente, sin excepción. La tendencia sexual que sientes es de suyo algo santo, ya que es participación misteriosa de la fuerza creadora de Dios. Por tanto, no ha de causarte inquietud el hecho de sentirla. Esto solamente indica que *ya ha empezado en ti el proceso de ovulación* y van acumulándose, según los planes de Dios, las fuerzas y elementos que más tarde necesitarás para cumplir la misión de madre de familia.

Cuanto más tarde entres en este período, mejor. Las que más pronto lo experimentan (fuera de la edad conveniente) son las enfermizas y las que tienen un sistema nervioso débil; las más tardías son las más sanas (hacia los quince años). Por tanto, alégrate de ser mucho tiempo «niña», así podrás desarrollarte con más tranquilidad. Las frutas primerizas y las jóvenes precoces no son de gran provecho. Tú misma has podido observarlo. Vas al jardín; el manzano está cargado de frutos, no maduros aún en su mayor parte; pero acá y acullá se ve una que otra manzana de colores vivos. Aprisa y con alegría vas a cogerlas; ¡son tan hermosas! Les das un mordisco y... las echas: están llenas de gusanos; todas son taradas. *Gute Dinge brauchen Zeit*—dice el proverbio alemán—: las cosas buenas necesitan tiempo.

Y cuando tu desarrollo llega ya a la madurez, ha de ser para ti un sagrado deber no excitar, no alimentar con lecturas, conversaciones, miradas, imágenes o acciones sensuales, los instintos que se despiertan, sino refrenarlos con el pensamiento de los deberes que te esperan, según el plan del Creador.

IX.—En medio del peligro; en medio del huracán

He ahí, joven amada, cómo tú también llegas un día, en el proceso de tu desarrollo, a la bifurcación de los caminos. Delante de ti aparecen, como aparecieron a la «casta veneciana», la «Culpa» y la «Virtud», y te invitan a seguir sus respectivos caminos. La «Culpa» se te presenta en una forma encantadora y te ofrece a manos llenas sus voluptuosos placeres.

Las tendencias de que más arriba hablamos, a medida

que pasan los años—colegiala, estudiante ahora de segunda enseñanza, universitaria después, acaso profesional de la aguja, de la música, del arte—, querrán mandar en ti cada vez con más exigencia y tiranía.

Como el ronco aullido de hienas y chacales feroces da escalofríos a la caravana que por la noche descansa en el desierto, así las vehementes embestidas de las tendencias sexuales turban de continuo los años de tu juventud. Con colores hechiceros se te presenta el placer, el gozo que el pecado te promete de un modo seductor. Tentaciones incesantes te invitan a abandonar el camino de la pureza; no parece sino que un diablo, libre de cadenas, se agita en ti y te suplica, y te hace promesas, y se ríe de ti y te empuja a la desesperación y te lanza... ¡adelante!, ¡adelante!, y te instiga a echarte de cabeza en los goces sugestivos de tus tendencias.

En el bramar de esta deshecha tempestad casi no te percatas de la noble figura de la «Virtud»; apenas oyes su voz de amonestación en medio del motín y griterío de los sentidos. ¡Muchacha!, no creas en la «Culpa». Consérvate pura. No peques, ni de pensamiento, contra la pureza. Guarda intactos, según el mandato del Señor, tu cuerpo y tu alma; guárdalos para el futuro compañero de tu vida..., para tus futuros hijos... Créeme: únicamente así podrás un día ser mujer honrada, mujer feliz, mujer de carácter...

Y el huracán sigue desencadenándose. Es espantoso alrededor de los dieciocho, veinte, veintiún años. *Tú, querida joven, has de permanecer firme, has de erguirte, inconmovible, en medio de las olas encrespadas, espumeantes.* Has de sostener el combate de las pasiones durante varios años; pero, mira, estos años de guerra son realmente años «que cuentan doblemente». Doblemente, porque en este tiempo se forma, en definitiva, tu carácter. Ahora se decide la suerte de tu vida entera.

Como duros martillazos resuenan las palabras del pagano OVIDIO: *Nulla reparabilis arte laesa pudicitia est: deperit illa semel* (1). «No hay arte capaz de reparar el pudor herido: perece éste para siempre.» Sólo una vez puedes perder

(1) OVID. *Her.*, V, 103-104.

tu virginal pureza. ¡Ay de ti si das el primer tropiezo, por que ya empiezas a deslizarte por la pendiente. La muchacha de carácter es aquella que en sus años juveniles supo sujetar a duro freno sus pasiones. Fácil es caerse de la silla de montar; difícil colocarse otra vez en ella. ¡Cuidado! Que por un paso en falso no hayas de llorar un día la felicidad y la áurea inocencia de tu alma con palabras semejantes a las de GRILLPARZER:

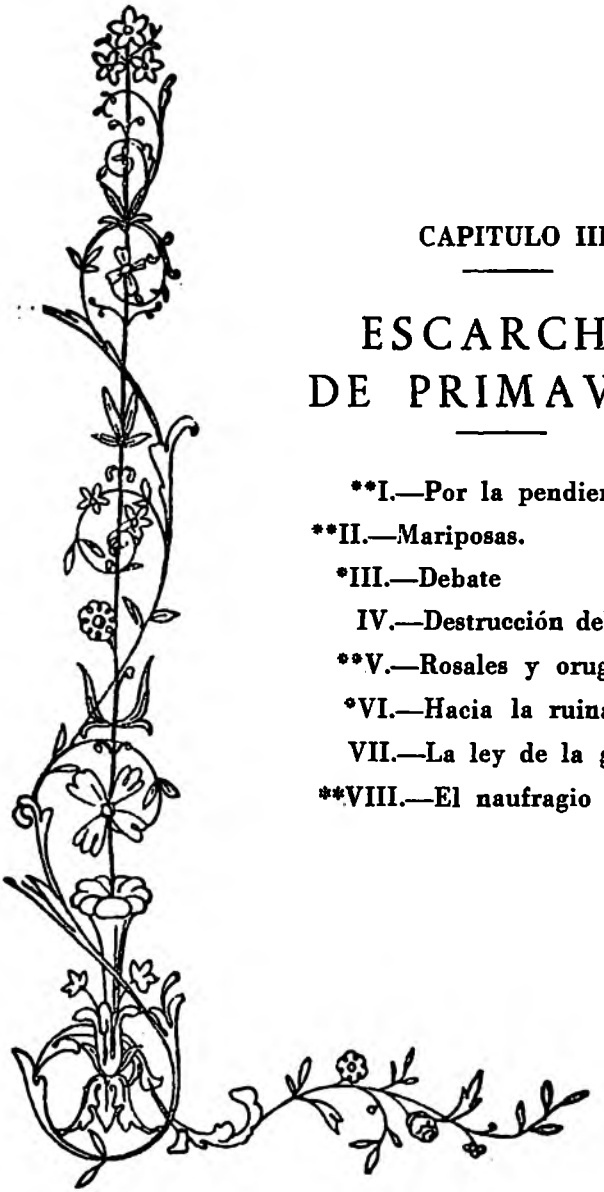
Boesewicht, gib mir zurück,
Menier Seele goldnen Frieden,
Meines Daseins ganzes Glück,
Meine Unschuld mir zurück.

(*Die Ahnfrau*, III, 109)

«Malvado, devuélveme la áurea paz de mi alma, toda la felicidad de mi vida, mi inocencia. Devuélmelas.»

Amada joven, ¿quieres conservarte pura? ¿Comprendes que en el período de desarrollo tus nuevos deseos no tienen derecho todavía a exigir satisfacción, porque sólo son avisos de Dios respecto al trabajo sublime, creador a que te tiene destinada *en el porvenir?* ¿Quieres preservar el vergel de tu alma de la devastación que causa la escarcha de mayo? ¿Quieres tener a raya, con mano vigorosa, tus vehementes tentaciones? ¿Quieres poner orden en tus pensamientos? ¿Quieres tener firmeza de granito y no errar tras la luz falaz de fuegos fatuos? ¿Quieres esposar con las leyes del espíritu los instintos alocados cuando un infierno de deseos quema tu sangre? *Joven, amada joven, ¿quieres conservarte pura?*

Hay jóvenes—por desgracia—que no vigilan, que emprenden sin recelos ni suspicacias el camino de la pendiente. Y sin embargo, ¡ay de aquella que empieza a bajar!... ¡Ay de aquella cuya alma, en pleno florecer, recibe la escarcha de una noche de mayo!



CAPITULO III

ESCARCHAS DE PRIMAVERA

**I.—Por la pendiente

**II.—Mariposas.

*III.—Debate

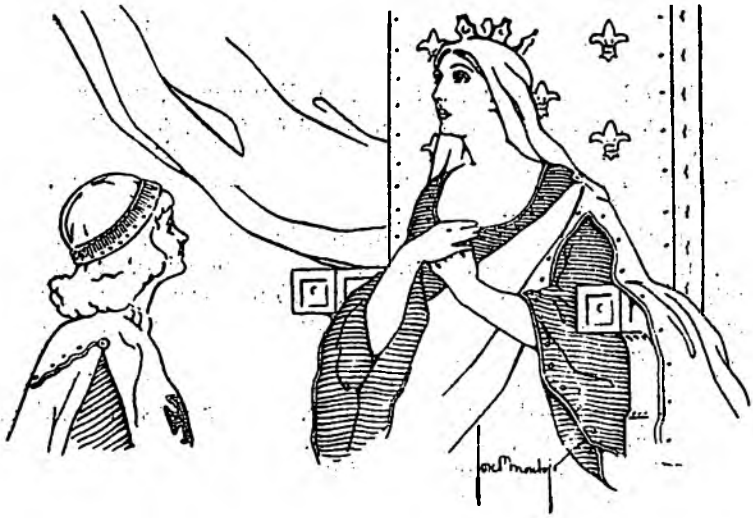
IV.—Destrucción del templo

**V.—Rosales y orugas

*VI.—Hacia la ruina

VII.—La ley de la gravedad

**VIII.—El naufragio



«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»
(San Mateo, V, 8.)

Un día tú también llegas a la bifurcación del camino. ¡Cuidado! ¡No escojas la senda seductora! Le será muy difícil detenerse a la que ha empezado a bajar por la pendiente. Mira si no la triste suerte de la pobre muchacha que ha emprendido el camino resbaladizo de la frivolidad. También en ti, como en todas, se despertarán un día instintos y deseos, según decíamos en el capítulo anterior. Se despertarán en ti una curiosidad indefinible, un deseo vago de indagar los secretos del origen de la vida y satisfacer las tendencias incipientes; una curiosidad malsana te arrastrará a hablar con personas que saben decirte muchas cosas.

Ahí tienes el caso de una jovencita.

Tenía unos catorce o quince años de edad, cuando un día fué al cine.

Se rodaba, precisamente, una película soez, un drama de amoríos. Hombres y mujeres, todos mezclados, de juerga en un cabaret. Los hombres estaban fuera de sí; las mujeres iban apenas vestidas. Copas de champaña que chocan, música desenfrenada...

En el alma de la pobre muchacha asomó un sentimiento. un deseo, un pensamiento antes no conocido, como si al mismo tiempo hubiera experimentado una grave caída. ¿Qué caída era ésa? ¿Quién lo sabe? Un castillo amado, todo un mundo yacía en ruinas.

—Oye, tú, ¿no te gustaría ser de esas «que triunfan»? ¿No te parece?—le susurró al oído, con los ojos encendidos, una de sus amigas, joven como ella.

«¡Sí», gritó una voz en el interior de la joven. «¡No!», le contestó al momento otra voz. De nuevo «¡Sí!», y otra vez «¡No!» Ella se callaba. Miraba..., miraba con los ojos pegados a la pantalla la escena excitante. Su rostro se encendió, la emoción le quemaba. Cuando, terminada la sesión, salió a la calle y el aire fresco rozó sus mejillas, apoderóse de su alma una tristeza sin nombre: «He cometido un pecado mortal.»

Volvió a casa. Quiso estudiar la lección del día siguiente. ¡Imposible! Su mente estaba como embotada, su alma llena de turbación. «Iré a confesarme.» Y sólo se tranquilizó cuando acariciaron su alma alborotada las suaves palabras del director espiritual: «En adelante, ten más cuidado, hija mía.»

—Prometo nunca más...

Por desgracia, después de algunos meses, fué a ver una pieza teatral. ¡El título era tan inocente! ¡*El despertar de la primavera!* ¿Quién podría sospechar que jóvenes y muchachos iban a desmandarse en el escenario? Y desnudarse como no podrían hacerlo en la calle, porque aquí el guardia los arrestaría al momento. En cambio allí, en el teatro, hasta se paga la entrada, a subido precio, para ver el espectáculo.

La muchacha no podía consigo misma. Con los ojos abiertos, hasta rasgárselos, miraba al escenario. Su corazón latía con fiebre.

Cuando volvió a casa, pensamientos sucios, remolineaban en su cabeza. Al acostarse y querer rezar la acostumbrada

oración de la noche, sintió el aguijón del remordimiento. «¡Otra vez he pecado!» La Virgen Dolorosa la miraba desde su cuadro con lágrimas. No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Sollozaba el alma, sollozaba con vehemencia. «Mañana iré a confesarme...» Con este propósito se durmió por fin. Era hacia la madrugada.

Mas por la mañana, al despertarse, ya no estaba dispuesta a ir a confesarse. Aún más: se animaba a sí misma de esta manera: «¡A fin de cuentas, ya soy una mujercita! ¡Tengo que saber ya estas cosas! ¡No soy ninguna chiquilla! Estas cosas sólo me interesan para el porvenir, para mi vida.»

Algunas semanas más tarde, una «amiga» la llama aparte al salir de clase, y durante un descanso le presta una novela ilustrada. La muchacha revienta de curiosidad; espera con ansia el toque que anuncie el final de las clases. Corre a casa, se encierra a solas en su aposento; al principio hojea, poco a poco, aquellas «páginas descaradas»; tiene vergüenza de sí misma y cierra la novela. Pero... luego las devora. Todavía su conciencia levanta su voz de cuando en cuando en las noches silenciosas; pero su acento es cada vez más débil, su oposición mengua, hasta que un día... calla por completo. Un silencio envuelve el alma de la joven... Silencio de muerte, silencio de tumbas...

Es justamente lo que ella deseaba: que nadie le cerrase el paso cuando se lanzaba a vivir su vida.

Y la joven ahora... «vive su vida».

**I.—Por la pendiente

Ya ha oído, leído y visto y ¿hecho? muchas cosas... Paso a paso se ha ido transformando en una joven «libre y sin prejuicios».

En sus ratos de ocio sueña como la princesa de la *Sonatina:*

«¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?...
... ...
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,
... ...
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

(RUBÉN DARÍO.)

En el estudio, en la costura, en el lecho, persíguela el príncipe de sus dorados sueños. *¡Quién volara!...*

Nuestra joven es una elegante al último grito; no falta nunca al paseo de moda. Una tarde y otra tarde va dando vueltas con gracia encantadora. Por lo menos, ella está convencida de que es inimitablemente *encantadora*. Zapatos de cocodrilo, medias de cristal, guantes de fino ante, bolso descomunal con su neceser completo: un mundo entero dentro. Comparadas con ella palidecen las «estrellas» y se quedan tamañitas. En clase, al pasar a su vera, nadie comprende de dónde viene aquella nube de penetrante perfume. ¿Cómo sospechar que aquella damisela atenta es la soñadora princesa «de la boca de fresa», que se pasea en lujosa carroza y allí deja prendida su ilusión?

«¡Cómo triunfo!», piensa nuestra joven. Y no se le ocurre que «no es oro todo lo que reluce».

**II.—Mariposas

Ella sigue paseándose por la calle, en compañía de amigas del mismo tono, y corre la conversación «edificante». ¡Ay del muchacho que tiene la mala suerte de tropezar con esta camarilla! Ya, de lejos, le atraviesan con sus miradas flechadoras, y al pasar a su lado, dejan oír en voz alta alguna que otra frase, y se sonríen intencionadamente, sin perder de vista otra posible víctima de sus gracias.

Entre tanto, una de ellas da la noticia de que ha salido una interesante novela, no de esas «blancas» y «cursis», sino de las que retratan la vida tal como es. En su busca entran en la librería. Marichu abre su bolsillo para comprar. Y dicen al librero: «No se preocupe, sabemos de sobra lo

que podemos comprar. Hace tiempo que dejamos el uniforme del colegio.»

Dirigen después sus miradas a los escaparates de una perfumería.

—Oye, Carlota, mira: un nuevo tono de *rouge* se estila ahora...

—¿Cuánto cuesta, Mari?

—¡Jesús! ¡Qué atrasadas vivís! Pues no hace días que lo he visto en el escaparate—replica Charito—. Es un poco más caro..., pero no importa. Cuando tome la cuenta de la cocinera ya procuraré sacar un «piquito»... de mis ahorros de casa.

Por supuesto, en su bolsillo hay un lugar para los cigarrillos.

—¿Quién es capaz de pasar el día sin fumar? Se pone una de mal humor.

—Vaya, hija, que ya es hora de tomar el té. Creo que debemos tomarlo en un lugar elegante. ¿No?

Y se sientan en el lugar que creen más de moda: «Van allí tantos pollos bien. Además de que hay música, y podemos bailar con quien nos guste.»

Las copas se suceden, los cigarrillos humean, los bailes enardecen con sus ritmos.

—Delicioso, encantador, *formidable*...

—Chica, qué bien se pasa.

Entre baile y baile, suenan conversaciones libres, chistes maliciosos de los bailarines...

—¡Hija, qué suerte! Vaya un «aparte» más sabroso que has tenido con ese joven, que tan bien baila. ¡Las hay afortunadas!

Son escenas frecuentes de las jóvenes «modernistas». La caída de no pocas muchachas sigue estos derroteros. Por regla general, las que emprenden el camino de la liviandad lo hacen iniciadas o seducidas por amigas o compañeras de costumbres desenvueltas.

*III.—Debate

Por la noche no puede conciliar el sueño. Su angustia no es efecto de haber dejado sin hacer el trabajo que ha de

presentar mañana en clase. Al fin y al cabo, con una leve mentira se excusará. Son las conversaciones de la tarde, que bailan en su fantasía y ahuyentan el sueño; aquellas conversaciones en que las amigas descocadas explicaban, con reticencias y guiños de ojos, cómo se puede provocar a los jóvenes.

Un pensamiento sigue a otro. Pensamiento cuyo solo nombre la hacía estremecer hace algunos años. Su corazón empieza a golpear locamente; su sangre hierve, se rebela. Le gustaría probar, aunque fuera a medias, ese placer que tanto ponderan... ya que no está a su alcance el placer completo, ¿por qué no probar a solas algo de ese deleite? El deseo la quema a llamaradas. «Venga. Nadie me ve.» A probarlo, pues; a cometer el acto prohibido en su propio cuerpo; aquel acto que sabe *es pecado contra Dios y contra la dignidad humana*...; pero ¿quién tiene en cuenta esas cosas cuando se impone el placer, la pasión sensual, cuyo aullido imperioso ha adquirido incremento por la bebida, la conversación, la lectura, el cine, el baile de la tarde?...

IV.—Destrucción del templo

El primer pecado solitario está cometido. La desgraciada muchacha se metió por sí misma en el pantano..., se corrompió a sí misma. El «placer» apenas si duró medio minuto. Pero se abrió la primera brecha en el baluarte de la fortaleza... Por esta brecha se escurrirá, poco a poco, toda la energía y belleza de aquel cuerpo joven y toda la frescura y delicadeza de aquella alma.

La conciencia, adormecida, gime profundamente al despertar de su letargo. La joven se siente presa de un remordimiento amargo que la atenaza. Por un momento contempla su alma pura y hermosa..., así como era antes, y ahora, después de la primera caída, causa espanto a su fantasía la destrucción, la ruina repentina de mil puros ensueños, brillantes y hermosos.

Así debió llorar el profeta Jeremías sobre la ruina de la metrópoli judía y de su templo. Si en los entierros lloramos por el cuerpo, que se ve abandonado del alma, ¡cuánto más

hemos de llorar ahora por el alma, que se ve abandonada de Dios.

¡Ojalá llorase y llorase lágrimas de sangre esta joven por la profanación cometida en el templo de su cuerpo! Porque mil y mil templos no son sino tesoros amontonados, sin vida, riqueza de valor exiguo, si se los parangona con el templo vivo de Dios. En esto pensaba San Pablo al escribir en su primera carta a los corintios: «*¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros? Pues si alguno profana el templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es*» (1).

Pero el despertar de la conciencia no dura más que unos días. No pasa mucho tiempo y la joven ya está otra vez con las mismas compañeras. Aprende nuevas cosas, nuevos jóvenes despiertan sus deseos de gozar. Al cabo de una semana cae en el mismo pecado y reincide después a la semana siguiente, y la caída es cada vez más frecuente. Durante algún tiempo, su conciencia se debate todavía, como la llamarada de un tizón que está para apagarse, como la noble fiera caída en la trampa. Pero después se cansa..., se acalla, queda reducida al silencio. De todos modos, no se la escucha, ¿para qué hablar?

¡Pobre joven!... La gran energía, la acérrima fuerza de voluntad de tus años virginales... es una ruina. Aplicas el labio al borde de la copa para libar el néctar, y no te das cuenta del veneno que sorbes del fondo. ¡Ah! ¡Si a la edad de quince años pudieras prever el diluvio de lágrimas amargas que verterás a la edad de veinte años, debido a la influencia maldita de ese pecado! ¡Ah! ¡Si pudieras prever aquel trozo de lava endurecida, en que se convertirá tu corazón, a causa del fuego destructor; tu corazón, que ahora es limpio y virginal! ¡Ah! ¡Si te fuera dado ver de antemano aquel guiñapo sucio, a que se verá reducida, en unos años de pecado, tu alma pura y noble! ¡Ah! ¡Si pudieras oír su grito: «¡Ay de mí!»

«¡Ay de mi corazón, en que ardía un fuego que irradiaba calor y despedía su luz a lo lejos! ¡Ay de mis ojos, que, can-

(1) *1.ª Carta a los Corintios*, III, 16, 17.

dorosos y puros, reflejaban la sonrisa de Dios! ¡Ay de mi sangre, su ritmo es más lento! ¿Dónde está su brío, su hervor juvenil? ¡Ay de mí! ¡Qué lástima, qué lástima! Todo cuanto era, toda mi dulce juventud yace ahora aquí sin vida» (RADVÁNY).

En el tenis, si pierdes una jugada, puedes fácilmente compensarla con otra..., y aún puedes ganar el juego, todo es cuestión de saber dirigir bien la pelota; pero en lo moral es siempre muy duro rectificar las jugadas..., y a veces rayando en lo imposible:

Nessum maggior dolore
She ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.

«No hay dolor más grande que acordarse en la miseria del tiempo feliz.»

(DANTE: *La Divina Comedia, Infierno,* V, 121-123.)

**V.—Rosales y orugas

¡Y qué decir del carácter!

Energía, magnanimidad, piedad filial, dignidad, delicadeza, heroísmo, todo lo hermoso del alma cede su puesto a la indolencia y disipación en la vida de esta muchacha. Un rosal, en plena primavera, cuando tendría que estar cargado de rosas, está sin capullos, sin hojas, con el tronco desnudo, con las ramas comidas por asquerosas orugas. ¿Puede darse más triste espectáculo? Tal es el cuadro de la inocencia perdida, de la inocencia que el huracán desatado de las pasiones puestas en libertad azotó y deshojó. El rosal más fino, pasto de la oruga, tórnase sarmentoso, sus capullos, desprovistos de hojas, se queman antes de abrirse. No está todavía muerto, pero si las orugas viven libres en él, morirá sin remedio. Tal es la destrucción que el pecado solitario causa en quien se hace su esclavo.

La pureza es para el alma como el rocío, que brilla a guisa de diamante en los pétalos de las flores cuando éstas se despiertan por la mañana. ¡Es una sencilla gota de agua!, y ¡brilla tan hechicera!; pero si la imprudencia humana la quita

del cáliz de la flor, no bastan todos los océanos del mundo para suplirla.

Conoces, sin duda, la leyenda de Pandora, aquella mujer de maravillosa belleza. Llevó en arras a su esposo una magnífica caja de oro. Al abrirla éste, se escaparon de ella la miseria, el dolor, la enfermedad, e invadieron el mundo. Amada joven, los placeres prohibidos se parecen a esa caja de oro, que aparenta un contenido magnífico..., pero por de fuera..., ¡ay de aquélla que imprudente la abre!

Y no creas que esa joven..., aunque dé en pago la tranquilidad de su alma..., saboree por fin la felicidad. Si así fuera, no buscaría afanosa nuevos placeres. Su cuerpo, al que concediera el placer prohibido, es usurero impertinente. Nunca se harta, aunque reciba un placer tras otro, aunque agote el alma. El resultado de la vida voluptuosa es que el alma misma parece convertirse en carne: se hace egoísta, cruel, insensible. El alma se oscurece, pierde sus bríos, se encuentra desolada, y el cuerpo se agita de continuo en deseos impuros. ¡Pobre joven, a qué profundo abismo ha bajado!

Las plantas, acariciadas por el sol de primavera, florecen y dan fruto; los pajaritos inundan los aires abrileños de trinos, y de sus nidos sacan las cabecitas, todavía sin plumas, los hijuelos...; toda la Naturaleza sigue el camino que Dios le designara..., sólo nosotros, seres libres, pervertimos los designios divinos.

Cuando las caravanas que cruzan el desierto tienen sed..., a lo lejos contemplan las aguas cristalinas, en que se reflejan las palmeras..., anhelantes, corren en su busca; las aguas traidoras huyen..., hasta que los viajeros, con las fauces secas y los ojos encendidos, sucumben... Creían encontrar frescas aguas y sólo hallan arenas calcinadas... ¡Espejismos del desierto!

VI.—Hacia la ruina

Y sigue el maléfico deseo... La joven ansía gozar y más gozar, sin pararse. Los remordimientos no le hacen mella. Quisiera gozarlo todo. ¿A qué secretos? ¿Qué hay que no deba *gustar* la muchacha que se cree con derecho a vivir su vida

en plena soberanía, a dar a su cuerpo todos los placeres que le exige? Todo esto ha de saberlo.

Las ruinas siempre oprimen el corazón. ¡Qué tristeza no causa contemplar un magnífico templo deshecho por furiosa tempestad! Pero mil veces más triste es ver la destrucción que una conducta impúdica causa en el templo vivo de una joven, donde no ha mucho tiempo brillaba el mármol blanquísimo del altar santo y ardía el fuego sagrado de puros ideales.

Ahora ya no hay secretos para la joven. Ahora ya lo ha oído, visto, experimentado y hecho todo. Ahora ya vive su vida. Es feliz, ¿verdad? No lo es.

¿Por qué sus ojos revelan una tristeza profunda? ¿Qué significa aquella sombra misteriosa que empaña las facciones de su rostro? ¿Por qué no mira pura y franca, como antes? ¿Por qué se queda rezagada en sus estudios y trabajos? ¿Por dónde vagan sus pensamientos? ¿Qué serpiente se le enrosca y estruja su alma? ¿Por qué se siente extraña entre sus amigas y compañeras de antes?

Mas, por otra parte..., ¿no es cierto que ella lo sabe «todo»?

Sí, lo sabe todo, y... por eso es desdichada, porque sabe que la felicidad, que perseguía con fiebre y aún a costa de su pureza, de su carácter, de su dignidad, ha desaparecido. *La buscaba donde no podía hallarla.*

Si acercamos a nuestro oído un caracol marino, percibimos la voz sublime de su antigua patria, el mar; así percibe también la joven, en las horas de soledad, en las horas largas de la noche, la voz de los antiguos deseos y de los puros afanes, que sollozan; la voz del alma, que también solloza ahora atormentada. Cuando, con las mejillas encendidas, con el corazón palpitante, alargó la mano para capturar la mariposa de irisados colores, la mariposa de la supuesta felicidad, ésta se escapó; y en la mano de la pobre muchacha no queda más que el polvillo, oscuro, despreciable, de las minúsculas escamas de la mariposa.

En cambio, la mariposa se ha llevado consigo la tranquilidad, la felicidad, el porvenir de su alma.

«No hay placer que no tenga por límite el pesar; que con

ser el día la cosa más hermosa y agradable, tiene por fin la noche» (LOPE DE VEGA).

¿Qué es lo que quedó en el lugar del antiguo Paraíso? Un vacío de fauces horrendas; un vacío sin esperanzas, sin alegrías, sin estrellas; un vacío de letargo, de muerte!..

Cuervos, que revolotean a manera de espectros, graznan en el alma de la joven, en el alma que habría de estar llena de trinos sonoros del ruiseñor.

BLANCA DE CASTILLA, Reina de Francia, dijo en cierta ocasión a su hijo SAN LUIS: «¡Hijo mío! Te quiero más que a mi propio corazón. Tú eres mi único consuelo en la tierra, tú eres la esperanza del país..., a pesar de todo..., preferiría verte muerto antes que oír la noticia de que habías cometido un pecado mortal.»

¡Antes morir que caer en pecado grave! ¡Oh, cuán amargas serían las lágrimas de nuestros padres, cómo se quebrantaría bajo el peso del dolor el corazón materno, cómo se quebrantaría bajo el mundo el corazón paternal si vieran la tragedia de sus hijas en medio del pecado, si conociesen la sima adonde bajan!

Hija mía, ¿verdad que quieres ahorrar este dolor a tus padres que tanto se afanan por ti?

Alerta, pues, y medita estas palabras de SHAKESPEARE: «Tened siempre vuestra razón sobre el estímulo de las pasiones para vigilarlo, y *apartaos* del dardo del *deseo*... En la mañana de la *juventud* y en la hora de las suaves rosas, es cuando son más frecuentes los hálitos mortales y contagiosos.»

VII. — La ley de la gravedad

Hay una ley en Física según la cual el cuerpo, al caer, no baja con una velocidad uniforme, sino que *va acelerándose* a medida que el cuerpo se acerca al abisma, adonde le atraen misteriosas fuerzas de la tierra.

Esta ley de la gravedad no rige tan sólo en la Naturaleza material, sino también en la vida espiritual. El alma tiene sus tendencias, sus inclinaciones torcidas; en cuanto empezamos a ceder nos arrastran, con empuje cada vez más irresistible,

hacia los oscuros abismos del pecado. *Una sola ligereza, la primera caída...*, y entra en vigor la ley de la gravedad.

Por doquiera que pase, con sus terribles escuderos, el pecado de la inmoralidad, allí se marchita el verde césped, se inclina el talle, antes gentil; desciende el busto, antes levantado y firme; un cerco amoratado envuelve sus ojos; palidecen las rosas de la cara; se quiebra el carácter; es reseca hojarasca lo que había de ser sonriente flor; se hace astillas lo que había de desplegarse con delicada pompa.

Amada joven: voraces orugas se esconden en el fondo de nuestra naturaleza caída. No te dejes comer de estos gusanos insaciables..., ¡morderán tu carne, tu carne joven, fresca, pura! No los mires, porque, insaciables..., ¡devorarían tu cuerpo virginal y soliviantarían tu alma!

Cualquier otro pecado que cometa el hombre—así escribe San Pablo—*está fuera del cuerpo; pero el que fornica, contra su cuerpo peca* (1).

**VIII.—El naufragio

Es el mes de abril de 1912. Un lujoso y soberbio transatlántico, el *Titánic*, navega por primera vez con rumbo a Nueva York. Marcha veloz, porque quiere ganar la *cinta azul* de los cruceros.

A su construcción se han aplicado los modernos inventos, dicen que es insumergible. Hasta hubo en los astilleros de Belfast una mano que se atrevió a escribir en su quilla esta blasfemia: «Este no lo hunde ni Dios.» Alojados en espléndidas cámaras viajan los magnates de la riqueza. Las fiestas, bailes, conciertos... se suceden para hacer más agradable la travesía.

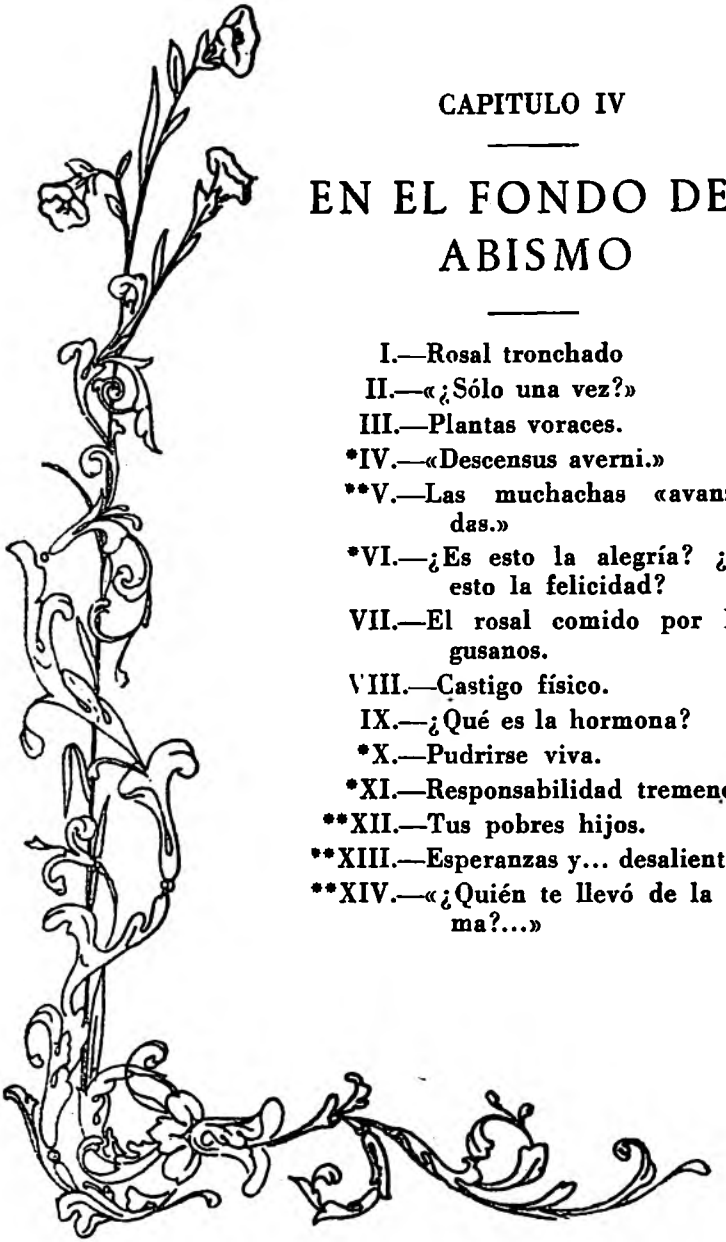
Mas he aquí que de las regiones boreales avanza en la noche un gigantesco *iceberg*. Los reflectores lo enfilan. «¡Peligro!», grita el vigía. «¡Botes al agua! ¡A toda marcha!», manda el capitán. Quiere esquivar el encuentro. Pero es tarde. El témpano de hielo choca contra el *Titánic*. Los viajeros despiertan sobresaltados. No se oye más que esta voz: «¡Estamos perdidos!» Y el telégrafo sin hilos lanza sin cesar al

(1) *1.ª Carta a los Corintios*, VI, 18.

espacio esta llamada: «S. O. S...., S. O. S. ¡Salvadnos!» Rápidamente, los viajeros asaltan los botes de salvamento. «¡Primero mujeres y niños!», grita una voz de mando. Las lanchas no reciben ya más náufragos. El buque comienza a hundirse.

Pero ¿quién es aquella joven, que brega aún contra las olas agitadas por el vendaval? ¡Ah! Es la diva X***, cantante de ópera. No hace todavía tres horas que en el salón de fiestas era aclamada por el pasaje. Quiere salvarse... Pero en vano... El frío crispa sus manos, los pies se le agarrotan, no hay quien pueda salvarla... El abismo la arrastra y... se hunde.

Mide, querida joven, la suerte de la muchacha que naufraga en la castidad: la vida inmoral la absorbe y empieza a hundirse.



CAPITULO IV

EN EL FONDO DEL ABISMO

I.—Rosal tronchado
II.—«¿Sólo una vez?»
III.—Plantas voraces.
*IV.—«Descensus averni.»
**V.—Las muchachas «avanzadas.»
*VI.—¿Es esto la alegría? ¿Es esto la felicidad?
VII.—El rosal comido por los gusanos.
VIII.—Castigo físico.
IX.—¿Qué es la hormona?
*X.—Pudrirse viva.
*XI.—Responsabilidad tremenda.
**XII.—Tus pobres hijos.
**XIII.—Esperanzas y... desalientos.
**XIV.—«¿Quién te llevó de la rama?...»

«Engañoso es el donaire y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, ésa será celebrada.» (Proverbios, XXXI, 30.)

NO hay joven que no oiga, tarde o temprano, el canto hechicero o la voz imperiosa del deseo impuro. Su razón cabal, su alma honrada, su corazón puro, su pudor virginal, sus nobles entusiasmos se aprestan para preservarla de la caída; su conciencia como campana tocando a muerto, estremecida, grita en su interior: «¡Oye, no lo hagas, no lo hagas!...»

Y, sin embargo, en estos trances vibra el canto de sirena, canto sugestivo, hechicero, cautivador; canto que embruja los sentidos, y la voluptuosidad deslumbra, con el goce fugitivo de un momento de placer, a la pobre alma, que se debate. No te dice esta voz lo que sucederá después de ese momento, hasta dónde descenderás, cuánto perderás, qué es lo que te espera; no te dice que das los primeros pasos para atacar y debilitar

tu sistema nervioso, para causar la ruina cierta de tu carácter, para desgraciarte por toda la vida.

Cuando en el cine la máquina de proyecciones lanza su luz y toma posesión de la pantalla, tu mirada, quieras que no quieras, queda clavada en el blanco y deslumbrante lienzo, sin percatarse de nada más en aquel momento, sin ver nada en torno tuyo. Del mismo modo deslumbra a la joven el fulgor del placer sensual, y la pobre, aturdida, no piensa, no delibera, sigue el deseo ciegamente.

Empieza a bajar por la pendiente del pecado...

y ¡ay de aquella que empieza a caminar cuesta abajo!...

I.—Rosal tronchado

No hay en el mundo placer *más corto* que el de la impureza ni hay uno *más caro,* puesto que hemos de pagarlo a un precio tan subido, como es el propio cuerpo y la propia alma. Sin exageraciones, en su plena realidad, quiero pintarte la triste suerte de la joven que ha caído. Acaso en algunos momentos te parezca inverosímil el cuadro. Lo tildarás exagerado; dirás que un solo pecado, el pecado de la impureza, no puede acarrear tantas y tan graves consecuencias; que una miseria tan espantosa no puede ser efecto de un solo traspiés. Pues sabe, joven lectora, que las siguientes líneas no trazan el cuadro completo de la degradación inmensa, de la ruina del cuerpo y del alma, con que la inmoralidad se cobra muchas veces durante toda una vida humana, otras veces durante la vida de generaciones enteras, los placeres sensuales de unos breves momentos.

No afirmo que el pecado impuro siempre y necesariamente causa la ruina del cuerpo; pero es corriente que la que se hace esclava de este vicio haya de pagarlo con el trastorno de su sistema nervioso; es regla general que cuanto más pronto se somete la joven al yugo tiránico y triste de esta pasión y se manifiesta más fuerte ella, tanto más se sienten las funestas consecuencias en el cuerpo.

Donde es segura la ruina es en el alma. Los daños que le causa este pecado, aunque la joven sea de constitución sana, son incalculables. Querida joven, no te dejes engañar por el

aspecto, acaso sano, atractivo, que presente la que pecó. Es posible que sus mejillas conserven el color de rosa, que sus energías hayan quedado incólumes; pero, a no dudarlo, ha sufrido mengua su energía espiritual, se ha debilitado su memoria, ha sido socavada su capacidad intelectual. Gime en ella el espíritu aplastado debajo de ruinas. El alma, llamada a ser reina, sufre el yugo vergonzoso de miserables pasiones.

Este pecado es falaz y ataca a mansalva. Sonriente y astuto, te promete cielo y tierra... antes de cometerlo; pero cuando te has rebajado a servirle de esclava, te abandona a ti misma, en medio de la desesperación torturadora, despojada de los tesoros más sagrados de tu alma...

Y lo más triste del caso: es muy difícil curar este pecado. A medida que se comete, va embotándose la sensibilidad moral del alma; son ineficaces las súplicas, son inútiles las amonestaciones del sacerdote, que habla con la autoridad que le da la religión. La fuerza de voluntad es nula.

La desgraciada joven quiere y no quiere. Ya por la mañana pierde muchos cuartos de hora, porque su voluntad es débil, y no logra hacerla saltar de la cama. Si se pone a trabajar, antes delibera largamente por dónde ha de empezar. En medio de grandes bostezos, ora va hojeando este libro o aquel otro, ora toma su labor, pero no se decide a trabajar. Está sentada en un cómodo sillón durante media hora, sin hacer nada, soñando; no es capaz de tomar una decisión seria.

De vez en cuando suspira, y piensa con sinceridad: «¡Oh, si las cosas fueran así... y asá!» Quisiera cambiar de conducta, pero nada hace para lograrlo. Se parece a las hilanderas del cuadro de Velázquez: las miramos hoy, mañana, dentro de un mes..., siempre las vemos en ademán de hacer algo..., pero no pasan de ahí. De tiempo en tiempo, después de una más profunda conmoción espiritual, se estremece y dice: «¡Ahora sí, cobraré fuerzas! En adelante seré casta...» Propósito infructuoso. El cohete estalla, dejando tras sí una oscuridad mayor que antes. *Esta muchacha difícilmente podrá salvarse porque ya no lo quiere seriamente.*

II.—«¿Sólo una vez?»

En el capítulo anterior viste a la joven adolescente camino del primer pecado. Es posible que la pobre fuese empujada a ese camino por la curiosidad más bien que por otra cosa. La alentaba la promesa falaz, con que se engañaba a sí misma, de que «tan sólo lo haré una vez», una sola vez, para ver. No sabía que el *primer* pecado es el más difícil; los demás ya son mucho más fáciles; por caminos trillados se corre sin esfuerzo y si llegamos a la pendiente corremos sin podernos detener.

No vayas a creer que si las tentaciones son muy vehementes, si te cercan por doquier y te asaltan, aun en medio del trabajo, sea prudente rendirte para estar en paz. Hay jóvenes que creen poderse librar de la tentación cometiendo el pecado. ¡¡Terrible error! El primer pecado de impureza llena la fantasía de imágenes tan obscenas, tan vivas y tan insistentes en exigir que se cometa un nuevo pecado, que ni pensar ya en trabajos serios. Entonces se da cuenta horrorizada, la pobre muchacha, de que si antes de cometer el pecado aullaban en su interior lobos hambrientos, al menos estaban sujetos con cadenas; pero el primer pecado quitóles el bozal, soltó sus cadenas, y ahora son asaz molestos y exigentes. Los cachorros de la leona son mansos hasta ver sangre; pero al dar el primer mordisco en carne fresca se transforman, se vuelven feroces.

«Tan sólo una vez, para ver...», le dice la tentación antes de cometer el pecado. Y después prosigue: «Ahora ya está hecho, ahora lo mismo da que lo cometas pocas o muchas veces.»

Sé fuerte desde el primer momento, porque «se engaña quien piensa que, siendo débil en la juventud, más tarde, al llegar a la madurez, logrará adquirir un carácter más firme» (Barón de Eötvös).

Llega tarde la medicina, si gimes ya en la esclavitud de una mala costumbre.

¿Quién puede decir en qué momento empieza el otoño? Primero, tan sólo algunas hojas caen del árbol; poco a poco se desnudan las ramas; de repente, crudos vientos de invierno azotan los árboles desnudos del bosque.

Algo análogo pasa con el pecado: insensiblemente pasamos de uno a otro grado. ¡Ay de aquella que empieza a jugar ligeramente con el pecado de impureza o a complacerse en la fuerza de la atracción de los dos sexos y quiere disfrutar «una sola vez» de aquel placer que sólo es lícito en el matrimonio! ¡Oh, cuántas muchachas confesaron entre sollozos, con el alma dolorida, cuánto habían bajado, y dijeron que se avergonzaban de su acto y prometieron reunir todas sus fuerzas y, costase lo que costase, emprender nueva vida y no volver a pecar jamás! La promesa era sincera, pero en cuanto se quedaron solas y la asaltó nuevamente la tentación, la voluntad era tan débil que reincidieron casi sin ofrecer resistencia. Estaban perdidas.

III.—Plantas voraces.

¿Cómo ha llegado a tal extremo la desgraciada joven?

No fué bastante fuerte *en el primer momento.* No sabía que la vida humana es como una partida de juego en que cada jugador paga, temprano o tarde, un paso dado en falso. Las conversaciones, lecturas, acciones inmorales que al principio no eran frecuentes, poco a poco llegan a trocarse en hábito de todos los días. No piensa seriamente en librarse de ellas, porque su conciencia ya no se subleva, y, hemos de confesarlo, aunque lo quisiera de veras, necesitaría una enorme fuerza de voluntad para sacudir *el yugo de los sentidos que la tiranizan.*

Tanto se enseñorea de ella la costumbre impura, que muchas veces, aun en el sueño, en estado de inconsciencia, la impulsa al pecado. Cuanto más veces se comete el pecado, tanto más exigente es la pasión; la repetición frecuente engendra la costumbre, la costumbre se convierte en necesidad. Al principio, el pecado no era más que un peregrino casual que pedía albergue de noche; después, ya se instala como huésped; finalmente, manda en plan de dueño.

Según la mitología griega, Anteo, al luchar con su enemigo, Hércules, todas las veces que tocaba la tierra cobraba nuevas fuerzas. La pasión también cobra fuerzas y se hace más tirana cuando el alma toca el fango, la suciedad. Cuando

la pobre joven, despavorida, quisiera librarse del horroroso peso, se debate impotente bajo una maldición.

Según los griegos, Prometeo robó el fuego del Olimpo, y los dioses, para castigarlo, lo encadenaron a una roca del Cáucaso. Un águila venía todos los días y le sacaba el hígado. El hígado volvía a crecer, y al día siguiente llegaba otra vez el águila... Cuadro angustioso de la adolescente que encendió en sí el fuego de lujuria: sus actos la encadenan a la roca de la vida pecaminosa, y su «placer» impuro le destroza a diario el alma. Cuantas más veces se entrega al pecado, tanto más ruge en ella la pasión, ¡más, todavía más! La joven llega a asemejarse a su cestillo de costura: en vano intentará llenarlo de agua. El pecado se convierte en necesidad, así como se llaman «necesidad de la vida» la nicotina, el alcohol, el opio.

Estado espantoso: ¡el pecado necesidad de la vida!

Los viajeros que vuelven del Africa del Sur hablan de una clase peculiar de serpientes que con su mirada hechizan los pajarillos. La sierpe no hace más que mirar su víctima, y el pobre pájaro, batiendo alas, salta de rama en rama; pero no puede resistir, no puede quitar la vista de los ojos maléficos de la serpiente; algo le atrae, algo le subyuga, algo le hipnotiza, el ojo embrujador de la serpiente le domina y él va acercándose..., acercándose... más y más hasta que la serpiente lo apresa con un movimiento y lo estrangula.

Imagen exacta del alma que se debate y cae en los brazos de la impureza..., que la estrangula.

Y, sin embargo, la pobre muchacha acaso cayó sólo por imprudencia o por ignorancia.

En muchos casos, la pecadora, ni siquiera era consciente al principio. Quizá al montar a caballo, al subir en bicicleta, sintió la muchacha por vez primera un extremo placer y se creyó que era cuestión de juego. Después..., no pudo vencer el triste hábito ya inveterado.

Posible es que una muchacha fuese iniciada en temprana edad por alguna sirvienta inmoral, por alguna compañera impúdica que le enseñó la práctica de algunos actos pecaminosos. Y lo regular es que ella sintiera en seguida que aquello era pecado, porque nunca y por nada lo hubiese hecho delante de su madre. La misma naturaleza le

advertía que aquello era pecado, pues era cosa que se había de ocultar. Y al principio se habría dejado cortar la mano antes que descubrir a su madre ni a nadie el acto que solía cometer.

Seguramente has oído o leído lo que pasa con las plantas insectívoras. El insecto se pone incauto y sin recelos sobre sus hojas vellosas; al instante queda pegado, y la hoja se enrolla con *avidez*. Cuando, al cabo de algunos días, se abre nuevamente, no quedan ya del pobre insecto más que los miserables despojos: la planta chupó toda la fuerza, chupó toda la vida de su víctima...

El pecado impuro chupa también todas las energías espirituales de la joven que incauta cae entre sus garras.

De ahí los cambios llamativos de su carácter, de su comportamiento y, en ciertos casos, aun de la salud corporal; cambios que, por mucho que quiera ocultar la joven, no lo logra. El águila no puede volar si llenamos sus alas de barro.

*IV.—«Descensus averni.»

Cometiendo actos impuros la joven ha malgastado energías irrecuperables de cuerpo y alma. Energías que durante los años juveniles habría tenido que invertir en la acertada preparación de su vida futura. Las profesoras y compañeras en el colegio, los padres en casa, notan el gran cambio que en ella se ha producido, ven cómo se ha transformado en unos pocos años la joven vivaracha, sana, de mente despejada. Lo notan y se admiran de ello.

Se admiran de que la muchacha antes buena, acaso sobresaliente, pase ahora a ser contada entre las negligentes. Ella, que un día pasaba entre las primeras, ahora llega apenas a aprobar el curso. Guarda silencio durante la explicación de la profesora, pero el que quiera observarla más de cerca verá que sus pensamientos están vagando muy lejos. Su mirada se pierde en la lejanía, se fija en un solo punto, sin verlo realmente y sin pensar en nada. Va tejiendo planes para las diversiones de la tarde. Si la llaman para decir la lección se ruboriza, se estremece. Se ve que su conciencia

ha tenido que volver desde lejos. El trabajo mental más insignificante le cuesta sudores.

Además, se distancia de sus antiguas y buenas amigas. Las bromas más inocentes la sacan fuera de sí, y contesta de mal humor. No tiene más que una amiga o dos de confianza: muchachas de la misma cuerda. Continuamente está con ellas: durante los descansos, al salir de clase; con ellas va trazando planes siempre en el más riguroso secreto. Si por casualidad tropiezan con una «no iniciada», sus narices se alargan como la sombra del álamo al ponerse el sol, y ponen todas ellas una cara tan hosca que la recién llegada se apresura a despedirse.

Ya se puede tratar en clase de lo que se quiera; la muchacha por nada se interesa. Aunque quisiera, no podría reconcentrar la atención en una misma cosa durante largo rato. La directora, que la conoce desde hace años y la amaba por su carácter amable y franco, nota con sorpresa que ahoha la coge en mentira no pocas veces. ¡Aquella antigua y amada discípula que tanto se preciaba, y con razón, de decir siempre la verdad! Si tiene el alma roída por pecados graves, ¿cómo va a preocuparse de las faltas leves? Ya no titubea ni se ruboriza al mentir. Siente el desorden y suciedad de su interior, y para aparentar delante de las otras una vida honesta, miente, miente con un aplomo que desconcierta. Es maestra en la mentira y la emplea con los profesores, con las compañeras y con los padres. La veracidad es hija de la inocencia y la mentira es hermana de la impureza.

Juntamente con la sinceridad pierde las demás virtudes: delicadeza, finura, gratitud, afecto, gusto por lo bello y lo noble. Se comprende, ya que la *pureza es la piedra de toque de la firmeza moral.* Si falta la pureza, entra la corrupción. Y ¿qué importa el color rojo de la manzana, si por dentro la carcome el gusano? ¿Qué importa el ataúd dorado si esconde podredumbre? La joven impura se rebaja cada día más; su antigua y amable finura desaparece como la fragancia y belleza de una rosa al ser deshojada por mano ruda.

Va y viene en la vida sin objeto, sin voluntad.

Cerca de Roma había antes grandes regiones pantanosas. Durante miles de años, hasta nuestros días, sus exhalaciones

corrompían el aire de toda la región, dañando el cuerpo y oprimiendo el ánimo de los habitantes de los pueblos cercanos. Estos hombres, pálidos como la cera, de mirada triste, iban empujando con indolencia sus barcazas por el agua pantanosa, y cuando en toda Italia, a la pregunta amable del forastero: *Come sta?* (¿Cómo está?), se contestaban con un *Si vive* (Vamos viviendo), sólo en esta región oíase esta respuesta: *Si muore* (Vamos muriendo).

Es natural. Las encinas no levantan hacia las alturas sus copas en oscuros túneles, ni las rosas se despliegan en sótanos llenos de moho. A lo más, crece allí una flor raquítica y corren pálidas arañas en medio de un hormiguero de asquerosos ciempiés: «El que tiene el alma esclavizada no puede mostrar ninguna flor moral: lo que muestra con su gusto estragado es la marca del bruto» (SZÉCHENYI).

Por esto se ensombreció el rostro antes sonriente. De ahí las arrugas prematuras en aquella cara juvenil. ¡Triste espectáculo el del irisado y magnífico arco iris que empieza a esfumarse!

Esta joven pierde, además, el concepto moral del ahorro. A todas horas pide a su madre dinero. ¿Quién puede pasarse sin comprar la última esencia de moda, el carmín más elegante, el traje más *chic?* ¿Quién prescinde de leer toda suerte de revistas frívolas, la última película en que se ruedan los triunfos de su «estrella» predilecta? ¡Cualquiera renuncia a bailar en los salones más concurridos, a cenar con los amigos, a apostar en el frontón o en el pócker! Y, naturalmente, todo esto cuesta mucho. Y su madre, su pobre madre, no hace más que repetir: «¡Hija mía, me acribillas con tus peticiones de dinero...; no puedo darte más!» Y ella dice para sí: «Me compensaré esta noche, cuando tome la cuenta de la cocinera, o mañana ya procuraré hacer mi sisa cuando salga de compras.»

Todas las facultades se debilitan. La desgraciada no sabe interesarse por cosas serias, no es capaz de recibir nuevas impresiones de éstas que elevan. No hay que invitarla a trabajos serios; es tan inútil hablarle de ciencia, de arte, de caridad. Sus sentimientos se hacen desabridos, sin aliento, y

siempre van bajando de un modo espantoso. Está cerca de la desesperación. Se apaga la alegría juvenil. Sus ilusiones se agostan, las bellas concepciones de su espíritu desaparecen. Las ansias de perfección se extinguen. Siempre divaga. No puede adelantar en ningún trabajo ni profesión.

También ella suelta cristalinas carcajadas, pero les falta el sonido limpio y argentino de la risa pura. También ella emprende el trabajo y algunas veces con gran empuje, pero le falta perseverancia.

Sus pensamientos ruedan casi exclusivamente en torno de imágenes impuras. Estas dominan su fantasía. Son las únicas que le interesan.

Su energía está paralizada. Su voluntad es débil, simple muñeca, nada.

Esta joven se vuelve retraída, hipócrita, maliciosa, pierde su carácter. Por doquiera que va la acompañan sus deseos impuros, sus imágenes livianas; nada sabe mirar con limpieza. Es nerviosa e insoportable. A veces, hasta cruel con sus hermanitas más inocentes.

Y no puede ser de otra manera. Di al fuego flamante que no queme; imposible. Di al mar alborotado que se ponga terso como un espejo: imposible...

El ladrón roba los bienes de otro; pero la que lleva una vida impura se roba a sí misma los tesoros de más valor, las energías del alma: *Descensus averni*... Hacia el averno...

**V.—Las muchachas «avanzadas».

Si la cosa no fuera tan seria y de tan funestos resultados, nos daría risa el desprecio, la volubilidad, la ironía, la indiferencia con que ciertas muchachas hablan de moral y religión, es decir, de temas tan serios que sólo deben abordarse con el más profundo respeto. «Cielo, infierno..., aquí los tenemos, sin tener que aguardar a otra vida. Fuera imposible vivir torturada por tales prejuicios. No sería vida.»

Con descarada tranquilidad declaran abiertamente que ya han aprendido mucho, que, como dijo el gitano:

Si en el sexto no hay perdón
y en el séptimo rebaja,
ya puede Nuestro Señor
llenar el cielo de paja.

Pero ¿qué habían aprendido estas muchachas? ¿Qué escuela ha sido la suya? Porque no se puede negar que las grandes mujeres de la Historia no fueron generalmente indiferentes ni descreídas.

Todavía resuenan en nuestros oídos las últimas palabras de Isabel la Católica en el lecho de muerte: «No lloréis por mí ni perdáis el tiempo en hacer inútiles ruegos por mi restablecimiento. Rogad, sí, por la salvación de mi alma.»

Pensamiento que inspiró los siguientes versos:

En el mundo destrozado
han de perdurar dos cosas:
la cruz en que por nosotros
feneció el Mártir del Gólgota
y la voz de una plegaria
rezada en lengua española.

BLANCO BELMONTE: *Así oraba la Gran Reyna.)*

Joven querida, ¿tú indiferente, tú sin fe?... Imposible si naciste en España y mecieron tu cuna las campanas del Angelus. Te lo repito: imposible... A lo más eres una pobre muchacha que supone erróneamente que el saber, el progreso, la emancipación consiste en romper con la tradición, con el pudor, con la decencia. Mas yo sé que cuando nadie te ve suben a tus labios palabras de plegaria; sé que en los ratos amargos levantas tu corazón a ese Dios que tratas de olvidar...

No negaré que haya mujeres incrédulas, escépticas para lo religioso; mujeres que pretenden presentarnos a Cristo como un mito y al Evangelio como una falsificación de la antigua sabiduría india; pero ¿qué supone esto? Que la mujer, «en lo más íntimo de su ser, en el fondo mismo de su dignidad, se vuelve infiel a sí misma» (M. SCHLUTTER HERMKES: *Katholische Ehre).*

No es la cultura, ni el saber, ni el progreso quien arrancó a la joven sus creencias, quien alejó a la muchacha de Dios... Es el afán de los placeres, el roce de gentes sin moral, la entrega de su ser al pecado impuro. ¿Quién tiene valor para acercarse de nuevo a lo divino si la carne pesa tanto y la voluntad es tan débil?

Todo el mundo sabe que las «estrellas» de la pantalla suelen padecer, como enfermedad propia de la profesión, la ceguera. ¡Ellas que siempre están entre luces! Sin embargo, esa luz artificial tan potente estropea sus retinas y las incapacita para recibir los rayos solares... Así ocurre a esas jóvenes que, deseando ser *avanzadas*, exponen sus almas a todas las luces del artificio y del placer, quedándose ciegas para ver a Dios.

Si alguna vez tropiezas con alguna de estas pobres ciegas, piensa que si su fe está en entredicho, es porque también lo está su pureza.

Un pensador nada sospechoso de religiosidad ha escrito para ti, muchacha que presumes de tu persona: «Una mujer bella sin religión es una flor sin perfume» (HEINE).

*VI.—¿Es esto la alegría? ¿Es esto la felicidad?

Mas sigamos a la joven que pisa el camino de la impureza. ¡Pobrecilla! Piensa que colmando sus deseos de placer será feliz. Es verdad que paga la felicidad a muy alto precio; pero ¿la logra? Preguntémosle: ¿Eres realmente feliz?

Me contesta: «Psch... Por lo menos he gustado algo de la vida.»

Despacio, despacio, querida. No lo creo. No te creo. Te engañas a ti misma. No eres sincera contigo misma. Porque, si de veras eres feliz, ¿por qué sientes que te caen encima horas bochornosas en que te abruma una depresión indecible? Horas en que nada del mundo, absolutamente nada, pueda darte alegría. ¿Por qué estás sentada delante de tus libros, de tu labor, con la mirada vacía, perdida en el aire, con los ojos sin luz, con ojos en que se apagó el fuego? Tu corazón ¿no se

siente asaltado de dudas? Te acaricias la frente pálida con tus manos temblorosas, con tus manos que en seguida se cansan. Quisiste tener una «vida alegre» ¿Por qué estás triste?

¿Qué es ese abismo que hay en tu alma, esa tristeza, ese abatimiento, ese desconsuelo, esa aridez? ¿Qué es ese sollozo triste, descorazonante, con que en los momentos de silencio se levanta de lejos—¡ay!, de «¡cuán lejos!—un pajarito tímido, despavorido? Un pajarito amable que tenía por nombre «vida pura...» mientras le conservabas en el cálido nido de tu alma iba desgranando notas de dulces gorjeos y sonrisas en tu vida.

En los momentos de reflexión, ¿por qué te atormenta el triste pensamiento: «¡No hay alegría en el pasado, no hay esperanza en el porvenir!...»? ¿Por qué es así? Porque la impureza que con una mano nos ofrece el placer con la otra nos hurta un tesoro de inestimable precio.

Y ¿qué ha sido de tu energía? ¿Qué de la voz de sirena que te decía obstinadamente al oído: «Líbrate de prejuicios y goza a tu gusto»? Pues bien: ya estás libre, ya has sacudido el yugo de la ley de Dios; pero gimes en la esclavitud de tus instintos nunca satisfechos. Mira con qué alegría saben reírse aún tus amigas y compañeras. ¡Oh, si un día fueses sincera contigo misma! ¡Y si reconocieses sinceramente que *al buscar la felicidad por caminos prohibidos encontraste la pérdida de tus ilusiones y el fracaso de tu porvenir!*

VII.—Rosal comido por los gusanos.

Este es uno de los funestos resultados que se derivan de la impureza: la ruina espiritual. Esta *la causa sin excepción de todo pecado.* Ningún delincuente puede evitarla.

Y acaso sobrevenga otro castigo: la pena corporal. *El estipendio del pecado es la muerte* (1); muerte del alma en todos los casos, y tal vez también del cuerpo. ¡Cuántas enfermedades asquerosas, producidas por haber gustado del fruto prohibido! Aun aquellas que cometen el pecado a solas en la propia persona, gastan muchas y valiosas energías, y si per-

(1) *Carta a los Romanos*, VI, 23.

sisten mucho tiempo en ese vicio, también se cierne sobre ellas el peligro de que se turbe su sistema nervioso.

¿Conoces la leyenda de la Atlántida, el magnífico continente hundido en el Océano? Dícese que en días de gran calma la mirada puede penetrar en el fondo del mar, donde se sumergió el gran continente. Torres, cúpulas, casas fantásticas se presentan a la vista del marinero que por allí navega y llena su alma de espanto; él siente estremecerse el corazón con escalofrío cuando ve aparecer en el fondo de la tumba, tumba de olas, la misteriosa hermosura de un continente sumergido.

¡Para cuántas jóvenes es una triste realidad esta leyenda del fondo del mar! ¡Cuántas jóvenes de esperanzas tronchadas lloran en vano las bellezas de su alma, para siempre perdidas, sumergidas en el fondo del pecado! ¡Todo un mundo ideal desaparecido!

Ya indiqué, amada joven, que el pecado de impureza viene a ser un verdadero atentado contra los planes del Creador. Es grave desatino. La que se deja dominar por este pecado pisotea sin miramientos las leyes de la Naturaleza. Y *ello no puede hacerse impunemente*. La transgresión de estas leyes nos causa detrimento.

Este hecho se demuestra de uno modo espantoso por las consecuencias físicas que van anejas a la mala vida. Verdad es que todos los pecados producen un rasguño en la dignidad humana. Pero este pecado puede arruinar la misma salud del cuerpo. He ahí un pecado *que tiene ya su sanción acá abajo en la tierra, y esta sanción es horrorosa*. El Código penal de los diversos Estados no la tiene para este pecado, pero la Naturaleza es más severa que todos los jueces de la tierra. Por esto los hombres de la época diluviana hubieron de sufrir la inundación de las aguas; por esto los habitantes de Sodoma fueron consumidos por el fuego, y por esto una infinidad de hombres y mujeres modernos han de padecer un castigo más duro que el fuego y que el agua: la enfermedad incurable.

Pregunta a las religiosas que cuidan a las mujeres descarriadas. Ellas te dirán que sólo el espíritu de amor cristiano puede infundirles valor para acercarse a los lechos en que, deshechas, yacen estas víctimas del placer.

VIII.—Castigo físico

Quien se atreve a perturbar los planes de Dios, reduciéndolos a mercancías de placer, ha de pagarlo caro. Hoy, confiada en tus jóvenes energías, vas bebiendo ciegamente la copa del placer, y ni siquiera se te ocurre pensar que pronto, acaso dentro de unos meses, ya la habrás vaciado: te quedarán solamente las heces amargas, asquerosas. ¿Crees que no hay cosa capaz de dañarte? ¿Crees que puedes gozar impunemente? ¡Ay! ¡Con qué espanto mirarás cuando, más tarde, la Naturaleza te presente las cuentas para el pago!

Cuanto más fino, más perfecto y más complicado es un organismo, tanto más tiempo necesita la Naturaleza para formarlo; el cuerpo humano, organismo admirablemente fino, necesita más de veinte años para desarrollarse por completo. Durante tantos lustros va trabajando la Naturaleza en silencio, de día y de noche, en esta obra maravillosa, y es de suma importancia que el sistema destinado a la conservación de la especie humana *se desarrolle en silencio, sin estorbos.*

Si hubiera una muchacha que se cortara cada semana un trocito de sus pulmones, ¿adónde llegaría a parar dentro de uno o dos años? Considera, pues, amada joven, qué influencia ha de ejercer la excitación sexual sobre el organismo en pleno desarrollo, que pide en esta edad la mayor tranquilidad y un descanso virginal, y qué ruinas ha de producir el malbaratar a los catorce, dieciséis, dieciocho años esas energías jóvenes, que la Naturaleza atesora para que las transmitas a tus hijos el día de mañana. ¡Qué pena!

Medítalo bien: la excitación vehemente que despiertas en tu organismo y el estado de tensión en que te encuentras en el momento de pecar dañan hondamente tu sistema nervioso.

Medítalo, y comprenderás por qué hoy día vemos con harta frecuencia jóvenes distraídas, cuya mirada ha perdido la viveza, la frescura y la amable manifestación de la pureza interior, en cuyo rostro se ve ya deslucida la rosa de la juventud, cuando apenas se dibujan en ellas los rasgos de la madurez, cuya mirada sin brillo trata de animarse por el lápiz negro...; jóvenes, pálidas como la cera, que pretenden alegrar sus mejillas

con el *rouge;* jóvenes que siempre están cansadas, por mucho que duerman. Amenazadas con la perturbación total de su sistema nervioso, pueden llegar a la locura. No tienen ninguna enfermedad; no obstante, Dios nos libre de contemplar su cara antes del maquillaje. ¡Da miedo! Sólo sus ojos reflejan en su mirada vacía los destrozos de su alma.

Llevan en sí el terrible castigo público de su vida impura. «*Es ist Gerechtigkeit auf Erden, dass Geister Gesichte werden.*» «Hay una justicia en la tierra: el espíritu revélase en el rostro.» La frase es de GOETHE, y nunca se realiza tanto como en la fuerza corruptora de los actos impuros.

Nada predispone tanto el organismo a la consunción como el pecado. A manera de sanguijuela insaciable, va chupando el buen humor, hace desaparecer del rostro las rosas de la juventud, apaga el fuego vivo en los ojos, la llama vital pierde esplendor.

Según las recientes observaciones de la Medicina, el estado del alma influye mucho en el del cuerpo. Un nuevo método, la psicoterapia, intenta la curación del organismo enfermo fundándose justamente en este principio. Pues bien: a la vista está que la continua depresión de espíritu que experimenta esa desgraciada joven se debe a la debilitación de su sistema nervioso.

IX.—¿Qué es la hormona?

El organismo humano está lleno de glándulas. Estas son pequeños órganos que producen una secreción, la cual puede salir fuera del organismo o quedarse en él para servir a la economía del mismo. De ahí la división de las glándulas en exteriores e interiores. De secreción exterior o exocrina son, por ejemplo, las glándulas lagrimales, las salivares, las sudoríferas, porque la secreción sale fuera del organismo. Hay, en cambio, otras glándulas cuya secreción, técnicamente la *hormona,* se queda dentro del organismo, penetra en la circulación de la sangre y hace el trabajo magnífico y misterioso del desarrollo y la conservación del organismo. Son las glándulas de secreción interna o endocrina.

De éstas las hay que empiezan su actividad ya en una edad muy tierna, como, por ejemplo, la glándula *timo,* cuya hormona sirve para la formación y crecimiento de los huesos; esta glándula va atrofiándose a medida que se acerca el término del desarrollo corporal. En cambio, las hay también que no empiezan a producir la hormona hasta más tarde, a los doce o trece años de edad, y van aumentando poco a poco, gradualmente, la cantidad de la producción. A éstas pertenecen las glándulas sexuales. Su actividad se deja sentir en el *timo,* que estorban y hasta atrofian, de suerte que el *timo* va muriendo según aumenta el desarrollo del cuerpo.

Pues bien: para el desarrollo armónico es necesario que haya magnífico equilibrio entre los productos de hormona, segregados por las glándulas internas (correlación de hormona), y que este equilibrio no sea turbado por actos desordenados, porque ello podría acarrear consecuencias muy tristes.

La actividad prematura de las glándulas sexuales puede ocasionar graves disturbios sin la correlación de la hormona, por cuanto atrofia demasiado aprisa la glándula *timo.* Y es de advertir que el *timo* es importante, porque sirve para alargar las huesos de las extremidades, desarrollar el sistema nervioso y colorear la piel. Por tanto, ayuda al crecimiento del cuerpo en general y, además, favorece el desarrollo de todas las células, es decir, contribuye a la formación del calcio en los huesos, por lo cual influye en el robustecimiento de todo el sistema óseo.

En la joven que lleva una vida pura, las glándulas sexuales entran en actividad con lentitud, después de desarrollarse gradualmente durante varios años, y la hormona producida por ellas hace cesar, también, despacio, por grados, la actividad del *timo;* éste es el camino sano, normal, del desarrollo corporal. En cambio, en la joven que lleva una vida impura, la actividad violenta, excesiva, de las glándulas sexuales acarrea la atrofia prematura y rápida del *timo,* y la falta de equilibrio que de ahí resulta puede tener consecuencias muy graves para todo el cuerpo.

Nuestro cuerpo es un «sistema de fuerzas cerrado», y, por este motivo, si en alguna actividad gastamos más energías, no podemos compensar este «plus» con algo de fuera, sino que he-

mos de sacarlo de otra parte del organismo. Cada «plus» significa al par un «minus» en otro punto. Pues bien: la gran tensión ilícita de los órganos sexuales causa un «minus» espantoso en otros terrenos: se disminuye en gran medida la salud, la buena memoria, la capacidad intelectiva, la alegría de la vida.

La continua excitación sexual socava el organismo joven, disminuye su fuerza de resistencia, estorba el trabajo de los órganos de digestión, de respiración, de circulación de la sangre. La joven fácilmente se vuelve pálida y anémica y adquiere cierta predisposición a la tubeculosis, enfermedad que por sí misma hace ya tantas víctimas. Hay joven que acorta su vida muchos años, y lo que queda por vivir será, acaso, también miseria, porque la Naturaleza, ultrajada y profanada, se venga en ella. ¡Qué triste es el arco iris cuando pierde definitivamente sus colores!

Miro los ojos de una de estas jóvenes desgraciadas. ¡Dios mío! ¡Esos ojos hundidos son todavía ojos de niña! ¡Esos rasgos del rostro en contorsión son todavía rasgos de muchacha! ¡Esa joven no ha vivido aún el tiempo necesario para que las facciones de su cara adquieran los rasgos de una mujer formada! ¿Tan fácil es trocarse la promesa primaveral en languidez de otoño?

¡Amada joven! Al pactar por primera vez con el diablo, ¿pensaste que él te exigiría la contribución con una puntualidad inexorable? ¿Qué habrías de darle, como pago de sus favores, tus energías, tus ojos puros, tus nervios, tu alma?

Pero ¿qué es esto? ¿Qué es lo que ha caído ahora sobre mi papel? En mi escritorio hay una maceta, y, al escribir estas líneas, ha caído delante de mí un pétalo. Me detengo un momento en mi trabajo. Miro la flor. ¿Por qué ha caído este pétalo? ¡Ah!, ya comprendo: estaba marchito, ya no servía de adorno a la flor..., y ésta lo ha expulsado. ¡Pobre pétalo! ¡Y tú, pobre capullo humano, que has empezado a secarte antes de llegar a plena floración! La vida te echa de sí porque no le sirves de adorno...

Joven amada, pesa ahora con serenidad tu vida. Pon en un platillo de la balanza aquel placer momentáneo, que el pecado impuro te puede brindar, y en el otro platillo pon aquello que habrás de pagar por este goce efímero: la tranquilidad del

alma perdida, los años malgastados, las esperanzas tronchadas, el carácter roto.

Haz un balance: qué es lo que «*gozas*» en el pecado y qué es lo que has de «*dar*» a trueque del placer.

Y no hemos llegado al final del terrible castigo. Todavía no estamos en lo más profundo del abismo.

*X.—Pudrirse viva

No creo, querida joven, que estés maleada. Sé que si algún hombre desalmado se atreve a proponerte el pecado lo rechazarás valerosa. ¡Ultraja tu dignidad! Y quiero afianzar tu recta voluntad mostrándote a qué desastroso estado llega la joven que se entrega a la culpa.

Las relaciones sexuales pueden causar enfermedades específicas. Tiembla la pluma en mi mano al escribir estas cosas, porque forzoso me será poner al descubierto la terrible tragedia de muchas jóvenes y... matrimonios; tragedia que hasta ahora quizá no hayas oído mencionar, pero que yo te he de mostrar, para que veas a qué extremos puede llevarte un solo pecado de sensualidad, para que un día no hayas de maldecir, como millares tuvieron que hacerlo, el momento fatal en que, por debilidad o por placer, cediste a los deseos bestiales de un hombre engañador y sin conciencia.

Has de saber que estas relaciones sexuales *pueden causarte de una sola vez enfermedades, cuyos estragos habrás de sufrir durante largos años, sin que te cures, acaso, en toda tu vida, y que si llegas a fundar una familia, puedes transmitir a tu esposo y legar en maldita herencia a tus hijos, a tus nietos, a todos tus descendientes*. Se verán ellos contagiados y maldecirán el recuerdo de su madre, que les dejó una herencia tan espantosa.

Fíjate en la extensión del mal. Según afirma la Medicina, la joven que cohabita con un hombre tarado casi con toda seguridad recibe de él alguna enfermedad venérea. Hoy día, la sociedad empieza a buscar con verdadero pánico los medios de aislar estos males contagiosos, y ya ha habido quien ha lanzado la idea de examinar a todos los habitantes del país,

desde el punto de vista sanitario, y, en caso de encontrarse síntomas de tales enfermedades, *señalar a los enfermos con una marca en el cuerpo: marca que advierta a las gentes honradas el peligro que hay en tratar con aquellos desgraciados.*

Hay múltiples clases de enfermedad venérea. Y una sola de ellas, la sífilis, hace más víctimas que la peste, el cólera y la malaria *juntos*. Y, sin embargo, ¡con qué espanto pensamos en la peste, en el cólera!

Las estadísticas de las Sociedades de Seguros de Vida son terribles. Según ellas, el sifilítico, a pesar de todas las curas que haga, verá abreviada su vida unos diez años.

En la sífilis, la lesión primaria es el *chancro*, úlcera muy pequeña y casi invisible, que se localiza en las partes blandas del organismo: órganos sexuales, labios, etc.

Vienen después las *placas* en la boca y en la piel, la *roséola* o manchas rosáceas más o menos encendidas.

El *goma* sifilítico destruye los tejidos del cuerpo, con preferencia el cartílago de la nariz. ¡Puedes imaginarte un rostro femenino que afea una nariz chata! Por ello, las pobres desgraciadas víctimas de la impureza, a menudo se vuelven chatas.

En su tercer período, la sífilis se manifiesta en la *endoarteritis:* fácilmente puede romperse una arteria y sobrevenir por ello la parálisis, con pérdida de la palabra si la hemorragia es de un hemisferio cerebral. Todavía más: la víctima puede morir de repente si la hemorragia ataca el bulbo raquídeo, alojado en la nuca.

Las enfermedades más variadas van jugando realmente con la víctima, y ésta no sabe ofrecerles la menor resistencia.

¿Y qué diremos en especial de las enfermedades nerviosas? Desgraciadamente, muchas, casi su totalidad, reconocen por causa única la sífilis; por ejemplo, la tabes dorsal.

Muchas veces parece realmente que se ha restablecido por completo. El mismo médico lo cree. Pero un día—después de varios años—, cuando acaso ya no piensa la enferma en su antigua dolencia, ésta estalla con fuerza irresistible. Los microbios, ocultos en el organismo, han cobrado nuevo vigor. Entra la extenuación de la espina dorsal (tabes), la idiotez, la parálisis, la ceguera. Tratándose de esta enfermedad, difí-

cilmente se podrá hablar de una curación completa y segura: Aun médicos que nada tienen de escrupulosos, como el doctor Hühner, director del hospital judío de Manhattan (Estados Unidos), afirma que el microbio de la sífilis queda latente en el cuerpo, aunque los reactivos no acusen su presencia. Más tarde, al menor contratiempo, reaparece. La desdichada, que en sus tiempos juveniles era motivo de esperanzas, las más risueñas, acaba hecha una miseria, siendo un peso terrible para la familia y para la Humanidad.

¿Y si te casas y tienes hijos? Terrible herencia. No quiero hablar de los dolores atroces que causa la tabes ni del presentimiento que obsesiona al enfermo—al progresar de día en día la parálisis y la debilidad mental—, el presentimiento de acabar en un manicomio. ¡Ojalá todas las jóvenes, al oír las invitaciones al pecado, tuviesen muy presente en su memoria esta terrible tragedia! *Por unos momentos de «placer», acaso una medula extenuada y el manicomio...* No es realmente un triunfo deseable.

Y no vayas a creerte, joven amada, que yo exagero, que yo quiero espantarte. No me digas que si estas enfermedades fuesen realmente tan peligrosas, no se hablaría de otra cosa, y continuamente oiríamos: ésta, aquélla y aquella otra también, murieron de enfermedad venérea. Es muy natural que quien padece alguna de estas enfermedades quiera ocultarlas a los demás. Añade a esto que muchas veces la enfermedad *se resuelve en otra de nombre muy distinto;* solamente los médicos son testigos de la terrible tragedia que se desarrolla; únicamente ellos podrían decirnos en cuántos casos la sífilis fué justamente la causa verdadera de una enfermedad del pulmón, del hígado, de las arterias, del cerebro, de los huesos.

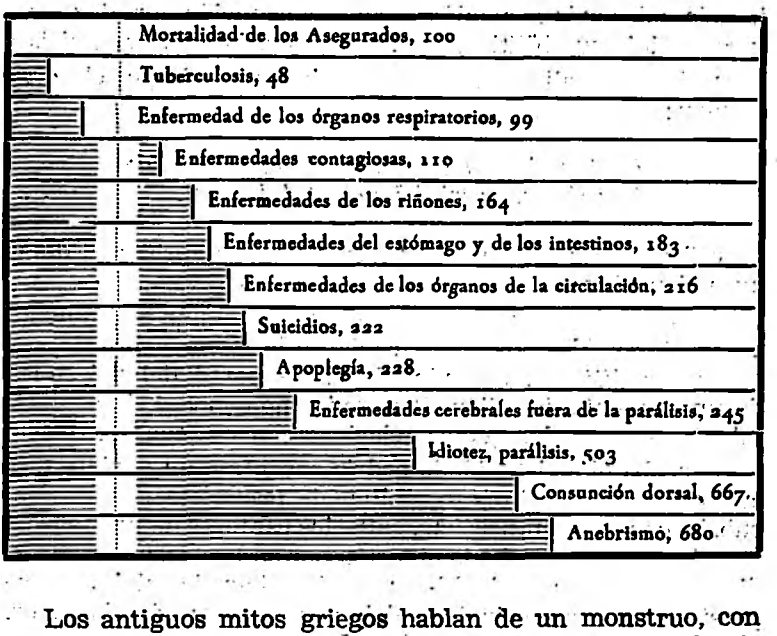
El terrible microbio, llamado *espiroqueta pálida,* infecta a las jóvenes, bien por heredarlo de padres sifilíticos, bien por contagio.

A medida que vas desarrollándote, aunque goces, al parecer, de salud perfecta, también se desarrollan clandestinamente en ti esos microbios. Necesitan quince años justos para llegar al pleno desarrollo, y así, cuando la joven contagiada llega a la madurez, cuando a los cuarenta o cuarenta y cinco años alcanza el grado máximo de la actividad humana, a pe-

sar de las mejillas sonrosadas y los músculos firmes, va derecha hacia la tumba. El microbio ha alcanzado su virulencia, y pone fin repentinamente a todo el florecer de la mujer. En el cenit de la existencia, en medio del tiempo más propicio de la vida, después de grandes sufrimientos, ha de bajar a la tumba.

Examina con detención el gráfico que pongo a continuación. Es un cuadro esquemático, compuesto según los datos de la *Deutsche Gesellesckaft zur Bekaemfung der Geschlechtskrankheiten*—Sociedad alemana para combatir las enfermedades venéreas—, la cual tiene su sede en Berlín. Verás en él con toda claridad que los que padecieron de sífilis (aunque hayan llegado a curarse) mueren de otras enfermedades en número mucho mayor que los que nunca tuvieron enfermedad venérea. Si tomamos el número 100 como unidad para indicar los casos de muerte de los no sifilíticos (y lo señalamos con la línea de trazo perpendicular), puedes ver que, excepción hecha de tuberculosis y las enfermedades de los órganos respiratorios, en todas las demás los sifilíticos mueren en proporción que supera dicha unidad, sobre todo cuando se trata de parálisis, consunción dorsal y anebrismo.

MUERTE DE SIFILITICOS, SEGUN LAS DIVERSAS ENFERMEDADES



Los antiguos mitos griegos hablan de un monstruo, con cabeza de toro y cuerpo de hombre, que el rey Minos había encerrado en el laberinto de la isla de Creta. A ese monstruo se le daban semanalmente por alimento siete jóvenes y siete muchachas de Atenas. Es un mito. Mas todos los destrozos de ese monstruo mitológico son cosa baladí si se comparan con la devastación maldita que causa el pecado de impureza. En las siniestras fauces de la perdición espiritual y corporal es precipitada hoy la mayoría de nuestra juventud.

Un antiguo médico francés, uno de los que mejor conocían las enfermedades venéreas, dijo: «*El que no teme a Dios, tema la sífilis.*» Sólo quienes han experimentado las miserias que la sífilis lleva anejas, podrían ponderar la gravedad de esta plaga, y aún más podrían hacerlo los médicos, que ven en

sus numerosas variantes y en centenares de enfermos el desenlace terrible, desolador de la misma.

«Tenemos noticia de casos en que la sífilis de nacimiento estuvo oculta durante treinta o cuarenta años, sin dar un solo indicio y después se manifestó como consunción dorsal (tabes) y como idiotez sifilítica, llamada ordinariamente parálisis.»

¡Cómo se realiza, en estos casos, lo expresado por el verso alemán:

Lust und Freude sterben jung und bald:
Der Kummer wird hundert Jahre alt.

«El placer y la alegría mueren pronto y aprisa; el dolor dura cien años.»

Conoces el nombre de Leonardo de Vinci, uno de los mejores pintores. Has visto una copia de la más célebre de sus obras, *La última Cena*, pintada en la pared del refectorio de un convento de Milán. Pero quizá no conoces el acontecimiento conmovedor que se relaciona con ese cuadro.

Pensaba el artista dónde podría encontrar un modelo adecuado para trazar el rostro sublime de Jesucristo, cuando descubrió, con gran entusiasmo, entre los cantores de una iglesia, a un joven que llamaba la atención por su hermosura extraordinaria. Pierto Bandinelli—que así se llamaba el joven—se prestó gustoso a servir de modelo para el rostro del Salvador.

Pasaron meses, pasaron dos años.

Leonardo iba recorriendo calles, malhumorado, porque no encontraba modelo para pintar a Judas. Buscaba a alguien en cuyo rostro se revelase bien manifiesta toda la maldad de la que creemos capaz a Judas. Por fin, encontró a un hombre, todavía joven, pero envejecido antes de tiempo; tras los rasgos duros de su cara se adivinaba un alma corrompida. Llamó a ese desconocido, le colocó delante del cuadro de *La última Cena* y, cuando iba a pintar el rostro de Judas, de repente salió un sollozo desesperado del corazón de su modelo.

El desconocido no era otro sino Pietro Bandinelli. ¡Se había entregado a una vida depravada, y en dos años escasos el horroroso pecado desfiguró tanto su cara, que ya pudo servir

para el rostro de Judas!... Y no era más que una consecuencia exterior corporal. ¡Cómo debía de estar su alma!

¡Oh, si las tumbas silenciosas de un cementerio pudiesen hablar un día! ¡Aquellas tumbas mudas, en que el pecado de impureza precipitó antes de tiempo tantas vidas jóvenes, de risueñas esperanzas!

Cierra ahora, hija mía, el libro y medita, con espíritu de oración, las palabras de perenne validez de San Pablo: «*Si alguno profanare el templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es*» (1).

*XI.—Responsabilidad tremenda

¡Y si por lo menos te perdieras tú sola! Pero puedes perder a otros. Así como basta un momento de placer para que un hombre enfermo transmita la *espiroqueta pálida,* el microbio de la terrible enfermedad, del mismo modo, y con la misma facilidad, tú puedes ser la causa de que se ciernan mil y mil peligros sobre tus deudos. Ellos, los inocentes, sin falta propia, pueden recibir de ti la contagiosa enfermedad.

Con tu mano infectada tocas el picaporte; acaso abrazas a tu más íntima amiga; usas el lápiz de labios y después pasa a manos de otra, hay peligro de contagio. El peine, la cuchara, el vaso, el cepillo de dientes, la toalla que usas... son medios para comunicar a otros la enfermedad. Serás la amenaza continua de todos tus prójimos, de todos los que se rocen contigo en la vida.

Una vez jugaba en los jardines de cierta capital un precioso niño. De repente resbala y se hiere con un guijarro en la rodilla. Su madre intenta restañarle la sangre con su pañuelo, pero en vano. Entonces, una joven que se hallaba sentada cerca, saca de una elegante carterita un pedazo de tafetán, corta de él un cuadrito y, humedeciéndolo con su lengua, lo aplica delicadamente a la herida. La madre, agradecida, le da las gracias efusivamente.

Al cabo de unas semanas, la rodilla del niño presenta sín-

(1) *1.ª Carta a los Corintios,* III, 17.

tomas de sífilis, contagiada, sin duda, mediante la saliva de la dama que le aplicó el tafetán.

¡Y pensar que si eres atacada de este mal no podrás ya besar a los tuyos! Y se aumenta el peligro por el hecho de que la enferma al principio no nota mal, no siente dolores; muchas veces, sólo por casualidad descubre en sí misma ciertas anormalidades.

¿Sientes la tremenda responsabilidad que pesa sobre ti? Alerta, joven incauta; cuidado, mucho cuidado.

*XII.—Tus pobres hijos

¿No sería atrevimiento fundar una familia teniendo tal enfermedad?

¿No sería vergonzoso unirse para siempre con un joven puro? ¿Un muchacho que, en sus sueños de más pura ilusión, pensaba en su futura consorte, virgen, pura? Acaso la pobre joven encubre su pecado y piensa: «Mi novio no lo sabe.» Y finge una pureza que no tiene. Y simula un pudor virginal del que carece. Y así engaña al joven, que, ignorante, la adora, y que merece una muchacha más digna.

Por desgracia, los casos más frecuentes son que jóvenes, carcomidos por la lujuria, se atreven a casarse con muchachas inocentes y puras, a quienes hacen desgraciadas perpetuamente. Ponte en guardia, joven lectora.

Hay muchachas bellas, puras, que, a las pocas semanas de matrimonio se ven, de repente, contagiadas de sífilis o blenorragia, enfermedades destructoras, que durante años y decenios las arrastran por el camino del dolor y del sufrimiento. ¡Así pasan sus mejores años por la enfermedad que recibieron de su esposo pecador! A consecuencia de la infección blenorrágica, muchas mujeres padecen afecciones de ovarios y matriz, que son causa de su esterilidad.

¡Acaso llegarán los hijos! ¡Pobres inocentes criaturas! ¡Más les valdría no haber nacido! ¡A los tres o cuatro meses de edad ya se ven en ellos los indicios de la funesta herencia, y al cabo de medio año mueren la mayoría de ellos! O si viven, se manifestarán en ellos las consecuencias de la enferme-

dad entre los diez y veinte años de edad; crecen débiles, raquíticos. Muchos niños nacen ciegos por efecto de estas enfermedades infecciosas; otros sufren al nacer la oftalmia purulenta, con peligro de ceguera, a causa del contagio recibido de la madre, que a su vez fué contagiada; también ellos transmitirán su luctuosa herencia a los hijos. *¡Desgraciada! ¡Tu vida infectada se transmitirá a tus inocentes hijos!*

Un temible ejército de desequilibrados, de niños idiotas, de tullidos, da testimonio del pecado, es argumento de los estragos que causa la inmoralidad en la juventud que vuelve sus espaldas a la pureza.

Y toda esta miseria, ese sinfín de desgracias familiares, esa ruina trágica de la felicidad del hogar, *¡acaso viene de la inexperiencia o despreocupación de la joven que entregó su suerte a un contaminado!*

Joven, ¿vale la pena pagar a precio tan subido un matrimonio imprudente?

¿Tendrás valor el día de mañana para escuchar de labios de tu hija, tullida o ciega: «Madre, ¿por qué estoy ciega? Madre, ¿por qué no puedo andar? Otras niñas ven y andan. Y yo, madre, ¿por qué no puedo hacerlo?»

En cambio, la que no ha contaminado su sangre, la que antes del matrimonio cultivó con esmero la pureza, deja a sus hijos una herencia más valiosa que si les legara una fortuna de millones.

¡Ojalá el día de mañana tus hijos sean tan sanos y hermosos, que puedas decir de ellos lo que dijo Cornelia, la madre de los Gracos: «¡He aquí mis joyas y mis adornos!»

**XIII.—Esperanzas y... desalientos

¿Has visto alguna vez un río de sierra? Sus aguas, limpias e impetuosas, saltan entre peñascos, como si el río cantase lleno de alegría. Es claro, transparente, porque se alimenta de la blanca nieve.

Pero un día sobreviene un terrible aguacero. El río transparente se enturbia, mancha sus aguas allá lejos, en su juventud, allá donde no es más que arroyuelo. De nada le sirve

que no se añada más fango a estas aguas: están turbias y limosas, a pesar de la nieve que alimentó su fuente.

¡Querida joven! El río alegre de tu vida puede enturbiarse por tu juventud liviana; no olvides que, como maldición, te pesará cuando seas mujer madura.

A medida que la primera edición de este libro vaya corriendo en manos de nuestras muchachas, el correo me traerá seguramente cartas de sus lectoras.

¡Cuánta miseria! ¡Cuántas luchas! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántas esperanzas tronchadas! ¡Y son tantas las que lloran la primera falta! ¡Lloran por aquellos días en que conocieron el pecado! Y dicen, acongojadas: «¿Por qué hice esto? Infeliz de mí, que no tuve a mi lado un alma hermana que me guiase!»

Entre tanto, a los pies del Crucifijo, que tengo delante de mí, ruego por mis lectoras. Y digo al buen Señor y Maestro:

«Mira complacido a tantas jóvenes, hijas tuyas, que quieren guardar intacta su pureza.

»Ayuda a las que luchan con la tentación, que les brinda comodidades y elegancia a trueque de su castidad; sosténlas cuando te llaman y dicen: *Señor, sálvanos, que perecemos.*

»Ayuda a las que, víctimas del engaño, han caído, pero quieren levantarse del fango. Ayuda a las que se mancharon.»

Pensando en ti, jovencita, que pisas los umbrales del mundo, pongo a tu consideración algo «de lo que escriben las mujeres». Lee:

«Reverendo Padre:

Buscando una ayuda, un consuelo, cojo la pluma para enviarle unos renglones, que quisiera contestase lo antes posible para mi tranquilidad espiritual.

He aquí una muchacha de dieciocho años, y que, sin embargo, siente su alma tan hastiada y agobiada como la de una mujer de cincuenta... Nacida en buenos pañales, criada con gran regalo, nada se ha escatimado en mi educación. No hay para mí dificultades en el deporte: lo mismo juego al

tenis que nado con rapidez o esquío en la nieve... Me precio de saber elegir lo elegante, de bailar primorosamente, de maquillar mi rostro como la «estrella» más *chic* de la pantalla...

—¿Y qué?—me dirá usted—. ¿Para qué sirve todo eso?

—Padre, ni yo misma lo sé. Unicamente podría decirle que de todo me han hablado en la vida menos de lo que se refería a la pureza. Por esta causa mi aprendizaje en esta materia ha sido defectuoso, incompleto, vago... Y con esta vaguedad de conceptos lancéme al mundo de las sensaciones, y me creí con dominio para todo. Un poco diabólica, me decía entre mí: ¿Quién como yo?

Hoy también me repito amargamente: «¿Quién como yo tan desgraciada?» Una curiosidad insatisfecha, una voluntad sin dominio, fueron mis conductores a la deshonra...

Cierto día abandoné mi casa para gozar de ese mundo que tanto me prometía a través del cine, de las novelas, de las conversaciones descocadas. Para mí, el pudor era cosa sin importancia. ¡Gazmoñerías de beatas! Todo se puede ver, oír y gustar. Tal era el criterio que guió mi aventura, hasta llegar como loca a entregar mi honra en manos de un hombre que, fingiendo amor, me rebajó hasta lo indecible.

Dos años viví entre gente sin escrúpulo, percibiendo claramente hasta dónde era posible creer en el amor cuando sólo se vive de la carne; dos años en los que, si algo me quedaba de dignidad innata, fué escarnecido y ridiculizado. Al principio, embriagada con los goces, no me daba cuenta de nada; después comencé a palpar la realidad amarga: la vida era toda puro engaño. La carne no sufre ser dominada, hay que dejarla que goce a sus anchas...

Entonces vi que yo era la primera víctima de esas teorías del vulgo; yo, que siempre me había jactado de joven sin prejuicios ni gazmoñerías, estaba presa de mis propias locuras.

Denigrada ante la sociedad, severamente amonestada por mis padres, odiada por mis hermanos como baldón de su porvenir, sólo me quedaba una esperanza: levantar mis ojos a Dios como la Magdalena.

He llorado mis locuras con lágrimas ardientes, y ahora

quisiera que usted me ayudara con sus consejos a limpiar mi vida venidera de toda impureza. Confieso que me es duro, porque he vivido siempre a mi antojo; pero tengo fe y confianza en el Señor, y estoy dispuesta a todo lo que sea menester, aunque me cueste sangre.

Dígame, Padre: ¿Qué debo hacer?

Con todo respeto, le saluda y espera la suya,

MARISA.

Postdata.—Si para ejemplos de otras jóvenes necesita usted dar publicidad a estas intimidades de mi alma destrozada, puede hacerlo. ¡Ojalá mi desgracia sea luz ejemplar para muchas jóvenes, que viven sin preocuparse de su pureza!»

«Distinguido y amado Padre:

La necesidad de sus consejos en estos momentos difíciles de mi vida es el motivo de mi carta.

Para no alargar su lectura y ocupar demasiado su tiempo, no entro en detalles, sólo expongo mi situación.

Hace cosa de un año soy novia de un joven cuyas prendas exteriores me han cautivado. Estoy, muy de verás, enamorada de él, y tendría verdadero calvario si hubiera de romper nuestras relaciones formales por cualquier motivo.

Hemos tratado de la boda entre nosotros dos, y, al proponerla a mis padres, se niegan a darme su permiso. ¿Razones? A mí me parece que, como dice el cantar, «en el querer no hay razones»; no obstante, como cristiana e hija de padres fervorosos, no puedo hacerme la sorda a sus indicaciones.

¡Ay, Padre, presiento que va a comenzar mi calvario!

Desde luego, cuando olvido un poco mi pasión y discurro, veo que mis padres tienen razón. El muchacho es poco o nada religioso, muy desgarrado en sus costumbres, visitante asiduo de ciertos lugares de dudosa moral.

«Hija mía—díceme mi madre—, ¿qué garantía puede tenerse de su fidelidad al hogar, a la esposa, a sus hijos, si los tuviere?»

En mi ilusión por él contesto, que «ya me encargaré de convertirlo...» Sin embargo, muchas veces me pregunto con

inquietud: ¿Seré yo capaz? ¿Tendré abnegación suficiente para emprender la conquista de su alma?

De pronto, mi memoria háceme patente un consejo que usted me dió en una ocasión:

«Hijita, los maridos deben buscarse *convertidos;* si no, pronostico a las mujeres muchas amarguras en su matrimonio...»

Entre mis mejores amigas, una me aconseja que le proponga a mi novio cambiar de vida, siquiera para probarme que realmente me quiere... A mí se me antoja que si lo hago no volverá a mi lado. ¡Me da miedo proponérselo!

¡Qué duro es decidirse en estos momentos! Estoy llena de inquietudes. Reconozco que la voz, el pensamiento de mis padres son el aviso de Dios; pero mi corazón sangra y se rebela a abandonar el objeto de su amor. ¡Olvidar! ¡Qué horror! Y, sin embargo, es necesario...

¡Dios mío, qué haré! Quisiera tener fuerza para dominar mis sentimientos, pero me falta su mano cariñosa, que me sostenga, para aceptar con voluntad bien dispuesta,

cá non se arredra
ni homilla,

como escribió el poeta, lo que conviene a mi alma atribulada. Ayúdeme, Padre.

Suya afectísima,

LOLITA.»

«Amado Padre:

Me faltan pocos meses para casarme, y ahora, que todo me sonríe, recibo repentinamente una terrible sorpresa, que me causa el mayor desengaño.

Siempre tuve confianza en el que elegí para compartir mi vida de hogar, pero hoy me siento desfallecer. ¿Por qué?, dirá usted.

Ni menos se imagina, Padre, lo que voy a decirle. Usted me conoce bien y sabe con cuánto esmero procuré conservarme siempre pura, virginal, en todo lo que atañe a mi persona física y moral. Todo mi ser lo guardé intacto para él... Y, sin embargo, hoy duda de mí. Me exige una prueba, que

yo no puedo concederle. «Después de todo, falta muy poco para nuestra boda. ¿Qué te cuesta darme ese gusto, adelantando acontecimientos? Así yo tendré la certeza de que te guardaste intacta para mí...»

¡Qué sufrimiento experimenté al oír su proposición! Y cuando exclamaciones de sorpresa y angustia se escaparon de mis labios, «él» respondió, con ironía:

«No sé por qué te pones así. ¿A qué indignarte conmigo? Hoy todo el mundo lo hace, los ricos y los pobres... ¿Qué más da antes que después de la ceremonia matrimonial?»

Padre, ¡este joven se dice cristiano y... hasta «bueno»!

«Mi respuesta ya está dada—le dije—. Cuando no se tiene fe en la mujer a quien se entregó el corazón, lo más prudente es recogerlo de nuevo y buscarle nueva morada. Si no te basta mi palabra, cortemos estos amores, aunque mi alma se destroce para olvidar. Mi fe cristiana no me permite concederte este favor. ¡Pura hasta el altar, casta hasta el sepulcro!»

¿Hice bien? Creo que sí; pero necesito que usted me envíe sus palabras de aliento para fortalecer mi decisión.

Con ansiedad espera sus renglones,

ANA MARÍA.»

Amada joven, sólo tres cartas he elegido entre una correspondencia abundante, por desgracia. No sé cuál de ellas te impresionará más; lo que sí puedo anticiparte es que nada de lo que en ellas se escribe es ficción; antes al contrario, la realidad de la vida palpita en sus renglones.

Si un nombre quisiéramos darles, diríamos que son tres corazones femeninos pintados a lo vivo en los rígidos renglones de una escritura... Tres corazones de mujer a los que la vida está dando sus lecciones. Apréndelas, no esperes a que te lleguen momentos semejantes. Tu pureza es lo mismo: hazte discreta, vigilante, cauta, pero al mismo tiempo, noble, alegre, encantadora. En una palabra: sé mujer y ángel en una sola pieza, ése es el secreto.

**XIV.—«¿Quién te llevó de la rama?...»

¡Pobre muchacha! Nacida como el águila, para volar en las alturas y embriagarse de sol, se debate con las alas rotas, ella, ¡que antes erguía su frente y desafiaba el peligro!

Aquella joven, cuando era pura, ardía en llamas de apostolado. Quería, en su entusiasmo juvenil, redimir el mundo. En su alma de grandes alientos germinaba un futuro halagador.

Pero pecó; en vez de levantarse como el pródigo y exclamar: *Me levantaré e iré a mi Padre. Y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra Vos,* tiene vergüenza... y tiembla de caer a los pies del ministro de Jesús, confesar su culpa y recibir de él palabras de consuelo y sentencia de perdón.

Su conciencia, pronto o tarde, se despierta, siente miedo ante las consecuencias físicas y morales de su acto. Acaso una maternidad en perspectiva... quisiera morir antes que soportar el oprobio de su deshonra.

Gastó tanto su fuerza de voluntad, que su más firme propósito, cual mezquino trozo de papel, se rasga en medio de la deshecha tempestad. Cuando, a pesar de todas las promesas, comete de nuevo el pecado, indecible amargura se apodera de su alma. Y el abatimiento aniquila su ser...

De aquí al suicidio, un paso. Unos minutos más, y... se envenena..., se lanza al paso del tren..., se arroja desde la altura...

Acaso, conocedora de ciertas técnicas y medicamentos, pretende eliminar el motivo de su infamia.

¡Rosa inmaculada, que desplegaba su belleza en un amanecer de primavera!

... ...

¿Quién te quiere? ¿Quién te llama?
¿Por tu bien o por tu mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?
¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿Que es traicionero
el amor?

¿Que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?
¿Bajo qué cielo caíste?
¿A quién tu tesoro diste
virginal?
¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernal?
... ...
¿Quién para sí te reclama?
¿Te hará bien o te hará mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

(J. y S. ALVAREZ QUINTERO: *Amores y amoríos.)*

CAPITULO V

¡A LUCHAR!

*I.—Hay retorno.

*II.—Animo a las que luchan.

*III.—El águila en libertad.

*IV.—¿Qué puedo hacer por mi patria?

*V.—Por la integridad del lirio.

**VI.—«Vitis abundans...»

VII.—Por la felicidad de tu alma.

*VIII.—De vida o muerte.

*IX.—¡Resiste!

*X.—¿Quién es la mojigata?

*XI.—¡Déjalas plantadas!

XII.—¡A mí no me daña!

**XIII.—El único preservativo: evitar el pecado.

XIV.—¡Que se barran las calles!

*XV.—¡Contra la corriente!

XVI.—«Aunque soy pequeña en la edad...»

XVII.—¡No es verdad! ¡Mil veces no!

XVIII.—No jugar con fuego.

XIX.—¡Aprovecha la juventud!

*XX.—Pureza y salud.

XXI.—¿Qué dice la ciencia médica?

**XXII.—Dios y la naturaleza.

XXIII.—¿Quién es la que no puede permanecer casta?

**XXIV.—Castas de cuerpo... y alma.

¡Ay! ¡Despertad, mortales!
Mirad con atención en vuestro daño:
Las almas inmortales
hechas a buen tamaño,
¿podrán vivir de sombra y sólo engaño?
(FRAY LUIS DE LEÓN: *Noche serena.*)

AMADA joven, mírame; mírame de modo que yo pueda ver bien tus ojos. Así... ¿Ves? ¡Esto es lo que yo esperaba! La llama de una voluntad inquebrantable brilla en tus ojos. Tu corazón palpita vehemente con firmes y santos votos. Tus labios tiemblan en silencio bajo el peso de tu decisión enérgica. Tus ojos luminosos y tu corazón palpitante, ya que no tus labios mudos, me revelan el santo propósito que has concebido ahora en el fondo de tu alma: «Si Dios me ayuda, permaneceré pura. Aunque el mundo seductor me moteje, aunque me humillen y posterguen, a pesar de los combates y tentaciones... Nunca, ¡antes morir que pecar!»

¿Conoces la leyenda del armiño? Al verse acosado por los cazadores, que le han cercado de barro, prefiere morir antes que salpicar de lodo su piel blanquísima, antes que mancharse.

Tú también repite: *Malo mori quam foedari!* Antes morir que mancharme con el pecado impuro.

Bien, amada joven; esto esperaba de ti. Sé tus propósitos:

No quiero perder mi pureza virginal, a cambio de unos momentos de placer.

No quiero caer ajada prematuramente, como flor tronchada por el vendaval.

No quiero manchar mi alma con el barro.

No quiero envenenar mi vida.

No quiero sonrojarme ante los ojos de mi madre, cuajados de lágrimas.

No quiero llevar a la bancarrota mi carácter, mi dignidad.

¡No, no lo quiero!

Joven mía, no temas. Si tu voluntad es tan fuerte el día de mañana como lo es ahora tu decisión..., no caerás en el abismo.

Despierta, pues, y a la lucha con el pecado impuro... Nacidas para Dios,

Las almas inmortales,

.....

¿podrán vivir de sombra y sólo engaño?

*1.—Hay retorno

Pero acaso descubra otra cosa en tus ojos. Veo una sombra... triste, dolorosa. Veo recuerdos... humillantes, negros. Te turba de continuo la imagen maldita de pecados empezados en la inconsciencia. Te envuelve tu vida frívola, vacía. Una tristeza indecible sollozа en tu interior. «¡Oh! ¿Por qué no cayó este libro en mis manos dos o tres años antes?» Todo eso lo veo; veo tu combate incierto, veo tus titubeos, veo la tristeza descorazonante que renuncia a toda esperanza.

Al leer los capítulos que anteceden, una luz nueva encendióse en tu alma y por ella ves con espanto que ya en la tierna

edad, acaso en los años del colegio, aprendiste cosas cuya malicia a la sazón ni siquiera sospechabas y cuya gravedad ahora descubres. Acaso a tu alma turbada acude este angustioso pensamiento: «¡Entonces hace ya tiempo que yo soy una joven impura! ¡El templo de mi alma yace en ruinas tiempo ha!»

Amada joven, no te desalientes. Somos responsables de nuestros actos en cuanto tenemos conciencia de su malicia, *en el momento* de cometerlos. Tan sólo el Omnipotente sabe si las ligerezas de tu niñez pueden o no considerarse como pecados y hasta qué punto. No te lamentes de las antiguas e inconscientes caídas, sino prepárate para una vida nueva, para una vida ideal.

No te consumas en amarguras por lo acaecido. Recuerda las palabras de San Francisco de Sales: «La tristeza que nos acomete después del pecado y quita los bríos y ánimos para levantarnos de la culpa, no es de Dios; recházala como un ardid del demonio.»

Alégrate de la vida pura que llevarás en adelante. No eres aún mala; el templo de tu alma no está arrasado hasta el suelo. Con tal que no pronuncies aquella palabra que ya está para escaparse de tus labios. No, no la pronuncies. No te lo permito.

Aquella palabra no existe. Por lo menos no existe para una joven. *No pronuncies jamás la fatídica palabra «tarde»*, no digas nunca: «Ya es tarde para mí.» Ya sé lo que quieres decir con ello; pero no es verdad: no es tarde. Y cuanto más hayas retardado tu reacción, más urgencia tiene.

El Señor no te ha olvidado. También a ti te dice como a la pecadora del Evangelio que llora a sus pies arrepentida: *Perdonados te son tus pecados... Tu fe te ha salvado... Ama menos aquel a quien menos se le perdona* (1).

En todos nosotros, aun en los menos pecadores, parpadea una débil lucecita del bien; pero esta luz tan sólo sabe notarla quien ama al desgraciado.

Hija mía, por más veces que hayas caído, por mucho que hayas afeado la hermosura de tu alma, aunque no haya más que ruinas en el lugar del antiguo templo, yo te ruego con el mayor

(1) SAN LUCAS, VII, 37-50.

encarecimiento: Ten fe en Dios y confía en ti. *Confía sin vacilación.* Sirva para aumentar tu confianza la frase de SÉNECA *Pars sanitatis velle sanari fuit.* «La que quiere curarse, ya está curada en parte.» Y si tú no has caído, imita al Señor acogiendo siquiera con una frase de conmiseración a las infelices víctimas que quieren salir de su pecado.

*II.—Animo a las que luchan

Unas palabras de aliento para aquellas que, por su desgracia, se encontraron demasiado tarde con este libro, y por una imprudencia pueril o por las seducciones de compañeras livianas, fueron débiles, cayeron acaso muchas veces; mas, por fin, quieren levantarse y triunfar en el combate de la pureza.

Estas tales se dan cuenta cabal, muchas veces con desaliento, de lo difícil que es vencer el mal hábito. Algunas veces luchan durante años con esfuerzo heroico y, no obstante, reinciden. A estas heroicas combatientes quisiera infundirles ánimo y valentía.

Aunque caigan una y otra vez, su pecado ya no es el mismo que antes. Nuestro Señor ve sus esfuerzos, sabe que ya no quieren pecar, como lo querían antes; que ahora es la triste y maldita costumbre la que las hace caer; que, sinceramente, con toda el alma, quisieran levantarse. No teman, no se descorazonen por reincidir... Sigan luchando con tesón, corran aprisa hacia la victoria definitiva, después de la cual no habrá ya caídas.

Debes saberlo: Hay muchachas que en su inocente niñez aprendieron de otras el pecado impuro. ¡Pobres! Creían que aquello no era más que un juego divertido, y cuando se dieron cuenta de su gravedad sintieron ya sobre sí la cruel tiranía de esa fea costumbre. Pero no importa. Quisieron vencerla. Lucharon durante mucho tiempo. Reincidieron a veces. Y ahora, a los diecisiete, dieciocho, diecinueve años, aunque a costa de heroicos sacrificios, triunfan y llevan una vida pura que las dignifica y ennoblece. ¡Supieron ser heroínas! ¡Y hoy la alegría ilumina estas almas purificadas!

Habrás oído el nombre de la célebre actriz francesa EVE

LAVALLIÈRE. Después de una vida viciosa se convierte al Señor; hace penitencia por sus culpas. Al sentirse enferma exclama: «Seas, Señor, loado por todo aquello de que me has privado. Por mi cuerpo de pecadora, que se descompone; por mis miembros paralizados; por mis órganos, mi boca y mis oídos, que el pus ha invadido... Te hago entrega de ellos, Dios mío, reputándome feliz con que aceptes mi miserable ofrecimiento. Toma también mi reputación, mis consuelos y mi orgullo, si por ventura los deseas» (1).

*III.—El águila en libertad

Leí no sé dónde un emocionante episodio respecto de un águila poderosa. Cuando joven llegó a parar en manos de un muchacho malo, que la puso una cadena en los pies y la ató a una roca. ¡Cómo se debatía ya la pobre águila real para salvarse! Pero en vano. Por fin llegó a cansarse de esta lucha, lucha de largos años, lucha sin esperanzas, y el sentimiento abrumador del cautiverio se apoderó de ella por completo. Un día se le rompió por casualidad un eslabón de la cadena pero la pobre águila no lo notó. Allí estuvo acurrucada, con los ojos turbios todavía durante semanas, delante de ella el inmenso cielo, en su corazón el deseo intenso de la libertad, en sus alas la fuerza...: todo inútil, *porque no se daba cuenta de ello.* ¡Oh, con dar un paso hacia adelante! ¡Con sólo probar suerte una última vez! ¡Sólo que diera ahora un aletazo!

Jóvenes queridas, aunque haya muchachas encadenadas al pecado, si leyeren este libro, habrán aflojado ya los eslabones de su esclavitud.

Y ahora, ¡adelante! ¡Lanzaos hacia las alturas!

¿Podéis enmendaros todavía? —Sí.

¿Queréis enmendaros? —¡Oh, sí!

Pues ¡a empezar!

¿Cuándo? ¿Algún día? No, no algún día. Hoy mismo, en este mismo instante.

---

(1) O. ENGLEBERT: *Eve Lavallière.*

En Itaca está sola Penélope, la hermosa reina, mujer de Ulises. Su marido ha partido a la conquista de Troya. Las solicitaciones la persiguen. ¿Faltará Penélope al amor de su ausente? Promete con ingenio a los que la requieren que dará su palabra una vez que termine de tejer la tela que tiene entre sus manos. Y de noche, cuando nadie la ve, desteje la tela que ha urdido durante el día. Pasan días y más días... Penélope, incansable, teje y desteje... Nunca termina su tejido, hasta que después de veinte años vuelve junto a ella Ulises.

También podéis, como ella, burlar a los que os propongan faltar a vuestro deber de jóvenes puras: despreciad sus insinuaciones, volvedles la espalda, caminad siempre adelante.

La tentación, el deseo impuro, la mala sugestión os asaltarán repetidas veces, un día y otro día; vosotras, lejos de acceder a sus demandas, de noche, cuando nadie os ve, caed a los pies del Señor, destejed la trama de la tentación y redoblad vuestros deseos de pureza.

Sabed que si la joven es esclava del pecado de impureza desde hace mucho tiempo, *su liberación será difícil, dificilísima.* ¡Cuántas veces sentirá su alma presa del desaliento al ver con amargura que su deseo de enmienda, su firme propósito, que brotó del fondo de su alma, se frustra una y otra vez, al ver que lucha desesperada entre el buen propósito y el hábito que le oprime. Ha caído, ha caído de nuevo, y, sin embargo, ¡cómo prometió no reincidir jamás!...

En los últimos decenios se multiplica el número de los valientes viajeros que se ponen en camino para descubrir el Polo Norte o el Polo Sur, y soportando privaciones superiores a las fuerzas humanas, van avanzando a través de campos y montañas de nieve que nunca terminan..., y ninguno llega a la meta. No obstante, siempre salen nuevos y nuevos exploradores dispuestos a la aventura. Pero aún logrado su propósito, ¿qué provecho reportarían al mundo? Se diría con satisfacción que un viajero ha pisado un punto del Polo donde antes no puso el pie hombre alguno. Y por esto no vacilaron en enfrentarse cien veces con la muerte. ¡Por un resultado tan baladí!

Y digo yo ahora: ¿Es lícito a la joven desalentarse, aun en medio de una lucha constante, a pesar de las continuas rein-

cidencias en el combate que sostiene, no por amor al Polo cubierto de nieve, sino por la tranquilidad de su propia alma, por la conquista de las regiones puras del alma, por matenerse incólume cual lirio entre espinas?

No hemos de ocultarlo: la lucha es ardua, pero no hay que desanimarse. Podemos purificarnos, si queremos. Todo el poder del averno no podrá inducirnos a pecado si no lo queremos.

Toda joven vencerá si no se acobarda, si tiene la voluntad de vencer. *Vencerá...* si logra pasar *algunas semanas, algunos meses* sin pecado. En este caso ya está la causa ganada, porque se va convenciendo de que tiene todavía voluntad, y el saberlo da temple a su decisión.

Amada joven: Si tu alma se mantiene todavía incólume, da, de rodillas, gracias al Creador y conserva con firmeza tu precioso tesoro; y si ya has caído, te lo suplico encarecidamente: entabla el combate contra el dragón de siete cabezas, contra la impureza. *De ti depende el porvenir de la patria amada y de ti depende también la salvación de tu propia alma.* ¿Qué más puedo decirte?

IV.—¿Qué puedo hacer por mi patria?

El vigor o la debilidad de la raza en el porvenir depende en gran parte de este hecho: de que la juventud actual sea una juventud de nuevos bríos o se vaya precipitando por la pendiente de la inmoralidad hacia su ruina fatal. Esto es lo que intentan de un modo sistemático, corrompiendo a la juventud en el alma y en el cuerpo, esos enemigos de la nación, los propagadores de la vida obscena, de las imágenes, de los impresos de los libros inmorales.

Se hace un verdadero y demoledor trabajo de zapa en toda la sociedad, en el teatro, en el cine, en los libros, en los periódicos, contra la vida pura de la juventud, especialmente de las muchachas. Los que hacen esta labor solapada saben muy bien que en cuanto una raza degenera en lo inmoral y, por consecuencia, en lo físico, ellos, los invasores, pueden repartirse el país sin encontrar resistencia.

El presente de la juventud es el porvenir de nuestra patria.

«Es un fenómeno de todos los días que los hijos y los nietos de hombres ricos que sólo heredaron dinero, mas no una vida moral, llegan en poco tiempo a la bancarrota. Lo mismo puede afirmarse de los pueblos cuya ruina no se puede detener con ningún arte de gobierno por efecto de la inmoralidad que va en creces» (HILTY).

Roma, que un día conquistó todo el mundo entonces conocido, se desangra y muere en la degradación y la molicie, cuando sus mujeres hacen gala de sus liviandades y «cuentan los años de su vida no por el número de cónsules, sino según el número de sus maridos» (SÉNECA) (1).

Publio Emilio repudia a su mujer y la insulta con este mensaje: «Señora, partid inmediatamente; os sonáis con demasiada frecuencia, y cuento ya con otra nariz menos húmeda para reemplazaros.»

Ante espectáculo tan vergonzoso, la pluma de Tácito tiembla. Junto a la tumba en que el libertinaje precipita a Roma, Tácito se complace en contraponer la vida pura, honra de los germanos, ante la de los paganos victoriosos:

Saepta pudicitia agunt, nullis spectaculorum illecebris, nullis conviviorum irritationibus corruptae... Paucissima in tam numerosa gente adulteria, quorum poena praesens et maritis permissa: abscisis crinibus nudatam coram propinquis expellit domo maritus, ac per omnen vicum verbere agit; publicatae enim pudicitiae nulla venia: non forma, non aetate, non opibus maritum invenerit. Nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi saeculum vocatur (2).

«Las mujeres hacen valladar de su honestidad, y no las corrompen piezas teatrales licenciosas, ni banquetes que excitan los sentidos... Poquísimos son los adulterios en un pueblo tan numeroso, y su castigo es inmediato, y un derecho de los esposos: el marido expulsa en presencia de los deudos a la mujer, a la que cortan los cabellos y le quitan los vestidos y va dándole latigazos por toda la población. La que ha prostituído su honestidad no encuentra venia; ni por su hermo-

(1) SÉNECA: *De beneficiis*, III, 16, 2.
(2) TACITUS: *Germania*, 19.

sura, ni por su juventud, ni por sus riquezas podrá encontrar marido. Porque allí no se ríen con el pecado, y la seducción y la caída no pasan como cosa mundana.»

Es casi increíble que entre los germanos reinase concepto tan puro de la moral. Nosotros, pueblos cristianos y civilizados, ante la gran inmoralidad que cunde en nuestros días hemos de ruborizarnos de ver cómo se expresaba un escritor pagano.

Muchacha, tu patria te llama. En ti pone sus esperanzas de reconstrucción y bienestar. De cada joven pura espera la madre de sus futuros ciudadanos, porque sabe que el hijo de una madre honesta es prenda de gloria y grandeza futuras. Guerra, pues, a todas las publicaciones obscenas, propagadas por gentes no cristianas, advenedizas; no tiene por fin más que debilitar la raza y ridiculizar la maternidad. «La base de todos los países es la moral pura; si ésta se echa a perder, se derrumba Roma y ha de llevar el yugo de la esclavitud.» En el altar del amor patrio sólo es aceptado el sacrificio de aquellas jóvenes esforzadas que supieron vencerse a sí mismas.

Satanás—así lo leí en una poesía—pasó revista en cierta ocasión a sus adictos. Cada uno iba pavoneándose de su poder. El espíritu de la ira, de la envidia, de la borrachera, de la pasión del juego y otros espíritus malos porfiaban por tener la primacía de este punto: a ver quién sabía causar más daño a la Humanidad. Satanás adjudicó el premio al espíritu de la impureza con las siguientes palabras: «El es quien tiene la espada más afilada y el veneno más mortífero, porque si él quiere *puede destruir naciones enteras.*»

¿Intento yo acaso volverte ñoña y tristona? Por nada del mundo. La que está en su primavera ha de tener el alma fresca, llena de rocíos. Quiero que en tu corazón palpite la energía de tu futura y grande misión. Quiero que seas mujer de pies a cabeza. Yo miro siempre con ilusión a la juventud y le tengo profundo respeto. *Res sancta puer!* «La muchacha es cosa santa.» Delante de vosotras, jóvenes, se levanta la cordillera de grandes deberes; *por esto os respeto.*

Pero también se abre a vuestros pies el precipicio de inmensos peligros; *temo por vosotras.* El doble pensamiento del respeto y del temor me pone en los labios este grito:

¡Jóvenes, apreciad la llama divina que arde en vosotras: vuestra alma! Más difícil y elevada que cualquier obra de arte es la formación de la mujer casta, porque «es menester mucho más que para formar un hombre valiente» (LAMOYNE).

*V.—Por la integridad del lirio

¡Joven, sé tenaz y noblemente orgullosa! Grita a todo pecado, a toda impudicia: *Ad maiora natus sum!* ¡He nacido para mayores cosas! No consientas que las jóvenes de tu patria sean esclavas del pecado a los dieciséis años, alejadas a los veinte y escépticas a los veinticuatro. Porque si no se pone remedio, la patria llorará las miserias que sus mujeres sembraron. Yo quisiera que con verdad pudiese decirse a todas nuestras jóvenes: Vosotras estáis aún henchidas de esperanza, tenéis belleza, sois puras, no estáis quebrantadas por la vida.

Vosotras os sentís impulsadas a un trabajo creador por la *inexhausta pubertas* (TÁCITO), por una juventud no agotada por la fuerza de la adolescencia no malgastada. Vuestra grácil figura es firme y airosa; vuestras mejillas, tersas; el mirar de vuestros ojos, luminoso; con vosotras se solaza la patria, arrasada de lágrimas. Aprended a ser diligentes en el trabajo, entusiastas en la virtud y constantes en la paciencia; tan suavemente enérgicas, que merezcáis ser comparadas a «la barra de hierro forrada de terciopelo» (L. COLOMA). La suerte de la patria depende de vosotras y, ¡ay!, no hay más que una *sola* Patria.

Por encima de las exigencias de la estética están las obligaciones morales. Todo cuanto incremente la virtud de la mujer es obra patriótica; todo cuanto la perjudique es traición villana. El sexto mandamiento es el broquel de los pueblos. Rige también lo que decía SALVIANO respecto del Imperio romano: «Los enemigos no pudieron vencerlo, lo venció el pecado. Grande es la pérdida de sangre en las guerras; pero cien veces peor es la corrupción de la misma. En la sala del festín de Babilonia, en que Baltasar hizo befa de las cosas santas, apareció una mano terrible que escribía en la pared.

Esta mano sigue escribiendo todavía hoy la Historia Universal.»

«Conserva con santo orgullo tu pureza. No te dejes impresionar por nada que sea impuro; por mucho que brille en el exterior, encubre inmundicia y podredumbre en su interior.

«Evita, y con desprecio, la compañía de gentes sin pudor, las conversaciones, los libros, las funciones de doble sentido y perversión; en una palabra: todo cuanto lleva a la impureza. Busca lo que comunica fuerzas: moderación, trabajo serio, diversiones nobles, abnegación, amistad según el alma. Todo esto ayuda con eficacia» (1).

Sólo puede ser realmente patriota aquella en quien vibra la energía de la actividad, aquella que no permite se vea envuelto su corazón encendido, bermejo, por la sierpe fascinadora del placer impuro.

No formes en el cortejo de las vírgenes necias, de aquellas que dormitaron y dejaron apagar sus lámparas, que perdieron en la frivolidad o impureza sus mejores y más felices años. No te duermas, lucha sin descanso, trabaja por Dios, conserva bien encendida la lámpara de tu fe, alimentada con tu castidad.

¡Muchachas! *¡Vosotras lleváis en vuestro seno la patria del mañana!* La patria no es el mapa, la patria no son los montes ni los valles. El fruto del porvenir está latente en nuestro corazón, allí vive y se trueca en realidad..., si no es que marche a la bancarrota por malgastarse vuestras fuerzas jóvenes. La integridad de la patria sólo puede lograrse con una juventud que sabe ser fuerte y sabe luchar por la belleza de su alma, *por la integridad del lirio.*

El porvenir de la patria sólo puede labrarlo una juventud que no tiene sus complacencias en lo sórdido ni derrocha sus fuerzas en juergas ni diversiones; una juventud cuyos ojos son como luceros; una juventud que lucha por el ideal y es dura consigo misma...; una juventud que no dobla cobardemente la cerviz delante de la tentación, sino que sabe enfren-

---

(1) SIK: *Magyar Cserkésvezetők könyve.* Libro de los jefes *scouts* húngaros. Budapest, 1922, pág. 60.

tarse tenazmente con todas las inmoralidades y lanzarles el grito de «no, no; nunca jamás», de la integridad moral.

Créeme: las jóvenes que prestigian la patria y la enaltecen no son esas pollitas prematuramente mujeres, de gesto hastiado, de rostro desfigurado por el maquillaje, sino aquellas otras de alma radiante y pura en cuyo derredor hasta los cardos florecen, como cuenta la leyenda aconteció a la Virgen María. Al ir a visitar a Isabel atraviesa un bosque de espinos que desde hace siete años están desnudos, sedientos, sin hojas. Al paso de María, con Jesús bajo su corazón, fragantes rosas brotan de los áridos espinos. La pintura cristiana inmortalizó este episodio en el cuadro de *Nuestra Señora Amada.*

**VI.—«Vitis abundans...»

La Naturaleza sabe vengarse. Ya TÁCITO, al ponderar la fuerza de los germanos, señaló como su fuente principal la *inexhausta pubertas,* la juventud no agotada. De suerte que la misma Naturaleza tiene esa ley: *la felicidad y la desgracia de la generación venidera dependen de esta disyuntiva; o miramos con sagrado respeto las relaciones del hombre y de la mujer, o bajamos por la espantosa pendiente por la que son precipitadas las naciones cuando sus mujeres viven dedicadas a la vanidad y a los placeres.*

Amada joven, ¿no ves que la patria necesita hoy más que nunca a sus hijos, necesita constantemente toda la fuerza moral y física de *todos y cada uno* de ellos?

Roma confió la guarda del fuego sagrado, garantía de su porvenir, a unas vírgenes, las vestales.

Elegidas desde muy niñas entre las principales familias, hacían voto de castidad por treinta años: si lo violaban, eran castigadas enterrándolas vivas. Al aparecer en público tenían derecho a llevar lictores con fasces, emblema de la soberanía imperial. El que se atreviese a pasar por debajo de su litera caía en pena de muerte. Los mismos cónsules y emperadores se detenían y les cedían el paso. Tales eran la veneración y privilegios de que Roma rodeaba a sus vestales.

También tu patria cifra en la pureza de sus muchachas

el porvenir de su gloria, el nuevo amanecer de su imperio; cada muchacha ha de ser un día *vitis abundans*, la vid que, mostrando la lozanía de sus pámpanos y el oro de sus racimos, remueve la sangre de la patria.

La guerra, la desgracia, el dolor, quiebran los cuerpos; pero ofrecidos por Dios y por la patria son timbre de gloria.

Vosotras, las que leéis este libro; vosotras, que hoy «no sois más que un enigma», pero mañana seréis madres y educadoras de la nación, vosotras sembráis con cada uno de vuestros actos lo que más tarde habéis de cosechar: el bien o el mal, la felicidad o la desdicha. *Tú eres ahora el sagrario de la futura generación, y mañana serás el alma o la sepultura de tu patria.*

Toda joven ha de poner cuanto esté a su alcance para ser, después de una juventud pura o continente, mujer sana que, como madre de familia, pueda transmitir salud a sus descendientes. Lo que más urge para el porvenir de la patria es tener mujeres sanas y de carácter. Hoy acaso no lo comprendas todavía; pero créeme, joven amada, el tesoro más valioso de una nación no son su imperio dilatado, sus ejércitos, sus riquezas, sus mujeres hermosas, sino *una juventud selecta, una juventud que sabe entusiasmarse y luchar, una juventud generosa y pura.*

Perder una parte de territorio no es mal tan grave para una nación como lo sería perder los valores espirituales de su juventud. En el concierto de las naciones se llevarán la palma únicamente los pueblos que tienen mujeres *acabadas*, mujeres de cuerpo entero, con energías y ánimo de actividad; mujeres de carácter y perseverancia. ¿Cómo puede brotar la vida de corazones hastiados, de esperanzas truncadas? Y con una juventud vana, una juventud muelle, degenerada, que va de continuo a caza de placeres, ¿cómo podrá construirse la vida nacional que ha de desafiar victoriosamente las embestidas del tiempo, capaces de corroer el mismo granito?

VII.—Por la felicidad de tu alma

Por vía de triste experiencia ha llegado la Humanidad a la conclusión de que los mejores planes son los del Creador:

¿Qué utilidad trae a Dios—dice la SAGRADA ESCRITURA—*el que tú seas justo?*, o *¿qué le das a El si tu proceder es sin tacha?* (1). Realmente, nada. No reporta a Dios ninguna utilidad ni detrimento el que tú, hija mía, cumplas o no el sexto mandamiento. Sus eternos designios, de todos modos, se cumplirán. Se cumplirán sin ti. Aún más: contra ti. *En cambio, a ti te importa mucho vivir según las leyes divinas, porque de ello depende el rumbo de tu vida terrena y la suerte de tu vida eterna.*

El destino de tu alma, la formación armónica de tu vida futura dependen de esto: de que aceptes o rehuyas el combate contra el dragón de siete cabezas, contra el dragón de la inmoralidad. ¿Quién puede esperar una vida seria después de una juventud deshonesta? *Qui non assuescit virtuti, dum juvenescit, a vitiis nescit desciscere, quando senescit.* «La que no sabe acostumbrarse a la virtud cuando joven, no sabrá deshacerse de los vicios cuando vieja.»

Te conozco bien, joven mía. Tu ideal es noble, generoso: tener carácter, ser mujer «completa». Justamente por tal razón te encarezco que medites bien esta verdad: el perfecto carácter cristiano exige también una fuerza de voluntad extraordinaria, una fuerza capaz de amasar mundos, dispuesta a imponer el predominio de nuestra parte mejor, de nuestros afanes espirituales, sobre las exigencias de las bajas pasiones. Tú bien sabes que si las tendencias sexuales levantan pronto la cabeza, si gritan y alborotan antes del matrimonio, *no por ello has de darles satisfacción.* No tienen derecho a exigirla.

Si quieres lograr un día aquel carácter cristiano que hoy no es más que un puro objetivo, ten por entendido que sólo podrás conseguirlo mediante un trabajo arduo. Has de trabajar rudamente para alcanzar el más hermoso encomio. «¡Esta sí que es una joven de carácter!» El carácter no es un regalo para el día de tu santo, ni un traje elegante que te lo pones cuando te place, sino que es una joya que tú has de adquirir a fuerza de trabajo.

Al escalar un alto monte tienes que emplear tus fuerzas antes de llegar a la cima. Cuanto más alto sea el ideal que per-

(1) JOB, XXII, 3.

seguimos, tanto más difícil será el trabajo para conseguirlo.

Para la joven no hay ideal más alto que la modelación perfecta de su carácter.

Por este ideal lánzate al combate... de vida o de muerte.

VIII.—De vida o muerte

Es cuestión de vida o muerte. Toda joven ha de preguntarse: ¿Ha de ser mi alma noble veleta incierta que gire al soplo del placer hasta agotarse, o bien pararrayos enhiesto que desafíe al rayo y lo destruya?

¿Ha de empujarte la tendencia sexual, como si fueras barca sin timón, a la perdición segura, o bien has de gobernar con mano firme el bajel en medio de la tempestad, sin hacer caso de las olas embravecidas?

O logras pasar incólume a través de innumerables escollos, venciendo las tentaciones de la juventud, y entonces, más allá de los peligros, te espera la misión sublime de una vida honrada; o naufragas en el mar alborotado de tus tendencias, y entonces arrastras contigo, durante toda la vida, un pasado deshonesto.

Pero no, no establezco bien las disyuntivas. Porque si miro tus ojos veo en ellos una decisión firme, una voluntad fuerte que promete victoria. Me parece oír tu respuesta: «Estoy dispuesta a aceptar el combate, ardo ya en santos afanes. Con tal de conocer las armas con que puedo triunfar en la lucha decisiva de mis años de adolescencia.»

Así me gusta, hija mía. En el capítulo siguiente voy a ilustrarte sobre este punto con más detención. Pero quiero ya, desde ahora, subrayar una cosa para que no te desalientes cuando, a pesar de todos tus esfuerzos, sientas cuán difícil es calmar la tempestad, y para que después de mil victorias no te duermas sobre los laureles, sino que perseveres en lo más duro de la lucha.

Considera que es un dragón de siete cabezas. en el sentido estricto de la palabra, el que ataca la pureza de tu alma. Es un enemigo que no podrás aniquilar mientras corra por tus venas sangre joven. Si le cortas una cabeza, le crecerá inmedia-

tamente otra. Si hoy sales victoriosa, no sabes por qué lado te acometerá mañana. A la edad de los dieciséis, veinte, veinticuatro años, estás empeñada en una guerra sin cuartel. Más tarde se calmará algo la tentación, pero *nunca* cesará por completo, y cuando la seriedad reposada de la edad madura calme ya tu carne, aun entonces habrás de estar alerta para conservar tu preciado tesoro. Pero no olvides nunca esta verdad: el placer momentáneo que el pecado podrá brindarte es incomparablemente inferior al propio aprecio y a la tranquilidad de la conciencia que consigas triunfando del pecado.

Recuerda el heroísmo de la casta Susana. La calumnian por su pureza aquellos mismos a quienes había rechazado. Susana, empero, *deshecha en lágrimas levantó al cielo sus ojos porque su corazón estaba lleno de confianza en el Señor.* La condenan a muerte (1). Susana ora, y el Señor escucha su oración, librándola de sus calumniadores.

¿Te quejas de tener que luchar mucho por la pureza? Pues dime: ¿no ves que en torno nuestro toda la vida es un combate continuo? Si hay algo que no está en lucha, que se mantiene quieto, que no se mueve, esto se pudre, se enmohece, perece. Y si en todo hemos de luchar, ¿justamente iremos con regateos cuando se trata de combatir por la pureza?

Puede infundir alientos este pensamiento: *aunque hayas de luchar con la tentación durante toda tu vida, nadie podrá obligarte a capitular, a deponer las armas... si tú no quieres.*

Piensa que tu lucha nunca es sin esperanza. Si tu alma se conserva todavía inetata, puedes guardar tu pureza también en adelante, aunque no sin combate, y si ya has de llorar alguna falta y acaso te ha manchado el fango, a pesar de poner a contribución toda tu fuerza de voluntad, puedes aún levantar victoriosamente la cabeza y llegar a la vida nueva de un alma purificada.

Luchar contra nosotros mismos es el más difícil combate; mas vencernos a nosotros mismos es también la victoria más gloriosa.

(1) DANIEL, XIII. 35.

*IX.—¡Resiste!

Tu firme propósito pronto será advertido de no pocas muchachas que te rodean so color de amistad... y que prestan poca atención a la guarda de su pureza. Notarán la gran diferencia que empieza a haber entre tu criterio moral y el suyo; echarán de ver que tú has tomado una norma de conducta que no encaja con la suya. No estás dispuesta a seguirlas en sus ligerezas malsanas. Pronto lo notarán... *y empezarán la más fuerte ofensiva.* Será un verdadero asalto el que organizarán contra ti. Se meterán contigo, se burlarán de ti, serás el blanco de sus bromas.

Te hablo de estas cosas con detención, porque muchas decisiones nobles se frustraron en este punto por los dardos encendidos de la burla. El orgullo femenino hizo por esto traición a los más nobles sentimientos.

«¡Adiós la santita; no te creía aún tan beata!» Ahí la saeta y la ironía. «Mira ¡qué ñoña, qué puritana! ¡Hay que ser mujer de veras!» «¿Yo beata, yo puritana, yo una ingenua?...» Te crees humillada y las sigues.

¡Oh, cuántos firmes propósitos se quebrantaron de esta manera! ¡Cuántas muchachas cayeron así *por vez primera* en las garras del pecado, tan sólo por no parecer cándidas colegialas!

Principalmente es grave el peligro si las circunstancias de la vida te obligan a frecuentar el trato de compañeras cuyo concepto moral es rastrero y muy lejano de tus nobles ideales (por ejemplo, en un internado, en una residencia). Porque ser buena entre buenas es natural. *Pero conservarse pura en medio de la frivolidad, ser lirio inmaculado en campo abierto..., ya es más difícil; para ello se necesita una joven de carácter y una voluntad de acero.* Muchas son las jóvenes que con admirable heroísmo supieron conservar la rectitud y pureza de su alma durante los años de estudio o al comenzar a ganarse la vida; pero un día en un salón, en una fiesta, en un espectáculo, antes que parecer «ñoñas» a los ojos de las demás, abandonan su vida honesta y cometen el primer pecado.

Y... reflexiona un momento: ¿dónde está el verdadero carácter y dónde se esconde realmente la debilidad?

X.—¿Quién es la mojigata?

—Pues así; de modo que eres débil, cobarde, mojigata.

—Y ¿qué? Y si lo soy, ¿qué? Soy boba, soy ingenua, soy santurrona...; pero os ponéis tan impertinentes que la sacáis a una de quicio.

¿Quién necesita una fuerza más equilibrada, una voluntad más firme, la que resiste con temple de acero a las exigencias ilegítimas del sexo o la que se inclina débilmente a cada soplo de las concupiscencias como caña movida por el viento? ¿Quién es mejor amazona, la que con mano firme domina el corcel fogoso y le hace andar por donde ella quiere o la que se ve arastrada en un galope salvaje, según el antojo del animal, y después de mil sacudidas e inútiles esfuerzos cae destrozada en un charco a la vera del camino?

Y tú ya sabes que la impureza es más inmunda que el charco del camino.

A cada momento te lo echan en cara: «¡Qué niña eres, qué tonta! ¡No te atreves a nada! ¿Ah, sí? Pero ¿de veras eres niña? *Porque la castidad significa justamente disciplina y voluntad fuerte.* ¿Y no es débil, no es mujer sin carácter la que se inclina sin resistencia a las exigencias sexuales y va tambaleándose, como flota sobre el Océano la carbonilla que sale de la chimenea de un buque?

¡Sé mujer de carácter y no veleta! ¿Quién merece mayor respeto que la joven de temple, *que, no dejándose atemorizar por los alfilerazos y pullas de las compañeras, persiste con voluntad inflexible en la formación de su carácter y prosigue el camino que escogió tras madura reflexión?* Yo me descubro ante tal joven y le aplico la magnífica alabanza de la SAGRADA ESCRITURA: *Fecit enim mirabilia in vita sua* (1). «Ha hecho cosas admirables en su vida.» Las hizo cuando con valentía rechazó la tentación astuta que a media voz le soplaba una compañera sin pudor.

(1) *Eclesiástico*, XXXI, 9.

Aunque todas mis compañeras estuviesen contaminadas, por ese pecado..., yo no lo cometeré nunca; *aún más: no lo cometeré justamente por esto.*»

Se me estremece el corazón todas las veces que veo cómo, cual mansas ovejas, siguen las muchachas a algunas destacadas por el camino del mal. Y, sin embargo, el remedarlo todo... es privilegio de las monas. Muchacha de carácter sólo puede serlo la que tiene bastante energía para ir contra la corriente. *Puedes cambiar de traje todas las veces que quieras; pero el carácter, ¡nunca!*

¿Permitirás que muchachas relajadas tuerzan el rumbo de tus nobles ideales? ¿Qué valor moral pueden tener esas jóvenes? Son lirios pisoteados en el camino.

Porque tú evitas los placeres ilícitos y los temes se te juzga *débil*, incluso *cobarde*, y, en cambio, las que huyen con terror de los bacilos de la tuberculosis, del tifus, ésas no lo son. No obstante, fíjate en la diferencia: tú buscas conservar limpia tu alma; ellas, tan sólo guardar la inmunidad de su cuerpo... ¿Quién eligió la mejor parte?

Lee lo que dice un sabio pagano: «Si haces una cosa convencida de que la has de hacer, no temas hacerla abiertamente, aunque el vulgo piense de otra manera. Si obras mal, entonces sí, avergüénzate de tus actos; pero si obras bien, ¿por qué temes a quienes te critican sin derecho?» (EPICTETO).

Dime: ¿qué es más fácil, mostrar un carácter firme ante las exigencias ciegas del sexo o rendirse a las mismas? Y ya sabes que en este terreno el espíritu y el cuerpo han de sostener el más duro combate. Sólo la que puede cantar victoria en este punto tiene derecho de afirmar que verdaderamente es una mujer de carácter.

«La que no se atreve a levantar la voz en defensa de sus convicciones, tiene una bondad como la flexible caña, que al ser azotada por el viento se inclina suspirando, mas sin poder detener con su triste gemido el elemento contrario» (BARÓN DE EÖTVÖS).

Por desgracia, gran parte de las jóvenes no saben andar por sus propios pies; nunca meditan el rumbo de su vida, y se ven sacudidas como las hojas por el huracán, por el sentir

general de otras muchachas frívolas, especialmente si son de alta esfera social.

También lo hace la marquesa de Cumbres Celestes; así va la primogénita de los condes de Valdeestrellas. ¡Y piensas tú que esto va a ser noble, blasonado! Muy al revés.

ALEJANDRO MAGNO dijo en cierta ocasión a DIÓGENES:

—Yo soy el señor del mundo.

Y el filósofo cínico le contestó:

—Más bien eres el esclavo de mis siervos, porque yo domino todas las pasiones que a ti te esclavizan.

Pues bien: yo no quiero andar a merced de la corriente. *¡Yo no quiero ser mujer adocenada! ¡Yo he nacido para cosas mayores!*

*XI.—¡Déjalas plantadas!

Puede darse el caso de que no tengas más remedio que *romper definitivamente con una antigua amiga.*

En algunas ocasiones será suficiente que no celebres sus bromas y chistes frívolos. Aunque te hablen con «gracejo» de ciertas cosas, las facciones severas de tu cara darán a conocer, sin equívocos, tu modo de pensar más puro, que tú consideras indigno de una joven hablar, ni siquiera mentar ciertas cosas, aunque se perfumen con la esencia de la gracia o de la broma.

Otras veces podrás decir con toda tranquilidad que te molesta, y que es muy desagradable para ti el que se quiera tratar contigo de semejantes cosas. Porque realmente es así, te ofende quien supone que encuentras complacencia en la impureza.

El célebre conde ESTEBAN SZÉCHENYI, refiriéndose, no ya a una conversación sucia, sino aun a faltas más leves, escribe: «La debilidad, la falta, es inseparable del hombre; pero alardear de ella es el escalón más bajo de la corrupción.»

Isabel Clara Eugenia nos mostró hasta dónde puede llegar el espíritu de una joven casta. Supo infundir tal respeto a su persona, ser tan modesta, que nadie osaba en su presencia hablar de cosas livianas. En Palacio, los juegos y diversiones no ofendían la piedad. Nuestra princesa arreglaba

el orden y disciplina quitando la indecencia del gesto y la inmodestia de las palabras. Sólo permitía una galantería sería y un goza puro.

No permitas tú tampoco que en tu presencia se falte a la delicadeza y al pudor. Replica con firmeza que ciertas conversaciones hieren tus gustos señoriales y la delicadeza de tu pensamiento.

Si, a pesar de todo, no se presta atención a tu advertencia, entonces piensa bien que una reina vestida de armiño de pies a cabeza, no debe rozarse con gentes sucias y desgreñadas; y por muy estrecha que sea vuestra amistad, *¡córtala!*

Has de percibir los ecos de aquellas palabras graves que dijo JESUCRISTO: *Si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácalo y tírala lejos de ti: mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo que tener dos y ser arrojado al fuego del infierno* (1). Si esa amistad te escandaliza, abandónala, porque mejor te es entrar sola en la vida eterna que ser arrojada con ella al fuego del infierno. Sé que acaso te cueste. Pero considera que quien no respeta tus santas convicciones y tu noble modo de pensar y no tiene delicadeza en su lenguaje, no merece el don de tu amistad.

Animo, no vaciles un instante en tu decisión. Rompe cuanto antes, aunque te cueste. ¡Primero tu pureza!

Amada joven, sabe que «la castidad es el *patrimonio* y la *gloria de las mujeres*.» (LE MAÎTRE).

Ser mujer fuerte significa sujetar firmemente nuestras tendencias.

Ser joven significa irradiar con ojos brillantes la alegría esplendorosa de la aurora de la vida.

Tener valor significa mandar con energía a todas las inclinaciones instintivas, y ser más dura para con nosotros mismos que lo es el bisturí del cirujano para con la parte enferma del cuerpo.

Dispénsame el símil, algo extraño: si alguien enferma del estómago y empieza a vomitar, ¿no es verdad que la persona de sentido cabal no se pone delante para deleitarse con tal

(1) SAN MATEO, XVIII, 9.

espectáculo? Por esto, si una joven enferma de espíritu, empieza a arrojar en sus conversaciones la suciedad de su alma, la mujer digna no puede escucharla. El médico examina al enfermo y ve qué mal tiene; tú también puedes hacer inmediatamente el diagnóstico por las conversaciones y los modales de muchas gentes y saber las enfermedades que padecen sus almas.

PLUTARCO, pagano, habla de un filósofo que preguntó por la calle a una joven que corría presurosa: «¿De quién huyes tan aprisa?» «De un hombre, que quiere seducirme y arrastrarme al mal.» «Avergüénzate—le contesta el filósofo—de que *no sea él quien huya de ti.*» De modo que no te dejes impresionar por una voz estridente. Cuando el pequeño ejército de ALEJANDRO MAGNO empezó a temblar del enorme campamento de los persas que tenía delante, ¿sabes con qué le animó el caudillo? «¿Por qué teméis? Si bien es verdad que allí hay muchos enemigos, hay pocos soldados.» ¿Por qué motivo pudo decirlo? Porque sabía que los persas llevaban una vida inmoral.

Por lo tanto, si ciertas jóvenes livianas se esfuerzan en «explicarte» esas cosas, yérguete con valentía. Sí, joven mía, ¡valor! Algunas veces basta una mirada seria para ahogar la voz en la garganta... de quien goza en la inmoralidad. Merece del pagano HORACIO este epíteto, muy poco halagador: «*Amica luto sus.*» «Puerca que se deleita en el cieno» (1). De modo que no te asustes.

Condenada a morir la esposa de Concini, Leonora, los jueces pidiéronla que dijese con qué sortilegio dominaba a María de Médicis. «Mi encanto—contestó—fué el de las almas *fuertes* sobre los espíritus débiles.»

XII.—¡A mí no me daña!

Y no te engañes con la excusa, harto frecuente por cierto, de que a ti no te hace mal este o aquel libro, que excita la voluptuosidad; esta o aquella pintura, esta o aquella pieza teatral o película, esta amiga desenvuelta. ¡Funesto error! Si así piensas, es que no sabes cuán metido está en nosotros el instinto de imitación. Ni sabes que hay remolinos tan peligro-

(1) *Epist.* I, 2.

sos que el remero más vigoroso procura evitar, y no por ello se le ocurre a nadie decir que es cobarde.

Sea cual fuere nuestra labor, pensamos, casi inconscientemente, en la manera como lo hace el otro. En todos está vigente, más o menos, la ley de imitación. Dícese que el astuto aprendiz de un zapatero delante de la banda militar mastica limón, y entonces todos los músicos de la banda sienten, sin poderlo remediar, que se les llena la boca de saliva, y cesa la música. Pues esta misma influencia invencible ejercen sobre nuestra vida moral las lecturas, las miradas, las conversaciones, las amistades.

No hay nadie en el mundo que pueda librarse por completo de la influencia del ambiente. En el fuego arde toda leña. ¿Y tú alardeas con desdén de que no te dañará el mal ejemplo de jóvenes impúdicas? *¿Puede el molinero, que está moliendo continuamente, afirmar que no le salpicará el polvo de la harina? ¿Y darías crédito a las chimeneas si afirmasen que ellas no se tiznarán en la cocina?*

No presumas demasiado. Mucha razón tiene el dicho antiguo: El fuerte es aquel que sabe que es débil. «*Fortis est, qui se negat esse fortem.*»

**XIII.—El único preservativo: evitar el pecado

Acaso llegue el descaro de ciertas jóvenes desvergonzadas a inducirte al pecado, diciéndote que puedes gozar sin consecuencias para tu decoro; que se venden preservativos seguros para evitar la maternidad, que hay médicos que curan «con éxito seguro» enfermedades secretas...

Quiero creer, amada joven, que si te abstienes de pecar no será, en primer lugar, por temor a la deshonra, sino por *tus principios morales;* pero aun así, no está por demás que sepas esto: según las afirmaciones de médicos serios, hasta el presente *no hay profilaxis segura contra la infección.* Mediante una cura larga y paciente con mercurio, con yoduro de potasio, con salvarsán, es posible mejorar el estado de tales enfermas; pero aquellos «éxitos seguros», con que acaso te animan para inducirte al pecado, raras veces llegan *a una curación comple-*

ta, y, por regla general, no hacen más que suprimir los *síntomas* de la enfermedad. Esta sigue latente en el organismo. Y ¿de qué sirve calmar la fiebre si los microbios siguen viviendo en el organismo y pueden atarte a la cama en cualquier momento?

Lee lo que escribe respecto al particular un médico: «No se puede negar que la curación, en muchos casos, no es más que aparente. Aun después del más cuidadoso tratamiento clínico, al cabo de meses, muchas veces al cabo de años, aparecen nuevamente enfermedades desagradables, prueba de que el veneno de la sífilis, aunque no se presentase abiertamente, seguía oculto en el cuerpo, estaba «latente», según el término técnico. Si el médico interviene inmediatamente puede lograr que cesen por algún tiempo los síntomas y la sífilis sea de nuevo «latente», pero muchas veces con el mismo resultado que en la primera ocasión» (1).

Aún más. Supongamos que se logra la curación. En este caso la misma enfermedad y el tratamiento, que se hace a base de venenos, de todos modos socava terriblemente la fuerza de resistencia del organismo, y así, quien se cura de la sífilis tiene más propensión a otras enfermedades. Este hecho fué descubierto merced a las observaciones del célebre médico de Munich, GRÜBER, quien notó la llamativa coincidencia de que en las grandes ciudades las gentes mueren en proporción mucho mayor que en el campo, entre veintiséis y sesenta años de edad. Al principio no acertaba la Medicina a dar con el motivo de este hecho sorprendente, ya que no se registraba ninguna epidemia especial en las grandes ciudades que pudiese causar tal mortandad. De repente se hizo luz: gran parte de las personas que en las populosas ciudades morían justamente en la edad madura habían sido sifilíticas en su juventud. Se *curaron*, pero ya no lograron nunca recuperar su antigua vitalidad.

¡Si contemplaras el cuadro de una mujer víctima de enfermedades venéreas! Una pluma femenina, CONCEPCIÓN ARENAL, ha trazado, a grandes rasgos, la amargura de sus vidas:

«Con razón se llama a una prostituta una *mujer perdida*.

(1) DR. MED. H. PAULL: *Halte deine Jugend rein*. Conserva pura tu juventud. Sttuttgart, pág. 29.

Perdida está, en efecto, la triste, y cuando, abandonada por su seductor y huyendo de su insufrible tiranía, olvidó todo miramiento y se olvidó por completo, aquel día se perdió para la felicidad lo mismo que para la virtud...

»Nunca se conmueve mi corazón tan tristemente como al entrar en un hospital de mujeres donde se curan las enfermedades consecuencia de la prostitución. Allí las enfermas no suelen quejarse; saben que a nadie inspiran lástima, y procuran sofocar el dolor físico con chanzas obscenas, y con blasfemias, y con carcajadas que dan lástima, como las de un loco...

»Pasa *(la mujer deshonesta)* continuamente de los brazos de la lujuria a la cama del hospital, donde a nadie inspira compasión, donde a todos inspira desprecio y asco, donde se la cura para que vuelva a servir, como un animal que enferma y curado pueda ser útil. Digo mal: esta comparación no da todavía idea de lo que inspira en el hospital la mujer deshonesta, cuando sus mismas compañeras se burlan de sus dolores, cuando el practicante, al quemar o cortar sus carnes, le dirige, por vía de consuelo, alguna obscena chanza. Si no muere joven, ¡qué cosa más digna de compasión que su vejez anticipada y su fin, que nadie llora!» «CONCEPCIÓN ARENAL: *Carta a los delincuentes.)*

Yo aconsejo, con el mayor encarecimiento, que en cuanto se sientan los primeros síntomas de esa enfermedad se consulte inmediatamente a un médico de conciencia, ya que no solamente las jóvenes que cometen actos inmorales, sino hasta las mismas inocentes pueden contraer la enfermedad por contagio; el avergonzarse, el ocultar el mal delante del médico podría acarrear la agravación de la enfermedad. Y también es verdad que el tratamiento médico, hecho a su debido tiempo, puede poner obstáculo al desarrollo fatal del mal.

Pero, según la ciencia, no hay más que un preservativo seguro contra la enfermedad. ¡Uno sólo! ¿Cuál? La castidad, la vida pura. He ahí la única profilaxis segura.

XIV.—¡Que se barran las calles!

No eres médico, y, sin embargo, amada joven, tú puedes hacer algo para impedir la extensión del contagio moral. Hay que declararle el boicot. Yo creo que daría algún resultado, principalmente en las ciudades pequeñas, donde las librerías no abundan, si algunas jóvenes, las de siempre, las más dignas, se unieran con esta consigna: «¡Exigimos que se barran las calles!»

Bien o mal, ya se retiran las basuras, las mondaduras de fruta, las colillas de cigarros, los bacilos. Pero nosotros exigimos una limpieza de la calle tal que una escoba barra, sin contemplaciones, los escaparates de los quioscos, de las librerías, de las tiendas, y reúna en un lugar adecuado, entre la basura de todos los días aquel montón de groserías, que, bajo la viñeta de «arte», contagian a los transeúntes. Si se declara la peste en alguna parte, ¿sabes cuál es la primera medida que se toma? Exterminar las ratas, porque son aquéllas las que propagan el mal. Así tendrán que ser exterminadas también las ratas de la peste moral.

Seguir mirando con los brazos cruzados la caza descarada de dinero a base de excitar las bajas concupiscencias, consentir en escaparates de librerías novelas que sólo hablan de amoríos, embobarse ante los «productos de salón» parisienses, es señal de frivolidad y decadencia.

Los mismos cuadros de los pintores más renombrados, las obras de la época clásica pueden trocarse en ocasión de pecado si se los coloca en ciertos lugares y si se reproducen de manera que no esté en consonancia con la intención de los artistas. ¿Por qué, pues, no echar mano del medio legítimo de la propia defensa, declarar la guerra a los piratas de la calle, que desde los escaparates lanzan los más ignominiosos insultos a la dignidad de la mujer?

Es lástima que la virtud, al enfrentarse con el pecado, siempre sea más tímida y el pecado más atrevido. Y no ha de ser así. Hemos de defender con tesón nuestros derechos. «¡Tenemos derecho a la calle!» La ley—bien que en otro sentido—reconoce este derecho y nos protege para que nadie nos ataque en la calle.

Pero, además, tengo derecho a exigir a todos en ella un comportamiento honesto. Y si alguien tuviera la osadía de remedar un poco lo que se puede ver en los libros y estampas de los escaparates, en las pantallas del cine, el guardia urbano le llamaría al orden inmediatamente. ¿Por qué, pues, han de consentir tantos jóvenes, tantas muchachas y mujeres honradas y hombres de sentido moral tener que pasar, debido a los abusos comerciales de algunos vampiros, con los ojos bajos, con timidez y cautela por delante de ciertos escaparates, para que no les suba la sangre al rostro, al ver ese vil pisoteo de la moral, que, en lenguaje comercial, tiene el nombre de «postales artísticas»? ¡Pedimos policías y barrenderos de la calle! Hasta eso nos obliga nuestro decoro.

La sociedad de moralidad sana declara el boicot. Si en un estanco o quiosco ves postales impertinentes, di clarito que no volverás allí a comprar nada. Si en una librería ves libros inmorales, dile al dueño que nunca más pondrás el pie en su tienda. Amada joven, *no vayas a comprar donde se venda veneno espiritual e inmundicia.* Ni mojando la pluma en el fuego de la mayor indignación, podría describir los pantanos de miseria moral en que semejantes libros y estampas han precipitado a la juventud.

*XV.—¡Contra la corriente!

Es posible que hoy, para defender tus convicciones, tengas que ir muchas veces contra la corriente; pero es cierto que el que nada con la corriente *va bajando.* Oponte al sentir general de la sociedad moderna, que no ve nada de qué escandalizarse en el rebajamiento de tu sexo. Sé que necesitaríamos una revolución para cambiar ese concepto moderno, frívolo, y sé también que el que quiera hacer revolución en este punto ha de tener valor a prueba de bombas. Pero es de esperar que vengan tiempos mejores, en que no pueda cuajar la inconsecuencia pasmosa que se abrió paso en el sentir general de hoy. Han de imponer la moda en pieles y vestidos, en *sport* y en paseos mujeres sin moral. Se declara «indigna de un salón» a la que comete la más pequeña estafa, a la que roba; pero al mismo tiempo se admite y, aún más, se festeja y ensalza a la

que con sus seducciones y artificios destrozó un hogar, robando un marido a la mujer legítima y un padre a los hijos abandonados.

Trabaja con tu propio ejemplo por el advenimiento de una época en que de nuevo sean las jóvenes más delicadas y puras las que den el tono y no las disolutas, que exhiben en público su procacidad y poca vergüenza. Sé verdadera «dama», es decir, joven y noble, y distinguida en el sentir y en el pensar, *que ve rebajamiento de gusto en la menor palabra licenciosa, en la más pequeña broma de mal género, en la más leve insinuación de doble sentido.* Piensa «noblemente», es decir, «irreprochablemente», como dice el alemán: «*Adelig, dass heisst untadelig.*»

*** XVI.—«Aunque soy pequeña en la edad...»**

Harán chanza de tu conducta seria; se reirán de ti por sentirte encogida, cuando otras te quieren animar con sus conversaciones libres; serás objeto de burla por ruborizarte a la primera palabra picante. *Hija mía, ¡ten orgullo de ello! ¡Ten orgullo de saberte ruborizar!*

El sentimiento del pudor no es en nosotros una «puerilidad», no es «gazmoñería», no es prenda de «santurrona» —como dicen ellas—, sino que es un valor inestimable, un arma que nos da la Naturaleza para que nuestro *yo* superior se defienda casi inconscientemente de los pensamientos rastreros. El pudor de la joven, con que su alma, sensible como la brújula más perfecta, se aleja aún sin pensar de toda impureza, es un tesoro valiosísimo, es un dique contra las olas impuras que acometen de continuo la intacta entereza del cuerpo y del alma. Aun el noble pagano PLAUTO sintió que «perece aquel en quien perece o falta el pudor.» «*Ego illum periisse dico, cui periit pudor.*» Y es preferible que alguna amiga se mofe de ti, llamándote «rancia», «mojigata», «beata», que el que te aplaudan, poniendo en peligro la pureza de tu alma. Acuérdate de la frase magnífica de SAN AGUSTÍN: «No odies a los hombres por sus errores y vicios, pero tampoco ames los vicios y los errores por causa de los hombres.»

¡Qué cobarde y pusilánime es la joven que no sabe soportar, por amor a sus convicciones, algunos contratiempos! Hu-

bo niñas que por amor a Jesucristo fueron capaces de sufrir, sin una palabra de queja, los zarpazos de fieras hambrientas y crueles tormentos. ¿No recuerdas a las *Santas* niñas y jóvenes Inés, Lucía, Agueda, Cecilia? Prefirieron morir por Cristo antes que renunciar a su pureza.

Santa Fausta, joven, bella, rica y sumamente virtuosa, al ser requerida para que sacrificase a los dioses, contestó:

«Yo no sacrifico a estos dioses, que son sordos, ciegos y sin sentido alguno. Yo tengo a mi Padre y Esposo Jesucristo en el cielo, y no puedo dejarle, porque te advierto que, *aunque soy pequeña en la edad, mi corazón es grande para con Dios.*» Mandó entonces el tirano raerle la cabeza, y, desnuda, atarla al palo y azotarla cruelmente.

El sarcasmo, la seducción de tu amiga se explica muy bien. ¡Cuando una cerda se revuelca en el fango, gruñe satisfecha a las otras, para que ellas también se metan en el charco..., fino, blando, perfumado! ¡Qué gruñir de desprecio al ver tu amiga que no quieres acostarte junto a ella en la inmundicia! La rana, aunque la instales en un trono, de un salto se meterá otra vez en el pantano, porque sólo en él se siente a sus anchas.

Acaso conozcas este dicho antiguo: *Sunt, a quibus vituperari, laudari est.* «Hay vituperios que son mayor alabanza para nosotros.» Y créeme: el asno también vitupera a la rosa, por no dar cardos. Porque es lo que a él le gusta.

Siempre me ha causado sorpresa ver que se concede beligerancia al juicio de esos espíritus trastornados. En Pisa, antigua capital de Italia septentrional, la torre de la catedral está tan inclinada, que espanta. Pues si esta torre de Pisa pudiera pensar, seguramente se reiría de todas las demás torres del mundo. «¡Vaya qué cosa! ¡De todas las torres, yo soy la única que sé tenerme derecha!»

En un pequeño pueblo, escondido entre las faldas de las montañas, todos, hombres y mujeres, tenían la papera, debido al agua mala y a su modo de vivir. Un día pasaron turistas por el pueblo, personas de cara normal, corriente. Pero todos los niños del pueblos los seguían, con gran algazara, por la calle, y, riéndose y mofándose, gritaban: «¡Mirad, mirad! ¡Qué gentes! ¡No tienen papera!»

En todo trance te comunicará fuerzas de perseverancia esta reflexión. La que quiere echar a perder su carácter, su personalidad y su prestigio y consienta en ser esclava de los instintos, allá se las haya, que se sumerja en los placeres; pero la que guarda aprecio de su carácter y quiere llegar a tener una personalidad armónica y mantener su prestigio, ha de conservar como oro en paño la intacta entereza de su cuerpo y de su alma hasta llegar al sacramento del matrimonio, instituído por Dios. «Tapfer is der Löwensieger—escribe HERDER—, tapfer ist der Weltbesieger; *tapfer wer sich selbst bezwang!*» «Valiente es el que vence al león, valiente el que vence al mundo, pero *más valiente es todavía el que se vence a sí mismo.*» Ganarás en forma y en estatura sin que en ello pienses; las piernas te crecerán sin que tú te preocupes de ellas, pero el verdadero carácter no brotará por virtud espontánea. Por él has de luchar día tras día; con un sacrificio firme y un trabajo consciente has de conquistar un trozo y después otro de tu debilidad ingénita.

XVII.—¡No es verdad! ¡Mil veces no!

¿Qué es este «no es verdad»?

No es verdad lo que te dicen algunas gentes, a falta de otros argumentos, para combatir el firme propósito de llegar a una vida pura. No es verdad lo que a base de la propia experiencia y el consejo de algunos médicos dicen y repiten hasta ponerle a una la cabeza tarumba: «¡Eso es beatería y tontuna! Vano es el esfuerzo por guardarte pura hasta el matrimonio; esto es absurdo, imposible. Quieres lo imposible, la juventud ha de tener expansión. Hay que aprovecharse de los años jóvenes. Tan sólo un modo de pensar rancio puede exigir a la juventud una vida pura.»

«Un cuerpo joven bien desarrollado, rebosante de salud, es incapaz de ello. El deseo sexual es como... la respiración, como el latido del corazón. Viene espontáneamente, no hay en ello culpa. Y lo que es ley de la Naturaleza, no puede ser nocivo ni hay que suprimirlo. ¿A qué esforzarse?: Vendrán la enfermedad, los «nervios», los achaques si se acallan las exigencias del sexo, si se aguarda hasta el matrimonio.»

Pues a esto respondo: «*¡No es verdad!*» No es verdad que la juventud haya de solazarse en juergas, como se pregona por ahí. La Iglesia Católica exige el celibato, la castidad de sus religiosas y *durante toda la vida,* y ellas, a pesar de todo, no se ponen enfermas, antes bien, suelen vivir más tiempo que las demás. ¿Y dirán que es imposible guardar la pureza, no durante la vida entera, sino hasta el matrimonio? A esto vuelvo a responder: «¡No es verdad!» *No es verdad que un organismo joven, bien desarrollado, sea incapaz de guardar continencia.*

Y no es verdad, mil veces no, que nadie, a consecuencia de la vida pura, haya enfermado.

Entonces..., ¿qué es verdad?

XVIII.—No jugar con fuego

Es verdad que a quien está hecho de paja no le conviene acercarse al fuego. Y es verdad también que quienes así hablan con fines de seducción, han atrofiado, por el hábito de pecar, su fuerza de voluntad, hasta el punto de que *ahora* les parece realmente imposible la vida pura.

En el Museo Nacional de Berlín hay un cuadro conmovedor; sólo pensamientos tristes puede suscitar en el ánimo del espectador. En el fondo de un precipicio, entre horrorosos peñascos, corre, espumante, vertiginoso, casi pulverizándose, un torrente montañés. Pasa un puente sobre el abismo, pero el puente se va estrechando...; hacia la mitad, ya no tiene más que una plancha... Con la cara encendida, con los ojos ardientes, va atravesando el puente un joven jinete.

No ve el precipicio, no ve el estrecho pasador, no ve más que una cosa: allá en la otra parte, allá en el peñasco, le llama el hada seductora, la hechicera de los placeres sensuales. No ve más que a ella. Por ella se afana con fatal ceguera... Junto a él va la muerte; se sonríe irónica y fría...; lleva en su mano un reloj de arena, las arenillas han bajado ya casi todas; el joven jinete ya está para llegar a la plancha

estrecha...; un momento... y cae..., ya se precipita...; abajo le esperan las olas espumantes..., las fauces abiertas, las fauces sin fondo del averno.

Sí; quien empezó a pisar la senda de la inmoralidad, difícilmente podrá detenerse... Esto es lo que es verdad.

Los antiguos hablaban de un monte que se yergue en medio del Océano con una fuerza magnética inmensa. Decían que si la tempestad arroja un buque en su cercanía, este monte lo atrae con una fuerza tremenda, lo hace trizas y lo sumerge en el fondo del mar. Hablaban también de las sirenas, que, con su canto hechicero, atraen a su isla al viajero, embrujado, y allí le matan cruelmente.

Pues bien; aquel monte magnético no existe en la realidad, como tampoco existen las sirenas. Pero corre más peligro que si hubiera de luchar contra la fuerza magnética del monte y el canto de las sirenas la que empieza a jugar con los incentivos de la vida impura... Esta es la verdad.

Y es verdad también que si hubiera habido mayor severidad en rechazar las primeras tentaciones, hoy la voluntad no sería cual trapo roto, gastado, impotente, ante la tentación. Al principio, estos deseos son todavía tímidos, no tienen tanta vehemencia; entonces es cuando hay que tener temple de acero, y así, más tarde, no habrá que disculpar el pecado con excusas hueras. Todo el mundo sabe que es posible dominar la fiera más enfurecida, el domador se aventura a poner la cabeza en la boca del león y éste no le hace nada. ¡Cuánto más se puede domeñar el temperamento más apasionado!

La tendencia en sí no es invencible; es sólo la tendencia, artificialmente excitada, la que no puede dominar la voluntad débil.

No quieres enfermar. Pues entonces, ¿por qué introduces en tu organismo bacilos de fiebre? No quieres padecer tifus. Pero ¿por qué bebes agua del pantano?

«Pero si la misma Naturaleza me instiga a la vida sexual, ¿cómo voy a sofocarla?» Lee lo que contesta a tal dificultad un profesor de Medicina de la Universidad de Budapest, LEON LIEBERMANN:

«Y ahora contestemos todavía a aquellos que, fiándose por completo de los instintos puestos en nosotros por la misma Naturaleza, afirman que dar satisfacción a una cosa que la naturaleza pide, no puede ser nocivo.»

«A estos tales les contestamos que la Naturaleza dotó al hombre de varios instintos: cada uno de éstos sirve para su fin, porque no basta un *solo* instinto para los distintos fines de la Naturaleza. *Uno de los fines* de la Naturaleza es la conservación de la especie humana; por eso proveyó al hombre del instinto sexual; *otro de sus fines* es que la nueva generación sea sana y que el individuo, como creador inmediato de la misma, conserve su incolumidad, su salud. Pero ya que la satisfacción del instinto sexual, encaminado a la procreación, podría fácilmente causar detrimento al otro fin, por esto nos dotó de otro instinto regulador del primero, instinto que podríamos llamar *instinto de pensar.*

«Los instintos, tomados aisladamente, son con bastante frecuencia falaces.

«El convaleciente de tifus siempre tiene hambre, hasta el extremo de llorar y suplicar que se le dé un bocado de pan. El instinto de alimentarse nunca quizá se manifiesta con tanta fuerza como en este trance. Y, no obstante, ¿qué sucede si por conmiseración cedemos a las súplicas del enfermo y le damos lo que pide? Le exponemos al mayor peligro de su vida. Sus intestinos, cubiertos de llagas, apenas cicatrizadas, no resisten el alimento apetecido, las llagas se abren nuevamente, y si alguno de estos desgraciados llega a pasar a la mesa de operaciones, vemos que es justamente el alimento codiciado el que le mató, agujereando sus intestinos.

«¿Quién no se sintió instigado una y otra vez por el instinto de beber un vaso de agua fría o de bañarse cuando está acalorado y como jadeando? Pero todos sabemos las consecuencias fatales que puede acarrear un acto tan imprudente; por esto no creo necesario hablar más de ello. Todos reconocerán la exactitud de nuestra afirmación: el instinto puede ser falaz y puede necesitar freno» (1).

---

(1) LIEBERMANN: *Az egytemek és föiskolák polgáraiboz.* A los universitarios y alumnos de escuelas superiores. Budapest, 1912, págs. 11-12.

El animal lo hace todo al dictado de un instinto, y éste, guiado por Dios, no le hace errar el camino. Pero en nosotros, las tendencias han de ser guiadas por la razón, y la voz de la razón es contraria muchas veces a las exigencias del instinto.

XIX.—¡Aprovecha la juventud!

Sí, la juventud ha de aprovecharse; de ella ha de sacarse todo el partido posible. No dando rienda suelta a todos nuestros instintos, sino trabajando en la formación del carácter con seriedad santa, con perfecto conocimiento de lo que significan en la vida los años de adolescencia. Si las fuerzas jóvenes están a punto de estallar de puro tensas, si tu corazón palpita con vehemencia, *ocúpate en cosas serias y aprovecha tus energías para cumplir del modo más perfecto posible tus deberes diarios.* Hagamos todos que florezca y adquiera papel de guía nuestro *yo superior,* nuestro espíritu, y que se ejerciten en abnegación y obediencia los deseos sexuales.

«Libertad», «independencia», son palabras que seducen a la juventud. Realmente has de ser libre e independiente, pero también prudente y sobria.

En el mundo de la moral, como en el de la naturaleza, hay leyes y no es posible prescindir de ellas..., por lo menos sin merecer el castigo. Si al escalar altas montañas ves, al borde de un sendero peligroso, una baranda, por muy libre e independiente que seas, no lanzarás, indignada, a la baranda este reproche: «¿Por qué pones obstáculos a mi libertad?» Y si, con todo, se te antoja embestir contra ella, caerás irremisiblemente en el profundo abismo. Barandas son las leyes de la moral. Podrían producirte el efecto de una traba molesta, pero, en realidad, son salvaguardia de tu desarrollo moral y no te dejan caer en el precipicio. Aprovecha, pues, tu juventud, mas no burlando la ley moral. Sé dueña de ti y cumple con una vida pura la voluntad sublime del Creador.

Más de una vez sonará en tus oídos: «El sofocar los instintos, el extirpar las malas inclinaciones va contra la Naturaleza.» ¿Contra la Naturaleza? Los religiosos de la Edad Media *talaban* los bosques vírgenes, que eran producto esplén-

dido de la Naturaleza, pero lo hacían para *crear* en su lugar la civilización.

«¡Aprovecha la vida! ¡Ama la expansión!», oirás por todas partes. Pues bien: tampoco lo prohibe Jesucristo. Tampoco El enseña que has de ahogarte, que has de vivir cohibida. Lo que El exige es esto: Aunque goces de la vida, no te manches en el fango, sino... *¡hacia arriba, hacia arriba!* Mira el rosal que «vivió a sus anchas» en su juventud, es decir, el rosal cuyos retoños no podó el jardinero. ¿Tendrá fuerzas para dar flores? ¡Nunca! Porque malgastó en retoños salvajes las energías más preciosas de su juventud. *¡Hija mía, tú eres la jardinera responsable del rosal de tu alma!*

¡Oh, cuántas muchachas gritaron en medio de sollozos y exhalaron su queja en noches oscuras, sin esperanza. «¿Por qué no me llamó nadie la atención a su debido tiempo sobre las consecuencias terribles del pecado? ¡Sobre el primer pecado! ¡El primero!... ¡Aquél...»

*XX.—Pureza y salud

Quiero ponerte en guardia contra ciertas teorías modernas que no será raro lleguen a tus oídos. Teorías lanzadas por algunos médicos, que por frivolidad—no me atrevo a escribir por afán de lucro—, hablan de «los perjuicios que causa la vida pura». Como es natural, no pocas jóvenes acogen con gusto la palabra de estos doctores. Con todo, cualquier médico serio tilda de curanderos a estos colegas. *Jeder Artz, der so rät, begeht ein infames Verbrechen,* dice con todo derecho el profesor ZIEMSSEN (1). «El médico que da tales consejos comete un crimen infame.»

¡Cuánto mal no han causado a las jóvenes bien intencionadas estas teorías, según las cuales la muchacha que lleva una vida pura se pone enferma, se vuelve histérica! Estas teorías han entrado tanto en el ambiente juvenil, que la pobre muchacha, sin darse cuenta, empieza a vacilar en sus principios, y si alguna vez le duele la cabeza o el corazón le late

(1) DR. MED. AUG. MÜLLER: *Ihr sollt keusch und züchtig leben!* Tenéis que vivir casta y púdicamente, pág. 21, Oranienburg.

más apresuradamente o siente angustia o malestar, con miedo se pregunta: «¿Me estaré volviendo histérica?. ¿Seré una neurótica? ¡Amada joven! No te dejes engañar por estas necedades.

De todos modos, el mayor tesoro de la tierra no es la salud. El carácter, la dignidad, la rectitud valen más que ella. Y, aún suponiendo que costara algunas molestias, *¿te sería lícito manchar la pureza de tu alma por semejantes fruslerías?* ¿Te es lícito postergar la salud del alma para evitarte pequeñas incomodidades del cuerpo?

¡Y no es verdad! No es verdad que la vida pura dañe en lo más mínimo la salud. No hay un solo trabajo de especialista, un trabajo serio, cuyo autor se atreva a responder de sus afirmaciones delante de la ciencia; no hay un solo médico de estos que toman a conciencia su misión, que pueda presentar con pruebas una sola enfermedad originada por la observación de la castidad. *No lo encontrarás en toda la faz de la tierra.*

En cambio, hay millares de libros que tratan de los espantosos destrozos causados por la vida impura. «Médico» hay que quisiera favorecer las inclinaciones sensuales de la juventud—¡con tal de que vayan bien los negocios!—, y en sus consultas privadas aprueba las transgresiones de la pureza; pero los que pueden pretender el título de especialistas, *las primeras autoridades en la materia,* son de muy distinto parecer.

XXI.—¿Qué dice la ciencia médica?

Acaso alguna joven te soplará al oído: «Bien, bien. No es tan seria la cosa. Está muy bien lo que dice este libro. Pero, claro está, así tienen que hablar los sacerdotes y las monjas.»

—¡Ah, sí! «¿Lo dicen los sacerdotes y las monjas?»

Si no ha de aburrirte, lee las siguientes manifestaciones de algunos médicos eximios, de fama mundial, y que, por cierto, no son sacerdotes.

El doctor HERBST, médico de Nuremberg: «La continencia absoluta no es tan nociva como la inmoralidad. Hemos

de subrayar enérgicamente que todas esas afirmaciones son falsas. La perfecta continencia no causa el menor daño. El que sostiene otra cosa se equivoca, o bien busca excusas vanas para encubrir sus propios actos. Y séame lícito hacer constar aquí otra cosa: La absoluta continencia es posible, con tal de guardarla no sólo corporalmente, sino también espiritualmente. No es únicamente el cuerpo el que ha de estar alejado de semejantes actos, sino también la fantasía... Sí, la vida pura es posible, y no sólo posible, sino además muy saludable» (1).

El segundo *Congreso Internacional,* que los médicos del mundo entero celebraron del 1 al 6 de septiembre de 1902 en Bruselas, para tratar de higiene y de moral, tomó por unanimidad la siguiente decisión: «...Se ha de enseñar principalmente a la juventud que la vida pura no daña lo más mínimo la salud, antes bien, es muy recomendable desde el punto de vista higiénico y médico.»

El doctor SURBLED: «Es posible vivir puramente, y no es peligroso en lo más mínimo. La vida inmoral puede acarrear muchos males; la continencia ninguno. Lo demuestra el mero hecho de que las enfermedades originadas por excesos sexuales son tratadas en voluminosas obras médicas, mientras que las originadas por la vida casta todavía hoy están esperando al escritor que las dedique un libro» (2).

La Facultad Médica de la Universidad de Cristianía publicó el siguiente manifiesto: «La afirmación propalada en estos últimos tiempos por ciertos individuos y repetida también por la publicidad en la Prensa y en reuniones, es a saber: que la vida moral y la continencia son perjudiciales a la salud, según nuestra experiencia unánime, carece de todo fundamento. No conocemos ninguna enfermedad o debilidad de la cual sea lícito o posible afirmar que tiene su origen en una vida completamente pura y moral.» Firmado: J. NICOLAYSON, E. WINGE, JOKMANN, J. HEIBERG, J. IJORT, J. WANN, MÜLLER, E. SCHÖNBERG, *profesores de la Facultad médica de la Universidad de Cristianía.*

---

(1) DR. HERBST: *Gesblechtstrieb und Sittlichkeit.* Instinto sexual y moralidad, págs. 5, 6.

(2) GOOD: *Erkülles és cró.* Moral y fuerza, Budapest, 1913, pág. 53.

El doctor MANTEGAZZA, *fisiólogo italiano:* «Las bendiciones de una vida casta las experimentan en sí todos los hombres, especialmente los jóvenes. La memoria es fácil y tenaz; el pensamiento, vivo y fecundo; la voluntad, fuerte; el carácter adquiere temple de acero... Ningún vidrio que descompone la luz muestra el ambiente con colores tan celestiales como el prisma de la pureza que proyecta los colores del arco iris sobre todas las cosas del mundo y comunica una felicidad sin nombre» (1).

OSTERLEN, en su obra titulada *Handbuch der Hygiene* («Manual de Higiene»), dice: «El joven y la joven han de aprender a guardar continencia hasta que llegue su tiempo. No les costará hacerlo si meditan esta verdad: todo su porvenir, principalmente la felicidad del matrimonio, depende de la vida que hayan llevado en su juventud. Hay que iniciar, por tanto, a los jóvenes, decirles que es rico galardón de la continencia provisional una salud floreciente, una robusta energía de actividad, una conciencia varonil» (2).

Doctor MAY: «En mi práctica de casi treinta años he tenido la triste ocasión de ver innumerables víctimas de la inmoralidad; en cambio, no he visto una sola víctima de la vida moral» (3).

El doctor LAJOS NÉKÁM: «No solamente en las grandes líneas, sino también en los problemas más ceñidos de la vida sexual y conyugal los postulados higiénicos y los morales van tan paralelos, son tan idénticos, que la pureza sexual, los deberes de la fidelidad conyugal, el anatema contra la supresión artificial de los hijos, contra el aborto, contra la teoría del hijo único, si son por una parte mandatos religioso-morales, suenan por otra, a los oídos del médico, como dogma de higiene expresados con la ideología de la moral, y las graves afirmaciones teóricas del médico respecto de los peligrosos desvíos de la vida sexual y matrimonial parecen arengas de propaganda moral,

---

(1) FOERSTER: *Jugendlehre,* 1913, pág. 625.

(2) SZUSZAI: *A tiszta életetöl.* De la vida pura, Budapest, 1906, pág. 174.

(3) E. HAMMELRATH: *Teutonenkraft und sexuelle Frage.* Fuerza de teutones y cuestión sexual. Trier, 1917, pág. 65.

redactadas conforme a la ideología de la ciencia médica» (4).

Con qué gravedad escribe el Grupo femenino de la *Asociación Nacional de Médicos Húngaros:* «En nombre de las facultades cristianas, cuya fe y saber te mandan unánimemente este mensaje, quisiera gritarte, para que lo oigas en toda tu vida, en medio de todos los murmullos de seducción y adulación: *¡No es verdad que la vida casta tenga consecuencias nocivas!* No hay un solo médico honrado y bien formado que pueda nombrar una sola enfermedad causada por la continencia. Si hay estados nerviosos cuya causa, según algunos, sea la continencia sexual, esos estados nunca se presentan en personas de pensamientos puros y que apartan las imágenes obscenas de su fantasía, sino tan sólo en aquellos que con lecturas, compañías, etc., han excitado su fantasía y sus nervios y después se han abstenido del acto únicamente por miedo a las consecuencias inmediatas. En cambio, cada médico puede dar una nutridísima lista de personas desgraciadas que van poblando los manicomios, los institutos para ciegos, las cárceles por culpa propia o por la de sus padres» (5).

Ahí tienes una breve antología de manifiestos lanzados por médicos serios. Lo repito: estos manifiestos no proceden de sacerdotes ni de monjas, sino de médicos de primer orden.

Añade ahora aquel mar de miserias y enfermedad, que son corolarios de la vida impura, y medita que la maldición de *un solo pecado* la expían miles y miles de personas durante largos años y quizá lleguen a la bancarrota completa espiritual y corporalmente...; medítalo y podrás responder a aquellas personas que peroran delante de ti sobre la imposibilidad y las influencias nocivas de la castidad. Muéstrales los numerosísimos hospitales y manicomios en que sufren por millares las pobres víctimas de la impureza, y ruégales que a su vez te enseñen, si pueden, un solo hospital en que se someta a tratamiento a quienes enfermaron por causa de la castidad. *¡Que te enseñen uno, nada más que uno!*

---

(4) Dr. Lajos Nékám: *Hazasság és orvostudomány.* Matrimonio y medicina. Magyar Kultura, 1930, pág. 257.

5) Dr. M. Csaba y Sra. del Rr. Csiá: *Amit egy magyleánynak tudnia bell.* Lo que ha de saber una muchacha crecida. Budapest, 1931, pág. 31.

Y lo que vemos en el campo individual lo observamos también en la vida de los pueblos. La Historia conoce grandes pueblos que llegaron a la decadencia por la inmoralidad; en cambio, no conoce un solo pueblo que haya perecido por causa de sus buenas costumbres.

**XXII.—Dios y la naturaleza

Ni puede ser de otra manera. Has visto que las leyes santas del Creador exigen castidad completa antes del matrimonio. No vacilo en afirmar: si Dios hubiese dado leyes, sin preocuparse de que a nadie perjudicase su cumplimiento concienzudo, entonces se contradeciría a Sí mismo..., y esto es imposible.

¿No se manifiesta con luz meridiana el castigo de Dios en el hecho de que justamente aquella fuerza creadora que, aprovechada según la santa voluntad del Hacedor, sería fuente de nueva vida, se trueca por los abusos pecaminosos en exterminadora de innumerables vidas humanas? ¿Puede levantar su voz la Naturaleza de un modo más elocuente contra las relaciones impuras que fulminando contra la vida inmoral tan espantosas enfermedades? La Naturaleza se defiende, defiende sus sagradas leyes así como puede: a los que conculcan la ley, los ataca con el ejército formidable de millones y millones de bacilos. Y no es casualidad, sino la expresión inequívoca de la voz de la Naturaleza, el que sólo la vida pura o el matrimonio legítimo, ordenado, santo, puedan preservarnos con seguridad de esas enfermedades.

Entre los seres creados, sólo la mujer recibió de Dios un corazón lleno de ternura y abnegación necesarias para ser madre. Y esos sentimientos son tan fuertes en ella, que un pequeñuelo cualquiera recibe, no pocas veces, las dulzuras de su cariño. Díganlo si no tantos huérfanos desvalidos a los que un alma femenina tomó bajo su protección. Y lo hace porque, como cantó el poeta:

Toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro de su pecho lleva un hijo dormido.

Joven amada, te repito sin cansancio que de tu pureza dependen la salud y la alegría de los hijos del mañana, la felicidad de tu hogar, la gloria de Dios y el porvenir de tu patria. De ti depende que tus hijos te aclamen: *¡Dichosísima!*

Sentiría gran pena de que pensases como ciertas muchachas modernas, para quienes un niño es un *estorbo*, una *impertinencia*, y que sueñan para el día de mañana con el matrimonio *sin hijos* o, a lo más, con *uno* o *dos*. ¡Es tan incómoda su presencia! Eso no es cristiano ni natural. La joven que así piensa es una *egoísta* que no perdonará nada para su comodidad, incluso hará víctima desgraciada al hombre con quien comparta su vida...

También en las aspiraciones del sexo hay que ser pura, queriendo lo que Dios ha dispuesto para la mujer, esto es, el matrimonio para la propagación de la vida, no para goces sexuales. Pensar otra cosa es ir contra la Naturaleza, y por lo mismo es una inmoralidad.

Contra esas jóvenes que desdeñan al *niño* levántate tú, joven lectora, y diles que «hay que querer lo que dispone el Cielo» y la vida como Dios la hizo y tu misión de mujer con todo entusiasmo y fidelidad.

De lo contrario, te prevengo que la Naturaleza se vengara el día de mañana si en tu matrimonio no cumples como es debido.

¡Guerra a las mujeres que no quieren ser madres ni de espíritu ni de cuerpo! ¡Son el exponente más significativo de la decadencia de un pueblo!

XXIII.—¿Quién es la que no puede permanecer casta?

Reconozco que la joven que únicamente quiere abstenerse del *acto exterior*, pero se entrega a pensamientos obscenos y consiente en deseos impuros, pronto o tarde llegará a los hechos. *Porque en este terreno no hay parada en la mitad del camino.* El cuerpo y el espíritu están en íntima correspondencia y los tropiezos de éste influyen en la debilidad de aquél.

En este punto no hay que ser benévolos; no se puede contemporizar. No podemos tranquilizarnos con que: «Tan sólo llego con el pensamiento hasta el punto en que todavía no hay

pecado, y no doy ni un paso más allá.» Imposible. La que es impura en sus pensamientos a sabiendas y en ellos se complace, es como si hubiese cometido de hecho el pecado. JUVENAL escribe en sus sátiras (13, 209): *Nam scelus intra se tacitum qui cogitat úllum, facti crimen habet.* «Quien va rumiando en su interior un pecado oculto, ya es reo del crimen.»

Por tal motivo, es de gran importancia tener *puros los pensamientos.* Las imágenes obscenas, el pensamiento impuro, pueden trastornar el organismo, porque la excitación del cerebro se extiende a la medula espinal, y de ahí a los órganos sexuales. Y el instinto excitado reclama a gritos la acción inmoral. Claro está que no puedes sofocar el incendio abrasador; pero ¿no has sido tú la que has hecho saltar la primera chispa?

Lee lo que escribe respecto del particular un célebre profesor de Medicina de la Universidad de Pázmány, de Budapest, el doctor LIEBERMANN:

«El profano se cree muchas veces que, una vez excitado el instinto sexual, es necesario darle satisfacción para conservar la salud. ¿Es verdad?

»La continencia no tiene consecuencias nocivas que merezcan tenerse seriamente en cuenta; en cambio, la incontinencia, por la natural conmoción del sistema nervioso, puede producir alteraciones que se manifiestan principalmente en los desórdenes del cerebro y de la medula espinal, y, por regla general, en las anomalías del sistema nervioso y de la actividad espiritual.

»Y no se diga que hay bastantes gentes de vida licenciosa que, a pesar de todo, son sanas y robustas. Estos ejemplos nada prueban. Confieso que hay alguien de constitución tan extraordinariamente fuerte, que, al parecer, puede pisotear impunemente su salud durante algún tiempo. Pero hemos de pensar que nadie sabe de antemano hasta dónde llegan sus fuerzas. Con derecho se puede preguntar si tal persona, robusta o sana, no lo sería aún más si hubiese llevado otra vida más morigerada.

»Por otra parte, no hay que fiarse demasiado de la salud aparente o supuesta, por la sencilla razón de que, en general, no nos sentimos inclinados a propalar nuestros defectos cor-

porales o espirituales; en cambio, somos muy propensos a ocultarlos y aun a aparentar con frecuencia, por vanidad o por orgullo, que nuestras cualidades son mejores de lo que son en la realidad.

»Quien vive sobriamente, y cumple sus deberes en conciencia, y trabaja con seriedad, y evita las compañías frívolas, las lecturas licenciosas, las obras teatrales de mal gusto..., y las desprecia como cosas que hacen vil negocio con la excitación de las pasiones, y no descuida el ejercicio corporal, *muy poco se sentirá molestado por los incentivos rebeldes, y con pequeño esfuerzo de la voluntad podrá fácilmente vencerlas*» (1.)

Sabías que en tu duerme una fiera; ¿por qué la has despertado?

Sabías que tu pensamiento es como la yesca; ¿por qué has jugado con el fuego?

Sabías que no es lícito disparar cohetes en las cercanías de un polvorín; ¿por qué lo has hecho?

**XXIV.—Castas de cuerpo... y alma

Muchachas queridas: fijaos seriamente en las consecuencias fisiológicas y psicológicas de los pensamientos impuros, de los deseos no satisfechos.

Los actos inhibidos o cohibidos no suprimen la energía psicológica que suponen y que buscan descargarse al exterior por actos directos o por actos derivados.

Si queréis vivir sanas de cuerpo y alma, sobre todo en vuestro organismo nervioso, evitad los pensamientos y los deseos incipientes y prohibidos que llevan a la acción, porque todos sabemos que, la psicología del subconsciente lo ha demostrado, ningún acto interior muere totalmente en nosotros.

Muchos trastornos nerviosos no son debidos a la violencia de la lucha por la pureza, sino al juego terrible de alimentar ligeramente pensamientos, medio-deseos, etc., que después siguen como líquidos corrosivos actuando en nuestra psicolo-

(1) LEÓ LIEBERMANN: *Az egytemek és föiskolak polgáraiboz.* A los universitarios y alumnos de escuelas superiores. Budapest, 1912, 9-11.

gía espiritual y corporal del subconsciente y nos hace invertir tesoros enormes de energía para contenerlos en su tendencia irresistible a la realización. Y entonces viene la caída o el estado histérico de melancolía, de mal genio en el trato social, etcétera. No es, pues, la pureza causa de enfermedad, sino el pretender ser *pura de cuerpo* sin serlo también *de alma*.

Ya lo creo: la que de pensamiento, en la sociedad que frecuenta, en las lecturas, asistiendo a obras teatrales y películas inmorales, peca contra la pureza y consiente que sus malos pensamientos se erijan en tiranos, no será casta en sus actos.

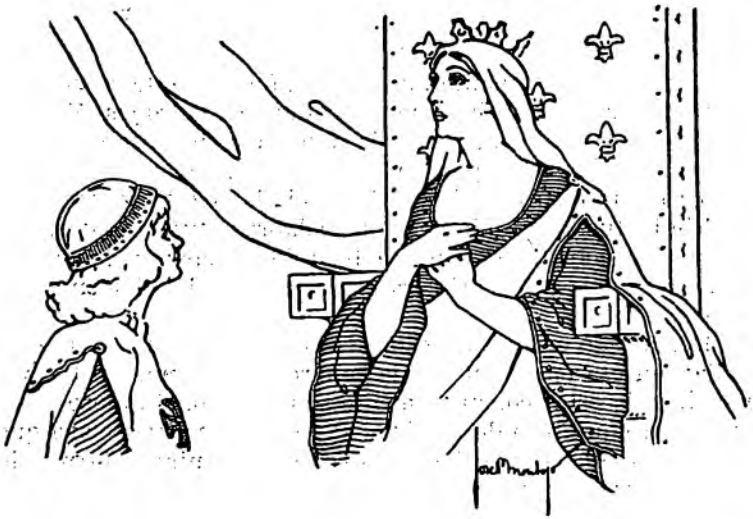
Pero que a la joven, pura en los pensamientos y en todo el concepto de la vida, le sea imposible la continencia o que ésta le dañe la salud en lo más mínimo, esto es lo que yo niego... *¡Esto no es verdad, no y mil veces no!*

CAPITULO VI

ANIMO, CONFIA!

I.—¡Vida pura! ¡Alma pura!
II.—Si no quieres, no hay pecado
*III.—Un brillante perenne.
IV.—El contagio de la impureza.
V.—Tus lecturas.
*VI.—Libros.
VII.—Diarios y revistas.
VIII.—Cuadros.
IX.—Teatro, cine.
*X.—Baile.
**XI.—La verdadera dama.
**XII.—Entre santa y santo.
*XIII.—Tu novio.
*XIV.—La limpieza exterior.

XV.—¡Muere y resurge!
XVI.—Almas raquíticas.
XVII.—¡Robustece tu voluntad!
*XVIII.—La alegría del triunfo.
XIX.—En la tierra, mas no de la tierra.
*XX.—La que no sabe mentir.
*XXI.—¡Vigoriza tu cuerpo!
XXII.—¡Soporta el dolor!
**XXIII.—Vida higiénica.
**XXIV.—Elige bien tus vestidos.
*XXV.—¡No estés ociosa!
*XXVI.—Algunos consejos médicos.
XXVII.—Un amigo paternal.
*XXVIII.—Del diario de una joven.
*XXIX.—Junto a las fuentes de una vida nueva.
*XXX.—¡Conmigo está el Señor!
**XXXI.—«Voy.»
**XXXII.—María es mi Madre.



«El que se vence, vence...»
(V. MARÍA DE AGREDA.)
(Correspondencia con Felipe IV.)

EN medio del azaroso vivir que rodea a la corte de Felipe IV resuena la voz de una mujer. Sus palabras vuelan desde los claustros franciscanos de Agreda hasta los salones reales, donde la molicie y el regalo hacen olvidar a veces los sagrados deberes de la vida. «¿Qué hago, sor María?», escribe angustiado el Monarca, y le cuenta sus luchas y tentaciones.

«El que se vence, vence», le responde desde su pobre celda aquella monja austera y clarividente.

Joven querida: acaso tú también, acosada por la tentación me preguntes:

—¿Qué he de hacer?

—Vencerte, no dar entrada a la tentación, conservar tu pureza.

Donde se guarda un precioso tesoro, allí se pone cerra-

dura resistente. Y cuanto mayor es la fortuna que se guarda, tanto más se cierran las puertas contra los ladrones. *Tu mayor tesoro es la pureza;* guarda, pues, con incansable perseverancia las puertas por donde puede penetrar el enemigo para robarte el tesoro de tu alma. Vigila todos tus sentidos.

Vigila tus pensamientos, tus palabras, tus miradas, tus actos, y principalmente cuídate bien de no dar el *primer* paso falso, porque tras la primera caída, con facilidad vienen las otras.

Demasiado sé que en esta época de inquietud en que te hallas, en esa época en que la sangre se enciende en tus venas, has de estar constantemente sobre aviso, si quieres conservar el equilibrio de tu alma. Pero ahora ya ves claro que en estos momentos te juegas todo tu porvenir; y bien vale combatir con perseverancia para asegurar el gran tesoro que ha de ser tu ilusión en los años juveniles. Este gran tesoro es el carácter.

I.—¡Vida pura! ¡Alma pura!

De modo que estás dispuesta a todos los combates con tal de salvar tu pureza. Sabes que para la vida del cuerpo es necesaria la limpieza—casa limpia, trajes limpios, manjares limpios, aire puro—, y sabes también que la primera condición de vida para tu alma es una moral pura.

Al fregar una escalera, se empieza el trabajo por el peldaño superior; de un modo análogo, para purificar tu vida has de empezar el trabajo de limpieza por lo más alto: por los pensamientos. Conserva, pues, la pureza no solamente en los actos y en las palabras, sino también en todos los *pensamientos,* porque el que peca contra ella, sea como fuere, *aun sólo de pensamiento,* ya empieza a socavar el precioso alcázar de su alma, y sólo es cuestión de tiempo el derrumbamiento definitivo. *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios* (1).

El espíritu de pureza es tan sensible como el llamado cristal de Bohemia. La materia se deja caer en agua fría. Llama la atención a fuer de un punto de exclamación. No se le pue-

(1) San Mateo, V, 8.

de quitar el más pequeño trocito, porque al primer roce se deshace en polvo de cristal. *Tú también serás completamente pura—pura hasta en tus pensamientos—o te desharás en polvo.* En este punto no hay término medio.

Con la pureza, como con el honor, no se puede regatear: ni es posible ser honrada a medias, ni lo es tampoco ser pura sólo a intervalos. Y muchas veces la impureza del pensamiento y de la fantasía pueden constituir un peligro mayor para la salud que el mismo acto prohibido. *Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida* (1).

SAN AGUSTÍN, que en su juventud, antes de recibir el bautismo, sufrió grandes tentaciones y tuvo profundas caídas, explica de esta manera tan triste situación: «Antes de delinquir con el pecado de desobediencia, nuestros primeros padres dominaban el instinto sexual, como hoy dominamos, por ejemplo, nuestros dedos. Los movemos como y cuando queremos. No se mueven sin mi voluntad.

»Mas no sucede lo mismo con los rebeldes incentivos de la concupiscencia. Se levantan y se mueven en nosotros pensamientos, sentimientos, deseos, movimientos, aun cuando no lo queremos; y no cesan, por mucho que lo queramos. Les declaro la guerra; me esfuerzo por hacerles huir...; inútil: no me obedecen. El hombre—prosigue el Santo—cometió el desatino de desobedecer al Señor en el Paraíso. Ahora Dios le ha impuesto como castigo y como lección una cosa semejante: una parte del hombre (el deseo sexual) no obedece, sino que sigue sus caprichos en contra de la razón y de la reflexión.

»¿Qué se deduce de esto? *Que no es lícito suscitar en ti, sin motivo y queriendo,* este diluvio que todo lo invade; y si empieza sin culpa tuya, *no te es lícito permitir que se adueñe de tu persona.* En los primeros momentos no es más que un conato; todavía puedes evitarlo, puedes encauzar tu atención, dirigida a otros puntos y... sana y salva. Pero si cedes al primer pensamiento, ya se te escapa de la mano el poder y no sabes cuál será el final.»

---

(1) *Proverbios*, IV, 28.

II.—Si no quieres, no hay pecado

Justamente serán tus pensamientos, tus deseos repentinos y vehementes los que te darán más que hacer, porque son los que menos dominas. Por este motivo deseo llamarte la atención sobre el particular, y así ahorrarte escrúpulos vanos. La inclinación al mal en sí no es pecado. Lo que importa es el reino de la voluntad: si tú pones a raya la inclinación natural, se transforma en *carácter;* si permites que se enseñoree de ti, se trocará en *pasión.*

No somos responsables de nuestros pensamientos hasta que *son conscientes,* esto es, plenamente deliberados y queridos.

Notarás muchas veces que en cualquier lugar y momento —acaso al estudiar, al jugar, leer o rezar—de repente te asaltan malos pensamientos y tu conciencia delicada piensa con preocupación si ya has lastimado o no la pureza de tu alma. Está tranquila. Si llegaron sin darte cuenta de ello, no eres responsable. No evitaremos que los gorriones revoloteen por encima de nuestra cabeza, pero sí podemos evitar que se posen y aniden en ella. Lo que importa es ser fuerte ahora, en este instante y *en seguida, ¡sin un momento de demora!,* coge con pulso firme la rienda de tus pensamientos y haz huir al huésped indeseable.

¿Qué has de hacer? Primeramente recházalos con un acto positivo de tu voluntad, pidiendo al Señor gracia para jamás consentirlos. Después ocúpate en cualquier otra cosa, a fin de que los malos pensamientos sean imperceptiblemente reemplazados por otros. Aplícate a una lectura interesante, juega, siéntate al piano, trabaja, estudia, cose, reza, canta, haz cualquier *otra cosa,* hasta que tu fantasía esté limpia de toda imagen impertinente. Pero hazlo tranquilamente, ni espantada ni excitada.

Los pensamientos torpes son como moscas zumbonas. No vale la pena apesadumbrarse. Es difícil ahuyentar las moscas si estamos excitados, porque vuelven tanto más insistentes y descaradas. Lo que hay que hacer es espantarlas con tal gracia y tino que no vuelvan a molestar.

No entres en combate inmediato con tales pensamientos;

en cuanto te vuelvas *hacia ellos*—aunque sea con el fin de combatirlos—, ya cobran fuerza. Lo más prudente es *volverles la espalda*, dejarlos plantados. ¿Llaman?, ¿tocan a la puerta de tu alma?, ¿mueven escándalo? Di para ti misma con desdén: «¡Aquí no entraréis!» Despáchalos en la primera ocasión, porque si te pones a platicar con ellos se pondrán impertinentes. No te asustes; continúa *con tranquilidad* tu camino.

Los perros te ladran con mayor impertinencia si notan que te asustas de ellos. Pero si pasas con *sangre fría, despreocupada junto a ellos*, bajan la cola y, avergonzados, van a meterse en su caseta.

Aprende a tener esta *tranquilidad* frente a los malos pensamientos y diles con desprecio: «¿Para qué mover tanta algarabía? De todos modos, nada lograréis. Es sencillamente *imposible* que yo consienta en ese pecado.»

No te desesperes aunque tuvieras que combatir diez veces en un día o en una hora contra tales pensamientos y deseos. En esto has de tener ideas claras, porque regularmente las muchachas de delicada conciencia malgastan muchas energías y se abaten en la lucha espiritual faltas de orientación.

El instinto de la carne y su madurez entran en el plan de Dios; por tanto, si se agitan en ti tales pensamientos, ello es consecuencia completamente natural del proceso de desarrollo, ni siquiera llegan a tentación. Para cerrarles el paso e impedir que lleguen a pecado haz como si no los advirtieras.

No te asustes, no te defiendas, no te pongas nerviosa, porque así se fijarán aún más, sino apártalos con reposada superioridad, como diciendo para ti misma: «¡Ay, cabecita loca, qué pensamientos tienes! ¡Señor mío Jesucristo, ayúdame!»

Y no caviles: «¡Ay!, ¿he consentido?» Y no te desanimes, aunque te parezca que todo es inútil, que no se van, que no logras ahuyentarlos.

Las tentaciones frecuentes no son señal de pecado, sino más bien de incolumidad espiritual, ya que el enemigo no asedia con renovados ataques sino la fortaleza que todavía se yergue intacta. El soldado que se ve acometido por el enemigo, no tiene motivo de avergonzarse; tan sólo es un baldón rendirse al ataque.

Podrá confortarte saber que si, distraída y por casualidad,

te hubieses entretenido con tales pensamientos, *no hubo voluntad;* y si no quieres manchar tu alma—*¡y no lo quieres!*—y si quieres conservarla pura—*¡y lo quieres!*—, entonces saldrás triunfante de todos los combates. *Non nocet sensus ubi deest consensus* (San Bernardo). «No daña el sentimiento mientras no haya consentimiento.»

¡Mientras luchas no hay pecado! El pecado empieza cuando *la voluntad cede.* De todo cuanto sucede en mí sin querer y saberlo yo, no soy responsable; por tanto, no hay pecado. De cualquier cosa que ocurra mientras duermo, sea cual fuere mi sueño, yo no soy responsable, a no ser que haya dado pie a esos sueños licenciosos con mi comportamiento frívolo del día anterior, a sabiendas de lo que podría resultarme.

Por tanto, ¡ceder el camino si viene el perro rabioso, no prestar atención al deseo, dirigir por otros cauces la atención! ¿Por qué? ¿Se trata acaso de una cosa asquerosa, humillante? De ninguna manera. El designio sublime de Dios creador es santo; y así lo preservas de la profanación, de la mancilla.

*III.—Un brillante perenne

Cuéntase que allá en tiempos del Rey Arturo, el héroe legendario de la Gran Bretaña, celebróse un animadísimo torneo en Camelot.

Un maravilloso brillante, gloria y orgullo de las arcas reales, era el premio destinado al vencedor en la lid. Muchos caballeros se presentaron a la palestra con armaduras lujosas y cascos ornados de flamantes plumas.

La lucha se entabla con dureza. Distínguese entre los combatientes un guerrero cuyo escudo es desconocido, y que lleva una manga de seda roja bordada en perlas sujeta al casco. Su espada remolinea sobre sus adversarios y nos derriba con rapidez pasmosa. Nadie sabe de dónde saca tanta fuerza y destreza.

Vence a los mejores campeones: a pie, a caballo, con lanza y de todas las maneras que las leyes del torneo autorizan.

La gloria de su dama, cuya prenda lleva, y el hermoso bri-

llante aumentan su destreza y su brío hasta el heroísmo y le llevan a la victoria con gran peligro de su vida.

Un brillante mil veces más valioso está oculto en el alma de cada muchacha; lo malo es que muchas jóvenes lo ignoran y juegan imprudentemente con ese brillante de valor inmenso, con su alma. ¡Cuántas mancillan su alma, tan pura antes, tan blanca! ¡Cuántas la exponen imprudentemente a peligros graves! ¡Cuántas pierden su preciosísimo brillante!

En las grandes ciudades hay pasajes entre dos calles. Acortan la distancia; son atajos. Pero no hay manera de tenerlos limpios. Pasan muchas gentes, van y vienen, y dejan mucha suciedad. *¡Cuántas almas de muchachas son en realidad pasadizos!* Pensamientos, deseos, palabras, miradas... van y vienen, entran y salen a su antojo. ¿Es maravilla si llega a amontonarse en ellas la impureza?

La joven prudente guarda su casa. Delante de las puertas pone de guardia su voluntad disciplinada, y antes de dejar el paso libre, exige a cada cual su pasaporte.

Por ejemplo, va por la calle y llega delante de un escaparate en el que se presentan varios cuadros. La curiosidad se despierta al momento: veamos este escaparate. De repente, su mirada tropieza con un cuadro obsceno, inmoral, vergonzoso. ¡Cuidado!, le grita la voluntad: tú no debes mirar... La joven vence su curiosidad y vuelve la espalda al cuadro.

Así exige el certificado a cada pensamiento, a cada conversación, a cada pieza teatral, a cada libro, antes de franquearles la entrada a tu pequeño alcázar, en tu pequeño templo, en tu alma, somételos a examen. ¿Es bueno? Que pase. ¿Es malo? Recházalo: no lo dejes entrar. Si procedes en esto con escrupulosidad, no hayas miedo de nada: *eres joven heroica, de alma recta, aunque tengas que huir cien veces al día de los malos pensamientos.* En este punto, valiente es aquella que huye inmediatamente. En esta lucha vencen los que huyen, repetía San Felipe Neri.

Lo importante es esto: *no consentir jamás, ni por un momento, en pensamientos obscenos.* En otras cosas lograrás el éxito dedicándote a meditarlas con atención; aquí la condición del éxito es pensar en ellas lo menos posible.

Al pasearte por el jardín y darte cuenta de que un asqueroso gusano ha caído sobre tu mano, no te detienes a examinarlo, sino que le arrojas en seguida, porque de otra manera... te ensuciaría. Y si te salta una chispa y mancha tu vestido, no la miras tranquilamente, no examinas cómo va agujereando el tejido, aumentando cada vez más el círculo, sino que la apagas al instante, porque de otra manera... te quemaría. Así has de arrojar y sofocar los pensamientos deshonestos.

Te llamo la atención en especial sobre un punto que a las muchachas de conciencia delicada puede llenarlas de escrúpulos si no han oído hablar de ello. Cuando empieza tu desarrollo corporal, sientes a veces durante el sueño, en tu cuerpo, una excitación o movimiento sexual. No te turbes. Eso no es pecado, sino efecto natural del desarrollo del organismo, de la maduración sexual.

Y aunque sucede con menos frecuencia, puede obedecer a la debilidad de los nervios, o al hecho de haberte cansado demasiado el día anterior, o de haberte excitado el espíritu con cualquier acontecimiento, etc. Esto no depende de ti, como no depende de ti el latido del corazón o la respiración, de modo que es cosa completamente natural.

Pero la excitación, el placer sexual que este proceso lleva anejo, ¿no es pecado?

No lo es el sentimiento de placer, porque no lo has provocado tú y es consecuencia natural del desarrollo. Pero, ¡alerta!, con facilidad puede trocarse en pecado. Pecado sería si en estado de plena conciencia te alegras de ello, si das el consentimiento a tu voluntad, si lo provocas tú misma *de cualquier manera.* En estos casos, levanta tu alma a Jesucristo, reza, piensa en seguida en otra cosa y quédate tranquila hasta dormirte de nuevo; así, tu alma guardará su inocencia.

En los años de la adolescencia notarás muchas veces cierta excitación o prurito en los órganos sexuales sin que haya motivo especial. Si esto acaece espontáneamente, no le des importancia: es un fenómeno del desarrollo; pero cuida de que la ropa blanca, estrecha y caliente, el modo de sentarse, los movimientos imprudentes, los tactos innecesarios..., no

provoquen esa excitación, porque la excitación sexual *buscada directamente, adrede,* es pecado grave.

Lo repito una vez más: todo depende de la voluntad, del consentimiento. En el hombre hay el apetito *sensitivo,* apetito rastrero, al que la voluntad no sabe mandar siempre. Por ejemplo, visitas una exposición, y tu mirada tropieza por casualidad con un cuadro indecente. El apetito sensitivo se despierta al momento y te instiga al pecado, te excita. Esto no es acto consciente, no eres responsable todavía. Tu alma nota también lo que se prepara contra ti; y si desvías la mirada al instante y la clavas en otro cuadro, ahuyentando hasta el recuerdo del primero..., obras bien. Para que haya pecado *ha de haber* no sólo sentimiento o sensación del *apetito sensitivo,* sino consentimiento de la *voluntad racional;* y para que *consientas,* has de saber antes que aquella mirada, aquella complacencia, aquel deseo, eran *pecaminosos.*

IV.—El contagio de la impureza

La fantasía o imaginación es regularmente el campo de batalla en que se decide la suerte del combate entablado por la pureza. Es el foco del primer fuego; el lenguaje y la obra no son más que arroyuelos, cuya fuente mana del antro oculto de la fantasía. Por tal motivo, la joven que es dueña de la propia casa, la que rige sus propios pensamientos, procura con más ahinco que los demás no le echen a perder el vergel de su alma.

No olvides que el contagio moral se propaga con más rapidez que la peste o el cólera más espantoso. Y hemos de precavernos contra la inmoralidad como nos defendemos contra las enfermedades contagiosas, cuya mejor medicina es, como bien sabes, la limpieza. Donde se declara el cólera, aparecen al día siguiente los carteles que llaman la atención a toda la población, encareciéndole que se esmere en la mayor limpieza posible: que nadie se toque la boca con la mano ni coma frutas que no estén en punto de madurez; que se laven con frecuencia las manos; que no permitan una sola mosca sobre la comida...

Yo también quisiera poner carteles, escritos con letras de fuego, en el alma de las jóvenes, con las reglas preventivas para conservar la pureza.

«Hija mía, ¡alerta con los bacilos que propagan la inmoralidad! Están merodeando por todas partes. Es posible cortar un incendio, es posible encauzar con diques la corriente desbordada...; pero el contagio de la inmoralidad es más devastador que los incendios, es más peligroso que las inundaciones.»

«Sí, he de vigilar. ¿Pero no sabe usted en qué mundo de pecado, en qué mundo de trastorno y confusión vivimos?» —me pregunta con la mayor intención una joven—. «He de estar sobre aviso para conservar el alma pura. ¿Pero si en torno mío levanta nubes de espuma el oleaje sucio de mil y mil tentaciones, y amenaza constantemente hundir mi alma?»

Siento con emoción la terrible y legítima acusación que vibra en estas o semejantes quejas, que muchas jóvenes de alma levantada lanzan contra la moderna vida. Siento, joven mía, que tienes razón al acusar; pero permíteme, no obstante, que no ceje en mi demanda y en mis exigencias: *tú has de permanecer pura de corazón.*

—¿Hasta en medio de las mil y mil tentaciones de la vida?

—Sí.

—¡Pero si hoy día se exhibe tanta suciedad en los cines! ¡Presentan en el teatro tanta crudeza!

—¿Y quién te obliga justamente a ver estas cintas o piezas?

—¡Pero si en los tés *dancing se divierte la gente con cosas nada limpias!*

—¿Y quién te obliga a entrar en semejantes lugares?

—¡Si los carteles son tan descarados y los escaparates están tan atestados de cuadros impúdicos!

—¿Qué necesidad tienes de mirarlos?

—¡Pero si en la calle se nos lanzan piropos que sonrojan a la mujer honesta!

—Procura en tus vestidos y andares no provocar...

—¿Y si gentes picarescas y charlatanas aprovechan mi presencia para babosear groserías y obscenidades?

—Corta su conversación, no la escuches.

Por muchas que sean las gentes corrompidas, créeme, querida, todavía hay, y quizá en número mayor de lo que tú sospechas, jóvenes de vida pura que han de luchar como tú; y que en vez de desalentarse en el combate, en vez de perder ánimo y fuerza, sienten crecerse en la lucha. Traba amistad con ellas: con las almas nobles y puras que merecen respeto.

Jóvenes hay que se me han quejado de esta manera: «¡Qué torturas me causa ese instinto que se despierta en mí! ¡Cuántas tentaciones turban los años de mi juventud! ¿Por qué no se despierta más tarde este deseo? ¿Por qué nos molesta en una edad en que todavía no podemos pensar en el casamiento?»

No saben las pobres cuán sabiamente hablan al quejarse de esta manera. En efecto, hoy día la tendencia sexual se despierta más pronto de lo que pide el natural desarrollo, el crecimiento normal del organismo juvenil. La causa es que la vida moderna se alejó demasiado de sus cauces naturales.

Los cines y teatros, las lecturas y anuncios excitantes, los numerosísimos bailes y diversiones, la vida demasiado sedante, la falta de ejercicio corporal, los manjares excesivamente condimentados, etc., atizan deseos en el organismo de la joven de la ciudad mucho antes y con mayor vehemencia que en el de la muchacha campesina, que se fatiga en trabajos corporales y lleva una vida más natural y sencilla. La muchacha entregada al trabajo espiritual tiene más tentaciones de esta índole que la joven del campo.

De ello se deduce nuevamente que has de evitar con mayor esmero las ocasiones que puedan excitar tus instintos.

V.—Tus lecturas

¡Cuidado!, ¡cuidado con el ojo! No permitas nunca, con ninguna excusa, que mire nada que pueda ofender en lo más mínimo la pureza de tu alma. No olvides que en el mundo actual merodea en torno tuyo toda una caterva de enemigos. En los periódicos, en los libros, en la calle, en el teatro, en el cine, ves y lees cosas que ocultan millares y millares de ba-

cilos contagiosos. Vigila en todas partes y sé cauta... en tus lecturas.

Tratemos de éstas en primer lugar. Muchos libros frívolos son escarnio no solamente de la moral, sino del buen estilo. De modo que, aunque te aconseje que leas mucho—es un postulado de cultura—, te pido con no menor encarecimiento que no admitas libro alguno que se ría de la moral y propugne conceptos frívolos y fomente la licencia de costumbres, abierta o veladamente. Estos libros, aun desde el punto de vista del estilo, son hez y basura por este motivo, *es lástima perder tu tiempo con ellos*. Tal «literatura» no ayuda a la cultura, sino que abre la fosa sepulcral en que enterrar, deshechos en polvo, los bellos sueños de las madres y los nobles ideales de las jóvenes.

Pero, por desgracia, hay maestros del buen estilo, especialistas en la descripción, hombres que recibieron de Dios una pluma bien cortada y no se avergüenzan de mojarla en el cieno y con ondulaciones de serpiente recorren las «bellezas», las «alegrías», los «goces» de la vida impura, para excitarla y propagarla. Estos son de cuidado, son «*vitandos*», porque con el poder de la pluma atraen a su propia degradación el alma de los lectores.

«*Viel Talent und wenig Charakter*», «mucho talento y poco carácter». Esta frase podría ponerse como lema en los libros de esos escritores, que si bien se consideran semidioses, son... unos inmundos irracionales. Por muy artísticos que fueran los anillos venecianos, no por ello hubieras querido aplicarlos a tus labios y chupar el veneno que contenían. Cuidado con que de esos libros «artísticos» no venga la muerte a tu alma. ¿Para qué escarbar en el estercolero—¡aunque esté cubierto de polvillo de oro!—, cuando en nuestra literatura, a Dios gracias, encontrarás abundantes diamantes?

Hemos de hacer constar con profunda tristeza que la literatura actual, la literatura «moderna», no es en gran parte sino panegírico de amoríos, de abusos y aberraciones de la vida sexual. Si ese grupo de novelistas y poetas anduvieran en lo justo, tendríamos que admitir que el hombre se enorgullece, no de sus pensamientos nobles, no de sus anhelos sanos,

sino tan sólo de sus bajos instintos, de sus deseos sexuales, y en éstos precisamente se asemeja al animal.

De modo que... está alerta y sé precavida en las lecturas. ¡Qué tristes son estas palabras escritas por una muchacha! : «Al principio, buscaba el placer sensual en las novelas; más tarde lo busqué en la realidad.» No imites a las muchachas que leen a tontas y a locas todo lo que encuentran al alcance de su mano. Quien se traga todo cuanto encuentra, echa a perder su estómago, ¿no es verdad?

*VI.—Libros

No pienses ahora que voy a hablarte de aquellos libros de «caballería» que hacían el encanto de muchas mujeres de antaño. Es lástima malgastar el tiempo en tales lecturas. Excitan tu fantasía y la llenan de romanticismo huero. Cuando hay tantísimos libros buenos que ni siquiera tienes tiempo de leer, es necio despilfarrar tus ratos libres en esta literatura vacía.

Quiero referirme ahora a aquellos libros inmundos, inmorales; a aquellas revistas humorísticas y a aquellos folletines que algunas compañeras jóvenes leen a hurtadillas en casa, llenas de emoción, con el corazón palpitante, con la fantasía encendida. Tales lecturas son tan perjudiciales—y acaso más—al sistema nervioso que el alcohol, la nicotina o la cafeína.

Ya sé que te sentirás ofendida si alguien tiene la osadía de ofrecerte semejantes lecturas y de querer iniciarte en los secretos de tales libros.

Pero bastantes mujeres razonan de modo extraño respecto al particular. Leen sin ton ni son, sin encomendarse a Dios ni al diablo, el primer libro que encuentran, aun sabiendo que es de los que ofenden sus creencias religiosas y su moral. Pero... «sólo quiero saber qué cosas se escriben por ahí; de todos modos, *no me dañará;* no lo leo con mala intención». Concedo sin reparo que no lee el libro por mala in-

tención, sino por curiosidad; pero no admito que esta lectura no le dañe.

Tú tampoco me creerías si te dijese que no moriré por entrar en la farmacia con la intención de probar todos los venenos que allí se pueden encontrar, puesto que quiero probarlos «no con mala intención», no para que me dañen, sino «tan sólo porque quiero conocer sus efectos». Y, sin embargo, amada joven, las páginas de muchos libros sueltan un polvo más venenoso que el más fuerte cianuro potásico, y este veneno cubre el alma de la lectora.

Hay muchachas realmente incomprensibles: si encuentran un cabello en la sopa, ya no pueden seguir comiendo; si se siente algún olor en el cuarto, ya no lo resisten; pero al mismo tiempo se tragan y devoran los libros más sucios y pestilentes.

La misma Teresa de Jesús deplora el tiempo que, siendo niña, gastó en lectura de libros de caballería.

«Parecíame no era malo gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio..., y era tan extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.» *(Vida,* cap. II.)

Sea tu conciencia delicada el mejor termómetro de tus lecturas. Coge un libro, el que quieras, el más artístico según los pregoneros. *Si encuentras en él un pasaje que ofenda en lo más mínimo la pureza de tu alma, ten suficiente fuerza de voluntad para pasar esas páginas sin leerlas, y si te encuentras repetidas veces con semejantes pasajes, deja el libro, quémalo.* No te arrepentirás si sigues esta regla y tomas por lema lo del antiguo poeta:

«Dios mío, dame un corazón bueno y una mente despejada. Pero si hubieras de negarme uno de estos dones celestiales, niégame la ciencia deslumbrante y dame un corazón puro.» (FERENC VERSEGHY.)

A tu edad, es imprescindible que leas, además de novelas y libros científicos, *algunos libros serios, de estos que forman el carácter y educan la voluntad;* es decir, más que leerlos, como sueles hacer con las novelas, *has de meditarlos, saborearlos, capítulo por capítulo.* Verás qué recta orientación te

dan estos libros y estas meditaciones y cómo tonifican tu voluntad. Naturalmente, para este fin has de escoger los mejores libros.

No quiero engañarte diciendo que esta clase de lectura es fácil, ya que «encierra» pensamientos profundísimos. Pero si durante el día puedes consagrar diez o quince minutos a uno de estos libros, harás tus trabajos con más ánimo y con más fresca energía. Sería costumbre muy provechosa *leer cada noche, después del ejercicio del cristiano, algunas oraciones, algunas frases de los Evangelios y meditarlas hasta que te duermas.* Pruébalo y verás qué profunda influencia ejercen en tu alma.

VII.—Diarios y revistas

Has de escoger estas lecturas. No perdería mucho tu formación espiritual si durante tus primeros años de juventud no los leyeras. Tendrás tiempo más tarde para ello.

Sin embargo, ya que está hoy tan extendida esta clase de lecturas, quizá tú también te intereses por los acontecimientos del día. Si tienes tiempo, no te prohibo en absoluto que lo hagas; pero ¡alerta con estas publicaciones!

La mayor parte de éstas salen de manos de editores cuya preocupación principal es el mayor beneficio material posible; en cambio, se cuidan muy poco de que sus artículos e ilustraciones estén o no en consonancia con un concepto honrado, moral, de la vida. Los cuentos, las poesías, las novelas —para no hablar de las secciones de «*Correspondencia*» y «*Anuncios*», que están al servicio de amoríos inmorales—, se refieren a historietas amorosas que, solapada o abiertamente, pregonan la vida inmoral y la meten en el ánimo del público.

Apreciada joven: sabes ya cuál es tu deber en este punto. Hay diarios y revistas de primera fila, católicos, en que puedes leer con tranquilidad la parte de literatura; mas si por cualquier motivo hubieras de leer otros periódicos, cuidado siempre con los cuentos y las novelas que allí se publican. Porque ¿de qué sirve huir de la sierpe cuando ya te ha mordido?

VIII.—Cuadros

Sé cauta también en mirar las Exposiciones de estatuas y pinturas. El cuadro, la estatua y cualquier objeto o espectáculo solamente son dignos de ser contemplados si despiertan en ti pensamientos nobles. En cuanto ofenden tu alma en lo más mínimo—aunque sea la Venus de Milo, de fama mundial—, tu deber es desviar la mirada. ¿Y qué decir de las llamadas «postales artísticas», que, bajo el lema de «historia del arte», escandalizan y conducen al pecado no pocas veces?

Los artísticos clásicos de la antigüedad y del Medievo presentan muchas veces desnudo el cuerpo humano; pero sus obras no se dirigen a excitar la sensualidad, sino que irradian el poder del espíritu, este poder que comunica al hombre dominio sobre el cuerpo. Ellos procuran conciliar lo sensible con lo suprasensible y representar en el cuerpo desnudo el cuerpo glorificado; en sus obras, el rostro se distingue por una expresión de extraordinaria gravedad: el mismo cuerpo desnudo lleva un sello de nobleza divina.

Es posible que hasta esas estatuas antiguas turben la tranquilidad de tu alma delicada; en tal caso, no las mires.

Lo que no tiene vuelta de hoja es que los artistas modernos en su mayoría no intentan con los desnudos otra cosa que excitar la sensualidad; aún más: pintores hay que se aprovechan del desnudo para encubrir lo impotente y desmañado de su arte.

Ni des crédito a la excusa que ponen algunas gentes para encubrir el pecado: «El cuerpo del hombre también fué creado por Dios; por tanto, no puede haber en él nada indecente que no me sea lícito mirar.» Severa contigo misma —¡vigila tus ojos al bañarte!—, sin una causa seria, no mires ni siquiera en tu propio cuerpo nada que pueda excitar tus bajas pasiones. Verdad es que Dios creó el cuerpo del hombre y que este cuerpo es una obra maestra. En él descubrimos la mano del Creador y su providencia admirable y amorosa con mayor abundancia que en cualquier otra criatura. *La falta, claro está, no estriba en el cuerpo humano, sino en la debilidad de quien lo contempla.*

Con esto habéis de contar tanto el artista como tú. Por más acabados y artísticos que sean el cuadro, la estatua, la película, si excitan las inclinaciones pecaminosas, *no pueden pretender la categoría de verdadero arte.* Porque obra maestra es aquella cuya contemplación no se ve turbada por ninguna excitación pecaminosa. Corolario del placer estético es la serenidad del alma.

Sí; para nosotros es santo el cuerpo humano, y puede ser objeto de nuestro interés; pero sólo en la medida que *sirve de instrumento al alma,* y en cuanto manifiesta los sentimientos y afectos del alma. Pero en el momento en que el artista muestra el cuerpo *por sí mismo,* ya reduce a esclavitud el alma; el estado de desorden así creado ofende nuestro sentido moral y excita la sensualidad.

No solamente las leyes de la ética, sino también las de la estética, exigen que sólo se presente desnudo el cuerpo con el fin de manifestar fenómenos espirituales y nunca por sí mismos. Hace subir la sangre al rostro pensar que los escultores paganos, griegos y romanos, procedían mucho más correctamente en ese punto que los pintores y escultores cristianos de nuestros días. Las estatuas antiguas—aunque sean desnudas—regularmente están tan saturadas de espiritualismo y delicadeza, que no nos escandalizan. En cambio, los «desnudos» de los artistas modernos, no son sino germen de pensamientos inmorales y bajas concupiscencias.

¿Qué fin intentan en los «salones», en las exposiciones, los intreminables desnudos, las «academias» de los pintores modernos (y regularmente los de menos talento)? «Quieren hacer arte», «quieren una contemplación abstracta, estética». No lo tomes a mal si te digo sin tapujos lo que quieren: quieren excitar adrede los instintos de bruto que hay en nosotros.

Resumiendo: ¿te es lícito mirar un cuadro o una estatua de desnudo? La respuesta depende de las circunstancias: 1.ª Qué fin persigue el artista al presentar desnudo el cuerpo humano. 2.ª Qué clase de temperamento tienes tú.

Si el fin del artista es producir una excitación impúdica y enardecer los instintos animales—y, por desgracia, éste es el objeto *en la mayoría* de los cuadros modernos de des-

nudo—, entonces pasa con asco por delante de esas obras. Si, en cambio, el artista se propuso representar el cuerpo humano sin cubrirlo para expresar así más reciamente una idea levantada y moral—por ejemplo, en el magnífico grupo de Laoconte—, entonces puedes contemplarlo.

Pero en este caso fíjate también en la segunda condición: ten en cuenta tu temperamento.

Hay muchachas de sangre fría que dominan su voluntad hasta el punto de que tales obras no las perturban; éstas pueden mirar ligeramente los desnudos sin detrimento de su alma. ¡Ojalá todas las jóvenes tuviesen tal dominio de sus pasiones!

Hay otras a quienes al principio no asaltan malos pensamientos, pero más tarde sí; en tal caso, apenas se presentan esos pensamientos han de cesar en la contemplación del cuadro, de la estatua.

Finalmente, hay otras excesivamente sensibles, que no pueden contemplar las obras maestras sin ser acometidas de malos pensamientos; estas tales no han de mirar ni siquiera esas obras excelsas.

Por tanto, ¿cuál es la regla? *No mires nada que esté por encima de tus fuerzas, que suscite en ti malos pensamientos que no puedas después dominar.*

Una observación: hay cuadros y estatuas que son demasiado fuertes, demasiado crudos para toda joven que estime su pudor.

IX.—Teatro, cine

También he de llamarte la atención sobre el peligro del teatro y del cine. La crítica de los periódicos, espléndidamente pagada en su mayor parte por los autores o por los empresarios, alaba encomiásticamente todas las piezas, de modo que de antemano es casi imposible saber si van a propinarte o no durante tres horas las inmoralidades más refinadas.

Críticos de fama mundial, críticos imparciales, han afirmado que hoy día el teatro tiene muy poco que ver con el arte.

Tú misma habrás podido observarlo. Bastaba echar una ojeada a tu alrededor no hace muchos años: ¿en qué teatro se representaban las obras de los grandes darmaturgos, las piezas clásicas, las obras consagradas? En ninguno, y, en caso de excepción, rarísimas veces (1).

En cambio, las obras «modernas», saturadas de inmoralidades, adulterios, seducciones, amoríos secretos, eran pan nuestro de cada día. Estas gustaban más al vulgo, daban mejor taquilla... Lo concedo. *Pero que nadie abogue en favor de tales teatros bajo el pretexto de cultura.*

De tener razón algunos dramaturgos y novelistas modernos, tendríamos que hacer constar con asombro que el objeto más sublime y elevado que se puede proponer al hombre es la satisfacción de la vida sexual, de los bajos instintos. *¿Y es éste en realidad el fin del hombre? En este punto precisamente no nos levantamos sobre el nivel del animal.*

¿Dónde hallar hoy una obra teatral sin una historia amorosa; más aún: sin relaciones pecaminosas? Y lo que queda de semejantes obras en el ánimo de los espectadores es que el objetivo principal de la vida es el amor. Y esto es mentira. El amor, este amor de novela y teatro, se limita a unos pocos años de vida humana, y aun durante estos años es tan sólo *una* de las innumerables cosas a que se dedican los mortales.

Antiguamente, el teatro era un instrumento al servicio de la cultura; servía para corregir los defectos. Hoy día las salas de espectáculos no son más que lugares de corrupción que atizan positivamente el fuego de las pasiones. El mero anuncio llamativo de muchas películas, el mismo título de muchas obras teatrales, son seducción e incentivo para la inmoralidad.

CATÓN, el Viejo, no quería un teatro permanente, porque éste, en su sentir, llevaba al pueblo a la inmoralidad. Y SÉNECA, apoyándose en la experiencia, escribe: «No hay cosa más peligrosa para las buenas costumbres que el tea-

---

(1) Afortunadamente, en nuestra Patria el teatro clásico ha logrado despertar el interés en estos últimos años. *(N. del E.)*

tro. En él los pecados nos acometen bajo el velo del placer con mayor facilidad. Al salir del teatro soy más avaro, más vano, más sensual y hasta más cruel, más inhumano» (1). Por desgracia, no hay motivo alguno para rectificar respecto del teatro moderno el juicio severo de los paganos.

No afirmo, desde luego, que la literatura moderna sea completamente mala en obras de gran valor.

Pero los acontecimientos literarios de cierta enjundia se pierden en medio de los innumerables y fútiles libros y piezas teatrales que se introducen con bombo y platillo, con charlatanería de mercado. Nos pasa lo que a aquel jardinero que no se preocupaba de su jardín, y en éste, junto a las rosas, sacan la cabeza el cardo, la cicuta, la belladona..., y los cerdos hozan a su placer en los cuadros de flores que aún quedan.

De modo que si te pregonan las excelencias del teatro «moderno», si lees la literatura «moderna», si a cada paso oyes ponderar el valor de cultura «moderna», *no olvides un solo momento que la sensualidad excitada por estas obras—por muy artísticos que sean los procedimientos—jamás elevará la dignidad y decoro de la mujer.*

Tales escritores no hacen sino encubrir con el lema del arte las muchas inmoralidades que hoy no se atreven todavía a despachar abiertamente. Por tanto, no temas ser una anticuada en el arte, en la cultura, si escoges con esmero las obras teatrales o las películas que vas a ver, el libro moderno que vas a leer. En muchos casos basta el título para saber que aquella obra es burda y grosera.

Sé que tú no irás a ver tales piezas.

Pero ¿y si vas de buena fe y te encuentras con semejante provocación? Acaso no puedas retirarte sin llamar la atención; pero puedes cerrar los ojos—¡no dejes de hacerlo!—mientras dure la escena inmoral o mientras se pasa la película inconveniente. Te preservarás de muchas tentaciones si sigues este consejo y si puedes refrenar la curiosidad que se despierta en tales casos. En la guarda de la pureza, tu

---

(1) DÖLLINGER: *Heidentum und Judentum*, pág. 727. Paganismo y judaísmo.

principio ha de ser éste: *Prefiere ser más tímida de lo necesario, que no más osada de lo debido* (1).

*X.—Baile

Después de tratar del teatro y del cine, ahí van ahora algunas líneas respecto al baile. Ya estarás pensando asustada que voy a prohibírtelo.

Despacio, joven mía, despacio.

Es cierto que esa locura del baile que cunde en la sociedad actual sienta bien a cualquiera menos a una muchacha reposada, de serio pensar. Hay gran parte de razón en el juicio severo de los antiguos romanos, que contaban el baile entre las cosas que desdicen del hombre libre. Muchas jóvenes que tienen fiebre de baile deberían leer las palabras con que CICERÓN defendió al cónsul Murena, acusado de haber bailado. «No hay que lanzar imprudentemente tal acusación contra un cónsul romano: ¿qué crímenes ha cometido hasta ahora para poder creer de él semejante cosa? No baila sino el borracho o el loco» (2).

Aunque el imponer a tus piernas una dura gimnasia de varias horas en las salas de baile, calientes en demasía, llenas de polvo, con el aire corrompido, no es la diversión más saludable—¡no temas!—, yo soy más moderado que Cicerón y no te prohibo en absoluto el baile. En su tiempo y lugar puede ser una diversión honesta *para las jóvenes de carácter.*

Acaso preguntes con sorpresa: ¿Qué tiene que ver el baile con el carácter? Pues justamente al bailar se hacen patentes el carácter firme o la voluptuosidad repulsiva. Acaso no se destacan uno y otra en ningún otro punto con mayor facilidad que en el baile. El baile es la gran prueba: en él se revela el carácter.

En cada movimiento, en cada mirada, en cada palabra, se te ve lo que sientes por dentro. El carácter torcido aprovecha esta ocasión para la frivolidad, para fomentar las ba-

(1) Consulta en tu parroquia la guía de espectáculos.
(2) *Pro L. Murena*, 6, 13.

jas concupiscencias. En cambio, la muchacha de carácter recto no olvida entonces que si el joven con el cual baila ha de ser «caballero» y tratarla con respeto, ella, por su parte, ha de estar alerta para rechazar el más pequeño pensamiento o deseo que ofendan su pureza.

La joven de carácter sabe elegir el compañero de baile y mantenerlo sereno, en una situación deferente y delicada; presta atención a los pasos del baile e imprime el rumbo que va tomando la conversación. Esta joven no ha de temer resbalar en el piso del salón, como tampoco ha de creer que el baile termine con una caída moral.

Las jóvenes débiles de carácter tan sólo se cuidan de deslizarse gráciles en el piso resbaladizo y olvidan la importancia que para su carácter tiene su comportamiento en estas situaciones.

Puedo afirmar con plena convicción que la *conducta de las jóvenes durante el baile es la mejor prueba de la firmeza de su carácter y su noble modo de pensar.*

Por otra parte, no deja de ser verdad lo que dice el proverbio: «*Beim Tanz geigt der Teufel gerne.*» «El diablo toca con gusto el violín durante el baile.» Es decir, el baile siempre es ocasión de peligro para la joven. Por tanto, nunca vayas al baile sin antes levantar tu alma a Dios en una oración breve, pidiéndole que guarde la blancura de tu alma y la preserve de toda mancilla. Si observas lo dicho, puedes tomar parte en los bailes *con mesura.*

Más de una lectora, al leer estas líneas, replicará que, según lo expuesto, hay que condenar en absoluto la manera de bailar «de hoy día», porque el baile «moderno» no es otra cosa que la excitación consciente de los bajos instintos. Claro está, huelga decirlo; yo doy el permiso únicamente para bailes irreprochables. Porque hay bailes que parecen destinados a los monos, a las cabras y... a las mujeres que hace tiempo pasaron la línea de demarcación de la conducta honesta.

**XI.—La verdadera dama

Te entusiasman las heroínas de la Historia: Débora, Judit, Juana de Arco, Doña Berenguela, Isabel la Católica, Luisa Carvajal. Pues bien: *no hay en el mundo heroísmo mayor ni triunfo más glorioso que saber imponer a los bajos deseos del instinto la ley de la razón,* como tampoco hay esclavitud más humillante que gemir encadenada por las pasiones. Piénsalo bien en los momentos difíciles, cuando te veas en trance de sostener un nuevo combate contra las bajas concupiscencias.

Aparece siempre y en todas partes como joven de espíritu delicado. Y sea tu conducta exterior la expresión de tus sentimientos para que cuantos te miren vean realizado el pensamiento de SCHILLER en su célebre poesía de la «Campana»:

Wie ein Gebild aus Himmleshöh'n
Sieht er die Jungfrau vor sich steh'n.
(Das Lied von der Glocke.)

«Como una imagen de los altos cielos está la Virgen ante tus ojos.»

No pienso ahora en aconsejarte el remilgo y afectado donaire que algunas jóvenes «puritanas» confunden con el verdadero «señorío». Tengo la vista puesta en aquellas damas medievales cuya mano estaba siempre abierta para mitigar los dolores de la pobreza y de la desgracia. Su rostro recatado sólo se descubría para administrar justicia o para ejercer la misericordia.

La verdadera «dama» por sí sola infunde respeto y en nadie despierta malos deseos ni osadas libertades. Ante ella, el joven recuerda a su propia madre y hermana y considera ignominioso acercársele con bajos deseos, como consideraría un ultraje digno de venganza que esto hiciera otro con su hermana o con su madre.

Amadas jóvenes: Ojalá merezcáis ser comparadas con el poeta CRISTÓBAL DE CASTILLEJO, a

...las perlas preciadas
y margaritas preciosas,
y a las hierbas olorosas
en los jardines criadas,
y a las flores
adornadas de colores,
y al alba clara y serena,
y a la linda luna llena,
y al sol con sus resplandores,
y a los prados
floridos y no hollados,
y al verano sin estío,
y al delicado rocío
de los campos apartados,
y a las aves
que con sus cantos suaves
y sabrosas melodías
hacen más dulces los días
y las noches menos graves.
Tales son,
haciendo comparación,
las doncellas de valor,
de quien mana a Dios loor
y al mundo consolación (1).

*XII.—Entre santa y santo

Si este concepto tienes de tu sexo, se clareará en todas tus conversaciones y en tu trato.

Por ahora no has de buscar todavía la compañía de los muchachos, pero si te encuentras alguna vez entre ellos, tampoco has de turbarte. Tus nobles pensamientos serán la salvaguardia de tu conducta.

En la conversación, en la mirada, en el juego... nunca pierdas de vista tus deberes de mujer cristiana. Y no has de permitirte con un muchacho lo que verías con malos ojos si otra joven lo hiciera con tu hermano. En cuanto sientas

(1) CRISTÓBAL DE CASTILLEJO: *De las condiciones de las mujeres.*

que el juego, inocente al principio, pasa a ser ocasión de pecado (por ejemplo, si se da rehén y hay que pagarlo con un beso u otra inconveniencia cualquiera), sé hábil, discreta y encauza por otros derroteros el buen humor y el juego.

No copies nunca gestos, modales y tocados de muchachos. Con ellos destrozas la gracia de tu sexo y perjudicas *tu carácter juvenil.*

Voluntad firme, temple de acero, eso sí; corrección, delicadeza llena de nobles afanes... Todo esto ha de ser tu ilusión.

El sentimentalismo, los besos, las caricias, los mimos incesantes... guárdalos para los pequeñuelos. Tú, en cambio habitúate a moverte sin empalago; sé cariñosa, pero nunca pegajosa.

«El ensueño es el ángel malo.» Algunas muchachas son capaces de soñar durante semanas con una figura de novela, y van tejiendo grandes planes para el porvenir, y ni siquiera notan el momento en que el sentimiento degenera en *sensualidad.* ¡Cuidado!

Recomiendo a las muchachas que no admitan demasiado la compañía de los jóvenes hasta llegar a edad casadera. Pierden en delicadeza y recato lo que ganan en coquetería e intriga. *El amor no es juego de niños, ni los años de juventud están destinados a aventuras y frivolidades.*

No has de mantener relaciones más estrechas con un joven hasta que esté en edad de poder pensar seriamente en casarse. La intimidad que no tenga este fin es jugar con fuego, es exponer a peligro inminente la decencia y la honra.

Con toda verdad reza nuestro adagio popular:

Entre Santa y Santo,
pared de cal y canto.

Esto es la mujer en su trato con el hombre, *siempre* ha de guardar *prudente distancia;* de lo contrario, muy fácilmente saldrá perjudicada.

*XIII.—Tu novio

Muchos pasos falsos evitarás si en tus años juveniles piensas algunas veces que un día, siguiendo los planes de Dios, jurarás fidelidad eterna a un hombre que será tu esposo. Ora para que en tu blanco y puro velo nupcial no haya un crespón de luto moral; conserva con pudor la inocencia virginal para tu futuro compañero, que Dios te reserva.

Tu alma ¿es realmente pura?

Tu modo de pensar *¿es sano?*

Guarda todas tus fuerzas, todas tus ilusiones, todos tus pensamientos para aquel amor grande, único, con que has de unirte para toda la vida con tu futuro novio.

Su figura ha de ser para ti como el ángel custodio que guarde tu gran tesoro, la pureza, de que brotarán más tarde las flores de tu amor y la vida de tu familia. Con tu vida actual, pura, sin mancha, virginal, has de retribuir las arras sagradas que tu novio dejará caer entre tus manos temblorosas.

La mujer completa jamás intenta conquistar más que a un hombre, su futuro esposo. Y le prepara el más rico presente: un cuerpo puro, y un alma incontaminada.

No podrá ser feliz tu vida de casada si antes no es pura tu vida de soltera. De ahí brota la consecuencia de que tan sólo puedes permitirte aquellas relaciones que tienen por objeto el matrimonio, y aun éstas sólo en la edad oportuna. Los demás amoríos son juego imprudente y falta de carácter.

*XIV.—La limpieza exterior

A las anteriores amonestaciones quiero añadir todavía unos consejos de orden puramente práctico.

Ama la limpieza exterior. Lávate varias veces al día y báñate con frecuencia (por lo menos una o dos veces a la semana). Por la mañana lávate hasta la cintura con agua que has dejado correr del grifo la noche anterior. Excepto en los días de las reglas, toma diariamente, con preferencia an-

tes de acostarte, lavados íntimos con agua ligeramente templada: la suciedad puede ser causa de tentaciones y molestias. El orden exterior contribuye al orden del espíritu.

No quiero afirmar con ello que toda joven elegantemente vestida tenga orden perfecto en su interior. Por desgracia, no es así. Pero es verdad que el alma sale en cierta manera al exterior, y la muchacha descuidada, de traje sucio y cara sin lavar, que lleva las uñas asaz largas y sin limpiar, regularmente es desaliñada en los pensamientos y propensa a la grosería,

En cambio, la limpieza exterior es en muchos casos garantía de pureza interior: acrecienta nuestras simpatías por todo lo puro y nos hace circunspectos en todo lo que pueda manchar nuestra alma. Es interesante este hecho: la que se baña con frecuencia se conserva más fácilmente limpia en el espíritu, como si el cuerpo aseado rechazara con energía todo cuanto puede manchar el alma.

Al bañarte, piensa que tu cuerpo es templo de Dios: respétalo y evita siempre lo que desdice del Señor, que habita en ti. *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo?*, escribía San Pablo a los cristianos de Corinto.

Posible es, no obstante, que este tema de la limpieza despierte escrúpulos en algunas muchachas.

El baño de limpieza es bueno y santo practicado con recta intención y con el debido recato. No quiero decirte con esto que te sumerjas en la pila vestida de pies a cabeza, pero tampoco te aconsejo que hagas *exhibición* de tu cuerpo desnudo ni siquiera estando sola.

¿Y qué decir de las piscinas, solarios, playas, en que, bajo pretexto de salud y piel bronceada, se exponen los cuerpos femeninos? Toda joven amante de la pureza, si acaso tiene que acudir a tales sitios, ha de saber portarse con modestia, evitando cuanto desdiga de una verdadera cristiana.

XV.—¡Muere y resurge!

No quiero engañarte, amada joven; sin eufemismos te lo digo: es cosa harto difícil educar con tanta perfección la voluntad, que ésta obedezca como manso corderito al pensamiento. Por este motivo has de echar mano de todos los medios que te ayuden en la consecución de tu propósito.

Auxiliar poderoso en este punto es la *negación* de sí misma.

—¿Negación de sí misma? ¡Brrr!—replican muchas jóvenes—. Hoy estamos en la época de «afirmar la vida»; hoy día no se puede hablar más que de «vivir con intensidad»; hoy día todo el mundo quiere «vivir» su vida y no menguarla, no ponerle sordina, no negarla.

Aguarda un momento. Vamos a ver. ¿Qué es la abnegación? Un anhelo y un medio de lograr una voluntad fuerte, y ya sabes que ésta es necesaria en absoluto para tener un carácter noble.

Negarse a sí misma es refrenar las inclinaciones desordenadas y los deseos carnales. De modo que—fíjate bien—no se trata de pisotear la naturaleza ni de atacar las capacidades de nuestro ser—ya que sin éstas nada valdríamos—; el fin de la abnegación es *refrenar los deseos desordenados, cortar los excesos* que puedan poner en peligro nuestra propia existencia.

Estamos llenos de defectos; por tanto, necesitamos un freno. La abnegación da por resultado *el dominio de sí mismo,* y es indudable que se pierde aquella joven a la que, por falta de abnegación, sojuzgan las pasiones.

La abnegación nos da paciencia para con nosotras mismas y para con el prójimo; sin ella nada podemos en la vida social.

La abnegación nos da *el triunfo sobre el propio yo,* triunfo sin el cual no hay ideales nobles y sublimes, no hay personalidad ni carácter.

Estos objetivos no pueden lograrse sino con arrojo y bravura, con la «violencia» que se haga a las inclinaciones torcidas. Esta violencia que llamamos abnegación *no es un fin;*

no es más que un medio, una maniobra, un estado de transición para llegar a la victoria y conseguir la alegría a que puede aspirar en la vida la joven educada por mano hábil. En cambio, las que hablan de «satisfacer libremente los instintos», de «vivir su vida...», y se inclinan cobardes ante cualquier deseo desordenado, son justamente las que pierden el sentido de la verdadera alegría y socavan la propia voluntad, el propio carácter, la propia salud y también... la dignidad femenina.

«Hay que vivir con intensidad.» Conforme; pero esto no significa dejar en plena libertad los instintos, sino más bien gobernarlos con mano firme. Bajo una fuerte presión, el agua alcanza una fuerza increíble, y la locomotora arrastra toneladas de peso como si fueran briznas de paja. Así también la presión de la abnegación levanta nuestra naturaleza caída que gravita hacia el suelo.

Este es el sentido de la frase célebre de GOETHE: «*Stirb und werde!*» «¡Muere y resurge!»

XVI.—Almas raquíticas

¿Has visto algunos de esos niños pálidos, macilentos, que tienen las piernas, o el cuello, o el dorso oprimidos por un aparato y van arrastrándose encorvados bajo el peso de sus males? A todos inspiran compasión: «¡Pobres niños raquíticos!»

Si tuviéramos una lámpara como la de Aladino, el del cuento, con que pudiéramos mirar el alma de los demás, ¡cómo nos veríamos obligados a exclamar a cada paso: «¡Pobres almas raquíticas!»

¿Cuáles son éstas?

Las que debido a las mil comodidades de la civilización y a la pereza, que han fomentado perdieron sus bríos. Estas son como la gelatina, siempre ceden, rehuyen todo esfuerzo, todo deber, todo dominio propio, toda abnegación. Quizá se nutre su mente, pero su voluntad—la que es necesaria y de primera categoría en la vida—es floja, enclenque, anémica, inútil. ¡Pobres almas raquíticas! Joven, ¿quieres tú permanecer en tal estado?

—¿Permanecer?—me preguntas—. Pero ¿caso soy yo así?

—Sí, así eres. El raquitismo corporal, gracias a Dios, es bastante raro entre los niños; pero el raquitismo espiritual —precisamente por la debilidad de la voluntad—es cosa general, innata. *Hemos de someternos a un tratamiento especial.*

¿Tienes un hermanito de cuatro o cinco años de edad? Observa su conducta y verás cómo predomina en él la vida corporal. Si en la merienda tu galleta es un centímetro mayor que la suya, ¡cómo grita, cómo lloriquea! ¡Y qué poco sabe resistir a sus deseos, cuán poco se domina! Su voluntad todavía es *débil.*

XVII.—¡Robustece tu voluntad!

Resulta, por ende, de gran importancia por sus consecuencias prácticas el consejo que voy a darte en seguida, relativo al robustecimiento de la voluntad y a la disciplina del cuerpo.

Las muchachas que más pronto tropiezan en el terreno de la moral son las que, frente a las exigencias de sus sentidos, no resisten y consienten en ser juguete de los deseos instintivos. Quiero llamarte la atención de un modo especial sobre este punto. *Acostumbra tu cuerpo a un poco de abnegación.* Renuncia de cuando en cuando a cosas que serían muy agradables a tus sentidos y que tampoco son prohibidas.

No digo que a menudo, pero sí de cuando en cuando, a manera de prueba, para ver si tu voluntad tiene firmeza, abstente de beber durante un cuarto de hora al llegar a casa, muerta de sed, después de una excursión.

Al llegar tus dulces favoritos en la comida, deja un trocito, y si algún plato sabe a quemado, cómelo sin *proferir* palabra.

Si a la una llegas con gana de la clase o de la oficina, no refunfuñes, no te quejes a tu madre ni a la servidumbre de que no puedes esperar ni un momento la comida.

Al servirte la sopa, por mucho apetito que tengas, no te pongas a engullir con avidez; antes bien, impón disciplina a tu estómago exigente.

Por mucho que los escaparates de las pastelerías azucen tu deseo, y eches ya la mano al portamonedas, resiste alguna que otra vez.

Si al lavarte se te escapa de las manos el jabón, no te sulfures, sino suelta una carcajada y diviértete con el juego de cogerlo.

Si se rompe el cordón del zapato cuando más prisa tienes en vestirte, no eches el zapato al suelo, sino tararea una cancioncita alegre hasta atar el cordón roto.

Si se te escapa de las manos un paquete o los libros que llevas, no te impacientes, sino ponte a cogerlos con buen humor y toma un aire alegre.

Si no sabes desatar el bramante, no cojas en seguida las tijeras, sino procura desenredar con paciencia, sin acudir a la espada, el nudo gordiano.

Y cuando el sol de mayo envía sus alegres rayos, ¿sabes estarte quieta, trabajando seriamente o estudiando en tus libros, en vez de ponerte a jugar?

Y por la mañana, cuando suena la hora de levantarte, ¿sabes saltar *inmediatamente* de la cama, con un buen humor, y no bostezar y estirarte un rato, a pesar de la tentación que te brindan las sábanas calientes y la blanda almohada?

Y después de una prolongada excursión, cuando no puedes con tus piernas de pura fatiga, ¿sabes andar con el cuerpo erguido, sin abandonar los buenos modales?

Con la compañera que te es tan «antipática», ¿sabes portarte afablemente? Si te mandan algo, ¿lo cumples inmediatamente, sin réplica, aunque la orden se te haga muy cuesta arriba?

Y si no encuentras en seguida lo que buscas, ¿sabes dominar tus nervios?; y si te irritan, ¿sabes contestar sin malhumor?; y si se abre la puerta, ¿no miras en seguida hacia ella?; y si recibes una carta, ¿sabes no abrirla al momento?

Y si alguien te ofende, ¿sabes aplicar la venda fría de una contestación reposada a la fiebre ardiente de la cólera? Y si una noticia pugna por salir de tu boca, ¿sabes tenerla en secreto durante todo el día?

Y después de comer, ¿eres capaz de conservar algunos pombones de chocolate y dejarlos intactos hasta la noche, por mucho que te arrastre la gula?

Y si tienes una lectura interesantísima, ¿sabes cerrar el libro en el punto culminante y no reanudar la lectura hasta el día siguiente?

¿Sabes estarte quieta en la mesa durante la comida? ¿Sabes sentarte siempre derecha, aunque estés cansada?...

Me objetas: estas cosas son fruslerías. Es verdad, lo son. Pero todas las cosas grandes se componen de fruslerías. De setecientos trozos de vidrio procedentes de diferentes monumentos se hizo en la Catedral de Toronto una vidriera que conmemora los muertos de la Gran Guerra.

Estas pequeñas victorias de todos los días aumentarán tu confianza en ti misma, y así no retrocederás tan fácilmente ante las dificultades con que hayas de encontrarte en la vida. La joven sale victoriosa del más difícil combate; *la que se vence a sí misma* sabrá triunfar también en las demás luchas de la vida. Y de ésta decimos que es «joven de carácter».

La más pequeña abnegación con que vas ejercitando tu cuerpo, acostumbrándole a seguir los dictados de la razón, es un acopio inapreciable de energías para los tiempos de tentación que exigirán decisión firme. Así como los acumuladores forman con pequeñas chispas una imponente fuerza eléctrica, así estas fruslerías te irán convenciendo de que el espíritu es capaz de dominar la materia.

La juventud que se conserva pura es un ideal sublime, elevado. Pero sólo a costa de continuos avances, de incesantes esfuerzos, de pequeños sacrificios, se puede llegar a las alturas.

Roma no fué edificada en un solo día, ni se ganó Zamora en una hora.

Y el carácter no es el premio gordo de la lotería, que nos cae del cielo.

*XVIII.—La alegría del triunfo

El mejor medio de adquirir robustez y bríos contra los excesos del instinto es, por regla general, no entrar en lucha directa con ellos, sino atacarlos, por decirlo así, de soslayo, por los flancos. *No caviles mucho sobre estas cosas, no les prestes atención mientras te sea posible; en cambio, ataca a fondo tu pasión dominante y entabla combate contra todas* tus debilidades. Cuantas veces triunfas de la pereza, o vences la falta de puntualidad, o haces un acto de renuncia, de silencio, de paciencia, adquieres nuevas fuerzas para resistir a las exigencias ilegítimas de tus instintos.

La que nunca se priva de cosa lícita no es capaz de evitar todas las prohibidas. Para caer en pecado no se necesita hacer esfuerzo alguno; en cambio, para una vida de carácter es necesaria *una voluntad fuerte.*

El mejor método para lograr esta fuerza contra los rebeldes incentivos es imponer a la voluntad una gimnasia dura *en otros terrenos,* mediante pequeñas pruebas, abnegaciones, renuncias.

A fuerza de gimnasia se robustecen los músculos; con gimnasia también se acostumbra la voluntad a obedecer, y el bien obrar se nos hace fácil, y de nosotros se apodera una alegría indescriptible, gracias a la vida espiritual que de ahí brota.

La que cuando niña, cuando muchacha, cuando joven, sabe enfrenar en cosas pequeñas la curiosidad, la gula, la pereza, y con pecho firme y ojos encendidos, con gesto sereno y la cabeza erguida, sabe soportar el calor y el frío, el hambre y la sed; la que sabe callar y mandar a sus ojos; la que sabe ahogar la ira que le sube a la garganta... no corre ya gran peligro por los asaltos de su instinto. Porque a su voz de mando las tendencias más rebeldes se replegarán gimiendo, como esclavos obedientes. *La que a la edad de diez años sabe abstenerse espontáneamente de un pastel, a la edad de dieciséis sabrá vencer las tentaciones de sus sentidos.*

¿Que te cuesta?, conforme; pero esta misma lucha trae alegría.

Precisamente la juventud gusta de tomar parte en los concursos de pelota, tenis, natación... Pues bien; ahí está la ocasión propicia para demostrar tu fuerza de voluntad, y aún más, robustecerla, vigorizarla. Prueba con seriedad los pequeños ejercicios que mencioné más arriba. No hoy o mañana, sino siempre.

Te aseguro que hallarás gusto en ello. Esta misma lucha, este dominio propio, te llenará de gozo; y, ¿qué decir cuando brote en ti el sentimiento de satisfacción por el triunfo de tu energía, capaz de vencer todos los obstáculos; y cuando saborees la dulce alegría que te proporcionan los primeros y pequeños triunfos alcanzados sobre la voluntad terca, sobre los caprichos, sobre las exigencias de tu cuerpo?

La alegría de la victoria te impulsará a ulterior perseverancia. Por esto, si has de luchar contra una mala costumbre, lo más prudente es fijarte al principio un corto espacio de tiempo, por ejemplo, cuatro o cinco días. ¡Para tan breve tiempo confiarás preservarte del pecado! Dentro de cinco días ves que, efectivamente, lo has logrado... «¡Dios mío, entonces yo tengo todavía fuerza de voluntad! ¡La próxima semana he de vencer de nuevo!» Si lo logras, ya tienes en tu haber dos semanas de victoria, y ésta te incita, te anima a proseguir la lucha.

Algunos pueblos salvajes tienen como protector de su tribu un animal: cocodrilo, águila, caimán..., que llaman *totem*. Sólo les es permitido sacrificarlo en el *banquete sagrado;* creen entonces que las fuerzas y cualidades del *totem* se comunican a cuantos de él se alimentan. Tú también, cuantas veces sofocas los bajos instintos y los sacrificios, cobras nuevas energías. Porque la que una vez ha saboreado estas alegrías siente, sí, el ímpetu de sus energías tensas, que la empujan hacia mayores triunfos; y forzosamente se siente mucho más feliz que la que se inclina impotente ante sus deseos carnales, como la débil caña al soplo de todos los vientos; y por cobarde, la asedian y asaltan sin miedo los deseos.

María Antonieta de Francia decía en una carta al conde de Argenteau:

«Creed que, sea cualquiera la desgracia que me persiga,

podré ceder a las circunstancias, pero *jamás* consentiré nada *indigno de mí;* en la desgracia es cuando una sabe lo que vale.»

Amada joven, jamás consientas tú nada indigno de ti. Lucha por mantenerte fiel a ti misma, a tu pureza.

Trae a la memoria la magnífica frase del pagano Boecio: «*Superata tellus sidera donat*», vence a la tierra y tendrás las estrellas.

Y no te creas que esta vigilancia continua y guerra sin cuartel haya de amargarte la vida, ni que el dominio propio y la abnegación sean un peso que oprimirá tus hombros. Mas sí lo es, pero un peso que te levanta. También las alas son un peso para el pájaro, pero quítaselas y no podrá lanzarse a las alturas. En todas las guerras, y también en los combates del alma, la ofensiva es la mejor defensa. Lo que haces con vigorizar tu voluntad en una época en que todavía no sufres los ataques de las bajas concupiscencias, es defenderte eficazmente de antemano.

Porque el robustecimiento consciente de la voluntad llega con el tiempo de tener un galardón especial. Para la débil de carácter, para la que ha de espiar recelosa y con miedo cada paso, cada palabra, cada mirada, la vida es realmente un suplicio; mas para ti no reza esto, porque con la gimnasia constante de tu voluntad lograrás que ésta te obedezca a la primera mirada, cual manso corderito, y *se defienda como por virtud espontánea, con inconsciente reflejo,* contra todo pensamiento y deseo deshonesto. *Será tu broquel.*

Cuando el polvo de la calle quiere entrar en tus ojos, las pestañas se cierran instintivamente para defenderlos. El mejor galardón de tu trabajo metódico será también éste: tu voluntad fuerte, como por reflejo, sin darte de ello cuenta, a fuer de broquel invisible e invulnerable, defenderá tu precioso tesoro, la pureza de tu alma.

XIX.—En la tierra, mas no de la tierra

Más de una muchacha pensará alarmada: «Hoy ya no es posible realizar tan bello ideal; no digo que, recogiéndose en

un monasterio, viviendo escondida, lejos del mundo, no sea posible dedicarse a la perfección, modelar el propio carácter... Quizá, quizá así sería posible. Pero ¿tal como están las cosas hoy día? Vivir en medio de un mundo que hierve: ir a clase o al trabajo y tratar con un sinnúmero de personas, que acaso tengan un concepto completamente opuesto de la vida; ir al teatro, al cine; pasar aturdida por el ruido febril de unas calles; moverse en el remolino de una metrópoli moderna, y no tener vértigo..., ¿quién es capaz de tanto heroísmo?»

Mira, joven, yo no intento encerrarte en ningún monasterio: y, no obstante, espero que cumplirás todo cuanto llevo escrito. No vayas al monasterio, porque allí la fragancia de tu santidad se exhalaría solitaria, únicamente a la vista de Dios; quédate aquí entre nosotros, en la confusión de la vida moderna, en medio del ruido ensordecedor de la vida hirviente...; quédate aquí y *sé el rosal perfumado del carácter firme y de la moral cristiana.*

¿Ves la rosa? Sus raíces están en el fango, en el frío suelo, en la oscuridad, y, no obstante, sus pétalos aterciopelados, encendidos, ¡qué pureza de rocío tienen! Su raíz está en el fango, pero ella no se salpica de barro; crece en el polvo, pero ella nunca se cubre de suciedad.

Camina tú también en la tierra, pero sin que el alma llegue a coger el olor del fango; tu ideal de moralidad, cual ardiente rayo de sol, ha de hacer brotar en tu espíritu las rosas ultraterrenas del carácter inconmovible.

—¡Pues bien! ¡Aunque me envuelvan nubes de polvo, yo lo sacudiré! *¡Aunque en torno mío no haya más que fango, yo nunca me salpicaré de barro! ¡Aunque todos vivan en suciedad, yo, nunca, nunca!*

¡Antes agotarse, quebrantarse..., que ceder un ápice del noble modo de pensar!

Justum ac tenacem propositi virum
... ...
si fractus illibatur orbis.
Impavidum ferient ruinae.

«Si el mundo descoyuntado se derrumbase, sus ruinas

hallarían impávido al hombre justo y tenaz en sus propósitos.»

En las tardes de invierno llenas de escarcha, paso mucho tiempo mirando al pequeño gorrión que está acurrucado en el brocal del pozo. Allá fuera un tiempo glacial, allá fuera todo el mundo tiembla con el frío de diez grados bajo cero, y no obstante, he ahí este pajarillo que se ríe de todo. Puede soplar el viento, puede caer la nieve—parece decir el gorrión—, puede helarse el mundo entero; aquí tengo una lucecita, una lumbre para mí, que vivifica: mi corazoncito encendido: ¡aquí nadie puede entrar!

*XX.—La que no sabe mentir

El amor a la verdad también puede prestarte valiosa ayuda en el combate. No me refiero a la fuerza con que el carácter te exige que digas siempre la verdad; ni quiero ponderar lo menguado que es el honor de aquellas cuyas palabras no merecen confianza. En este lugar sólo quiero advertirte que la *que nunca miente, está casi segura de no caer en los pantanos de la inmoralidad.* Por lo contrario, la que faltó a la pureza, a no dudarlo, es mentirosa. Lo recuerda el proverbio antiguo: *Omnis masturbator mendax.*

El camino de la conciencia pura y de la verdad es recto, abierto, claro; el secreto, la doblez, la astucia, la mentira, empiezan cuando turban la conciencia pensamientos y actos vergonzosos.

En una ocasión, quiso Condé convencer a su hermana, la duquesa de Longueville, para que no confesara la verdad sobre ciertas palabras que ella había pronunciado contra Luis XIV por haberle negado un favor.

—¿Queréis—contestó la duquesa— que repare esta falta con otra mayor? El que me delató al Rey hizo mal, pero no por eso tengo derecho a hacerle pasar por calumniador, pues ha dicho la verdad.

He aquí una sinceridad admirable y digna de imitación.

La que miente se deshonra a sí misma, vilipendia su carácter, su alma, y no vacila ya en deshonrar su cuerpo con actos morales. En cambio, la que siente rebelarse el propio

respeto contra la mentira y no la consiente, lucha también más fácilmente contra la degradación del cuerpo. Acostúmbrate, pues, a no decir la más leve mentira, para que en todas las circunstancias se pueda dar crédito a tus palabras, como si fueran sagradas. Edúcate de manera que realmente seas incapaz de proferir una falsedad. ¡Qué magnífica alabanza si se puede firmar de ti con todo derecho: ¡Es *mujer... y no engaña!*

La que *no sabe mentir* no se corrompe moralmente, porque se abstiene de todo pensamiento o acto que pudiera forzarla a mentir.

*XXI.—¡Vigoriza tu cuerpo!

La robustez del cuerpo puede ayudar a tu alma, como también es hartas veces causa de caída moral la negligencia en el cuidado del cuerpo: por ejemplo, la suciedad en la propia persona, la cama excesivamente caliente o demasiado blanda, una alimentación exagerada, un sistema nervioso agotado.

Ama el deporte y cultívalo, cuando no sea peligro para la salud y puedas ejercitarte con holgura. No estés sentada durante mucho tiempo, porque esto estorba la circulación de la sangre. Tu lema ha de ser: *cansar mucho el cuerpo todos los días*. Has de estar *cansada* cuando vayas a acostarte, y así podrás conciliar más fácilmente el sueño. Ocasión de muchos pecados ha sido el estarse despierta en la cama sin poder conciliar el sueño.

En los ejercicios físicos no busques como fin principal conseguir formas bellas y bien desarrolladas; menos todavía llegar a ser campeona y descollar sobre todas las demás, sino ayudar al alma con el cuerpo; porque si el *cuerpo está sanamente desarrollado, contribuye más eficazmente a la consecución de los nobles anhelos,* que si es enfermizo, enclenque; y la que se ocupa hábilmente en sus quehaceres ordinarios, tiene menos que hacer con los deseos desordenados. El cuerpo joven, robusto, acostumbrado a privaciones, disciplinado, es un medio de defensa natural muy útil contra la desidia y la relajación. ¡Ejercicio corporal, no para ser una amazona o

campeona de tenis, sino *para lograr que todo tu cuerpo obedezca a tu voluntad!*

No te preocupes demasiado de la ropa que has de usar, según la estación. Hay jóvenes que no toman las debidas precauciones para defender del vaho de la calle y del polvo sus órganos delicados, hoy más expuestos al peligro por el uso de la falda corta y la confección especial de algunas prendas interiores.

El cuerpo joven disciplinado calienta más que el más caro abrigo de pieles; en cambio la muchacha que malgasta sus energías jóvenes en actos inmorales no ha de maravillarse si sus nervios, su piel, sus venas, no funcionan normalmente, si le daña cualquier corriente, si cae con facilidad como víctima de enfermedades contagiosas, y si está tiritando de frío aun envuelta en abrigo de pieles.

Admiras las heroínas de otras épocas. ¿De dónde sacaban las energías que asombraban al enemigo?

Cuando Solimán II sitió la plaza húngara de Sigeto, entre sus moradores había un caballero, casado con una mujer ilustre, célebre por su hermosura. Previendo el marido que la ciudad va a caer en poder de los turcos, resuelve librar de la deshonra a su esposa dándole muerte. Ella lo adivina, y le dice: «Yo confieso que os debo toda mi sangre; pronta estoy a derramarla, pero permitid que otro la vierta y no vos. Fácilmente hallaremos una muerte honrada en una ciudad tomada por la fuerza. Vamos juntos a escoger una muerte ilustre.» Dicho esto, se arma y sale, espada en mano y con el broquel en el brazo, seguida de su esposo.

Tras largo y cruel combate, son atropellados por los turcos, exasperados ante la resistencia de la ciudad. Al ver los esposos cristianos que las fuerzas se les acaban con la sangre que brota de sus heridas, se abrazan por vez última y caen sobre un montón de cadáveres enemigos. El autor de las castas uniones los recibiría en el cielo, abrazadas sus almas.

«Entrega tu espada», dijeron a SKANDER BEY, vencido. «La espada puedo entregarla—contestó él—, pero el secreto de mi fuerza no está en la espada, sino *en el brazo*; más aún: ni siquiera en el brazo, sino *en la sangre*.» ¡En la sangre pura, sana, no contaminada por la impureza!

XXII.—¡Soporta el dolor!

Aprende a conservar tu serenidad y firmeza de ánimo ante el dolor del cuerpo y la tristeza del alma. No cuadra a una joven de carácter gemir ni lloriquear ante un contratiempo más o menos grave de la vida, ni ante los más rudos golpes de la suerte. No hay que sufrirlos a regañadientes; antes bien, nos hemos de asimilar las contrariedades y poner a contribución las fuerzas que de ellas sacamos, y así modelar armónicamente nuestros ideales.

Si te duelen las muelas, si estás enferma, si hay algo que no te ha salido como deseabas, si se te ha inferido una injusticia, si has sido objeto de una preterición, si se te ha regañado sin motivo, no te sientas postrada, no te sumas en la tristeza. Ya el pagano EPICTETO sabía que el camino de la virtud es la privación y la paciencia. «*Abstine, sustine!*, «abstente y aguanta», tal fué su lema.

La primera que tropieza y cae en pecado es la que se porta con indiferencia y pasividad frente a las fuerzas, frente a los instintos que en ella se agitan. Tú, por tanto, procura intervenir de un modo activo, con fuerza positiva y vigorosa, en todos los acontecimientos de la vida. Si te hiere una desgracia, si estás enferma, si sufres un desprecio, si te tratan injustamente, no te desesperes, no te muerdas los labios, no llores inconsolable, sino procura sacar provecho de todo ello.

¿Provecho? Pero ¿cómo?

Aprovecha el contratiempo para educar tu alma. Cuando el herrero deja caer el pesado martillo sobre el yunque, entonces cobra forma el hierro incandescente y el mismo acero... Cuando caen sobre ti los golpes de la desgracia, no los sufras con aire de impotencia; antes al contrario, levanta tu frente según el ideal preconcebido. La que de ese modo sabe elevar aún los acontecimientos de la vida corporal, nunca hará traición a su alma por amor a las exigencias del cuerpo.

Haz tu trabajo lo mejor que puedas. «*Age, quod agis!*» «¡Haz lo que haces!» ¡Si la vida ya es de suyo amarga y difícil, no la amargues más soportando con espíritu de aba-

timiento las pruebas que de todos modos no puedes evitar! Trátalas con la superioridad de un espíritu inquebrantable.

No te creas que, aprovechando de un modo consciente el valor educativo del dolor, echas a perder las alegrías de tu juventud. Todo lo contrario: consigues un temple varonil para el porvenir.

Aprende de tus años juveniles, cuando es tan frecuente la terquedad, a inclinarte ante la voluntad de los demás, por mucho que le cueste a tu temperamento y a tu obstinación.

Estima tu cuerpo; mas no lo mimes en demasía. Piensa de él conforme al espíritu profundo de San Francisco de Asís, que lo llamaba «hermano asno». «Hermano» y no enemigo; es compañero de viaje en la vida, es un tesoro precioso, como es compañero y tesoro para el peregrino italiano el jumento que lo lleva. Hermano «*asno*»; por lo tanto, no es *señor*, no está para mandar, sino para obedecer. La que mima excesivamente su cuerpo, la que lo llena continuamente de manjares y golosinas, la que no sabe negar nada a su estómago exigente, no tardará en experimentar que el cuerpo se enseñorea del alma.

Dime, joven amiga: ¿qué te parecería si un día, al salir a la calle, vieras que los cocheros van uncidos al carro y los caballos están sentados en el pescante? ¡Cuidado! ¡No entronices en tu interior la naturaleza material, cuya misión es obedecer, ni impongas el yugo al espíritu, llamado a dominar!

**XXIII.—Vida higiénica

COMIDAS. — Te recomiendo encarecidamente que, en cuanto de ti dependa, pongas orden razonable en tus comidas. El comer excesivamente fomenta las exigencias del cuerpo, que se crece al ser tratado con mimos; en cambio, una prudente sobriedad puede mitigar los deseos sensuales. Los manjares muy condimentados excitan los nervios, y los nervios excitados difícilmente querrán obedecer.

No abuses de los alimentos con gran cantidad de albúmina, ni comas demasiada carne, principalmente por la noche.

Come más bien legumbres, frutas, acaso pasteles. Principalmente en la cena sé muy sobria. «La que es moderada en el comer es buen médico de sí misma.» «*Modicus cibi, medicus sibi.*» No te acuestes inmediatamente después de cenar, sino por lo menos dos o tres horas más tarde. Interrumpe también tus estudios o quehaceres, principalmente los de materias difíciles, una hora antes de ir a la cama.

En las comidas, especialmente en la cena, y después de ellas, bebe la menor cantidad posible de líquido. Los ácidos del estómago, necesarios para una buena digestión, pierden su fuerza si se les añade cantidad demasiada de líquido. Si necesitas beber agua, hazlo unas tres horas después de las comidas. Antes de acostarte ve a satisfacer tus necesidades. Durante el día hazlo en un intervalo de tres a seis horas. Es importante que sean regulares.

El cuerpo humano es como la estufa: hay que echarle combustible para que esté caliente. A la estufa le damos carbón; al cuerpo, comida. El carbón se quema aprisa en la estufa; la comida se quema lentamente en el cuerpo. Una pequeña parte de los combustibles se va por la chimenea en forma de humo y de hollín; la mayor parte se queda, en forma de ceniza, sobre la reja de la estufa, y hay que limpiarla diariamente, porque, de lo contrario, se obtura la reja y se apaga el fuego.

También nuestro cuerpo necesita combustible. La parte menor se va por los poros de la piel; he ahí el sudor y otras secreciones y también la necesidad de limpiar los poros con baños frecuentes para tenerlos abiertos. La mayor parte de las materias inadmisibles, lo que el cuerpo no puede elaborar, se queda en nosotros como un montón de ceniza. Y es necesario descargarlo todos los días, por la mañana con preferencia, porque si no, podría causar perturbaciones, jaquecas y aun enfermedades graves. Sé ordenada en estas cosas. Si evacuas con regularidad y no omites este menester un solo día, ayudas en gran manera a tu desarrollo. Hay jóvenes muy descuidadas en este punto, porque nadie les ha llamado nunca la atención.

BEBIDAS.—*No tomes muchas bebidas alcohólicas.* Los actos inmorales no pocas veces se cometen por la excitación

que causan las bebidas alcohólicas. No sin fundamento nos previene la SAGRADA ESCRITURA: «*Nolite inebriari vino, in quo est luxuria*» (1). «No os entreguéis con exceso al vino, fomentando la lujuria.» Y en otro pasaje: «*Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez: no será sabio quien a ella se entregue*» (2). Ya los antiguos romanos decían que donde Baco, el dios del vino, atiza el fuego, allí, detrás de la chimenea, se esconde Venus, la diosa de la inmoralidad. Muchas jóvenes conservaron durante años con esfuerzo heroico la inocencia de su alma, y después la perdieron cuando, débiles de voluntad, se dieron a gustar estas bebidas.

Mas cuántas copas las hicieron perder su pudor en una noche de fiesta... y, ¡ay!, poco después su pureza.

¡Qué verdad espantosa encierra esta sentencia de la SAGRADA ESCRITURA!: «*Fornicatio et vinum et ebrietas auferunt cor*» (3). «La deshonestidad y el vino y la embriaguez quitan el buen sentido.»

Tu porvenir sano y el de tus hijos están estrechamente ligados al uso discreto o desatinado que hagas de las bebidas. La cerveza, el vino, los licores obran como venenos no pocas veces. Por eso quiero advertirte que te fijes *cuándo* has de beber y *cómo*...

Si te casas, infórmate con especial cuidado del uso que tu futuro hace de la bebida. Un hombre aficionado al alcohol no puede engendrar sino hijos anormales, víctimas de la escrofulosis, la cirrosis hepática, la idiotez, los ataques epilépticos... ¡Joven, cuidado en la elección de marido!

Y cuidado también con los alcoholes. Saber tomar una copa cuando las circunstancias lo requieren es el secreto de una muchacha de carácter y educada. Evita con verdadero empeño que nadie pueda verte descompuesta y locuaz por el abuso de la bebida... ¡Qué bochornosa y denigrante es la mujer embriagada!

CAMA.—Por la noche procura acostarte cansada, y por la mañana, en cuanto notes que ya has descansado, no sigas

(1) *Carta a los Efesios*, V, 18.
(2) *Proverbios*, XX, 1.
(3) *Oseas*, IV, 11.

en cama. Sea la cama más bien dura que blanda, más bien fresca que caliente. Pruébalo: cuanto más dura es la cama, con tanta más facilidad podrás dominar tu cuerpo caprichoso. Las mantas sirven para guardar el calor del cuerpo, que durante el día se conserva por el movimiento y por el traje. Por esto, si das más calor al cuerpo que la temperatura normal durante el día, este calor excesivo excita los nervios, y de ahí pueden originarse tentaciones muy fuertes. El calor y la cama excesivamente blanda son temibles incentivos de los deseos sexuales, que no necesitan de excitación.

Ten las manos *por encima* de la manta, o, a lo más, si durante el invierno usas doble manta, entre las dos. Procura que el aire del dormitorio sea puro. Mientras sea posible, duerme con la ventana abierta; el aire fresco viene a ser un baño para el pulmón, como lo es para el cuerpo el agua pura. ¡Qué diferente despertar el de aquella joven que ha dormido en aire puro, principalmente al aire libre, del de aquella otra que sólo con gran esfuerzo puede recobrar el sentido en una atmósfera cargada de gases!

Al vestirte evita las fajas demasiado ajustadas, que estorban la circulación de la sangre; pero tampoco te aconsejo que vayas sin ellas.

SUEÑO.—Duerme siempre *del costado derecho*. No de espaldas, porque el calor de la espina dorsal excita el sistema nervioso; ni del costado izquierdo, porque así oprimes el corazón. *Por la mañana, una vez despierta, no permanezcas más tiempo en la cama.* Puedo sentar, por regla general, que la que permanece durante mucho tiempo en cama por la mañana, después de despertarse, llega a consentir en los pensamientos impuros. El pagano HORACIO hacía ya esta pregunta: «Los asesinos se levantan también por la noche para matar a sus víctimas, ¿y tú no serás capaz de levantarte para servirte a ti misma, para salvarte?»

Ut iugulent homines, surgunt de nocte latrones;
Ut te ipsum serves, non expergiscaris?

(Epist. I, 2.)

El diablo es un gran señor; se levanta tarde, dijo un orador. Cuando empieza su vuelta de corrupción, las muchachas diligentes hace ya tiempo que están trabajando; a éstas no les puede causar daño. Pero ¡ay de las holgazanas que encuentra todavía en la cama! Las engatusa, las seduce, hasta hacerlas esclavas suyas.

El verdadero sueño es sustituído por un estado soñoliento, y en éste la voluntad es... como mantequilla derretida: cae sin resistencia, cae en la esclavitud de la animalidad. La que está en la cama sin dormir está acostada sobre los almohadones del diablo. Si no tienes nada urgente que hacer, duerme mientras puedas; *pero, una vez despierta, salta de la cama.* Es una regla importante, aun para el tiempo de vacaciones, en que no tienes ningún deber que te apremia.

GIMNASIA Y BAÑO.—Si puedes, haz cada mañana ejercicio de gimnasia durante un cuarto de hora con la ventana abierta; lávate después de la cintura para arriba con agua fría, y, una vez enjugada, restriégate fuertemente con la palma de la mano seca. Esta gimnasia de la mañana y el uso del agua fría templa los nervios.

Si hubieras de guardar cama durante algunos días, por causa de enfermedad, ten especial cuidado. Ocúpate entonces en alguna cosa fácil—reza, lee—, porque es un hecho que muchas jóvenes son acometidas de pensamientos y actos pecaminosos justamente en la enfermedad, es decir, precisamente cuando esperan el restablecimiento de su salud corporal como gracia del amor de Dios.

*XXIV.—Elige bien tus vestidos

Quisiera darte algún consejo práctico. Son muchas las jóvenes que, en el afán de agradar, olvidan la honestidad; sin embargo, el agrado y la modestia nunca debieran separarse. ¡Este es el secreto de la joven auténticamente cristiana!

Cierto que es conveniente cuidar de las gracias exteriores; en ellas reside, si se quiere, buena parte del atractivo femenino; pero el afán de dominio y conquista no debiera

hacerte olvidar, querida mía, que de no ir reunidas esas gracias a las del corazón y del entendimiento, todo triunfo será ficticio. Poca solidez tiene lo que no acompaña la virtud.

Las muchachas, generalmente, suelen estar convencidas de que la belleza por sí sola es lo único que puede darles el dominio, la conquista que ambicionan. ¡Lamentable equivocación! La hermosura *por sí sola no basta* para agradar continuamente, ha escrito una mujer, madame de Lambert.

Para la joven cristiana de verdad, su mayor interés ha de concentrarse «en agradar con la dulzura, las atenciones, el espíritu de orden, el amor al trabajo, el afecto desinteresado, la paciencia y la cordura. La hermosura más fresca y lozana desagrada si a ella van unidas las exigencias, la aspereza, el egoísmo y los arrebatos», continúa la citada escritora.

El deseo de agradar, de triunfar, lleva a María Antonieta, de Francia, a retratarse con la cabeza adornada de monumentales penachos. Envía el retrato a su madre. María Teresa, la austera emperatriz de Alemania, se lo devuelve acompañado de estas palabras: «No; éste no es el retrato de una reina de Francia; se han equivocado: es el de alguna actriz.»

He aquí dos mujeres que triunfaron en la vida; pero de modo muy diferente: María Antonieta, dejando su cabeza en la guillotina, pasa a la posteridad como inconsciente y desgraciada, símbolo de los pecados de todo un pueblo; María Teresa, llena de cordura y de magnanimidad, como símbolo de grandeza del pueblo a quien amó.

La una se afanó por la belleza y no supo dar eternidad a su vida; tan sólo tuvo un gesto de energía, ¿cuándo? Al subir a la guillotina, condenada por su lujo y despilfarro. La otra llenó su vida de valores eternos, derramando las gracias de su corazón y de su entendimiento.

Tú, amada joven, ¿qué modelo escogerás?

Ten muy en cuenta, para tu gobierno, que no son las jóvenes más lindas y mejor formadas las que consiguen la victoria en el mundo de las conquistas. Suelen fiarse demasiado de sus ventajas naturales. En su orgullo de atraerse todas las miradas, creen que les basta su presencia para triunfar. ¡Cuántas recogen amargos desengaños!

Por eso jamás te quejes de tus cualidades naturales, ni envidies a otras. En el difícil arte del agrado, una mujer, a fuerza de querer aparentar lo que *no es*, puede convertirse en una *cursi*..., en una *ridícula*, y también, por desgracia, en una *descocada*...

De estos defectos quisiera ver libres a mis lectoras al estrenar sus gracias en el gran teatro del mundo.

Una exhibición exagerada en punto a vestidos, peinados y adornos puede poner en gran peligro la pureza femenina; por eso quisiera darte algunas reglas que te ayuden y que debes interpretar discretamente siempre que trates de agradar.

Primera.—Conserva y realza los atractivos de que Dios te dotó.

Segunda.—Procura atenuar y corregir las imperfecciones que tengas, pero con tal arte y discreción que no desfigures tu persona.

Tercera.—Muéstrate, anda y habla con gracia, sin efectación ni modales violentos.

Cuarta.—Aprende a vestir con elegancia y huye de las exageraciones. La exageración denota siempre mal gusto, aparte de revelar *insignificancia* personal.

Te aconsejo que en orden a las modas nunca las aceptes de repente y por capricho. Estudia antes lo que conviene a tu persona: piensa si con ellas favoreces la guarda de tu pureza o la perjudicas. Se puede ser muy elegante sin recurrir al descaro. No es la moda tan tirana que cierre el paso a la joven de principios cristianos.

Por otra parte, la muchacha de complexión muy desarrollada no puede aceptar determinados vestidos y adornos, que otra de figura delgada podría elegir. Ambas pueden vestir muy bien, pero nunca igual.

Y, sobre todo, ten muy presente que tu persona no ha de ser cebo de tentaciones, sino alentadora del bien obrar y de las castas ilusiones. Aquí está la dificultad mayor: muchachas jóvenes, vistiendo con descaro, quéjanse de las persecuciones de que son objeto. ¿Cúya es la culpa? No son malas, sino inconscientes. Domínalas el deseo de agradar, *cueste lo*

que cueste. ¡Pobrecillas! Olvidan que tienen alma y que son cristianas. ¡A cuántas confunde su atuendo con las desgraciadas del arroyo!

Huye, joven querida, huye con santo horror de la *exageración.* Todo lo echa a perder y denota siempre falta de educación. No hagas del agrado un arte afectado, porque con facilidad caerás en el ridículo.

Confieso que son muy pocas las mujeres que saben hacer buen uso del sentimiento del agrado: éstas, por hermosas, se infatúan con su hermosura; aquéllas hacen esfuerzos que aburren a quienes las tratan... Pero tú debes cifrar tu ideal en ser *elegantemente modesta y cristianamente elegante.*

«La moda—decía un pensador—es una dama pagana, a la que hay que bautizar para convivir con ella.» ¡Cuidado! No te entusiasmes tanto que termines siendo pagana, en lugar de ser tú quien la convierta en cristiana.

Mis jóvenes lectoras, ¡alerta con el imperio de la moda, no seáis sus esclavas! Vestid bien, pensando siempre que debéis *agradar...;* pero no *tentar,* inspirando el mal. *¡Ay de aquélla por quien venga el escándalo!,* dijo el Señor.

La Iglesia, velando por el bien de las almas, ha trazado ya sus normas a la mujer cristiana; procura conocerlas y aplicarlas con buena intención. Tu conciencia nada te reprochará a la hora de la muerte.

*XXV.—¡No estés ociosa!

No en vano dan a la pereza el nombre de «almohada del diablo». Nunca podré encarecerte bastante que *jamás estés ociosa.* Ni siquiera durante las vacaciones.

Al vagar entre montañas me detengo siempre con emoción a la orilla de un arroyuelo impetuoso, espumante. ¡Qué arduo trabajo hace este pequeño hilo de agua! ¡Cómo va abriéndose camino debajo de la tierra! ¡Cómo va royendo la roca, cómo va preparando, cavando su álveo! No descansa, no se detiene ni un momento. Y aunque salga de un suelo fangoso, si se estrella contra las rocas y se pulveriza..., su agua, no obstante, es tan hermosa, tan limpia como el cristal. En cambio, al llegar al llano cómodo, donde todo va como una

seda, donde ya «no tiene mucho que hacer» allí, se vuelve perezoso, menos esforzado, modera su marcha. Y más vale no hablar del arroyuelo puro, cuya agua se estanca en una oquedad: se trueca en pantano fétido, lleno gusanos.

La inercia y la inmovilidad son señal de muerte en la naturaleza y fomentan la anemia de la vida espiritual. Mientras la joven va pulverizando con duro trabajo las rocas que le cierran el paso en la vida, mientras va abriendo con esfuerzo el camino de un bello porvenir, entonces su alma puede conservarse pura con relativa facilidad. Pero es inminente la caída cuando las fuerzas jóvenes, en vez de un trabajo serio, se atascan inertes en la oquedad del tedio y de la holgazanería. «*Wer rastet roster*», «el que está sin hacer nada se enmohece.» No en vano escribió OVIDIO: «*Venus otia amat.*» «Venus, la impureza, ama el ocio; la holganza alimenta la inmoralidad.»

La perdición espiritual de muchas jóvenes empieza justamente en los ratos de tedio de las vacaciones, cuando dicen que «no hacen nada». El que «nada hace», aprende a hacer el mal. Muy profunda es la SAGRADA ESCRITURA al decir: «*La ociosidad es maestra de muchos vicios*» (1).

El espíritu humano desea *continuamente trabajar*, siempre está activo, y si la muchacha «no hace nada», regularmente ya peca, porque la actividad de la vida condenada a inercia se abre paso en excrecencias de inmoralidad.

La que no sabe ocuparse en algo se ve asaltada por los malos pensamientos. Del pensamiento brota el deseo; del deseo, el acto; del acto viene el mal hábito, la corrupción. «El trabajo es la sal de la vida; la preserva de la corrupción» (TOMPA). Ahoga, por tanto, en el trabajo las exigencias de tus bajas inclinaciones. ¡Ocúpate siempre en algo, en cualquier cosa!

Toda joven ha de tener una pasión favorita en que cifre su mayor complacencia y en que aproveche las fuerzas que se desbordan. Una cultiva sus macetas, otra hace trabajo de punto o encajes, la tercera se dedica a la música. Esta hace flores; aquélla, fotografías. Esta cría palomas, aquélla colec-

(1) *Eclesiástico*, XXXIII, 29.

ciona estampas o trabaja en el jardín. Hay quien encuentra gusto en aprender idiomas extranjeros; otra en el canto, encuadernación, confección de prendas de vestir, etc.

*XXVI.—Algunos consejos médicos

En el año de 1932 se organizó en Budapest una Exposición de Defensa de Higiene social. La *Asociación Sexual-ética de los Médicos Húngaros* expuso allí, entre otras cosas, dos pequeños tableros; cada palabra es índice de un criterio sano, digno de médicos cristianos serios. Aunque algunos consejos van dirigidos especialmente a los muchachos, te conviene saberlos. Así podrás conocer mejor si el joven que acaso te pretenda es digno de ti.

En uno de los letreros se leía:

DECALOGO DE HIGIENE

1. *No comas mucho de una vez. Cena tres horas antes de acostarte, y sea tu cena de manjares escasos y fácilmente digeribles.*

2. *No tomes bebidas alcohólicas, demasiado té, café fuerte; no comas manjares excesivamente condimentados, ni mucha carne.*

3. *Cuídate de evacuar diariamente, porque el estreñimiento congestiona la sangre en el bajo vientre.*

4. *Duerme en aposento fresco, sobre colchón duro, del costado derecho; para taparte usa una manta ligera, no excesivamente caliente; no uses edredón.*

5. *Evita por la mañana estar despierta en la cama; levántate en cuanto te despiertes; tu modo de vestir no ha de hacerte muelle o afectada.*

6. *Pon especial cuidado en la limpieza del cutis, lávate gran parte del cuerpo, báñate muchas veces y, si es posible, dedícate un poco a la natación. El baño tibio de la noche contribuye a dar un sueño tranquilo.*

7. *Muévete cuanto puedas, ama la Naturaleza, haz en*

cuanto sea posible algún deporte, dedica por lo menos una hora diaria al paseo.

8. *Rechaza los libros, las revistas, los cuadros licenciosos; huye de quienes sostienen una conversación inmoral; no andes por los lugares de diversión frívola y obscena; no te dediques al baile.*

9. *Procura crear en ti y en torno tuyo un ambiente puro desde el punto de vista de la moral; la mejor defensa es el ataque.*

10. *Busca las relaciones personales con Dios; lee su revelación, ábrele tu alma, espera con fe el ser escuchada, vive con el pensamiento de que El siempre está presente.*

El segundo letrero dice así, en sustancia:

DECALOGO DEL MATRIMONIO

1. *Espera para casarte a que tu cuerpo se haya desarrollado lo suficiente y estés preparada con los recursos necesarios de toda madre para sostener una familia.*

2. *Aprovecha los años de la juventud principalmente para prepararte a sostener la gran lucha de la vida.*

3. *De soltera aprende a ser ahorrativa y económica. El ahorro labrará tu bienestar en la familia. Sé en todo sobria.*

4. *No mires el matrimonio como fuente de placeres, como tiempo en que todo está permitido, porque la vida conyugal también tiene sus dificultades, sus tentaciones y sus luchas.*

5. *El matrimonio es un deber grave de la vida, es un ingente cúmulo de obligaciones; justamente por tal razón es un campo muy apropiado para desarrollar el carácter.*

6. *No escojas el compañero de tu vida guiada por ventajas materiales, porque una mala administración o un golpe de suerte adversa pueden destruir la más grande fortuna. Antes bien: disponte a colaborar, trabajando tú también, si es necesario.*

7. *Lo importante para ti no ha de ser el exterior agradable, porque la belleza se marchita y, aun cuando se conserve, es un tesoro de valor equívoco, porque acarrea muchas tentaciones.*

8. *Busca en el compañero de tu vida las cualidades espirituales, la fidelidad, la diligencia, la economía, la delicadeza, la paciencia, la pureza, y sé tú también así.*

9. *Por este motivo no te precipites al escoger el compañero de tu vida: procura conocer antes profundamente a tu escogido en la vida diaria y no te dejes guiar por la casualidad ni por impresiones de momento.*

10. *El noviazgo no ha de ser excesivamente largo; evita los encuentros impuros, sensuales; prepárate con seriedad santa para el gran deber que te espera. La unión más feliz es la de las almas que creen en Dios.*

Así puedes ver que cuanto te exige la moral cristiana en interés de tu propia tranquilidad y del desarrollo reposado de tu carácter lo prescribe también y lo exige la seria ciencia médica.

Pero los diez puntos de ambos letreros me inspiran un pensamiento sublime, del que quisiera hablarte ahora más ampliamente: es la relación que hay entre la vida religiosa y la pureza.

XXVII.—Un amigo paternal

Busca un director espiritual. A tus amigas no les preguntes nunca, pero nunca, sobre cosas sexuales. Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la fosa. ¿Cómo podrá darte luces para aclarar tus grandes problemas una persona que también se debate en la oscuridad de semejantes dudas, y recibe sus conocimientos de «iniciación» acaso de fuentes turbias, libros frívolos y obscenos o conversaciones atrevidas? Esas amigas «ilustradas» hablan regularmente de estas cosas, sumamente graves, en un tono tan bajo y frívolo, que, después de conversar con ellas, tu alma se queda en mayor desasosiego, tu fantasía se enardece y se llena de cuadros excitantes.

Con ironía añade la SAGRADA ESCRITURA: *Vete a tratar de santidad con un hombre sin religión, y de justicia con un injusto...; de guerra, con el cobarde...; con el deshonesto, de honestidad...; con el siervo perezoso, sobre tesón en el trabajo. Nunca tomes consejo de éstos sobre tales cosas* (1).

(1) *Eclesiástico*, XXXVII, 12-14

No busques la solución de tus dudas en los léxicos ni en los llamados libros de Medicina. Los que bajo este título se venden, regularmente son trabajos chabacanos, que no sirven para dar enseñanza seria, sino más bien para excitar la fantasía de las jóvenes, ya de suyo fogosa. Además, en este terreno, como hice constar en muchísimas ocasiones, lo que decide la victoria no es el saber, sino el querer. Es posible conocer hasta los últimos pormenores el funcionamiento de nuestros órganos y los peligros que entraña su abuso y, con todo, caer y debatirse en la vida inmoral, si *falta una voluntad fuerte, disciplinada, preparada por una educación metódica.*

Lo que sí te recomiendo es que no te encierres a solas con tus dudas. *¡Ay del que está solo*—leemos en la SAGRADA ESCRITURA—, *pues si cae, no tiene quien le levante!* (1).

¿A quién has de pedir explicaciones si te asaltan dudas graves? En primer lugar, a tu madre o al director espiritual. Si tu madre no tuviera tiempo o tú no te atrevieras a ser completamente sincera con ella, puedes dirigirte, si tienes confianza, a tu director espiritual. Sé con él completamente sincera y sentirás alivio, y tienes la victoria medio ganada.

No temas que él abuse de tu confianza si en momentos de tentación tú le abres por completo el alma. No se reirá de tus luchas, antes bien, se sentirá honrado de que hayas acudido a él para tranquilizarte. Sabe que si no resuelve tus dificultades, tú buscarás solución en otra parte, donde puedes recibir una contestación que, lejos de serte provechosa, te causará graves daños. Sabe que tú estás vagando en medio de luchas, como peregrino solitario extraviado en noche oscura.

Pero lo que él diga no lo charles imprudentemente a las demás; acuérdate de que ese conocimiento es un tesoro sagrado, y sacarlo a la luz del sol, descubrirlo a otros puede ser perjudicial. Piensa que empuñas un cuchillo afilado. Si no te hiere a ti, puede dañar a otra.

---

(1) *Eclesiastés*, IV, 10.

*XXVIII.—Del Diario de una joven

¡Oh Diario amado, no he escrito aún cosas semejantes en tus páginas! ¿Qué he de hacer? No puedo silenciarlo. Te lo descubro: ¡Estoy enamorada! ¡Sí, sí! No te ruborices, no te escandalices; yo no tengo la culpa.

¿Sabes? Hace ya algunas semanas que por la mañana, en el mismo tranvía que tomo, viaja también un muchacho «estupendo», simpático. Tan atrayente, que no hay manera de describirlo. No es posible. Me ha trastornado por completo. Desde entonces no tengo reposo.

* * *

No sé qué me pasa. Temo escribirlo, pero necesito explayarme. Me tiene «loca». Y lo que es más: mi madre está enterada de todo.

Ayer, después de cenar, me senté a escribir las impresiones del día. De repente, sin levantar ruido, entró mi madre. Con un gesto instintivo quise ocultar mi cuaderno. Pero me arrepentí al instante: nunca he tenido secretos para mi madre. Supongo que el rubor debió de subirme a las mejillas.

—Hija mía, quisiera tratar contigo de un asunto. Hay algo que te tortura y tú no me has dicho nada.

—¿Que me tortura? ¿Por qué me dices esto, mamá?

—¡Oh, los ojos de una madre son muy penetrantes! En la cena te he servido uno de tus platos favoritos. Ni siquiera te has dado cuenta. Tus pensamientos vagaban por otra parte. ¿Qué tienes, hija?

Sus ojos se clavaron en los míos. Tuve un momento de estremecimiento. Me acordé de que, por descuido, había dejado mi Diario abierto.

—Mamá, ¿has leído mi Diario?

—Tan sólo una frase, una frase que pusiste ayer y se quedó aquí, en la página abierta.

—Ya, ya. Pues sí, mamá, ¿A qué negarlo?

—No, no lo niegues; no te avergüences. Más bien habla. ¿Desde cuándo y cómo?

—Hace unas semanas que siempre vamos juntos en el tranvía a nuestros quehaceres. Sube en la Plaza Mayor y baja al poco tiempo. No me ha hablado todavía. Sin embargo, no hace más que mirarme; después que me envuelve con su mirada, siento que me viene un calor extraño. Un día se me cayó, en medio de empellones, la cartera, que llevaba llena de libros; al momento se inclinó para recogerla. ¡Era tan agradable al devolvérmela y ofrecerme sus servicios!

Un día que no le vi, parecía que me faltaba algo; toda la mañana estuve de mal humor. Mamá, ¿te ríes? Es posible que tomes a broma la cosa. Pero yo reflexioné sobre el asunto. Muchas veces sueño con él. ¿Qué pienso? Nada. Nada absolutamente. Es decir, pienso en él como es natural. Pero sólo así, vagamente. Me gusta tanto estar sentada así y mirar, sin hacer nada, mirar en la oscuridad.

No sé cómo llegaron a enterarse mis amigas. ¡No me faltaba otra cosa! Ayer, por la mañana, bromearon conmigo. «¡He ahí la que huía de los muchachos, «su enemigo» (así solían llamarme); ahora ella también se ve cogida en las redes!» Aunque no soy chicolera, como algunas de mis compañeras, no obstante, no soy enemiga de los muchachos. Pero llegaron a excitarme mucho con estas cosas.

No; todavía no soy tan loca como otras. No estoy con el balcón abierto, haciéndome señas con él, ni le escribo.

Pero después las muchachas empezaron a hablarme de cosas..., todo en tono de guasa, que me molestaba extraordinariamente.

A estas palabras, mi madre me miró, y añadió, en voz queda:

—Pero ¿has hablado ya de estas cosas con tu director?

—¡Es una cosa tan reciente! Todavía no. Pero cuento ir a verle estos días.

* * *

Pues bien: ya no pude más y fuí a ver al Padre. Sea como fuere, había de explayarme. Nunca le había ocultado nada, pero esta vez se me hizo penoso abrirle mi alma. Pero—pensé—se lo digo.

Ya hacía un cuarto de hora largo que estaba sentada junto al confesionario. Por fin se acercó; me confesé.

—Padre, quisiera decirle algo.

—Pero, hija mía, ¿te crees tú que no he notado ya hace tiempo cuánto luchas? ¡Cuenta!

—Padre, me gustaría decirle algo... de él...

No pude continuar. El Padre me interrumpió:

—¿Quieres decir que estás enamorada?...

La pregunta ni siquiera me sorprendió. Ya estoy tan acostumbrada a que su palabra penetre en mi interior, que tampoco esta vez me causó admiración.

«No ha de censurármelo», pensé. Y se lo conté todo: nuestro encuentro, mis sueños...

—Padre, ¿está permitido a una muchacha de mi edad enamorarse?—le pregunté, ya más animada, y sentí que en mis mejillas se agolpaba la sangre.

El se detuvo—acaso más pensativo que de costumbre—y contestó con otra pregunta:

—Hija, ¿no quieres ya trabajar en la preparación de tu porvenir?

Me sorprendí.

—Claro que sí. Pero ¿es ésta la respuesta a mi pregunta anterior?

—¡Y tanto que lo es! Ya sabes por los estudios de religión que el amor entra en los planes de Dios. Sabes que es uno de los pensamientos más sublimes del Creador. Pero el amor no puede ser juego de niños. Y lo son los amoríos prematuros. Soñar durante horas y más horas, ir a los paseos, leer cartas amorosas, dejarse hacer la corte y, con todo, cumplir el deber..., es imposible. ¿No lo crees tú así?

—Sí. Pero no puedo dejar de quererle, Padre. Tiene mi corazón cautivo. ¿He de romper todos, todos los hilos que me atan a él?—y mi voz temblorosa delataba la lucha que se libraba en mi interior.

Esperé ansiosa la respuesta decisiva:

—No, no digo esto, hija. Claro está que más valdría no hubiese sucedido nada de esto. Pero realmente no tienes tú la culpa de que aquellos dos ojos te interesen más que tus estudios o quehaceres. Esta crisis llega pronto o tarde a to-

das las muchachas. Pero haz lo posible por olvidar. No rompas violentamente, pero procura olvidarlo todo, y entonces pasará la turbación. ¿Le encuentras muchas veces?

—Tan sólo en el tranvía.

—¿No os escribís?

—No. Una vez intenté escribirle, pero sentí que no estaba bien, y lo dejé.

—¿Trabajas con el mismo sosiego que antes?

—¡Y tanto! Y lo que es más, me siento más dueña de mis pensamientos. Si se me ocurre un pensamiento malo, ahora me cuesta menos ahuyentarlo.

—Bien, hija mía; no te preocupes y presta al caso la menor atención posible. Pero has de prometerme una cosa: ¿serás siempre sincera conmigo? Si notas algún cambio en tu estado espiritual, ¿vendrás a consultarme en seguida? Mientras vengas con absoluta confianza, no temo por ti. Lo malo sería si hicieras algo y dijeras para tus adentros: «Esto no se lo diré al Padre.»

Aunque un poco turbada por la emoción, le dije sin titubeos:

—Esto, Padre, no sucederá nunca...

Me dió su bendición. Yo me levanté con el corazón henchido de felicidad.

* * *

Hasta aquí el fragmento del Diario.

¡Qué bendición es para una muchacha un buen director espiritual!

*XXIX.—Junto a las fuentes de una vida nueva

Hay otro medio poderoso para ayudarte en la lucha de los años juveniles: la confesión y la comunión. No voy a detenerme ahora en el estudio de este medio eficaz de autoeducación, de dominio propio, que robustece, enmienda y preserva. Pero quisiera por lo menos que tú pensases respecto de este punto como debe pensar una joven de conciencia.

El niño no quiere que le laven; tampoco suele quererlo la que es pequeña espiritualmente. Los principiantes en la

vida espiritual sienten escalofríos al pensar en la confesión; pero tú ya sabes apreciar la fuerza educativa de la misma, tú ya conoces los profundos surcos que abre en el alma. No solamente la aprecias, sino que además la aprovechas; espontáneamente, sin necesidad de ser rogada.

El cuerpo envenenado no descansa hasta arrojar el veneno, y si acaso lo retiene, llega a perecer. Así perece el alma que guarda en sí la materia venenosa, el pecado. Por tanto, a medida que arrecie la lucha redobla tus visitas al confesonario, y mientras sea posible ve siempre al mismo confesor.

Confiésate *con sinceridad... y con firme propósito de enmienda.* Desde el momento que cuentas tus luchas al director espiritual, ya das un gran paso por el camino de la enmienda, porque obligas a tu naturaleza obstinada a seguir caminos que no quería andar.

Allí encontrarás una mano paternal que te saque las espinas. Allí encontrarás un bálsamo que te cure las heridas. Allí encontrarás a un Padre benévolo que con amor vela por su hija y la salva del peligro. Todos podemos errar, pero reconocer el yerro con propósito de enmienda es de jóvenes animosas.

¡Qué fuentes de energía brotan en tu alma al arrodillarte en el confesonario y abrir tu alma herida! Las más secretas manifestaciones de tus pasiones, las incipientes conquistas del pecado, las tempestades desatadas de la tentación, las heridas abiertas en carne viva, todo lo descubres allí delante del confesor, que no solamente toca tus llagas con mansedumbre cristiana, con amor de samaritano, compasivo y experimentado, sino además con la fuerza curativa que brota de su misión superior, divina.

«He ahí, Padre, en qué he pecado; tantas veces he caído; he hecho tal y cual cosa; ¿qué he de hacer para ser más fuerte? ¿Qué he de hacer, ya que *quiero liberarme?*»

Y luego prestas atención a las prescripciones de un director espiritual experimentado, y después te levantas del confesonario: tu rostro brilla como el templo en Nochebuena, respiras fuerte, se te cae un gran peso de encima: «¡Por fin, gracias a Dios, puedo empezar una vida nueva! Y no volveré a pecar. ¡No! ¡No! *¡Nunca!*»

Son innumerables las que fueron rescatadas de su humillante esclavitud mediante la confesión y la comunión. Yo te encarezco, amada joven, que te fijes bien en este principio: *La que empieza en los años juveniles, continúa en la edad madura y sigue durante toda la vida la santa costumbre de ir a confesarse con sinceridad, con devoción, una vez al mes, por lo menos, no ha de temer mucho por su alma.* Es posible que tropiece en la vida, es posible que llegue a caer, pero se levantará de nuevo y no se quedará tendida en el pecado.

¿Lo dudas?

A propósito de la confesión, quisiera advertirte que no caigas en el error de algunas mujeres. *No te guíes de la moda* para elegir confesor. Busca el que conviene a tu actual modo de ser. «Letrado sobre todo, y no medio letrado», como juiciosamente apunta Santa Teresa de Jesús.

No imites a cierta señora que en una conversación decía:

—Yo no me confesaría sino con el P. X*** (un predicador célebre).

A lo que su interlocutor repuso graciosamente:

—¡Ya! Se ve que tiene usted remordimientos distinguidos...

XXX.—¡Conmigo está el Señor!

Los microbios de las enfermedades son vencidos por el organismo si una sangre caliente, pura, corre por todo el cuerpo y vivifica las más pequeñas células. Del mismo modo perecen en tu alma los microbios de la enfermedad moral cuando te enardece y vivifica después de la sagrada comunión la sangre preciosísima de Jesucristo, y tú puedes reposar en sus manos tu frente abrumada por la lucha y así dirigirle la magnífica plegaria de comunión:

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, purifícame.
Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh mi buen Jesús!, escúchame.
Dentro de tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame.
Y mándame ir a Ti,
para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos. Amén.

Santa Teresa quiso edificar un convento, pero no tenía más que tres cuartos. Dijo: «Tres cuartos y Teresa poca cosa son. Pero tres cuartos, Teresa y Dios, esto ya es muchísimo.» Y levantó la casa.

Tú también quieres levantar en tu alma el templo más hermoso de Dios. Acaso lo has intentado ya varias veces y has fracasado. «Yo sola poca cosa soy. Pero mi propósito firme, mi buena voluntad y la gracia de Dios..., ¡ah!, esto ya no es lo mismo. Así lo lograré.»

No en vano dicé un adagio antiguo: *Deo favente, navigas vel vimine,* «si Dios te ayuda, puedes pasar el Océano aún en una canasta». Toma, pues, muchas veces «el Pan de los ángeles», «el Pan de los fuertes», recibe a Jesús en la santa comunión. Da entrada al Señor en tu alma, en tu navecilla, con frecuencia; y cuando ruja el huracán, pide con vivas instancias, como lo hicieron los apóstoles en la barca zarandeada por la tempestad: *Domine, salva nos, perimus!* (1). «Señor, sálvanos, que perecemos.»

Las profundas convicciones religiosas son nuestro más fuerte apoyo en la lucha por la pureza.

La Reina de Portugal, Doña María, decía a su hija Isabel, futura emperatriz de España:

—Mira, hija mía, has venido a este mundo para amar y servir a Dios y así merecer la felicidad eterna.

Tan grabadas quedaron en aquella jovencita de trece años las palabras de su madre, que su corazón fué puro y recto y su voluntad firme y enérgica para seguir siempre el camino del deber.

---

(1) SAN MATEO, VIII, 25.

A pesar de su diadema imperial, supo vivir en la tierra sin olvidar el cielo.

Tú también, como ella, debes orientar las manifestaciones, todos los acontecimientos de tu vida para que te lleven a Dios.

Procura por ello, amada joven, entablar relaciones íntimas, de gran confianza, con Nuestro Señor Jesucristo. Dirígete a El en todas las cosas con amor vivo, sincero, palpitante. La persona de Jesucristo no es un borroso cuadro histórico, sino que también hoy y siempre El es tu Redentor que irradia energías, que ama tu alma y la conforta.

Por tanto, El no ha de ser un mero recuerdo, una imagen pálida para ti, sino *la gran Realidad viviente;* con El has de consultar todos tus planes, a El has de ofrecerle todas tus esperanzas, porque sabes que se alegra de tus victorias y se entristece de tus caídas.

En esta edad todos anhelan una amistad ideal; y de este sentimiento brota también el primer amor. Si me es lícito expresarlo de esta manera, te diré: enamórate de Jesucristo, ya que, por mucho que busques, no hallarás ideal más noble, amigo más leal y fuerte, ayuda más eficaz.

Acostúmbrate al pensamiento de que Nuestro Señor Jesucristo está siempre y en todas partes contigo. Desde la mañana hasta la noche te acompaña, y te acompaña por doquiera; está contigo en la calle, en el estudio, en el juego, en el trabajo, en el cine; está presente cuando estás a solas, cuando te diviertes y cuando te acuestas por la noche; se sienta a la vera de tu cama, te mira con ojos llenos de amor y te alaba: ¡Hija mía, hoy has luchado bien!

Aprende a rezar con este espíritu. Dime: ¿sueles rezar con regularidad? *¡Con regularidad!* Es decir, cada mañana y cada noche, y, lo que es más, siempre *bien:* prestando atención, con amor encendido, con el espíritu fresco, de todo corazón, entregándote sin reserva.

Si no riegas la flor, se seca; también las flores de tu vida moral se marchitan, si no las riegas como corresponde, con el agua cristalina de la oración. Si rezas bien, con regularidad, sentirás cerca de ti la eternidad. En la oración te arrodillas ante el augusto acatamiento del Dios Omnipotente; y

se apacigua la tempestad, y se pone terso el espejo del alma agitada, y se hace fácil o, por lo menos, confiada la lucha.

Dime, joven mía: ¿sabes rezar tú de esta manera? ¿Nunca lo has sabido? Pues apréndelo. ¿Hace tiempo que lo has dejado? Empieza de nuevo. Pero no mañana. Hoy mismo. Esta misma noche. Y continúa siempre en adelante.

La oración fervorosa fué el más sólido apoyo de Teresa de Jesús, no sólo en su gran reforma carmelitana, sino hasta en los más fútiles detalles de su vida. Su pluma nos refiere con gracejo la turbación que experimentó en la fundación del monasterio de Salamanca:

«Víspera de Todos los Santos, a mediodía, llegamos a la ciudad de Salamanca.

»La casa desembarazaron aquella tarde. Ya casi de noche entramos en ella.

»Fué la primera vez que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba era tomar posesión si no se ponía... Quedamos la noche de Todos los Santos mi compañera y yo solas.

»La casa era muy grande y con muchos desvanes, y mi compañera, María del Sacramento, monja de más edad que yo, no había quitársele del pensamiento los estudiantes que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella.

»No hacía sino mirar a una parte y otra todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarle pensamientos de peligro para turbarme a mí, que con la flaqueza del corazón que tengo, poco me solía bastar. Le dije «qué miraba; que, cómo allí no podía entrar nadie...» Díjome: «Madre, ¿qué haríais vos sola?» Aquello si fuere me pareció recia cosa; hízome pensar un poco en ello, y aun haber miedo...

»El doblar de las campanas ayudaba, que era noche de Animas; buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento en niñerías.»

¿Qué hace nuestra Santa? Pone su corazón en Dios, y con salero responde:

«Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir.»

Amada joven, ¿sabes tú confiar de esta manera en Jesu-

cristo? ¿De modo que en cualquier tentación acudas inmediatamente a El, sin rodeos ni olvidos?

Si no eres religiosa de corazón, te será moralmente imposible conservar tu pureza durante la juventud. La que quiere llevar una vida pura sin la gracia de Dios, hace como la que pretende volar sin alas, como la que quiere sacar agua de la roca o cavar un pozo con un cortaplumas. Así lo confesó de sí mismo el REY SABIO del Antiguo Testamento: *Ya de niño era yo de buen ingenio, y me cupo por suerte un alma buena... Y luego que llegué a entender que no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba..., acudí al Señor y se lo pedí* (1).

SAN AGUSTÍN hace notar con verdadero tino que si no reina en nuestra alma la caridad de Dios, domina en ella la voluptuosidad. *Regnat carnalis cupiditas, ubi non est Dei charitas.*

No es posible llevar una vida pura a no ser con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo... *per Dominum nostrum Iesum Christum.*

Mira los ojos de Jesús crucificado, así como mira el polluelo a su madre, que lo cobija con amor. Sé pajarillo enamorado de la Pureza eterna, ten espíritu de oración, *lleva en ti continuamente a Jesucristo,* y notarás con satisfacción que con El es posible conservar la pureza.

¡Amada joven! Algunas veces la tentación te acometerá como incendio devorador; se alzará en ti como mar embravecido, que todo lo engulle; vendrán momentos en que te creerás que todo otro pensamiento, todo entusiasmo noble, todo afán elevado se ha extinguido en ti, te sientes anulada, la tentación levanta su exigente voz y te clava profundamente su agudo aguijón. Nada hay que pueda ayudarte a atravesar incólume estos momentos de tempestad sino la mano suave y segura del Redentor.

No puedo darte consejo mejor que el que dió SANTA CATALINA DE GÉNOVA a su ahijado en el mundo, increíblemente corrompido: «Que Jesús esté en tu corazón, la eternidad en tu mente, el mundo debajo de tus pies, la voluntad de Dios en tus actos y, sobre todo, brille su amor en ti.»

---

(1) *Sabiduría,* VIII, 19-21.

**XXXI.—«Voy.»

Corría el día 28 de noviembre de 1780. Una mujer, entrada en años, disponíase con serenidad augusta a morir. Recibe los últimos sacramentos con fervor y dicta sus postreras disposiciones.

El día pasa y la noche cae lentamente, mientras María Teresa de Austria, la gran emperatriz, lucha con el sueño, que quiere dominarla.

—¿Cómo queréis que me duerma, si a cada minuto puedo ser llamada ante mi Juez? Temo dormirme, y no quiero ser sorprendida; quiero ver venir la muerte—responde a sus hijos que la rodean.

Despuntaron los albores del día 29, y con tranquilidad dice:

—Este es mi último día.

Sin embargo, antes de entrar en la agonía, tiene fuerzas para levantarse, apoyada en su hijo mayor, y contemplar el cielo desde la ventana, murmurando:

—¡Voy, voy!

—Estáis mal—dícele su hijo, en tanto que la reclina en un canapé.

—Bastante bien para morir—replicó.

Un instante después su alma volaba a Dios.

Ahí tenéis una mujer valiente. ¿Cómo pudo esperar la muerte con serenidad? Sin duda, porque nunca olvidó que un día tendría que rendir cuentas a Dios.

¡Amada joven! Si no hallas fuerza capaz de sacarte del pecado, piensa en esta pregunta, de una gravedad que abruma: ¿Y después? ¿Qué será de ti después? Después..., cuando te presentes para rendir cuentas al Dios Omnipotente, justiciero, que te ve donde quiera que estés.

En uno de los patios árabes de Córdoba se lee esta inscripción, grabada por su dueño, un santón: *Vivimus quasi cras morituri; aedificamus, quasi semper victuri.* «Vivimos sabiendo que mañana hemos de morir, pero edificamos sabiendo que nuestra casa no perecerá.»

En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás, dice la SAGRADA ESCRITURA (1).

En una antigua lápida funeraria se lee esta inscripción: *Ut moriens viveret, vixit ut moriturus.* «Para alcanzar la vida en la muerte, vivió como quien sabe que ha de morir.» ¡Qué profunda sabiduría en estas pocas palabras!

Acuérdate de que Dios te pedirá cuenta un día, no solamente de tus actos, sino de las más insignificantes palabras, de los pensamientos más ocultos. Aquel Dios, que te veía cuando no te veían los demás; te veía en el lecho oscuro, te veía debajo de las mantas, te veía en tu escondrijo, oía tus conversaciones secretas, seguía tus pensamientos.

Hija mía, ¿quieres presentarte con el cuerpo y el alma manchados el gran día de la rendición de cuentas?

¿Verdad que no?

¿Verdad que quieres ser joven de alma pura?

**XXXII.—María es mi Madre

Profesa una devoción sincera, ardiente y filial a la Virgen María bajo el título que más confianza te inspire. Rézale, por lo menos, tres Avemarías todas las mañanas, invócala con frecuencia.

Si conservas aún sin mancilla el lirio de tu pureza e inocencia, confíaselo a Ella, Virgen de las vírgenes, y con solicitud de madre velará por ti en todos los peligros.

Si ya se ajó la azucena de tu castidad, pero quieres florecer de nuevo por la penitencia, llámala también, hija mía; pídele que te tienda su mano salvadora, porque es la Madre Dolorosa, Refugio de los pecadores, Consoladora de arrepentidos. Ella te espera siempre con lágrimas de cariño para volverte a los pies de Jesús crucificado, primero, y después al ejército de las jóvenes valerosas que luchan por llevar una vida pura.

Por desesperada que te veas en tus combates y hasta en tus caídas, jamás tardes en acudir con sinceridad a la Santí-

(1) *Eclesiástico,* VII, 40.

sima Virgen. Y tenlo muy grabado en tu alma: a fuer de hija de María, aun en tus caídas, acude a esta Señora. No toleres con tu silencio cobarde que nadie ultraje en tu presencia el nombre de tu Madre del cielo. Joven mía, Jesucristo, su Divino Hijo, te lo tendrá muy en cuenta en tu vida y en tu muerte. Innumerables ejemplos y milagros lo han comprobado. No harías tú menos con quien de tal modo se portase con tu madre en la tierra.

Cuando la venerable Sor María de Agreda fué nombrada prelada de su convento se encomendó muy de veras a la Virgen para que le ayudase en su cargo.

La Virgen le dice: «Hija mía amantísima, consuélate y no turbe tu corazón el trabajo; prepárate para él, que yo seré tu Madre, a quien obedecerás..., y supliré tus faltas... En todas tus tentaciones y trabajos acudirás a mí para tomar mi consejo... Yo te daré mi favor y estaré atenta a tus aflicciones.»

Sor María escribió, movida de Dios, la historia de la Reina de los Angeles, titulándola *La Mística Ciudad de Dios.*

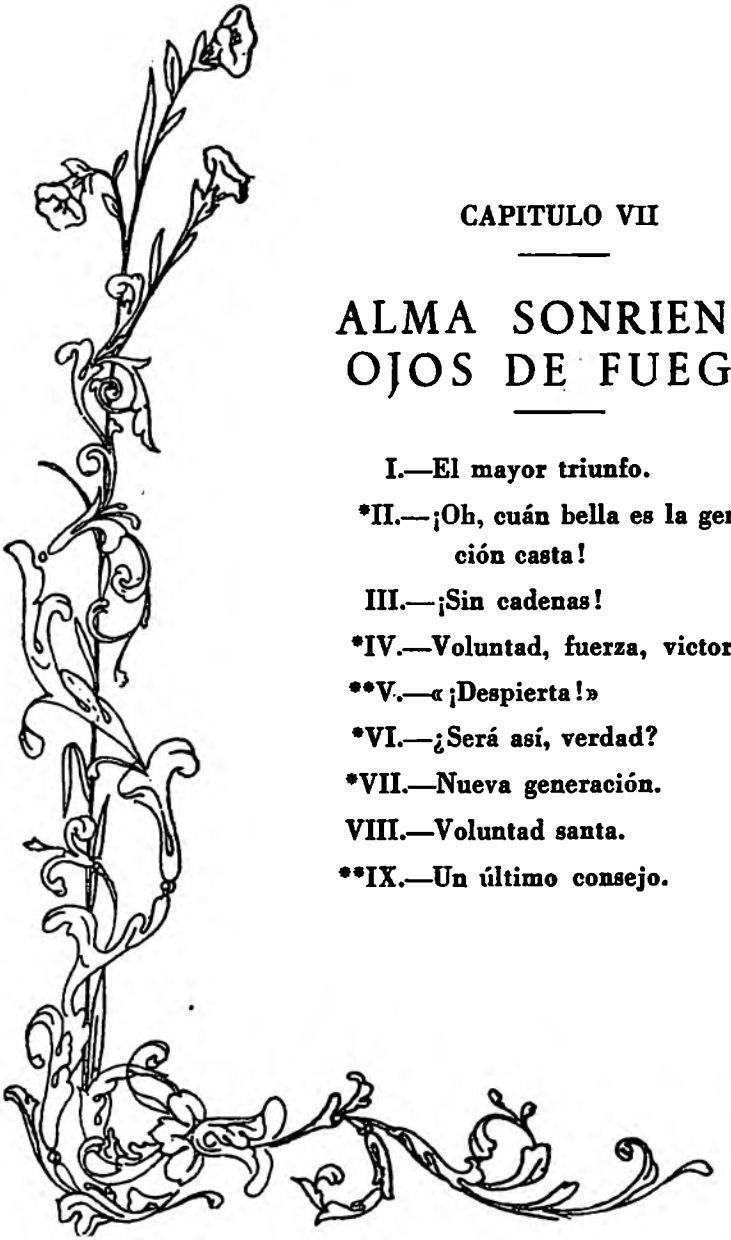
Muerta en 1665, al ser visitado su sepulcro por el rey Carlos II en 1667, «se halló su cuerpo entero y lleno, *particularmente las manos, muy blancas y hermosas*» (1).

¡Aquellas manos que se habían empleado en el servicio de la Virgen Santísima, recibían su premio en la tierra, no siendo pasto de los gusanos!

«Teniéndonos Ella, no nos resbalaremos; protegiéndonos Ella, no temeremos; guiándonos Ella, no nos fatigaremos», dice San Bernardo.

---

(1) *Vida de la V. Madre*, por Fr. J. Samaniego.



CAPITULO VII

ALMA SONRIENTE OJOS DE FUEGO

I.—El mayor triunfo.

*II.—¡Oh, cuán bella es la generación casta!

III.—¡Sin cadenas!

*IV.—Voluntad, fuerza, victoria.

**V.—«¡Despierta!»

*VI.—¿Será así, verdad?

*VII.—Nueva generación.

VIII.—Voluntad santa.

**IX.—Un último consejo.

«He hecho todo lo que Dios ha permitido... Nosotros los hombres obramos según nuestro poder, fuerzas y espíritu; mas Dios da la victoria.»

(CARLOS V: *Discurso de su abdicación.*)

Dios Nuestro Señor nos dejó tres recuerdos del Paraíso: la luz de las estrellas, la belleza de las flores y el brillo de los ojos de la juventud pura. De los tres, el más hermoso es el último. *Porque la joven pura es una heroína.* Heroína verdadera, que ha de soportar refriegas más duras que los combates de una guerra civil, pero cuyos laureles no se tiñen de carmín con la sangre del enemigo; antes bien, reflejan siempre la serenidad luminosa y dorada del espíritu triunfante. Esta luz brillante y serena es la tranquilidad de la conciencia. Debido a la unión sustancial del alma y del cuerpo, la serenidad de aquélla se manifiesta en éste, en la mirada. El alma sonriente enciende los ojos.

I.—El mayor triunfo

El mayor triunfo es: dominarse a sí mismo. En pleno conocimiento de esta verdad, la antigüedad pagana rendía tributo de homenaje y respeto a todos aquellos que sabían mandar con voluntad firme al más fuerte de los instintos, el instinto sexual. Y al remontarnos cuanto sea posible por la serie de documentos escritos, encontramos no pocas veces, aun entre los antiguos, el aprecio de la pureza.

CICERÓN, entusiasmado, escribe: *Nihil est virtute amabilius.* «Nada hay más amable que la virtud.»

Roma erigió un templo a PUDICITIA, la diosa de la pureza; y TIBULO pregona con orgullo en su libro: *Casta placent superis.* «La castidad es grata a los dioses.»

Grandes privilegios disfrutaban las vestales. Si la carroza de una de ellas se encontraba por casualidad con un condenado a muerte, éste era indultado. Como las vestales en Roma, así también los druidas en la Galia, los sacerdotes del Nilo en Egipto eran objeto de profundo respeto, debido a su vida continente.

La SAGRADA ESCRITURA nos dice: «*Gracia es sobre gracia la mujer santa y pudorosa. No hay cosa de tanto valor que pueda equipararse a esta alma casta* (1).

Todavía hoy, aun la mujer que ha llegado a la pendiente de la inmoralidad, siente espontáneamente cierta emoción, cierto respeto ante las jóvenes que llevan la vida pura.

SCHILLER, el gran poeta alemán, escribe:

Dem holden Zauber nie entweihter Jugend,
Dem Talisman der Undschuld und der Tugend,
Den will ich Sehn, der diesem trotzen kann.

«¿Quién hay que no se sienta vencido por el dulce encanto de una juventud nunca profanada, por el talismán de la inocencia y de la virtud?»

Ni siquiera los que niegan cínicamente los valores morales pueden sustraerse a la influencia de la superioridad que

(1) *Eclesiástico*, XXVI, 1920.

irradia la joven de alma pura. No hay valor más grande en la tierra que el carácter perfecto, el carácter de la que es *una mujer* de cuerpo entero.

La joya más preciosa de la corona de la Humanidad es la joven pura, la joven que sabe vencerse a sí misma. Ella es la cuna de la sociedad, la cual, en cambio, con jóvenes moralmente degradadas va a la bancarrota; ella es la prenda de un porvenir más hermoso, la estrella de la esperanza. Es tan brillante como la estrella, que ni el aliento puede empañar.

II.—¡Oh, cuán bella es la generación casta!

Siempre se ha hablado mucho de la belleza femenina. Es verdad: la mujer es la reina de la creación. Pero no tanto por su hermosura corporal como por la dignidad de su alma. Porque ¡qué insignificante resulta aun la encantadora cabecita de un niño con dorados rizos, el brillo luminoso de unos ojos infantiles grandemente abiertos, los labios encendidos de los pequeñuelos, que nunca llegan a callarse..., qué poco es todo esto si se considera que el cuerpo humano es templo santo de Dios, y que tras unos ojos de sonrisa, puros como el rocío, *hay un altar para servir de trono al Dios eterno!*

Según un adagio antiguo, la mirada es el espejo del alma. Pues bien: la belleza del alma que puede reflejarse más triunfante en la mirada es la *pureza,* que se manifiesta en los ojos del joven. *Bienaventurados los de puro corazón, porque ellos verán a Dios* (1).

Enciérrase un pensamiento profundo, interesante, en el hecho de que el lenguaje humano llama «virginal» a la hermosura intacta, sublime, fresca de la Naturaleza. Hablamos de las «cimas vírgenes», de las montañas gigantescas, de los «campos vírgenes cubiertos de nieve», de los «bosques vírgenes», que no sintieron todavía los golpes del hacha. Aquel silencio, aquella piedad y emoción santa que se levanta en nuestra alma al contemplar las bellezas vírgenes de la Naturaleza se acrecienta al ver a una joven de «alma virginal».

(1) San Mateo, V, 8.

Parece como si una voz secreta nos susurrase al oído aquellas palabras que todo visitante escucha al llegar a la sala de Turena, en el Museo Militar de París: «Aquí está el santuario de las banderas; todo el mundo debe descubrirse.»

Mira el ánimo ferviente de vida, la prontitud para la acción, aquella alegría inalterable, aquella felicidad que canta, aquella primavera risueña...; mira cómo saltan de sus ojos encendidos. Toda ella parece una vela tendida al viento, una promesa de alba, un himno celestial.

En los años juveniles, henchidos de promesas, brotan, de día en día, en la muchacha fuerzas nuevas, se acumulan energías latentes y el alma se estremece con una expectación santa. La pureza conservada incólume viene a ser fuente abundantísima de energía para la labor reservada a las jóvenes, labor que reclama los mayores esfuerzos.

Los planes y deseos de vivir testifican un hecho corroborado por la experiencia de quienes han desarrollado una seria e imponente actividad: la castidad contribuye de un modo misterioso y benéfico a incrementar la labor espiritual. Una primavera llena de fervor y lozanía canta en la adolescencia pura el entusiasmo, las esperanzas, los esfuerzos de una vida joven. Y mientras las otras—las pobres descarriadas—han malgastado la mejor parte de sus energías juveniles y ahora se arrastran sumidas en un letargo de indiferencia, harapientas, andrajosas de espíritu, el corazón de la joven casta late vigoroso de alegría, sus ojos luminosos brillan como miosotis de aguas de ensueño y sus fuerzas están a gran tensión si se trata de abrazar grandes empresas.

La impureza lleva a la bancarrota; la castidad da lozanía, y fuerza de vida al espíritu y al organismo. Nada más fácil para la joven casta que cumplir el gran mandamiento de Dios: *Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (1).

El río montañés corre con fuerza entre las rocas. Si se le diera el camino libre, podría causar daños espantosos. Pero la mano del hombre sabe encauzar sus aguas, y así lo convierte en una mansa corriente, que lleva a los jardines la lozanía, a los campos la fecundidad y a las flores su frescura.

(1) *Deuteronomio*, VI, 5.

Fuerza natural que irrumpe con bríos en el instinto sexual. Si lo dejas a sus anchas, causa una espantosa destrucción en tus ideales, en tu ánimo de trabajo, en tu alma y en tu cuerpo; en cambio, si lo reprimes, si lo contienes dentro de los límites señalados por Dios, este mismo instinto, esta fuerza se transforma en fuente de vida risueña y feliz.

La pureza comunica fuerza invicta a la voluntad humana frente a todas las bajezas; por esto la pureza es el fundamento del carácter firme. La pureza hace mujeres de pies a cabeza. *La que se venció a sí misma no será vencida por otro.* Las *mártires heroicas* del primitivo cristianismo eran de vida *virginal,* y así recibieron su magnífico título: *Virgo et martyr.*

En el monasterio de Santa María la Real, de Nájera, se guardan los restos de una bisnieta del Cid, Blanca de Navarra.

Sobre su tumba reza este hermoso epitafio:

«Aquí yace Doña Blanca. Blanca es el nombre, Blanca y hermosa en el cuerpo. Pura y cándida en el espíritu. Agraciada en el rostro. Agradable en la condición. Honra y espejo de las mujeres.»

¡Amada joven! Blancura de lirio ha de tener tu pureza. Tu lema, ser como aquella reina, «pura y cándida en el espíritu...» Tu gloria, ser «honra y espejo de las mujeres».

¡Qué magnífico florecer el de una vida joven llena de esperanzas! ¡Deseos, sentimientos, esperanzas de un alma humana destinada a la eternidad; anhelos que se levantan a alturas celestiales! ¡Oh, cuán bella es la mujer casta! «¡La pureza espiritual es la fuente de todo lo bello!» (CONDE ESTEBAN SZÉCHENYI.)

Si las jóvenes supieran qué maravillosa fuente de fuerzas es la pureza, la amarían con pasión, la guardarían incólume del menor hálito impuro, no la desecharían con tanta frivolidad.

III.—¡Sin cadenas!

La libertad entusiasma a la juventud. Está bien; le cuadra este ideal. Pero ¿hay joven de verdad más libre que la que sabe ordenar, mediante el imperio de la razón, el santua-

rio de su propia alma y defenderlo de los bajos instintos? Y ¿hay esclava más digna de compasión que la que se ve atada, cual con cadenas de galera, por los instintos ciegos del propio cuerpo, por el pecado de la impureza? No es libre la que hace cuanto se le antoja, sino *la que sabe querer lo que ha de hacer,* la que sabe mandarse a sí misma y cumplir las órdenes dadas.

Vivir en la impureza... ¿Es esto libertad? ¿Servir de pasto a los cerdos como la margarita? Con derecho condenan *tal* libertad las duras palabras de LONGAU:

Wenn dieses Freiheit ist: frei tun nach aller Lust,
So sind ein freies Volk die sau' in ihren Wust.

No puede apreciar ni comprender la verdadera libertad sino la joven de vida pura, porque la verdadera libertad consiste en la libertad del alma.

¡Ah joven amada! ¡Si lograras conservar siempre tu alma pura! ¡Si fueras siempre heraldo invicto en esta guerra de verdadera y noble independencia, en esta cruzada de la pureza cristiana!

Guarda este libro que para ti he escrito, y léelo también en los años que van a transcurrir. En la Universidad, si eres alumna de la misma; en la oficina, si eres funcionaria; tenlo contigo, y cuando te asalten las tentaciones repasa algunas páginas. En el taller recuerda sus enseñanzas; en tu casa, no lo dejes de la mano. Grande es el número de muchachas que de su lectura sacarán fuerzas, valor, perseverancia para una vida pura.

¡Ojalá formaras parte del cortejo de las jóvenes puras que propagan estos ideales sublimes! Mira, amada joven, ¡cuántas se debaten, cuántas se sumergen, cuántas se ahogan en este terrible pecado! Acaso te rodee alguna de esas desgraciadas. ¡Sé tú su ángel custodio!

Pon este libro en manos de otras muchachas jóvenes. Cuantas más mejor. ¡Quién sabe cuántas almas salvarás de la impureza si así lo haces! Cuando veas en el curso de tu vida cuán innumerables son los propagandistas, pajes y co-

laboradores del pecado de la impureza, de la lujuria; cuando veas cuántos son los que corrompen a las almas y siembran la inmoralidad, enardézcase tu espíritu y toma con santa valentía esta decisión: «Si otros corrompen las almas, yo intentaré *mejorarlas*. Si ellos *las pierden, yo* procuraré *salvarlas*.»

Casi siempre las muchachas son las que más pueden en este punto. Acaso tú inspiras más confianza. En cuanto se hable en tu presencia de cosas lúbricas o se aluda a ellas, llama la atención con seriedad, con dulzura, pero con firmeza. Es posible que libres a alguien de la primera caída. ¿Y puede haber mayor satisfacción para ti que poder dar gracias a Dios en el rezo de la noche: «Gracias, Señor, por haber salvado un alma para Ti»?

Habla con palabras encendidas; habla principalmente con el ejemplo de tu vida. Estremézcase tu alma de alegría, alegría grande e indecible por salvar y conquistar con tu ejemplo, con tus palabras o prestando este libro a otras muchachas que mañana bendecirán la hora en que te conocieron.

Diles con las palabras del poeta:

«Dios me envía a vosotras para que irradie por doquiera, en silencio, el fuego vivo de sus rayos, que han hecho arder mi corazón. Dios me envió a las hermanas que caminan en la noche para servirles de luminar.» (SIK).

*IV.—Voluntad, fuerza, victoria

Esta libertad del espíritu comunica a la mirada del niño inocente una expresión tan encantadora, que los pintores más insignes del mundo, al querer pintar a los ángeles—por tanto, una hermosura ultraterrena—, toman por modelo los rostros infantiles.

Esta mirada sonriente es rocío refrescante, puro en el capullo de la Humanidad.

También en el rostro de las jóvenes puras se dibuja una hermosura celestial. El pagano PLATÓN escribía de esta manera: «¿Qué se necesita para ver a Dios?: Pureza y muerte.»

No tiene tal serenidad la bóveda despejada al sonreírse el alba, ni fulguran así las estrellas encendidas en la noche, ni brilla con tan vivos colores la perla del rocío, ni es tan límpido el arroyuelo cristalino...; acaso sería así la mirada de los ángeles si tomasen cuerpo. Por aquellos ojos mira un alma angelical en florecer de primavera; a través de aquellos ojos se manifiesta, en una virginidad intacta, la serenidad de un alma que no ha rozado el polvo.

Y si es hermoso el reflejo de la inocencia natural e inconsciente, si es bella la pureza espiritual en el rostro de un niño, todavía subyuga más en el rostro de una joven que hubo de guardar la virtud a costa de duras refriegas sostenidas con varonil firmeza. Conocida es la grave sentencia de: GOETHE: «*Grosse Gedanken ein reines Herz, das ist's was wir von Gott erbiten sollten*» (1). «Pensamientos grandes y corazón puro esto es lo que tendríamos que pedir a Dios.»

La vida pura crea la armonía entre la parte baja y la parte superior del hombre. El alma pura es nuestro tesoro más notable, el fundamento de la vida heroica, una chispa celestial, la más hermosa manifestación de la semejanza divina.

Apenas hay cosa más santa en el mundo que el corazón joven, libre de pecado.

**V.—« ¡Despierta!»

Es posible, amada joven, que tú te hayas desviado, y al volver de lejos te espante el espectro de los años desperdiciados para tu alma. No importa. Si llegas a encontrar nuevamente al Señor, permanece junto a El siempre, joven mía. Si te has despertado de tu sueño, continúa despierta de hoy en adelante.

Fíjate en la inefable alegría que irradian estos párrafos de la correspondencia de EVE LAVALLIÈRE, actriz célebre, que, después de varios años de tropiezos, encontró de nuevo el camino que lleva a Nuestro Señor.

(1) WILHELM MEISTER: *Wanderjahre.* L. I. Cap. 10.

Tuve fe siendo niña. Más tarde, en mi vida de artista, mis creencias han sido quebrantadas por los embates de la duda que me rodea. En estos momentos dudo más que nunca...

Al fin, el Señor triunfa por completo, y ella encuentra la paz:

Cada día me asombro más de haber sido objeto de tanto amor y de semejante preferencia, tan gratuita. Cuanto más claramente veo mis miserias, mis crímenes y mis vicios, más sublime e incomprensible me parece la divina misericordia.

¡Y no contento con haber hecho todo esto por mí, aún hace Dios que yo le ame!

La vida es miserable especialmente cuando la fe y el amor verdadero no la embellecen.

Su amiga, la baronesa de Galembert, con quien trabó amistad después de convertida, escribe:

Hay días en que recibe hasta veinte cartas, suplicándola vuelva al teatro.

A veces tiene grandes tentaciones. Ella, que era siempre la primera entre todas y la más admirada, cuando penetra ahora en el comedor del hotel, vestida con ropa vieja, sin pizca de polvos, se encuentra fea y arrugada, y sufre por causa de ello...

Ha sido perseguida, hostigada, incluso calumniada.

La propia Eve lo confiesa:

Yo he sufrido mucho. Usted no me reconocería en la actualidad. Sufrimientos morales, físicos, miserias, todo... Nuevos dolores se me preparan ahora, y probablemente seguiré igual hasta el final de mis días. Mas bendigo y doy las gracias a Dios por haberse dignado mirar a este ser tan espantosamente miserable.

... ...

Se me ha tratado de enferma, de neurasténica, de loca; tengo instantes de lucha, de desgana; pero hago lo contrario de lo que deseo y sonrío a Jesús.

El nombre de Jesús es para mí un talismán: cuando lo pronuncio, siento como si me abrasasen, y ardo verdaderamente... En mis luchas, en mis pruebas, en mis tinieblas, me ha tenido constantemente en la mano. Me encuentro apoyada

sobre su Corazón, igual que la ovejuela perdida que El ha ido a buscar por entre zarzas y espinas, y a la que, después de hallada, ha depositado amorosamente sobre sus hombros. Tan sólo en El puedo ya pensar. Sueño con el cielo. ¡Qué hermoso, qué hermoso es esto! ¿Por qué no tendré veinte años para consagrarle toda mi existencia?

«Con todo—continúa su amiga la Baronesa—, era extremadamente sencilla, alegre, inteligente.»

Amada joven, ve en estos renglones el alma de una mujer que despertó llamada por el Amor. Si tú despertaste ya, levántate con sencillez y procura no dormir más en lo que toca a tu pureza.

¡Animo y muéstrate alegre, jovial! La alegría verdadera, pura, es también excelente medio para mantener la castidad. Donde no penetra el sol, todo se cubre de moho, el aire es pesado, pululan asquerosos los ciempiés. El moho del pecado, y el aire pesado de la corrupción, y los ciempiés de la impureza cercan, también con más facilidad, el alma sombría, sin alegría.

Cuanto más pura sea tu alma, tanto más han de desgranar tus labios la risa argentina de alegría. ¿Quién puede estar más alegre que una joven de alma pura, de noble pensamiento, que ama a Dios? Dad un rotundo mentís, muchachas, a los prejuicios en boga: que el pecado da alegría y que si una joven quiere placeres ha de acudir a la vida desenvuelta.

Amada joven, si lo has probado, verás que todos los goces prometidos y todos los alicientes falaces y caprichosos de mil y mil pecados son cosa insignificante en parangón con la dulce tranquilidad y la alegría pacífica que inundan el alma de una muchacha casta, la de aquella joven que puede mirar con la conciencia tranquila el rostro del Salvador.

*VI.—¿Será así, verdad?

El último consejo que quiero dirigirte en este libro, hija mía, no puede ser sino éste: conserva tu preciado tesoro, la pureza de tu alma. Y si hubieras de llorar ya algún rasguño en la blanca túnica del alma, no te desalientes; por lo me-

nos, de hoy en adelante otra será tu vida. No olvides mis palabras: no se pierde irremisiblemente sino la que abdica de sí misma. Por mucho que hayas descendido, querida joven, puedes todavía subir a las alturas: ¡Hay retorno!

Conserva tu alma pura como la perla más preciosa, como una joya magnífica. La perla y las piedras preciosas—la esmeralda, el zafiro, el rubí—son muy sensibles; si se les toca demasiado, si se les expone al sol, pierden su brillo, su color encendido. Por esto las guardamos cerradas en un armario especial. Tu alma pura también se decolora si no la guardas.

En los años de adolescencia, todos hemos de sentir las luchas que entonces promueve la misma naturaleza. Hay muchacha que sortea con más facilidad los obstáculos de los años juveniles; otra ha de sostener más duros combates. Acaso tus instintos se revelen con tanta vehemencia que, espantada, exclames: es imposible conservar la pureza. No, hija, no es así. Ya sabes que puedes vencer, que es posible llegar con tu alma y tu cuerpo puros al altar nupcial.

Es posible, pero... cuesta. Ha de haber propósito sin reserva, vigilancia continua, perseverancia sin desmayos. Tu lema ha de ser el que puso en su escudo Zelanda, una de las provincias de los Países Bajos, siempre en lucha abierta con el mar: *Luctor et emergo,* estoy luchando, pero siempre levanto la cabeza victoriosa de entre las olas.

Este libro te ha hablado con sinceridad: *es posible* llevar una vida pura, *es necesario* llevar una vida pura, *pero no es ésta tarea fácil.* Mejor es que lo sepas de antemano..., *no nacemos* puros, sino que *nos hacemos* mediante una lucha dura, o con otras palabras: una vida pura, incontaminada, no se puede seguir en el mundo actual sino a través de una lucha heroica.

Tu corazón te dice: sé pura; tu religión te dice: sé pura; pero el mundo moderno y la frivolidad que hoy cunde y las mil tentaciones y la naturaleza humana, propensa al mal, te gritan: no lo seas, no luches por la pureza.

Y, con todo, tú has de mantenerte firme, porque el galardón que te espera bien vale la pena de soportar los más encarnizados combates. *Je schwerer der Krieg, je hehrer der*

Sieg. «Cuanto más difícil es la guerra, tanto más gloriosa es la victoria.»

La cruz del Mérito militar no se concede sino a los héroes que han sabido merecerla, que han luchado sin descanso. Este camino lleva a las alturas, a las alturas espirituales, y de él ya dijo SÉNECA que no es camino fácil: *Non est ad astra mollis e terris via.* «No hay camino llano que de la tierra nos lleve a los astros.» Mas la fuerza moral que has desplegado en tu juventud dorará con suave alegría los años de la edad madura.

Contra las tentaciones más vehementes procura sacar fuerzas de este pensamiento: Ahora no lucho tan sólo por mí, sino *también por mis hijos.* Qué gozo si dentro de veinticinco o treinta años mi hijo adolescente puede decirme:

«Te doy las gracias, madre, por haber luchado heroicamente en tu juventud contra las tentaciones, y haber logrado con ello que sea más fácil mi propia lucha.

»Te doy las gracias por haber conservado con esmero tu pureza, y así haber encendido en mí el deseo de una vida pura.

»Te doy las gracias por haber guardado la blancura de tu alma, porque a esta lucha y a estos triunfos debo yo ahora la sonrisa de mis ojos.

»Te doy las gracias por haber gobernado con mano firme los deseos instintivos de tu juventud, ya que por esto tengo yo ahora pureza y hermosura.»

Los periódicos están llenos de anuncios de diferentes drogas que robustecen, que vigorizan la sangre. «Tome usted somatosa, biosón, sanatógeno, bioferrina, hemoglobina, bioglobina...—y no sé cuántas cosas más—, y tendrá una vida larga.» ¿Sabes cuál es la mejor garantía de una vida sana y larga? *La juventud casta, nunca mancillada por la impureza.*

Creo que en este libro has podido ver con toda claridad que la vida sexual no es invención del diablo, no es en sí cosa mala, sino, todo lo contrario, don sagrado del Dios augusto y creador, señal de la enorme confianza que El deposita en nosotros. Y si es don de Dios, no puede en sí ser pecado, sino cosa santa.

La vigilancia en los años juveniles y la lucha continua no se dirigen a matar la tendencia sexual, sino que la ordenan, tienen su razón de ser, se emprenden para llegar con alma y cuerpo puros y sin mancilla a la edad en que, según la voluntad de Dios, te sea lícita la vida del santo matrimonio.

Y si prestas ahora atención a los consejos de este libro, verás dentro de unos años, cuando tu sangre ya esté templada por la reflexión de una edad más madura, pensarás con gratitud que un día, en tu juventud, leíste un libro, de cuyo autor no te acuerdas, cuyo título ya has olvidado, pero... que te preservó de una caída grave, de la desgracia moral.

Por muy tristes que sean los tiempos, no hay que temer por el porvenir de la patria mientras podamos contemplar el pabellón nacional tremolado por el blanco cortejo de jóvenes puras.

No hay peligro de noches sin luceros en la historia patria mientras los ojos de las jóvenes se enciendan con el fuego de ideales puros, mientras tomen por divisa la de una princesa, Blanca de Castilla, madre de San Luis:

Lilia inter lilia. «Lirio entre lirios.»

He aquí el ideal de las jóvenes españolas. Ser puras y blancas como las azucenas de nuestros valles.

¡Amada joven! He pasado largos años entre adolescentes. He visto a muchas jóvenes empezar su camino rebosando esperanzas como un magnífico capullo; he visto el roble firme y lleno de promesas; pero he visto también cómo se hacían trizas las esperanzas de muchas vidas jóvenes, prometedoras... ¡Ah! He visto marchitarse el capullo, caerse el joven roble, roídos por oculto gusano.

Y, sin embargo, algunas muchachas dieron los primeros pasos por el camino del pecado sólo por ignorancia, por imprudencia, porque no tenían a nadie que les llamase la atención a tiempo con palabras cariñosas. Creo firmemente que las páginas graves de este libro abrirán en la vida de no pocas jóvenes una nueva época, época de ruptura con el pecado, de vida nueva, de vida idealmente bella, de vida pura y luminosa.

*VII.—Nueva generación

Va poniéndose el sol de una era, de aquella en que se hacía gala de la ignorancia como medio de conservar la pureza femenina. Su lema era éste: ignorarlo todo, hasta lo necesario. Pero esta ignorancia acarreó tristes desengaños.

Pues bien: venga ahora la nueva generación. La generación joven, que lleva escrita en su frente la rectitud del alma y en cuyos ojos brilla la luz de la pureza. Vengan las jóvenes castas, que tienen conciencia clara de la misión que les confía Dios al llamarlas en una u otra forma a la maternidad.

Se te acercarán gentes seductoras que quieran hacerte titubear, diciéndote que, «de todos modos, vanos son tus esfuerzos, que todo es inútil..., que no hay en el mundo una joven de vida casta..., que la castidad es una cursilería y ñoñez..., que hoy día nadie conserva su pureza...»

Hija mía, créeme: Hay jóvenes que, invictas, sin caídas, van sosteniendo el combate diario por la pureza. Hay muchachas—y su número crece de año en año—que saben pasar incólumes por las mil tentaciones del mundo moderno, y que en el altar nupcial lucen la diadema de sus azahares, no fingidos, sino auténticos, perfumados por un alma pura y triunfante. Su cuerpo sano brinda salud; su corazón, amor; su alma, ideales.

Y estas jóvenes aumentan en número; este fuego, al principio indeciso, va dilatándose cada vez más; esta fragancia cristiana se deja sentir con mayor fuerza; *sí, la juventud de vida pura ya es hoy una realidad encantadoramente bella, grande y santa.* De ti depende, amada joven, el que se aumente en una el número de estas heroínas.

¡Oh joya la más valiosa, santa virtud de la *pureza!* Vence serenamente las tentaciones de los placeres sensuales, véncelas e impón tu suave yugo al mayor tesoro de la nación, al cuerpo casto de las jóvenes y a su noble alma, que corre en pos de sublimes ideales.

¡Jóvenes! Acudid a la bandera que tiene en sus pliegues el lirio de la pureza..., por vuestra felicidad corporal y espiritual, por vuestro porvenir, por vuestra nación, por el florecer de la patria. ¡Por Dios y por España!

VIII.—Voluntad santa

Cuando en China muere una muchacha pura, sus deudos tienen derecho a levantar en su honor un arco triunfante con esta inscripción: *Schoeng Dsche,* es decir, «la Santa Voluntad». El arco de triunfo significa que es la voluntad santa la que guió a la joven por la vida. Esta voluntad fuerte, santa, es la guardiana de las jóvenes que quieren conservar su pureza en medio de las dificultades y peligros. Bien merecen que, al llegar salvas a su patria inmortal, se les levante un arco de triunfo en el camino de la vida.

En ti, joven amada, vive esta «santa voluntad». Formas —¿no es cierto?—con fe inquebrantable, rebosante de candor y gracia, en el grupo de muchachas que, con su lirio en la mano, marchan sonrientes al cumplimiento de la misión sublime que les encomendó el Señor. O tal vez te cuentas en aquel otro grupo, en el grupo de las que vuelven y desean enmendarse, y a costa de la propia caída han aprendido de nuevo a querer con ardor la felicidad sin par de la vida pura. De un modo o de otro, tienes esta voluntad santa. Y si la has perdido, la recobrarás de nuevo. ¿No es así?

Tú serás osada, querida joven. Cultivarás la pureza. Así será. ¿Lo prometes?

Mira: la vida pura es fuerza, alegría, distinción, libertad, hermosura... ¿No vale la pena de luchar por ella?

En este momento me imagino que estás delante de mí, y a manera de despedida, te miro complacido y te veo como una vela que se despliega al viento, como una gran promesa en la luz de la aurora; pero veo también las enormes tentaciones, que se desatarán sobre ti en los años juveniles, y brota una oración fervorosa de mi corazón.

«Eres tan hermosa, tan pura, tan delicada como la rosa; si te miro, llora mi alma, tiembla una lágrima en mis ojos.

»Elevando mis manos al cielo, pido al Padre celestial que conserve puro, blanco como la nieve el lirio de tu alma.»

¡Joven mía! Yo confío en ti. Confío mucho. Ante el Señor que nos mira, dime:

Yo seguiré siempre el camino de la pureza...

O si fuese necesario, dilo de esta manera:

Yo quiero formar nuevamente entre las jóvenes puras como el lirio.

Yo... quiero..., quiero... ser pura.

**IX.—Un último consejo

Para adquirir y conservar esta «santa voluntad» nunca te recomendaré bastante, mi querida joven, que todos los días, sin faltar uno solo, reces en la mañana, al levantarte, tres Avemarías a la Santísima Virgen, seguidas de esta jaculatoria, compuesta por San Alfonso María de Ligorio:

Por tu Inmaculada Concepción, ¡oh María!, haz puro mi cuerpo y santa mi alma (quinientos días de indulgencia).

Dile con devoción:

Bendita sea tu pureza,
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada, María,
te ofrezco desde este día
alma..., vida... y corazón:
Mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

La Santísima Virgen, a quien llamas como a Madre, te protegerá siempre. Hoy entrégale sin reservas la guarda de tu pureza juvenil; mañana, tu castidad de esposa y tu abnegación de madre. Y cuando llegue tu fin, abandona tu alma en sus brazos amorosos. ¡Ella la llevará al cielo!

Sea tu amor tan grande, que, después de tu muerte, deje un recuerdo a la posteridad como el de cierta noble dama, cuyos restos descansan bajo los pies de la Virgen en el Real Monasterio de Guadalupe. Su epitafio es un testimonio de amor pergeñado en la piedra. Dice, más o menos:

In nidulo meo moria (Job, cap. 29). «Doña María de Guadalupe Lencastre y Cárdenas, Duquesa de Arcos, Aveiro, Maqueda i Torres novas mandó se enterrase su corazón i cuerpo

en este lugar, debaxo de los pies de la Imagen, centro de su amor i esperanza.—9 Febrero 1715.»

¡Qué hermoso ejemplo de piedad mariana! Amada joven, imítalo.

Haz de tus años juveniles blanco manojo de azucenas y, ofreciéndoselo en el áureo jarrón de tus ilusiones y esperanzas, di confiada:

¡Reina mía! Aquí las tienes, guárdalas en tus manos. Sólo Tú puedes hacer que estén siempre frescas. SEÑORA: Si algún día languidecieren sus tallos, haz que tus manos purísimas conserven blancos sus pétalos.

Mi lema, dulce Madre, quiero que sea el tuyo, tan bellamente repetido en tu Santuario de Guadalupe:

Languido collo nitet

«Brillante, pura siempre, a pesar del tiempo y de las dificultades de la vida.» *¡Siempre pura!*

**«¡Gracias!»

Como eco de celestiales armonías resuena en mis oídos esta palabra de mis amadas hermanas de juventud; palabra a la que yo atiendo con verdadero interés y entusiasmo.

Adapté esta obra «para vosotras» y «vosotras» me la habéis agradecido tanto, que me obligáis a repetir una undécima edición que yo con sumo placer pongo en vuestras manos.

Sé que muchas la habéis leído y es vuestro más discreto guía en el problema del sexo; pero quedan todavía bastantes jóvenes que ni siquiera la conocen y se torturan el alma inútilmente. A éstas, que no encuentran la luz, va dirigida nuevamente «PUREZA Y HERMOSURA», título que sueño sea lema inspirado de todas las jóvenes españolas.

Yo, a mi vez, doy gracias al Cielo porque puso en mi pluma el atractivo y la amenidad que mis lectoras necesitan, juntamente con el cuidado esmeradísimo de no herir sus almas de lirio.

Madrid, febrero de 1959.

María Rosa